Hombres en prisión

VICTOR SERGE

gatopardo ediciones

HOMBRES EN PRISIÓN

VICTOR SERGE

Traducción de Álex Gibert

gatopardo ediciones

Título original: *Les hommes dans la prison,*
publicado por Les Éditions Rieder en 1930

© Santiago Vidal Kibalchich, 2022

© de la traducción: Álex Gibert, 2021
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2022
Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre, 2022

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Ficha policial de Victor Serge (1912).
Fotografías incluidas en el libro *Identification anthropométrique, instructions signalétiques* (edición de 1893), de Alphonse Bertillon
Imagen del interior: Fotografía de la prisión de La Santé (*c*. 1867-1870), de Charles Marville

eISBN: 978-84-125773-1-0

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prisión de La Santé, donde Victor Serge pasó parte de su reclusión penitenciaria.

A Vladi

Todo es ficción en este libro y todo en él es verídico.
Mediante la creación literaria he tratado de
extraer el contenido humano y común de una
experiencia personal.

V. S.

1. LA DETENCIÓN

Todo aquel que haya conocido de verdad la cárcel sabe que su abrumadora influencia se extiende mucho más allá de sus muros materiales. Llega un momento en que el hombre cuya vida va a ser triturada por la cárcel siente, con una claridad terrible, que el presente desaparece y con él toda realidad, toda actividad, todo lo que constituía su vida, a la vez que se abre un nuevo camino por el que avanza trastabillando de angustia. Ese momento glacial es el de la detención.

El revolucionario que vive bajo la amenaza constante del presidio o el cadalso y que en mitad de una calle transitada siente de pronto que lo vigilan; el militante clandestino que, al regresar a casa por la noche, concluida su jornada de organización o periodismo, tiene la repentina sensación de que una sombra se pega a la suya, de que un paso decidido se superpone al suyo; el asesino, el ladrón, el contestatario, el hombre acosado por cualquier motivo, conoce bien la zozobra de ese momento, casi tan doloroso de presentir como de soportar, a despecho de toda valentía o presencia de ánimo. La única diferencia entre los cobardes y los que no lo son es que estos últimos, pasado el momento sin que un solo gesto haya delatado su conmoción, recobran el dominio de sí mismos. Los cobardes no se recomponen.

Yo he vivido ese momento más de una vez. Llegó en una ocasión tras cinco o seis horas de detención. Un policía de paisano había venido a buscarme a la redacción del periódico anarquista que yo dirigía. Se trataba, decía, de firmar el inventario de los objetos requisados aquella misma mañana durante el registro de mi domicilio. Yo entendí, pero no me sentí en absoluto alarmado. Porque la cárcel también es algo que llevamos dentro. Era un riesgo profesional con el que ya contaba y que no se me antojaba tan grave. En la jefatura de policía un rollizo inspector de la Sûreté, brutal de gesto y de palabra, me dijo con toda tranquilidad:

—Está usted en mi poder. Le van a caer seis meses de prisión preventiva, como poco. O suelta la lengua o le hago detener.

Detrás de él, a través de la ventana, vi a unos albañiles que estaban trabajando sobre un andamio. «Puede que esa sea una de las últimas

cosas que verás en la vida», me dije, sin dar mucho crédito ni sentir ningún temor. Aún no había llegado el momento crítico.

—Deténgame —respondí, encogiéndome de hombros.

Así que me dejaron en aquella habitación espaciosa, con sus mesas y archivadores y sus diagramas antropométricos —«formas nasales, formas auriculares, cómo interpretar y elaborar una descripción»—, apaciblemente ocupado durante horas en leer varios periódicos de cabo a rabo, anuncios incluidos. Por la noche me llevaron al confortabilísimo despacho del subdirector de la Sûreté. Dos sillones de cuero frente a un gran escritorio, la luz tenue de una lámpara de mesa. Ante mí, en la penumbra, el semblante alargado, fino y regular del educado policía al que yo había guiado personalmente de la redacción a la imprenta aquella misma mañana. Me había tratado entonces con la prudente cortesía del buen sabueso que sabe que es preciso engatusar al adversario.

—Les entiendo perfectamente —me había dicho—. Conozco sus ideas. En los viejos tiempos también yo asistía a los mítines de F. Magnífico orador, magnífico orador… Pero ustedes han ido demasiado lejos, digo yo que no serán muchos…

Luego, de una ojeada fría, descuidada en apariencia pero rapaz, escudriñó las caras, los papeles, las cosas… e hizo detener a casi todo el personal.

En esta otra ocasión también se mostró muy amable. Parecía compungido incluso, pesaroso por tener que cumplir con su obligación. Insinuante, persuasivo, me incitó de nuevo a la delación.

—Lo sabemos todo. No podrá desvelarnos usted más que algún detalle circunstancial y ninguno de sus camaradas estará al tanto. Se ahorrará meses o años de cárcel. Ninguna clase de obligación moral le ata a esos miserables con los que, además, no tiene usted nada en común… ¡Vamos!

Fue entonces, mientras hablaba, cuando llegó el momento fatídico. En la penumbra del despacho yo no veía más que el ovalo pálido y sin brillo del rostro que tenía delante. Sentí una opresión en la garganta. Como dicen que les ocurre a los ahogados, vi sucederse en la pantalla de mi fuero interno, a una velocidad vertiginosa, una serie de imágenes deshilvanadas: una bocacalle, un vagón de metro, el andamio entrevisto horas antes. Las cosas se desvanecían. Respiré hondo e hice todo lo que pude por responder en un tono de voz normal.

—Enciérreme, pero sepa que tengo un hambre feroz. Les estaría muy agradecido si pudieran darme algo de cenar.

Era tarde, a esas horas lo tenía complicado. Pero en cuanto sacamos el tema me sentí otro hombre, más tranquilo, extrañamente

libre y dueño de mí. El momento había pasado. Acababa de franquear el umbral invisible. Ya no era un hombre, sino un hombre en prisión. Un recluso.

Iba a pasar en la cárcel mil ochocientos veinticinco días. Cinco años.

Al cabo de unos meses, mientras registraba el domicilio de un tendero anarquista, aquel mismo policía llegó al umbral de un cuarto oscuro del fondo de la casa, con los postigos cerrados herméticamente. Audaz o, en todo caso, ajeno al peligro inminente, entró; al cabo de un instante se enzarzaba en un frenético cuerpo a cuerpo con el hombre al que andaba buscando, un bandido anarquista desesperado. Durante el forcejeo encarnizado que siguió, agarrados ambos y pataleando por el suelo, varios disparos a bocajarro pusieron fin a su carrera.

En otra ocasión, el momento fatídico me llegó en una ciudad dorada del Mediterráneo, un día de sol resplandeciente, de bochorno y de disturbios. Hacía semanas que vivíamos aguardando la batalla. Al caer la noche, multitudes nerviosas rompían en olas pausadas y oscuras contra el roquedal de la ciudadela. Por las calles, patrullas de camaradas en monos de trabajo se cruzaban en silencio con patrullas de gendarmes. Las cuatro de la tarde: la hora de calor, en tonos anaranjados. Las fachadas enlucidas de las achaparradas casas obreras, ocres por lo general, lucían rojizas; naranja o granate era la tierra de la calzada. Llegaba un rumor confuso de un bulevar cercano invadido por la muchedumbre, acordonado por las tropas y arrasado por las cargas policiales. Salí a paso rápido de una casa cercada por la policía, de la que acababa de huir uno de los cabecillas de la pujante insurrección. La alegría de su evasión palpitaba aún en mis venas. ¡Qué luz! Mi brusca salida llamó la atención de dos agentes de paisano, que me miraron de arriba abajo y vacilaron un momento antes de poner sus pasos en la senda de los míos, presurosos, cada vez más rápidos y cercanos… No había que mirar atrás. ¡Con solo que pudiera alcanzar la esquina! Mi pensamiento se concentró absurda y enteramente en la siguiente esquina, como si hubiera de brindarme una posibilidad de salvación inesperada. Una voz me llamó:

—¡Oiga! ¡Eh, oiga!

El hombre se encontraba ya a mi lado, escrutándome fríamente con sus ojos negros. Pronunció entonces la fórmula de rigor:

—En nombre del gobernador civil, le ruego…

Acudía ya el otro. Se me figuró que la calle se ensombrecía de pronto, que se cerraba en torno a mí. ¡El momento fatídico! Me puse de inmediato a preparar mentalmente una protesta enérgica.

Aquella vez me libré por las buenas. La policía local era consciente de la borrasca social que se les venía encima. Y tenía miedo. La fuerza obrera se respiraba en el ambiente. Un viejo oficial de policía muy pulcro, muy educado, me habló del esperanto —del que era un ferviente partidario— y me puso en libertad al cabo de una hora.

París, la guerra, a la espera de la movilización. ¿El campo de adiestramiento de Mailly? ¿El frente de Champaña? Etapas que será preciso quemar, con un poco de suerte: sería una verdadera pena quedarse en el camino. A lo lejos, la meta: la revolución que despliega sus banderas rojas en las calles de Petrogrado. Un día de ansiedad febril, a Kornílov le paran los pies. ¡La revolución vive y vivirá! Aquí, el viejo Clemenceau «hace la guerra»,[1] según su consigna. Almereyda[2] ha muerto estrangulado en la cárcel de Fresnes. Hay vigilancia, hay arrestos. Abundan los sospechosos y los soplones. Fin de la jornada, ropa de trabajo, placentera fatiga del atardecer. Al salir de casa de un amigo —sospechoso— me cruzo con un hombrecillo pálido, mal vestido, de mala catadura y mirada furtiva, una mirada furtiva que he percibido más de una vez en los últimos días. Para cerciorarme doy media vuelta y voy a su encuentro. El hombrecillo se escabulle. Me encuentro en uno de los rincones más cautivadores de París, una callejuela discreta entre altos edificios, un pasaje poco conocido que, según dicen, frecuentaba Balzac. La calle no está desierta esta vez. Un hombre espera ocioso al otro extremo. Otro se aleja a paso lento. Detrás de mí, en el pasadizo, el tercero.

Estoy fichado como «bandido» anarquista. Me está prohibida la entrada al país. Soy «ruso». Soy sospechoso. Anteayer —tras el encontronazo con la mirada furtiva— puse en orden mis papeles y dejé a un camarada instrucciones detalladas «en caso de arresto». Y ahora esta vieja y apacible callejuela en el corazón de París, cuyo silencio me es tan grato, se ha transformado en un cerco que se cierra por momentos. Me detengo. Alzo la mirada hacia las ventanas que tan bien conozco. Una está adornada con tiestos de flores.

Le ciel est par-dessus le toit
si bleu, si calme![3]

El hombre de la mirada furtiva se acerca furtivamente. Percibo su miedo. ¡Dios, qué pesadez, qué idiotez! Abreviemos. El momento ya ha pasado. Reanudo la marcha y oigo sus pasos. Sé que tiene miedo y que no tiene ningún motivo para temer.

—¿Se llama usted?

Espera que le dé un nombre falso. Está lívido. Los otros aún están lejos, a diez pasos, pero se apresuran. Le doy mi nombre.

—¡Mentira! ¡Sus papeles!

Estaba tan convencido de que le daría un nombre falso que la respuesta brota de sus labios descoloridos como un automatismo. Me llevo la mano al bolsillo para sacar el pasaporte, pero el gesto suscita sospechas. Unas manos violentas me sujetan las muñecas por detrás y un aliento inflamado me susurra al oído: «¡No se resista!». Tres hombres, tres corpulentas brutalidades me subyugan y me aplastan. Nuestros rostros casi se tocan. Al final se persuaden de que no opongo la menor resistencia, de que no llevo ningún arma, de que soy un alfeñique. Respiran aliviados. Yo también. Echamos a andar por la calle azulada, como el resto de los transeúntes… Estos tres hombres que me rodean son *ya* la cárcel, una cárcel invisible salvo para mí.

No recobraría la libertad —tras escapar por poco de la muerte— hasta quince meses después, a dos mil kilómetros de allí, una noche sin estrellas, pero tapizada de nieve en un puesto fronterizo de Finlandia.

Hacía guardia allí un soldado demacrado. La estrella roja que ostentaba en la frente parecía negra en medio de la oscuridad. Detrás de él se extendían las trincheras de la revolución.

2. LA PREVENTIVA

El hombre encerrado difiere del hombre a secas incluso en su exterioridad. Desde el primer momento la cárcel deja en él su impronta. El encarcelamiento empieza por el cacheo. La corbata, el cuello, el cinturón, los tirantes, los cordones de los zapatos, el cortaplumas, cualquier cosa que pueda sustraer discretamente a la ley —estrangulación o navajazo mediante— a un preso desesperado; los papeles, el cuadernillo, las cartas, las fotografías, todo aquello que caracteriza a un hombre, la infinidad de pequeñas cosas que se agregan a su intimidad, todo le es arrebatado. Se siente uno como despojado de una porción de sí mismo, reducido a una impotencia que una hora antes habría sido inconcebible. La ropa demasiado holgada y poco ceñida le incomoda. Los zapatos sin cordones se le abren en un bostezo y se queda uno mustio de pies a cabeza. Unas manos de funcionario de prisiones —rechonchas, velludas, sucias, habituadas a manipular estos chismes— han juntado en mi pañuelo la quincalla y los artículos de aseo que constituirán el «petate» del número 30.

La celda de la primera noche no es sino un «chabolo» reservado a los inquilinos de paso: un nicho sin ventanas de tres metros de largo por dos y medio de ancho, perdido en algún corredor. Durante el día, un débil fulgor se insinúa a través de los vidrios esmerilados de la puerta enrejada. Por la noche, una bombilla eléctrica fijada al techo proyecta sobre la celda una luz triste y amarillenta que solo sirve para fatigar la vista y agudizar el insomnio. A lo largo de la pared, un banco de madera vieja, lustrada por el roce de incontables cuerpos durmientes. En un rincón, un retrete bastante limpio. Cada cuarto de hora el agua de la cisterna se descarga automáticamente con gran estruendo. En cuanto empiezo a conciliar el sueño, pese a la luz extenuante de la bombilla que me atraviesa los párpados, tendido sobre el banco, con la nuca sobre el tablón y la cabeza inclinada hacia atrás —igual que un muerto—, el estruendo de la cisterna me saca de mi sopor.

En el banco descubro inscripciones grabadas a golpe de alfiler. También las hay en las paredes, las hay por todas partes, apenas visibles. Es preciso examinar las paredes muy de cerca para discernir

estas pintadas, que son siempre las mismas en todas las celdas y se reducen a cuatro o cinco motivos humanos en los que predomina la obsesión sexual. Es como si para expresar la esencia de su sufrimiento y su vida, a la multitud reunida en las cárceles le bastara con treinta palabras y un símbolo fálico. A primera vista, es una celda vacía, muda, sepulcral. Al cabo de cinco minutos, cada decímetro cuadrado de pared y de suelo relata su desventura. Un millar de voces ahogadas la llenan con su murmullo monocorde. Pronto se cansa uno de prestarles oído, harto de la repetición constante de una misma miseria.

La noche. Hasta el rumor de la ciudad parece haberse apagado. Nada. Nada. Dormir resulta imposible. Aun así, es una vigilia que tiene algo de sueño, puede que también de alucinación. Me encuentro ya en una especie de tumba. No puedo hacer nada. No soy nada. No sé, no veo, no oigo, no siento nada. Solo sé que la hora siguiente será idéntica a esta. El contraste entre este vacío de tiempo y el ritmo intenso de la vida ordinaria es tan violento que hará falta una larga y dolorosa adaptación para reducir las pulsaciones vitales y extinguir la voluntad para borrar, desdibujar, reprimir las imágenes que me obsesionan. El absoluto desequilibrio de los primeros días. La vida interior sigue su curso febril en el silencio y la nada del tiempo.

Se le crispan a uno los nervios de pensar en el mañana, de verse en poder de un enemigo anónimo, múltiple, formidable, y comprender que hay que resistir, valerse de cualquier astucia para hacerle frente, no confesarle jamás la menor debilidad.

Ascendemos por una larga escalera de caracol. Nos encontramos en una de las torres medievales de la Conciergerie. El curioso cortejo que componemos acaba de formarse en la oscuridad de un corredor. He podido distinguir una decena de rostros aterrados. Sus ropas ondean sobre sus cuerpos, arrugadas y desaliñadas. Con las muñecas esposadas subimos pesadamente entre los funcionarios que nos preceden, nos separan y nos siguen. La escalera es estrecha. Los pies torpes tropiezan contra los peldaños. Un «hostia santa» a media voz. A mí me conduce un solo policía de paisano, un tipo rubio, anodino, que ni siquiera parece haber reparado en mí. En otro tiempo se daba tormento a los presos en los sótanos de esta misma torre. Hoy se les toman las medidas antropométricas según el método de Bertillon. Es la escalera del progreso.

Una especie de antecámara bastante luminosa, amueblada con unos bancos compartimentados. En cada compartimento se sienta un hombre. Inmovilidad, silencio, miradas. Las miradas son variopintas: las hay ofuscadas, curiosas, inquietas y furibundas, aunque predominan las primeras. Los compartimentos se vacían y se vuelven a ocupar cada cinco minutos. Después del largo encierro, de la estrechez

de la escalera, de la grisura de los corredores y de los rostros y las horas, estas salas amplias y luminosas de los servicios de antropometría, con sus curiosos cachivaches de madera, resultan más bien desconcertantes. Los empleados, atentos, pero haciendo gala de una perfecta indiferencia profesional, proceden a medir el cráneo, el pie, la mano y el antebrazo de cada preso; toman nota de sus cicatrices y sus más diminutas manchas corporales; examinan y registran el color de sus ojos, los pliegues de sus pabellones auditivos, la forma de su nariz, el corte de sus labios; toman cuidadosamente sus huellas dactilares. Yo observo a estos hombres-máquina, a estos hombres libres afanados en formular la descripción científica exacta del recluso que soy. A mí no me observan en absoluto. Me ignoran. Para el funcionario que, con tres movimientos sobrios y expeditivos, me extiende el antebrazo sobre una especie de vara corta de medir, yo no existo. Ante él no hay nada más que un antebrazo de tantos centímetros de longitud, con tal o cual particularidad. Dos cifras y un signo algebraico que anotar en la ficha, en la casilla destinada a tal efecto. Todos los días rellena esa casilla centenares de veces. No tiene tiempo ni ganas de ver las caras. Aunque es probable que por la noche le guste admirar el retrato del asesino de Ménilmontant en el *Petit Parisien*.

Después de estas manipulaciones silenciosas, el sujeto mensurado va a parar frente al objetivo del fotógrafo. Las mismas manos indiferentes le alzan el mentón, le apoyan el occipucio en un soporte metálico, le cuelgan al pecho una placa con un número. Un fogonazo lo deslumbra y el operario presiona el disparador. Una muestra fotográfica de despojos humanos, con dos o tres variantes expresivas: pasividad animal, desconcierto y humillación, matizadas según el caso por la cólera, la desesperación, la desconfianza o una suerte de mutismo insidioso. Otros presos más experimentados me han explicado cómo hacer frente al objetivo, cómo engañarlo. Los hay que se obstinan en cerrar los ojos, en hacer muecas y contraer el gesto, pero a esos se les hace entrar en razón y no precisamente por las buenas… Los más hábiles saben deformar sus facciones de antemano, componer una expresión anormal y conservarla el tiempo que haga falta con sosiego y naturalidad. Si a eso se le añade la rigidez de la pose, la fijeza de la mirada y el desaliño de la ropa, la imagen resultante y fijada en la placa difiere lo bastante de su fisonomía habitual para que un ojo no entrenado sea incapaz de identificarlos más adelante.

Una sala vasta, alta, fría, gris, a la que los arcos del techo conferirían un aspecto monacal de no ser por los pasillos embaldosados, las pesadas puertas provistas de cerrojos, las rejas, las

ventanillas, el lamentable ir y venir en silencio, un silencio puntuado por llamadas, indicaciones brutales y un runrún de confidencias amedrentadas. Somos aquí unos cuantos. Los zapatos sin cordones, abiertos, nos dificultan el andar, y hemos acabado por sentarnos en un largo banco de roble, bruñido por el contacto diario de innumerables posaderas, lustroso como lo está aquí todo, brillante y casi negro por la fricción de las carnes, los tejidos y la mugre. A través de la ventana que hay justo encima del banco penetra una luz triste y gris. Nosotros permanecemos en la sombra, como cochinillas bajo una piedra. Cada cual rumia su propia desdicha. Cada cual observa el tétrico movimiento de la sala con hastiada curiosidad. Cada cual le susurra a su vecino una confidencia, una pregunta, un consejo, una queja. Somos cuatro. El primero es un viejo que andará por la cincuentena, con el porte distinguido de un director de casino —rumano o griego—, un hermoso bigote negro y el pelo engominado. Está envuelto en un abrigo elegante de corte impecable. Tiene los grandes ojos negros inflamados por el insomnio, completamente inexpresivos. Sin el cuello de la camisa ni la corbata bajo la barbilla violácea, me recuerda a uno de esos rastacueros cuyas fotos antropométricas aparecen en los periódicos tras las grandes estafas. Sujeta el bombín educadamente sobre las rodillas. Observo sus manos nudosas y velludas, las uñas cuidadas que una sola noche de trullo ha bastado para ensuciar. El segundo es un pobre diablo astroso, endeble y lívido, desplomado en su rincón y tan deshecho que se diría enfermo. Su bigote, presumido anteayer, cae ahora mustio, mordisqueado, deshilachado por dedos ansiosos. Los vestigios de una elegancia arrabalera se diluyen ya en su silueta de naufragio. El tercero es un granujilla de veinte años con una gorra, que exhibe un prognatismo digno de la Casa de Borbón. El cuarto soy yo.

—¡Estoy bien jodido! —se lamenta el granujilla—. La madre que parió a la madre que parió a la madre que los parió…

Desgrana en voz muy baja su letanía de maldiciones. Ya sé de él todo cuanto hay que saber: que tiene veintiún años y siete condenas en su historial («¡bagatelas!, pero me va a caer la reincidencia, cagüendiós…»). Así que esta vez, aunque lo hayan trincado por otra minucia, le caerá un año y un día, más la pena adicional por reincidente: en otras palabras, trabajos forzados a perpetuidad. Examina atentamente el forro de sus bolsillos en busca de alguna brizna de tabaco que chupar.

—¡Ni por esas! Y ya van dos días enteros sin uno solo… ¡Mierda!

Somos cuatro; otros muy parecidos, cuarenta o cuatrocientos, desfilan en estos momentos por la maraña de corredores, salas y despachos del edificio. La prisión-máquina arrastra sus despojos humanos de compartimento en compartimento. En algún momento

asistimos al desfile de las prostitutas que ha juntado por la noche la brigada de orden público. Tras una sola noche de encierro, aún no somos conscientes de los prodigios que puede encerrar la más vulgar de las siluetas femeninas. Al paso grotesco de esta tropilla heteróclita los hombres se echan a reír. Todas las mujeres del partido parecen estar ahí representadas, las hay de todos los tipos y todas las edades. Una gruesa dama muy agitada hierve de indignación: esta vez no le tocaba, la trincan demasiado seguido, le tienen ojeriza. Fulanas de moño prieto circulan indiferentes, con las manos en los bolsillos del delantal. Algunas se cachondean. Pasan también jovencitas de aire modesto, confusas, alicaídas, reprimiendo los sollozos. Una obrera encantadora, una mecanógrafa en un impermeable, una golfa de Les Halles, espumajeante de rabia y sujeta de la muñeca por un guardia municipal. Es un alud, un alud de varios centenares, el alud de cada noche, de cada madrugada a la misma hora. El olor a perfume barato y ropa sucia acaba por espesar el ambiente. Observo a una mujer bien vestida y de pecho abundante, que sostiene con sumo cuidado entre ambas manos un hermoso sombrero de plumas envuelto en una camisola. Cumplimenta con resolución un trámite obligado. Así es la vida, ¿no? Al menos una vez cada dos semanas hay que pasar por el aro: son gajes del oficio.

En realidad, los polis de la brigada se limitan a «cumplir con su deber», que consiste en trincar cada noche a cierto número de chicas. Y se inclinan, cosa muy humana, por las menos complacientes o por aquellas cuyas caras no les suenan. También persiguen a las esporádicas, pues cada nueva filiación somete a una criatura más a la ley del policía macho, investido de una autoridad absoluta en las calles de mala reputación.

Las formalidades se suceden. ¡La de formularios impresos que acogen nuestros nombres y apellidos y descripciones! De ventanilla en ventanilla, los mismos rostros huraños de ratas de prisión nos interrogan sin vernos. Pasamos a la talla: unos enormes registros verdes manejados a dos manos se abren para registrar la altura de cada despojo humano. ¡Firme aquí! El despojo, indiferente, firma.

Los híbridos de chupatintas y celador ocupados aquí en tareas de escribanía son de un tipo singularmente monótono. A todos les aprieta el cuello, pues sus cuerpos se han ido abotargando de tanto estar sentados sin mover un músculo. Sus semblantes son de dos clases: el uno colorado, vinoso; el otro de un matiz más terroso, marcado por la grisura de las oficinas penitenciarias. Tienen los ojos apagados por el inmenso hastío que emana de los formularios, informes y registros, de los archivadores donde proliferan, catalogadas con administrativa inanidad hasta el infinito, las mismas descripciones de infelices y

descamisados. Brutos vegetativos, viejos escribanos de comisaría, tinterillos de prisiones de provincia trasladados a París gracias a algún enchufe. Sus uniformes desteñidos, con los cuellos grasientos y los codos relucientes, no tienen ya ni forma ni color definidos. Un tufo a alientos etílicos, a humo frío de tabaco, a ropa vieja, a tinta, a polvo y a papeles amarillentos flota alrededor de estos hombres, que solo se apean de su absoluta indiferencia para ultrajar o ridiculizar con la mayor torpeza al sujeto de cuya aniquilación dan fe y toman razón. Un pobre diablo les susurra muy bajito su nombre ridículo.

—¡Lecornu, Alcide-Marie! —repite el funcionario.

Corean el nombre tres risas viles, tres gruñidos porcinos. Una voz vinosa se ensaña:

—Y bien merecidos que los tienes tú, esos cuernos.

Pero las más de las veces el silencio de la escribanía cae sobre el recluso como una primera capa de polvo.

Vamos pasando de ventanilla en ventanilla, de la talla al cacheo, del cacheo a la ducha, de la ducha a la jaula. Granos de arena, pienso, cribados a través de un complejo y sucísimo tamiz, precipitándonos a cada instante en una oscuridad aún más sórdida. Ya nos cachearon cuando nos detuvieron; nada pueden arrebatarnos ya, en principio, salvo por el alfiler, la colilla, el minúsculo lapicero o la moneda de oro que los más duchos logran ocultar en cualquier circunstancia.

Sin embargo, la ceremonia vuelve a empezar, y resulta aún más odiosa si cabe. Dos o tres funcionarios bien macizos se cuadran ante una fila de hombres desnudos. «¡Abra la boca! ¡Agáchese! Más… ¡Más abajo le digo, cagüendiós! Las piernas bien separadas… Vamos… ¡El siguiente!» Un pulgar morcillón palpa el interior de una mandíbula sospechosa. Un funcionario con el quepis arrugado se inclina sobre el trasero de un sujeto de mala catadura al que hacen pasar bajo la barra: la barra le obliga a uno a encorvarse de tal manera que asome cualquier objeto oculto en el ano…

Con un galope de pies descalzos contra las baldosas de un ancho corredor, el mugriento contingente de recién llegados se precipita hacia las duchas. Los primeros se topan con los miembros del equipo precedente, limpios, fachosos. Sus anatomías grotescas —los hombres reunidos por los azares del infortunio suelen presentar desnudeces deformes, estigmatizadas por la miseria— gesticulan, tiritando, en pugna con una pila indescriptible de ropa. Mientras los presos se duchan, sus prendas se introducen en un aparato de esterilización del que salen convertidas en harapos, trituradas bajo una presión fenomenal y cubiertas de pliegues caprichosos, poco menos que

imborrables. Apenas he podido entrever la rocambolesca escena del vestuario, porque no dejan de meternos prisa: «¡Largo de aquí! ¡Más rápido, leches! ¡Muévanse, vamos!». La máquina funciona con tal rapidez que al momento nos encontramos alineados frente a unas tinas infames, calientes y pringosas. El agua casi hirviendo chorrea por todas partes, la pastilla viscosa y negra de jabón se pega a la piel. «¡Desalojando! ¡Vamos, muévanse!» Un nuevo galope de pies descalzos resuena en el corredor.

Vuelven a pasar lista: el ritual de cada operación comienza por pasar lista. Aun así, no puedo dejar de fijarme cada vez en el carácter de las distintas voces que contestan «¡presente!». Voces ahogadas que dan fe de un miedo físico; voces prestas, con esa presteza tan característica de los apocados, que llegan siempre un poco tarde; voces roncas y morosas, como emitidas de mala gana; voces despreocupadas, las de los veteranos. Después de pasar lista vamos entrando de dos en dos en unos compartimentos bastante luminosos situados a lo largo de un amplio corredor. Un poco de luz sienta bien a los ojos. Tenemos por delante una hora de espera, como poco: reposo (que se convierte en hastío al cuarto de hora: nuestra trepidación interior no cesará sino a la larga) y tiempo baldío. Tengo por compañero de jaula a mi vecino en la fila, el pobre diablo del bigote mustio, que a estas alturas tiene un aire de náufrago. Me ha parecido que se le alegraba un poco el semblante al ver a nuestro director de casino rumano emparejado con un pequeño pederasta bullicioso. En pareja se puede hablar a media voz y la superposición de conversaciones compone un rumor reconfortante.

—¿Jodido? —le pregunto.

Responde con un elocuente mohín y un asentimiento abatido.

—Y de qué manera. Me han trincado en las Galerías Lafayette. Y eso que andaba al loro. Siempre corre por allí un inspector, un madero… Me echó el ojo al momento… ¡Ay, esta vez la cosa traerá cola…!

El hombre lleva puesto el instrumento de su profesión, que es su suerte o su desgracia: un abrigo beis la mar de corriente, salvo por los bolsillos falsos y el doble forro. Con las manos en los bolsillos tiene todo el aspecto de un caballero paseando entre el gentío, junto a las estanterías del almacén: sus manos, que asoman en realidad por la escotadura del abrigo, operan con destreza y celeridad. Si el abrigo profesional pasa inadvertido, a mi compañero de jaula le caerán unos cuantos meses. En caso contrario…

—¡Esta vez no me salva ni Dios! Me la endiñan por reincidente.

Bastan cuatro condenas por robo para aplicar el agravante de reincidencia. Poco importa la cuantía del robo en sí. Cuatro hurtos de

cuatro chavos —son cosas que pasan— pueden valerle a un ratero reincidente de veinte años de edad una pena «adicional» de cadena perpetua…

La puerta de la celda se ha cerrado por fin detrás de mí. Han corrido los cerrojos y el chivato de la puerta está cerrado. Estoy en la planta baja. La celda, espaciosa y sucia, tiene dos grandes ventanas de medio punto enrejadas, con los vidrios esmerilados. Un bajo pilar la divide en dos mitades desiguales. Dispone de tres catres rudimentarios con sendos jergones grises de mugre y cribados de manchas de toda clase, que apestan a polvo, a paja vieja, a animal estabulado. Fijada a la pared hay una mesita de madera de roble, de un marrón mugriento y cuajada de inscripciones. Sobre la mesa, una jarra de arcilla y un «cuarto», el vaso de hojalata de un cuarto de litro. Los jergones y el vaso no se limpian jamás, por lo visto. Al cabo de una hora me entra la sed. En la jarra, que he cometido la torpeza de agitar, aflora a la superficie una turba verdosa en la que flotan briznas de paja, hojas dudosas, pelos, hilo y un pedazo de cerilla. Antes de beber, la prudencia más elemental aconseja dejar reposar esta «tisana», que se cambia todas las mañanas. A las pintadas ya me he acostumbrado; no suscitarán mi interés hasta pasado un tiempo, durante los largos meses de aislamiento, cuando cada señal de la celda se convierta, para mi cerebro en constante pugna con el letargo y la locura, en una palabra viva. A primera vista lo único que me llama la atención es el nombre de un camarada descarriado, un asesino, un ladrón: un hombre al agua. Para ascender a las altas cumbres, los alpinistas se atan unos a otros con una cuerda resistente, de tal modo que la caída de uno de ellos puede arrastrar a sus compañeros al abismo. Entre nosotros, los insumisos y los revolucionarios, entre este batiburrillo nuestro de idealistas, bohemios, aventureros, chiflados, proletarios y bandidos, como en todas las sociedades primitivas, la *solidaridad* a cierra ojos, que no sabe sino de camaradas, desempeña la misma función que esa cuerda salvadora o nefasta. También nosotros somos conscientes de nuestro empeño en ascender la pendiente. Solo que la cumbre, más soñada que divisada, siempre resulta inaccesible, y las caídas son fatales.

> *Par les airs sidéraux,*
> *monte en plein ciel, droite comme un héros*
> *la claire tour qui sur les flots domine…*[4]

«Ballade Solness»: «¡Anarquía! ¡Tú que llevas la antorcha!». Heme aquí, petrificado en un momento de terrible lucidez ante un nombre y una fecha inscritos en la sórdida pared de un calabozo. El nombre de

un camarada descarriado, asesino y ladrón, de un hombre al agua… ¡Mi pobre amigo!

No estoy solo. Por compañero de fatigas tengo a un obrero endemoniado de cuarenta y cinco años, con la cara curtida y un largo y lacio bigote. Negro todo él, de un negro apagado, de ojos negros, cabellos negros —aunque empiezan a encanecer— y facciones negras, se diría, a causa de su rigidez inexpresiva y de la tez áspera, mate, rugosa como el cuero viejo. Encorvados sobre el jergón infecto hemos charlado mientras caía lentamente la tarde, sin esperanza. Con voz monótona, en pequeñas frases inconclusas y elementales, mi compañero de celda me ha referido su tragedia. Obrero, viudo, una hija de quince años. Se bebió la paga entera. (¿Por qué? No hay un porqué. O más bien habría que preguntar: ¿por qué vivir, si vivir es siempre un trabajo duro que apenas da para comer, y luego nada?) Regresó tambaleante al cubil, se desplomó sobre el colchón donde la pequeña dormía. Después, no sabe muy bien cómo pudo suceder todo aquello en la tiniebla duplicada de la noche y el alcohol: ¡jamás se le había pasado por la cabeza, jamás! La violación. El hombre no dista mucho del animal: la bestia de carga, aun después de cuarenta y cinco años de miseria y de trabajo, puede padecer las rebeliones animalescas de su carne. La pena acostumbrada, en estos casos, es de diez años de trabajos forzados.

Seis años más tarde me encontraba de nuevo en uno de aquellos calabozos, acaso el mismo. Nada había cambiado: ni siquiera el limo verdoso del fondo de la jarra de arcilla. Estaba solo esta vez. Al segundo día, después de pasar por el economato a proveerme de papel, tinta y bolígrafos, riquezas inestimables que hay que aguardar durante un mínimo de veinticuatro horas en la más absoluta ociosidad, me puse a escribir un cuento. En la cárcel, una norma primordial de higiene mental es la de trabajar a toda costa y mantener la mente ocupada. Así que yo escribía en mi celda; el chivato de la puerta estaba entreabierto. Reinaba ese silencio tan peculiar de las cárceles, entreverado de un sinfín de ruidos mortecinos: cerrojos que se corren o se descorren en alguna parte de la galería, el paso de una ronda de funcionarios, el fregado de las escudillas, el rodar del carrito de la sopa. De pronto quebró ese silencio un ruido débil y sordo, como el que haría un fardo de ropa al caer sobre las baldosas, acompañado de un grito curioso, no muy alto, pero sí muy agudo:

—U-i-iiiii…

El grito de un pajarillo al que le retorcieran el cuello.

Resonaron luego unos pasos apresurados, los pasos duros de los funcionarios con sus botas y los pasos afelpados de los internos del servicio de limpieza. El chivato entreabierto se cerró con violencia.

Escuché largo rato, con ese mal presentimiento tan afinado en los reclusos veteranos que equivale casi a una certidumbre. Oí multiplicarse los pasos; cuchicheos; más pasos, pasos insólitos que se alejaban; el salpicar del agua contra las baldosas; el chapoteo de los paños mojados, un fregado largo y poco común. Trajeron la sopa. El silencio se prolongaba. El chivato volvió a abrirse. Vislumbré entonces a dos tipos de paisano hablando en voz baja en la galería: con sus gestos medían la altura de los pisos…

Un interno del servicio de limpieza me dijo al día siguiente:

—Ayer hubo uno que se hizo papilla contra el suelo de la galería, ¿sabes? Saltó desde el tercer piso y fue a aterrizar muy cerca de tu puerta. ¡No dijo ni pío!

—¿Quién era?

—Ni idea. Un italiano, dicen, un deportado. Vaya uno a saber. Pero dejó una de sangre que ni te imaginas. Un cubo entero. ¡Ya ves!

Los viejos reclusos de la cuadrilla de mantenimiento habían enjugado bien toda aquella sangre: las baldosas relucían como de costumbre.

Una vez franqueado el umbral de la cárcel, el tuteo entre reclusos es casi de rigor. En la prisión preventiva, donde el flujo de huéspedes de paso es incesante, tras esa brusca degradación física que afecta más a los detenidos ajenos al «hampa» que a los inquilinos habituales de las cárceles, los funcionarios tutean a casi todo el mundo. En otros centros penitenciarios, una vez realizada la clasificación de los reclusos por categorías sociales, los funcionarios les reservan su tratamiento más familiar y su lenguaje más grosero a aquellos que no les merecen el menor respeto. Una de mis primeras observaciones —cuya exactitud podría confirmar repetidas veces— fue que ese tuteo entre funcionarios y reclusos, entre policías y delincuentes, es un indicio espontáneo de cierta afinidad existencial y espiritual. Funcionarios y reclusos viven la misma vida, a ambos lados de la misma puerta y el mismo cerrojo. Policías y delincuentes frecuentan los mismos círculos, se acodan en las mismas barras, se acuestan con las mismas mujeres en los mismos tugurios. Unos y otros se van moldeando mutuamente, como enemigos que luchan con medios complementarios de ataque y defensa en un terreno común. Si existe alguna diferencia de mentalidad o moralidad entre el malhechor y el funcionario o el policía, la experiencia me ha enseñado que, por regla general y por motivos de peso, esa diferencia favorece siempre al malhechor. La comparación refrenda esta tesis incluso en el apartado de la honestidad civil. El grueso de funcionarios y maderos que he conocido eran también ladrones o embaucadores, a veces proxenetas. Una hora después de mi detención, leyendo los periódicos en el

despacho de un inspector de la Sûreté, vi entrar a uno de esos soplones profesionales conocidos como «agentes de paisano», quizá porque su disfraz de civil —bombín, bastón grueso como un garrote, toscos zapatones— jamás permitiría confundirlo en la calle con un paisano. El agente informó a su superior acerca de las dificultades de una de sus pesquisas; luego, confuso y bajando la voz, le contó su desventura del día. Acababan de pillar in fraganti a su mujer robando en unos grandes almacenes. El inspector lo tranquilizó sin manifestar la menor sorpresa. Ya lo arreglarían.

Al día siguiente, mientras un agente de la Sûreté o un empleado de la prefectura —lo ignoro porque no despegamos los labios— nos conducía al examen antropométrico, oí a mi poli decirle a un colega suyo que encontró por el camino, con la más vehemente indignación:

—¡Qué asco de sitio, ya te digo! ¡Los muy chorizos! Voy y dejo el abrigo en el perchero. Bueno, pues a alguien le ha faltado tiempo para sisarme los grillos. He tenido que pedir unos prestados para llevarme a este…

No estaba yo del mejor humor, pero tuve que reprimir una carcajada. ¡Robar unas esposas! Era el robo en su máxima expresión, algo solo al alcance de un policía. A un auténtico ladrón le habría parecido el colmo de la perversidad.

3. EL TRASLADO

El traslado de la preventiva a la cárcel de la Santé lleva una hora, que transcurre en la oscuridad de la «lechera» o furgón celular.

Surgidos uno a uno de la nada gris de sus celdas y tras deambular por enésima vez entre corredores y ventanillas, treinta hombres dispares como treinta desdichas bizquean durante un segundo, deslumbrados por el sol que inunda el patio, y se sumergen en la oscuridad de los furgones. Junto al estribo, un guardia municipal les mete prisa. Un pasillo de planchas metálicas de medio metro de ancho divide el habitáculo en dos mitades. Dentro, otro guardia municipal armado con un llavero abre una de las estrechas portezuelas laterales. Los presos van a parar a sus respectivos nichos como canicas que caen rodando al agujero. El nicho es tan estrecho que impide todo movimiento y tan bajo que es imposible ponerse de pie. Contorsionado y sentado a la fuerza, uno siente diluirse poco a poco la oscuridad. Las pupilas se contraen para captar el hilo de luz que se filtra desde el techo a través de una rejilla polvorienta. Leo en una pared:

> *Mon cœur à ma mère,*
> *Ma tête à Deibler,*
> *Mon corps à la terre.*
> *H. bon pour la tronche.*[5]

Un «Amo a Louis…» en pequeños caracteres que imitan la caligrafía se ha superpuesto a la alusión al verdugo. La pared está llena de pintadas. Otra: «Aquí por un simpa el 2 de mayo. ¡A la mierda la República y viva Rochette!». El furgón atraviesa ahora la sonrisa velada de las luces de París. Hemos cruzado el Sena y rodamos ya por el bulevar Saint-Michel. Oigo bullir la avenida y me llegan jirones de las conversaciones de los viandantes. Alzándome hasta la rejilla de ventilación, trato de ver algo. Distingo un trozo de fachada —*Pâtisserie*, en grandes letras doradas—, la cabeza de un caballo, dos estudiantes que caminan con prisa… Nada de todo esto me sorprende aún y vuelvo a sentarme. Lo que sí resulta sorprendente es remontar de esta guisa el bulevar Saint-Michel, como un muerto en su ataúd.

Solo que este ataúd es vertical.

De ataúd a ataúd se entabla una conversación:

—¡Eh, Martingale! ¿Estás ahí?

Martingale atestigua su presencia vigorosamente:

—¡Epa!

A medias palabras, combinando el argot y el javanés —lengua indocumentada por los filólogos, que consiste en intercalar una sílaba convenida entre las sílabas de cada palabra—, Martingale y su compañero se cuentan una historia extraña, salpicada de exclamaciones soeces —en francés— y risas.

Entreveo de pasada: la muralla, altísima y gris; el recinto empedrado; la puerta, abierta como una fosa.

Dentro: pulcritud, luz tamizada procedente de un lucernario a doce metros de altura; corredores muy amplios dispuestos como callecitas. La impresión de penetrar en un subterráneo: ¡no es posible que esta luz marchita sea la del cielo libre de la ciudad! Una ciudad sepultada, poblada de sombras. «La casa de los muertos», que la llamó aquel.

Los sempiternos y lamentables escribas trajinan aquí sus plumas en una especie de quiosco acristalado emplazado en la encrucijada donde convergen todas las avenidas interiores. Vagas siluetas frente a una ventanilla. A la derecha, el ruido del agua de las duchas, desnudeces, bocanadas de vapor, la voz cansada de un boqueras:

—¿Quieres mover el culo, carajo…? ¡Largo de aquí! ¡Al corredor!

Aparece un tipo chorreando aún, en camisa, con su ropa en brazos: un traje de lana gris, un sombrero de fieltro, un cuello postizo, un atuendo de una distinción más bien cómica…

—¿Está usted sordo? ¡Camine!

Un cogote azulado pasa a mi lado sobre unos hombros redondos, y oigo:

—Cartier, Pierre-Paul-Marie… Qué, ¿usted no tenía bastante con un solo nombre? Treinta años… Por orden del juez de instrucción Billot… Inculpado de homicidio voluntario…

El escribano que toma nota gasta unas patillas largas de viejo suboficial argelino, me recuerda a las caricaturas de Gavarni. Tiene briznas de tabaco en la barba y el quepis caído sobre la oreja.

«Homicidio voluntario.» El término administrativo le arranca una sonrisa al asesino que tiene delante. El amanuense escribe en una hermosa redondilla y adorna la H con un bucle alado. Me pregunto si esconderá una esponja o un pedernal bajo ese quepis mugriento.

—Cartier, Pierre, 12.ª, 20, *uno*.

Unos viejos tilos rozan con su ramaje esta parte de la prisión y las ventanas enrejadas proyectan un asombroso resplandor verde sobre la

amplia escalera de caracol.

4. LA ARQUITECTURA

En la ciudad moderna no hay a mi entender más que una obra arquitectónica perfecta e irreprochable: la cárcel.

Su perfección radica en la completa adecuación del edificio a su objeto. La cárcel moderna se parece tan poco a la antigua bastilla almenada —cuyas aspilleras y almenas traicionaban el propósito de defenderla de la ciudad o el campo circundante— como la omnipotente sociedad capitalista a las monarquías absolutas de antaño, tan limitadas en su poder real. La cárcel moderna, ya se encuentre en el centro de la ciudad o en sus aledaños, se sabe completamente a salvo. Tras sus delgados muros despliega con serenidad sus endebles galerías en forma de estrella. Del convento y la fortaleza de antaño solo ha conservado el mínimo indispensable de murallas, ventanas enrejadas, puertas metálicas y almenas meramente decorativas. Su perfección es patente a primera vista, puesto que no puede confundirse con ningún otro edificio. Es, altiva y señeramente, *lo que es*. Su variedad de diseño es prácticamente nula. El recinto amurallado dispone de una sola salida, en torno a la cual se congregan el cuerpo de guardia, el registro y la dirección. En su interior, las naves o galerías, dispuestas radialmente, dibujan una estrella en torno a una rotonda central. Dentro de cada galería, los estrechos pasillos que conducen a las celdas de cada piso dan por el otro lado a un amplio vestíbulo central situado en la planta baja. Cada tramo de pared es como una colmena cuajada de alveolos rectangulares. Desde cualquier punto de cada pasillo, así como desde el vestíbulo, puede uno ver casi todo el colmenar de cada una de las galerías. Desde el centro de la estrella, un solo hombre puede vigilar sin problemas la cárcel entera, abarcando con su mirada hasta sus rincones más remotos, lo que garantiza la máxima comodidad de vigilancia con el mínimo de personal. Las líneas son sobrias, el diseño impecable. El techo acristalado filtra una luz diurna uniforme que se va agrisando a medida que se acerca a la planta baja: la iluminación diurna es de una economía perfecta. Los espacios exteriores entre cada ramal de la estrella se habilitan como patios para el paseo de los reclusos.

La ciudad moderna no tiene foro. No tiene arenas para los

espectáculos y el esparcimiento de sus multitudes. No tiene casas destinadas a la infancia. Entre todos sus caravasares no cuenta con casas para el trabajo, la meditación o el reposo de *todos* los hombres. Los rascacielos norteamericanos, creaciones mecánicas del genio capitalista, dan cabida a viviendas, bancos, cines, hospitales, escuelas e iglesias en una confusión cuidadosamente ordenada y bajo una única fachada completamente anónima y muda. Los artífices de la ciudad moderna no han aportado casi nada al legado arquitectónico del pasado, salvo por esta colmena científicamente inmejorable de crímenes, vicios e iniquidades, reservada a sus víctimas.

La cárcel moderna —los españoles han dado en llamarla «Cárcel Modelo», con todo su candor— resuelve satisfactoriamente el problema de la economía en materia de espacio, trabajo y vigilancia. Habitada por una multitud, logra aislar por completo a cada uno de sus individuos. Más activa que la colmena, logra llevar a cabo silenciosa y metódicamente tantas tareas distintas como existencias son arrojadas a sus engranajes. Las posibilidades de evasión se reducen en ella a proporciones infinitesimales. De la Bastilla los reclusos se evadían. Y se evadían también de Noumea,[6] pese al océano infestado de tiburones. De la Guayana se evaden aún, atravesando la selva virgen. De la cárcel modelo nadie se evade.

La prisión moderna es imperfectible, puesto que es perfecta. Lo único que cabe es destruirla.

5. EN LA CELDA

Heme aquí de nuevo en la celda. Solo. Los minutos, las horas, los días transcurren en una inmaterialidad aterradora. Así pasarán los meses y los años. ¡La vida! El problema del tiempo lo es todo. Nada distingue una hora de otra: los minutos y las horas se escurren en un lentísimo suplicio y una vez que han pasado se diluyen en una nada casi absoluta. El minuto presente es infinito, pero el tiempo no existe. ¿Razonamientos de loco? Podría ser. Con todo, sé la profunda verdad que encierran. Y también sé que el preso es, desde la primera hora que pasa en su celda, un desequilibrado.

La mía es una de esas celdas que en los informes oficiales figuran como intachables en su disposición y mantenimiento. En el segundo piso de la galería, una puerta brillante y acerrojada, como tantas otras: 14.ª división, número 39. «14.ª—39», ese soy yo. Tres o cuatro metros de ancho y tantos otros de largo. Una mesita de roble atornillada a la pared; una pesada silla sujeta por una cadena para que no pueda servirle de arma al inquilino cuya desesperación y furia se puede anticipar. Un catre de limpieza satisfactoria que se pliega contra la pared durante el día y apenas ocupa espacio. La cama hay que hacerla por la noche, cuando tocan la campana; a partir de esa hora se prohíbe permanecer en pie. Se pliega de nuevo por la mañana, al toque de campana. Aun en caso de enfermedad, está terminantemente prohibido acostarse de día sin autorización expresa del médico. También hay una tabla en un rincón, que hace las veces de estante: por el momento no soporta otra cosa que el *cuarto* de hojalata y la escudilla de madera que sirve de cuchara. Dos ventanas en lo alto de la pared del fondo, chatas y alargadas, con barrotes y vidrios esmerilados. En una esquina, un inodoro de loza y un grifo. En la puerta, la bandeja para introducir la comida y el chivato, ese ojo cuyos parpadeos metálicos resuenan de hora en hora, cuando los funcionarios hacen la ronda. Las paredes están pintadas de marrón oscuro hasta una altura de un metro; más arriba, de un ocre amarillento desvaído. Uno vive allí bajo una luz terrosa.

La celda no se asemeja a una habitación, tiene algo de retrete sobredimensionado y de celda monacal. Aun así, es habitable. Eso es

algo que he descubierto con el tiempo. Y es que el hombre necesita bien poca cosa para vivir, no mucho más que los cuatro palmos de tierra que sellarán su reposo cuando le llegue la hora. Como en la celda del monje, se respira aquí la proximidad de la muerte. Esto es también una tumba. La prisión es *la casa de los muertos*. Somos miles de muertos vivientes los que habitamos entre estos muros…

Aun así, he vivido allí mucho y muy intensamente. Me han cambiado de celda varias veces y nunca he dejado de sentir cierta tristeza al tener que abandonar esas paredes parlantes, cuyas confidencias conocía tan bien y entre las que había pasado horas de tal plenitud. Una celda de condenado a muerte pintada de un gris acerado me dejó, pese a la pesadilla infinita de los quince días que pasé en ella, un recuerdo en el que hay verdadera claridad…

Los primeros días son los peores. Y dentro de los primeros días, las primeras horas.

Aquí está el hombre, entre estas cuatro paredes. Solo: en torno a él, nada. Ningún acontecimiento. Ninguna posibilidad de acontecimiento. Ociosidad absoluta. Las manos se revelan inútiles. Los ojos se cansan de inmediato de la luz amarillenta y uniforme. El cerebro febril funciona en vacío.

La vida de la ciudad y de cada uno de sus moradores transcurre en una agitación furiosa. Ayer tenía uno mil preocupaciones y desplegaba una actividad frenética, devoraba las horas, andaba disparado en metro, remontaba la marea viva de los bulevares, se veía rodeado a todas horas de miles de rostros, de periódicos, del grito abigarrado de los carteles, de la voz persuasiva de los libros. Ayer, en el centro mismo de la vida se encontraba la mujer, el hijo, los amigos, los camaradas. Gentes y objetos lanzados en un movimiento incesante, como uno mismo, con uno mismo. Y de pronto: nada. Silencio. Aislamiento. Inactividad. La insipidez del tiempo vacío.

El corredor súbitamente inmovilizado experimenta una sensación de shock. Lo mismo le sucede al recluso. En el desquiciamiento total de su vida interior todo se distorsiona y el primer plano se agiganta. La menor preocupación puede agravarse, tornarse obsesión. La imaginación concreta inmediatamente en imágenes o sensaciones un cúmulo de hipótesis que una mente normal descartaría en el acto. Repetidas observaciones me han confirmado que durante las primeras horas de aislamiento la inmensa mayoría de los reclusos viven con singular intensidad una síntesis de su futura vida interior en la cárcel; que enseguida se les va la cabeza, pues el brusco tránsito de la vida activa a la muerte confinada basta para provocar toda clase de desequilibrios; que no tardan nada en caer presa de dos o tres obsesiones, a saber: la preocupación por su «caso»; la inquietud por sus seres queridos; el sexo.

Todo recluso tiene por compañera alguna idea fija. Todo recluso vive desde el primer momento a la sombra de la locura.

A la celda no lleva uno nada consigo. A veces encuentra en ella un libro. Nunca una hoja de papel. Nada en lo que emplearse. Los presos preventivos tienen derecho a pedir trabajo, pero pasan varios días antes de que se lo asignen y suele ser un trabajo ridículamente mal pagado y de una monotonía embrutecedora: seleccionar granos de café, fabricar bolsas o abanicos de papel, plegar cuadernos escolares. El mismo gesto insustancial repetido miles de veces al día. Hay que admitir que, por embrutecedor que sea, este tipo de trabajo sigue siendo una distracción física positiva, una forma de ahuyentar la obsesión. Pero como distracción mental resulta muy pobre y solo sirve para engendrar en el sujeto una franca aversión al trabajo. Los preventivos también pueden obtener el permiso del juez de instrucción para recibir libros de estudio del exterior: esa es su salvación. Por desgracia, el trámite dura varios días. Yo obtuve el permiso sin dificultad, pero recuerdo que se negaron a hacerme llegar dos novelas de Anatole France y Pierre Loti que el funcionario de turno no debió de juzgar muy apropiadas para el estudio: la prisión, aunque sea preventiva, constituye una *penitencia*, en el sentido medieval del término, y estaría fuera de lugar que sus ocupantes se entregaran a lecturas puramente recreativas. Afortunadamente, la propia imbecilidad administrativa contribuyó a mitigar este rigor: después de pretextar que mis estudios eran «literarios», me permitieron recibir toda clase de antologías…

Por otra parte, la administración penitenciaria se enorgullece de que todas sus prisiones cuenten con una biblioteca. En la Santé se presta un libro de entre cien y trescientas páginas a cada preso todas las semanas, sin mediar por su parte ninguna preferencia o elección. Se abre el chivato y una voz grita: «¡Libros!». El preso entrega entonces el libro que lleva ocho días en su celda, a cambio del cual recibe otro que el interno encargado de la distribución escoge al azar de entre el montón que trajina… El libro que encontré en mi primera celda era una novela de aventuras de Mayne-Reid, repleta de cazadores de cabelleras, tramperos y selvas vírgenes: en fin, todo lo necesario para alimentar los instintos latentes de los «gallitos» de barriada. Faltaba una quinta parte de las páginas; en compensación, los márgenes estaban salpicados de inscripciones varias e incluso dibujos eróticos de un primitivismo prodigioso. La cubierta y los bordes de las páginas estaban tan puercos que preferí enfrentarme durante varias horas al vacío del tiempo antes de decidirme a tocar el libro.

El fondo de la biblioteca de la Santé parece estar compuesto de

pésimas novelas de aventuras, viejos libros didácticos (Albert Cim), obras de Mayne-Reid y Julio Verne, novelas de ignotos y mediocres aprendices de literato que la benévola administración adquirió seguramente por el mero hecho de que eran invendibles, y una providencial colección de Balzac. Más tarde tuve el privilegio de escoger mi libro de entre una lista que comprendía una veintena de títulos de este género. Casi se me olvida mencionar algunas antiguallas, cargadas de somnífera moralina. A juzgar por su relativa pulcritud (la de sus páginas), estas obras son las menos leídas; pero la ferocidad de ciertos comentarios escritos en sus márgenes revela que son las que mejor se entienden. Aquí, al menos, la moral burguesa no engaña a nadie…

En mis coloquios con todos estos libros he aprendido que la más mediocre de las páginas impresas puede tener su valor. La cosa está en saber leer y hacer del libro un pretexto para meditar. Aunque solo sea acerca de la estupidez humana…

Entre los lobos del zoológico hay siempre algún espécimen desmedrado de pelaje grisáceo que se pasa el día dando vueltas y más vueltas a su jaula, incansablemente, a un trote apresurado. El hombre en prisión, antes de que transcurra su primera hora de encierro, descubre el mismo recurso: se echa a andar. Da la vuelta a su celda con un andar mecánico o concienzudo, según su estado de ánimo, y cuenta los pasos. ¡Once! ¡Maldita sea! Acompasa entonces la zancada y sonríe al evitar la trampa que le había tendido un número fatídico: la vuelta a la celda se da en doce pasos. Hay muchos otros sistemas: uno puede calcular el tiempo preciso en segundos, contar el número de vueltas y entregarse luego a cálculos sumamente complejos del kilometraje realizado. O puede uno apostar consigo mismo e improvisar apasionantes juegos de azar. ¿Cuántos pasos o cuántas vueltas hasta la siguiente ronda, que delatará el leve chasquido del chivato? Treinta y ocho vueltas… ¡He perdido, he perdido! ¡No, he ganado! Treinta y ocho, clavadas. El recluso se detiene, sacudido por una risa silenciosa, una de esas risas de hombre solitario que un buen psiquiatra reconocería al instante. O puede uno dar vueltas como un derviche danzante hasta marearse, hasta perder el aliento, hasta caer desplomado en la pesada silla de madera con los oídos zumbando y las pupilas contraídas, mientras las cuatro paredes de la celda parecen dilatarse oblicuamente, deformarse en rombos, rotar en torno a un eje fantástico. Las más de las veces se pasea uno por la celda con aire pensativo, mientras su cerebro se consume en devanar la madeja de sus tácticas jurídicas ofensivo-defensivas. Esta práctica, cuando se prolonga cierto número de meses o de años, le cambia a uno la mirada y los pliegues del rostro. El preso versado en ella mira con ojos

distraídos, escucha con distante complacencia y desvía constantemente el rumbo de la conversación hacia su propio plan de defensa, valiéndose de ingeniosos rodeos. He conocido a algunos que llevaban ocho o diez años dándole vueltas al asunto.

El hombre que camina alrededor de su celda —¡doce pasos, nunca once!— tiene una compañera invisible que puede ser cruel a veces, pero que en general lo calma, lo entontece o le aligera un poco el peso de las horas: la demencia.

Yo adquirí de inmediato mi propia manera de caminar y sustraerme a la influencia de la celda. No voy a arrogarme el mérito del descubrimiento. Piotr Kropotkin refiere en sus *Memorias* los años que pasó encarcelado en San Petersburgo, en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Durante mucho tiempo no le dieron libros ni papel y, para no enloquecer de pura desocupación, se forzó a redactar cada día, metódicamente y con la mayor seriedad, un periódico imaginario completo, con sus artículos de fondo, crónicas de sucesos y variedades, reportajes científicos, reseñas artísticas, ecos de sociedad, etc. Así llegó a escribir mentalmente un sinfín de artículos. Lo mismo hice yo. El ejercicio me dio ocasión de emprender una metódica clasificación y revisión de mi escaso bagaje cultural, mis recuerdos, mis ideas: un vastísimo trabajo interior al que uno nunca logra consagrarle el tiempo necesario en el frenesí de su vida activa y que hace patente el beneficio de los «retiros», tal como se practicaban en el mundo católico en siglos pasados y se siguen practicando aún a veces. El recogimiento propicia la revisión de los propios valores y la liquidación de todas las cuentas que tenía uno consigo mismo y con el universo. La introspección revela las infinitas facetas de la vida interior y arroja luz sobre los rincones más recónditos del ser.

Pero la compañera invisible sigue allí. Observándose a sí mismo acaba uno por familiarizarse con ella. Anda siempre al acecho, aguardando el instante en que la voluntad desfallezca, en que falle imperceptiblemente algún resorte de ese complejo mecanismo de relojería cerebral que los metafísicos llaman «alma». Cuando eso sucede, una obsesión se adueña del recogimiento y empieza a taladrar la fatigada sesera.

Es la «depre». *Le cafard*, como la llaman en francés: la «cucaracha».

La imagen es acertada. El repulsivo y negruzco insecto no deja de zigzaguear bajo la bóveda craneal.

Las paredes hablan. Cada superficie revela al ojo atento multitud de signos, grabados casi siempre con un alfiler o, en los rincones más sombríos, con finos trazos a lápiz. Cuatro motivos repetitivos vienen a compendiar lo esencial en las vidas de los sucesivos ocupantes de mi celda:

El hombre y la mujer. Un corazón traspasado por una flecha. «Fred del Bar Catalán a Tina del Pasaje — de por vida.» O, en otra versión abreviada: «Grand Jean de la Bast. a Line Ratita — d. p. v.». Tomar y entregarse de por vida, ese es el sueño ritual que los chulos inscriben con orgullo en estas paredes. ¿Estarán realmente poseídos por la idea de la entrega definitiva? Creo que padecen más bien, con cierta autocomplacencia, de la violencia felina del amor, una violencia que pertenece a la esfera de lo absoluto. Hay otros motivos referentes el amor, glosas brutales: el símbolo fálico, el dibujo torpe de niñito perverso que esboza el contorno puntiagudo o carnoso de los senos, la hendidura de los labios secretos, a veces la grupa o la silueta completa de la mujer. La cara se ve reducida al moño característico. Dibujos primitivos evocan la cópula con la pobre fantasía lúbrica de las postales eróticas… A la vista de estos símbolos obsesivos, ¿cómo no pensar que en los bajos fondos de nuestras grandes urbes se perpetúa una especie de culto fálico? La eternidad del amor se pone por escrito; la permanencia de la calentura y todo lo que la calentura implica aquí de sufrimiento se proclama en los dibujos.

M. A. V. o M. V. significa *mort aux vaches*: «muerte a los maderos». Esta frase o su abreviatura acompaña a la mayoría de las firmas. Porque los deberes fundamentales son dos: amar a la mujer y odiar al enemigo.

Otro deber es la solidaridad. El hombre traicionado lanza su advertencia a la buena de Dios, como el capitán del barco que se hunde arroja una botella al mar: «Dédé de Montparnasse es un cañuto». El mensaje lleva por firma las iniciales B. H. y está fechado. Otra: «A Riri lo vendió el Alsaciano, dos años, robo». ¡Qué admirable concisión! Sigue una buena ristra de nombres acompañada de exposiciones igual de lacónicas.

En un rincón de mi primera celda encontré grabadas en el suelo estas palabras: «Siete meses más y la mato». Debajo había una especie de calendario diminuto. Cada día correspondía a una línea y cada mes a una cruz. El autor pasó en aquella celda cinco meses y dos días.

Las paredes no solo transmiten las voces del pasado. Justo acaba de pasar la ronda cuando me llama la atención un ruido apenas audible, no más alto que el mordisqueo de un ratón. Tres golpecitos discretos, una pausa, tres golpecitos más. Al otro lado del muro de piedra un hombre me llama. Yo respondo: tres golpes, una pausa, tres golpes. Luego, con regularidad, los golpes se espacian en una serie larga y clara, con tandas de tantos golpes como precisa cada letra del alfabeto: 16, p; 9, i; 5, e; 18, r; 18, r de nuevo; 5, e. Mi vecino se llama Pierre. Hay que estar muy atento para no equivocarse al contar los apresurados golpecitos, que hay que escuchar con el otro oído puesto en los ruidos del pasillo para no ser sorprendido. Tras largos minutos,

Pierre, «de la Banda de los Cuatro», me ha dicho: «Hola. Trincado por asesinato, ¿y tú?».

Por mi parte, no tengo nada que decirle a Pierre, de la Banda de los Cuatro. Me aburre esta conversación ratonil, estos cálculos alfabéticos.

Golpeo en respuesta un «¡Adiós!» y regreso a mi silencio… y al trabajo.

Uno aprende enseguida a deducir la hora por los ruidos de la prisión. Un prolongado estrépito de escudillas anuncia la próxima distribución del rancho: pronto serán las cuatro, el término de la jornada. Un precipitado abrir y cerrar de puertas: ya está aquí el oficial cartero.

De pronto, el hombre que camina por su celda se detiene en seco, petrificado. Al pie de la galería, junto a la mesa del oficial de turno, una voz acaba de anunciar:

—¡13.ª – 21! ¡Libertad!

Y a buen seguro que allá arriba, en sus alveolos de cemento, el 13.ª – 20 y el 13.ª – 22 se han visto sacudidos por un escalofrío. Ansiosos, con el corazón en un puño, escuchan acurrucados contra la puerta. A lo lejos, unos pasos pesados resuenan en las escaleras y se acercan por el pasillo. Ya está aquí, ya está aquí. Con gran estruendo se abre la puerta de la 13.ª – 21 y se entabla el siguiente diálogo:

Una voz de bajo, indiferente:

—13.ª – 21, Michaud, Oscar-Léon. ¿Es usted?

Una voz palpitante, ansiosa, sofocada:

—Sí, señor oficial, sí, soy yo.

El pobre diablo ha oído bien. Lo sabe. Pero no acaba de creérselo. Tiene miedo. Quisiera humillarse en seductoras zalamerías ante este funcionario bigotudo con la tez de ladrillo que trae su destino escrito en un pedazo de papel. Y quisiera también soltar el corazón, que le brinca dentro del pecho, y gritar «¡Soy yo! ¡Yo! ¡Yo!».

La voz del bajo prosigue con calma:

—Recoja sus trastos. Queda en libertad provisional.

La otra voz, turbada y efusiva, en un tono de colegial agradecido:

—Gracias, muchas gracias.

Se van. El pobre hombre va contando su historia en un arranque de locuacidad. El 13.ª – 20 y el 13.ª – 22 se enderezan, taciturnos, sus ceños duros cruzados sin duda por una misma arruga. El 13.ª – 20 tiene para dos años, por lo menos. Al 13.ª – 22 le quedan diez…

Otro grito al final del pasillo:

—¡13.ª – 23! ¡Libertad!

El 13.ª – 20 se muerde los labios, retuerce los puños. El 13.ª – 22

lanza una mirada perdida a la celda, que se ensombrece por momentos; su rabia pujante se condensa en vagas imprecaciones:

—¡Ah, canallas! ¡La madre que los parió!

Alejandro Dumas describe en una de sus novelas una horrible ejecución en Venecia, que somete a tres desgraciados a una refinada tortura. Los tres se dirigían tranquilamente hacia el patíbulo, dispuestos a morir, casi muertos ya en el fondo de sus almas, cuando un mensajero apareció de pronto trayendo el perdón de uno de ellos. Los otros dos se revolvieron entonces en frenética indignación. Ver sobrevivir a su compañero era peor que la muerte. Esta página de la novela encierra una verdad psicológica atroz… Aquí, cada anuncio de liberación provoca en la mayoría de los que lo oyen una irreprimible sacudida nerviosa. Los presos más rudos sufren, pese a la costumbre, como de una herida repentina. Y aquellos a los que la liberación pasa rozando, por ser los vecinos del afortunado, se sienten ultrajados por una tremenda iniquidad.

Las llamadas al locutorio tienen similares repercusiones. Una envidia terrible roe el corazón de los abandonados y los traicionados cuando sus hermanos de infortunio reciben la visita de sus allegados. Tuve una vez dos compañeros de celda, uno de los cuales le inspiraba al otro un odio mortal. Uno había sido entregado a la policía por su amante. El otro recibía cartas apasionadas de la suya a diario…

Al caer la tarde, otros gritos rasgan el silencio. Las horas transcurren con pesadez y en esto que allá fuera una voz vibrante clama:

—¡Buenas noches, amigos, buenas noches!

Un segundo de espera. La cárcel entera está a la escucha. La voz vehemente planea y se arremolina con furor:

—¡Didi de la Chapelle os da las buenas noches! ¡Valor y agallas!

Es el adiós del que se va. O a veces la rebelión del que se queda, castigada esa misma noche en el «chopano». El llamamiento, la exhortación, la promesa.

La feroz exhortación cala hondo. El grito, que surge de los bajos fondos de París, da fe de una tradición de valor y agallas.

A veces, sobre todo al anochecer, llega hasta el recluso algún ruido de la calle. El bocinazo de un coche. La campanilla de un tranvía que resuena a lo lejos. Al instante surge la imagen de la calle iluminada y del tranvía. Ve uno las manos enguantadas del conductor sobre el manubrio. Lo ve uno todo. Respira el olor del asfalto y la gasolina. Y todo se desvanece.

En el chivato abierto repentinamente aparecen y desaparecen dos

ojos bajo la visera de un quepis. Se siente uno emparedado vivo. Según sea el preso un veterano o un novicio, la tranquila grisura de la hora recobra con mayor o menor rapidez su tonalidad habitual.

La ciudad y la vida no son más que irrealidades.

La realidad son estas cuatro paredes. Y esas ciento sesenta y dos rayitas en el suelo del rincón más sombrío, junto a la frase grabada por un desconocido: «Siete meses más y la mato».

6. EL RÉGIMEN

A las siete de la mañana suena la campana que señala el inicio de la jornada. Un cuarto de hora más tarde, el funcionario de turno abre la puerta de la celda para proceder a una rápida inspección. La cama se pliega contra la pared y la ropa blanca se dobla conforme al reglamento. Un preso con una bata, acompañado del funcionario que va abriendo los chivatos, arroja a la celda la «bola de salvado», una hogaza de pan negro de 700 gramos que resulta comestible cuando el hambre aprieta. Una hora después llega la sopa matinal. El cuenco, que una mano negruzca introduce por el chivato, no suele contener más que una buena cantidad de agua tibia y amarillenta en la que flota a veces, no siempre, algún resto de col. Está algo salada, eso sí. Cuando anda uno muerto de hambre, y en invierno, si la «sopa» está lo bastante caliente para confortar el estómago, se moja en ella el pan negro. Las más de las veces, hasta los presos famélicos mandan al retrete esta aguachirle insípida, que no es ni comida ni bebida, sino un enjuague. La administración proporciona a los cocineros cantidades fijas de legumbres secas, grasas e incluso verduras frescas, pero —aparte de que la aplicación de las prescripciones reglamentarias cae bajo el control de un personal interesado en una práctica muy distinta de la teoría— una larga serie de chanchullos sucesivos van superponiéndose para reducir el rancho ordinario de los presos a su mínima expresión. El funcionario mal pagado que trabaja en la cocina no se priva de escamotear una porción. Antes de él, el sargento furriel no ha entregado las cantidades prescritas de víveres —que se pesan para cubrir las formas y a toda prisa, bajo la mirada indulgente del colega o cómplice del jefe de cocina interno— sin algún mordisco previo. Los internos de la cocina velan a continuación por sus intereses. Es natural que coman lo mejor posible y preparen platos finos o paquetes de comida para un puñado de amigos selectos. Necesitan dinero. El hábil comercio de cebollas y grasas que mantienen con los presos en puestos de confianza y con los funcionarios menos altivos les proporciona los recursos deseados. Los pocos nutrientes que puedan quedar en una sopa tan bien desgrasada sirven para aprovisionar primero a los chicos de la cuadrilla de mantenimiento y luego a sus «compas». Mediante una pequeña

recompensa al distribuidor habitual de sopa se puede obtener un cuenco con una cantidad decente de col. Los menos despiertos y los que están sin blanca no reciben más que una agüilla amarillenta.

A eso de las cuatro, la segunda comida. La misma sopa, más una escudilla de verduras, que consisten alternativamente en judías, puré de guisantes, puré de patatas y arroz. Estas verduras se cuecen en agua con sal y sin ninguna grasa, según parece: es una ración de subsistencia, un alimento desaborido que se absorbe por pura necesidad. Los purés son gelatinosos y relucen como la cola. A veces sirven judías pintas que le pueden romper a uno los dientes y que producen un bonito ruido metálico cuando se lanzan al cuenco desde cierta altura. Los jueves y los domingos, el poco jugo de carne que se le añade a esta pitanza administrativa basta para hacerla deliciosa. Esos días, a las verduras de la tarde se le añaden «80 gramos de ternera cocida»: unas sobras de fiambre ensartadas en un palito blanco de madera o un tendón bien correoso.

El régimen alimenticio de los preventivos de la Santé es significativamente peor que el de los convictos de los centros penitenciarios. Es evidente que la administración ha sopesado las razones que se exponen a continuación. En lo que hace a su régimen alimenticio, los preventivos se dividen en tres categorías: los ricos o acomodados, los asistidos y los abandonados. A decir verdad, a la administración solo le importan los primeros, que reciben frecuentes visitas de abogados de renombre, cuentan con la protección de diputados y son susceptibles de llamar la atención de la prensa sobre las condiciones de los presos; pero esos tiran el rancho o lo rechazan desdeñosos, pues tienen permiso para hacerse traer la comida del restaurante y recibir botellas de vino y buenas cestas de provisiones. Los menos afortunados que, aun así, cuentan con la ayuda de sus familiares, se alimentan con lo que les envían del exterior y lo que compran en la cantina; para ellos el rancho solo tiene una importancia secundaria. Los abandonados, los que no tienen dinero ni familiares que les echen un cable, se beben rabiosamente el agua tibia y amarillenta por la mañana, han dado cuenta de su bola de salvado al mediodía y tienen que solicitarle al médico un cuarto de hogaza suplementario. Estos delincuentes de poca monta, cuya inútil defensa despacha descuidadamente un abogado de oficio, no tienen ninguna reclamación que hacer: eso se lo dejan bien claro. La menor observación les vale varios días de calabozo.

—¡Díñala, si tanto te apetece! —les dice el vigilante de las celdas de castigo—. ¡A mí me la sopla!

De eso ya están al tanto. Y de hecho la diñan, muy despacio, sin decir ni pío; soñando a veces con una pena de trabajos forzados, de los que es posible evadirse, donde es posible vengarse. («¡Ah! Te juro que

si el boqueras este me toca más los huevos le clavo el pico y lo destripo…»)

Los gritos de la noche —¡valor y agallas!— les recorren la médula espinal con largos y vivificantes escalofríos.

Siempre queda el recurso de acudir a la revisión médica. Allí te dan un suplemento de pan, una ración de aceite de hígado de bacalao y unas pastillas de dios sabe qué.

Los moralistas definen a veces el ejercicio de la medicina como un sacerdocio. La misión del médico, del sacerdote, del abogado, es asistir a los enfermos, a los desamparados, a las víctimas y a los culpables. Franqueados los muros de la prisión, bien poco es lo que queda de esas viejas hipocresías. Víctima o culpable —sutil distinción —, el detenido que no puede pagar no cuenta en realidad para ningún abogado. Al cuarto o quinto mes de pretuberculosis, cuando las amígdalas del hambriento se inflaman dolorosamente o la otitis anega sus oídos en una neuralgia constante, el preso se inscribe en la lista del «reconocimiento médico».

Un oficial de prisiones reúne a los pacientes a eso de las once. Con un destello de grata sorpresa en los ojos huraños, diez o doce detenidos forman fila en el vestíbulo de la planta baja. Mientras esperan a los últimos pacientes inscritos, el hombre de la mejilla inflamada traba discreto conocimiento con el varicoso que se queja de no poder andar; un tísico tose y estudia en su pañuelo el esputo sanguinolento de cuya exhibición espera sacar algún medicamento reparador. Un turbio financiero, contento de escapar por unos minutos de la soledad, que tan cruel les resulta a los exvividores, entabla una conversación precipitada con el gran Jadin, el de los ojos burlones («¿Sabes qué te digo, Jadin? De lo del golpe de Bagnolet…»), que solo acude al reconocimiento para tramar algún chanchullo…

—¡Andando!

Y avanzan todos en fila india detrás del funcionario. Frente a la celda de la planta baja que hace las veces de consultorio, nuevos encuentros, intercambios furtivos de señales, cartas confidencialísimas que pasan de mano en mano, ocultando más de un secreto criminal… y también más de un mensaje de amistad. Todo el interés de la visita al matasanos, incluso desde un punto de vista médico, reside en estos encuentros y esta correspondencia. Estos minutos de contacto con *otros hombres* mitigan la neurastenia.

Una mesa blanca. Encima, un enorme registro. Detrás de él, un señor con bata blanca, flanqueado por dos internos-enfermeros de pie. Una especie de tribunal administrativo. Un funcionario va llamando a los pacientes.

—Pirard, Marcel…

Pirard, Marcel, se desprende de la pared gris del pasillo y se planta frente a la mesa del médico, ocupado aún con el paciente anterior (Crispin, Gustave-Léon, 22 años, bronquitis), para el que escribe cuidadosamente en el gran registro, en la columna de *recetas*: «tint. yodo». Es la octava *tint. yodo* de hoy: ¡noviembre! Sin apartar los ojos del registro, donde lee las entradas referentes a Pirard, Marcel, el matasanos pregunta:

—¿Qué le pasa?

Pirard, Marcel, carretero de profesión (consta en el registro por un delito de «agresión con lesiones»: le partió el mango del látigo en el espinazo a un subcontratista deshonesto), lleva dos días ensayando su discurso. La celda lo está volviendo loco. No puede dormir, tiene sudores fríos, pesadillas, zumbidos en los oídos…, ¡no aguanta más! Le gustaría que lo «emparejaran», es decir, que le concedieran un compañero, un hombre de carne y hueso con el que hablar, antes de que esas paredes, esas paredes desnudas, vacías, mudas, frías, lo lleven a la locura, pero… ¡cómo contarle todo esto al médico en un minuto escaso!

—No sé qué me pasa, doctor: estoy perdiendo la chaveta…

De pie detrás del médico, los dos enfermeros —dos augures— esbozan una sonrisa indignada. ¡Otro cuentista! («¡Que está perdiendo la chaveta, dice! ¡Pues tal día hará un año, chaval!») El médico alza la vista, pero enseguida recuerda que esta mañana tiene a cuarenta y siete reclusos inscritos para el reconocimiento y que aún anda por el veintitrés. Sin haber mirado siquiera a Pirard, Marcel, el médico trata de concretar:

—¿Le duele la cabeza?

—¡Sí, eso es, doctor! —murmura Pirard, Marcel.

Ya están conduciéndolo lentamente hacia la puerta. En la columna de *recetas* el médico escribe: bromuro. Llaman a Maekers, Henri, el siguiente. Cada reconocimiento dura entre cuarenta y sesenta segundos: el tiempo necesario para rellenar con un rápido garabato la columna de *recetas*. Pirard, Marcel, vuelve a su celda abatido. Y allí sigue «perdiendo la chaveta», sin ruido, hasta el día en que —si la instrucción se prolonga— le oiremos lanzarse enfurecido contra la puerta, darse de cabezazos contra las paredes y aullar como una fiera. Luego lo zarandearán un poco, lo meterán en la ducha, lo mandarán al calabozo y acabarán por «emparejarlo» sin intervención del médico.

Jamás he visto al médico auscultar a un solo paciente.

Cierto que a veces encuentran a algún preso muerto en su celda… pero es de muerte natural.

El reglamento establece un paseo diario de veinte minutos: el preso tiene derecho a rehusar. Yo alguna vez me he negado por el horror que les tengo a los escupitajos.

El paseo se da en patios de cuatro a cinco metros de ancho y ocho a diez metros de largo. Los pabellones de la Santé forman en su conjunto un enorme cuadrilátero en cuyo centro se encuentran los patios para el paseo: una vasta superficie dividida en recintos más o menos iguales, todos cerrados, algunos con muros por tres de sus lados y por el cuarto con una reja que dista dos metros y medio de las ventanas de las celdas interiores de la planta baja. Una pasarela elevada y cubierta circunda estos patios, muy parecidos a las jaulas de los osos en los zoológicos faltos de recursos. Veinte hombres pueden tomar allí el fresco sin salir del más completo aislamiento bajo la atenta mirada del vigilante que hace la ronda por su pasarela. Algunos de estos patios están cubiertos.

Uno atraviesa los pasillos entre un estruendo de portazos; ve pasar por delante a un vecino de celda y se encuentra de pronto en la jaula de los osos. Un panorama de muros ocres; allá arriba, los pabellones rectilíneos, también ocres, con su infinidad de ventanitas enrejadas. Se entretiene uno en ver cuáles están abiertas y cuáles cerradas.

De siete a diez han pasado nueve hombres por el patio; el décimo encuentra el cemento literalmente acribillado de colillas y mucosidades verduzcas. Muchas veces he resistido a la tentación de esos veinte minutos de aire libre por la repulsión nerviosa que me causan todos esos gargajos, toda esa flema que uno debe esquivar durante los veinte minutos que pasa dando vueltas a la jaula. A veces un papelito hecho una bola salta por encima del muro o una voz llama desde el otro lado de la reja… Al volver, el olor rancio de la celda le oprime a uno la garganta.

Dos veces por semana, los familiares de los reclusos se reúnen frente a las puertas de la cárcel poco antes de la hora establecida, formando uno de esos grupos singulares que también pueden verse los días de visita a la entrada de los hospitales. Entre las personas allí congregadas, que comparten sus aflicciones en voz baja o se aíslan en un mutismo consternado, predominan las mujeres, sobre todo las mujeres mayores. Todas parecen viudas. Los viejos llegados de los arrabales con sus cestas de provisiones tinen cara de duelo. El azoramiento que sienten transpira en cada uno de sus gestos, la vergüenza vela sus miradas. Se traban allí simpatías. La madre del ladrón se encuentra con la madre del asesino y le dedica una mirada de indecible conmiseración. Nadie se atreve a alzar la voz; las manos trémulas se agarran a los paquetes de alimentos y ropa blanca. Las gentes de bien temen que las reconozca algún vecino que pase por allí.

El locutorio se compone de dos filas de compartimentos enrejados, dispuestos unos frente a otros y separados por un espacio de un metro. La madre se sienta en el lado del registro. El hijo, en el lado opuesto. No pueden tocarse, y a duras penas logran verse y oírse. Cada cual arrima la cara a la reja polvorienta. A ambos lados los ojos se achinan, tratando de distinguir en la penumbra las facciones familiares. *Allí está el otro*, carnal y espectral a un tiempo, presente e inaccesible. Estos compartimentos divididos se suceden en largas series paralelas, saturadas de un confuso tumulto de voces, sollozos, suspiros, gritos, exclamaciones, reproches y consejos al que hay que imponerse para hacer llegar una palabra de un lado a otro. Uno sale de este aulladero con la cabeza zumbando, llena de clamores. Pero cuántos perdones, cuántas promesas, cuántas penas, cuántas esperanzas desoladas alzan allí el vuelo entre las dos rejas para caer luego pesadamente, rotas las alas, entre el vocerío…

Un hombre, una mujer. Él, unos espléndidos hombros de atleta, el cuello corto, la frente baja de fuerza reconcentrada, una especie de fuego negro en las cuencas profundas cavadas bajo el arco ciliar. Él, el terror. Un asesino. Ella, flexible y felina de la grupa a los senos, el moño dorado. Ella, el amor, vendido de noche y regalado de día, una «hermana» postiza venida hoy a contemplar a su hombre y gritarle:

—¡Soy tuya, ya lo ves! ¡Hasta lo más hondo! ¡Tú eres mi hombre!

Ella está completamente pegada al enrejado, proyectada hacia él. Fue por ella, al fin y al cabo, que él tiñó de sangre su navaja. Él, con los dientes apretados y la mirada turbia fija en esa boca ofrecida, entregada, pero irreal, afectando ese desprecio por el amor que corresponde al macho, murmura:

—Tienes que mandarme tabaco.

A la derecha, una madre y su hijo.

Veinte minutos. La madre sale de la jaula un poco más pálida, con el paso vacilante. Está como borracha. El sombrero se le ha caído sobre una oreja. Los ojos húmedos le arden, le tiembla el labio inferior… Se moriría de vergüenza de romper a llorar allí, delante de «la gente». Tiene prisa por salir: «La calle me sentará bien». La mujer piensa… y las paredes de la cárcel se arremolinan en torno a ella, angulosas, rotas, inclinadas, a punto de desmoronarse… «Así que es verdad, todo es verdad, todo lo que decían los periódicos. ¡Dios mío! ¡Mi pobrecito Marcel! ¡Mi pobrecito Marcel!»

El hijo se va por su lado, tambaleándose un poco también, los ojos prendidos aún a la imagen del rostro sufriente de una vieja madre deshecha. Su confesión a gritos le tiembla aún en la garganta. Pero se acabó, se acabó de una vez. ¡Qué alivio! Ahora lo sabe todo, todo: que lo hizo para convertirse en aviador…

En su celda encuentra el regalo que le ha llevado su madre: un

bote de mermelada, pan blanco, una lata de sardinas que acaban de abrir. Una camisa limpia. La camisa está manchada de aceite.

El estruendo de la puerta al cerrarse solo hace que avivar la envidia de los abandonados en las celdas contiguas.

De vez en cuando pasan inspección. En el umbral de la celda se planta un señor con galones en el quepis. Detrás de él, el funcionario de turno, el jefe de servicio —con su uniforme de gala de mangas ribeteadas— o algún inspector.

—¿Tiene usted alguna reclamación que hacer?

No la tengo. Ni yo ni nadie. A ningún preso se le ocurriría enemistarse con las autoridades todopoderosas. El chico paliducho y endeble al que el funcionario acostumbra a tratar a todas horas de «pedazo de cabrón» —y ya puede dar gracias si no le propina además un golpe «accidental» en la espalda con su pesado llavero— admira con suma deferencia los tres ribetes plateados del quepis, le echa un vistazo al bruto hocico de su verdugo, mira con ojos rabiosos de fiera acorralada… y calla.

Está prohibido silbar, canturrear, hablar en voz alta, hacer ruido. En la celda, la disciplina parece fácil de observar. Aun así, todos los días se imponen castigos de pan seco, privación del uso de la cantina e incluso calabozo a un número constante de reclusos, culpables en su mayor parte de intentar comunicarse entre sí, ya sea por escrito o golpeando las paredes o por cualquier otro medio. El uso del «teléfono», por ejemplo, se castiga con severidad. Los retretes de las celdas están comunicados por cañerías dispuestas verticalmente, de modo que si uno habla por el desagüe se le oye en las plantas superiores e inferiores. Gracias a este curioso «teléfono» puede uno sostener verdaderas conversaciones, aun cuando sean interrumpidas por cataratas intempestivas y exijan una gran habilidad: la cosa está en hablar lo bastante alto para que las palabras lleguen a los otros pisos sin que las oigan los funcionarios…

El reglamento podría resumirse en dos palabras categóricas: ¡prohibido vivir!

¿De veras se les puede prohibir a los vivos… vivir? Con todo el peso de sus imponentes edificios de piedra, cemento y hierro, la cárcel sostiene que sí.

La afluencia de detenidos impide a la administración penitenciaria atenerse al principio de aislamiento. Los delincuentes de poca monta eluden esta singular forma de tortura porque no hay celdas suficientes para alojarlos a todos. A veces se encierra a tres hombres juntos.

Como solo hay un catre, dos de ellos tienen que tender sus jergones en el suelo. Yo solo pasé dos días bajo este régimen. Cualesquiera que sean sus inconvenientes, lo cierto es que tiene una gran ventaja: retrasa un poco la locura, resultado inevitable del aislamiento inactivo. Pero para el hombre capaz de dominarse y realizar un esfuerzo cerebral sistemático, es preferible la soledad. De hecho, compartir su espacio con otros dos presos puede llegar a hacérsele intolerable.

Sean cuales sean sus diferencias, tres hombres que el azar ha reunido en una celda están obligados a soportarse mutuamente, en un constante hacinamiento, las veinticuatro horas… Raro es el día en que al menos uno de los tres no está depre. Furioso o sombrío, luchando consigo mismo, el ocupante deprimido exhala una especie de veneno invisible. Uno lo compadece, sufre con él, lo detesta. Acaba uno por contagiarse de su mal… Si entre los tres se encuentra un preso privilegiado, bien atendido por sus allegados, una envidia rencorosa planea sobre cada uno de sus movimientos, mientras bebe el vino de la injusticia, mientras lee la carta que su compañero no recibe… Si entre ellos hay un abandonado famélico, puede suceder que el hambre y el odio se instalen con él junto a sus dos compañeros… La presencia de un matón llena la celda de resoplidos, de escupitajos, de eructos, de olores nauseabundos, de gestos repulsivos.

El aire de la celda, justo para una persona, es tan insuficiente para tres que no llega a renovarse nunca. Se levanta uno por la mañana en una atmósfera rancia, compuesta de exhalaciones putrefactas. A esta peste viene a añadirse la acritud del tabaco, benéfica en un principio y luego asfixiante. Una neblina azulada llena los cuatro metros por los que deambulan y gesticulan tres figuras fantasmagóricas. El ser humano desprende un tufo animal que solo un alto grado de higiene es capaz de contrarrestar. La celda se va llenando de un cálido hedor a humanidad.

Cada cual hace sus necesidades a la vista de los otros dos… Pero quizá lo peor no sea el hacinamiento de los cuerpos. Lo peor es no poder estar a solas con uno mismo; no poder sustraer el rostro a la mirada de los demás; verse obligado a revelar, con cada tic, el secreto de una vida interior perturbada a todas horas. Y no poder trabajar.

7. ENTERRAMIENTO Y VICTORIA

¿Cómo se extingue el pulso de la vida? Es inexpresable: con el tiempo. Las mismas sensaciones, repetidas indefinidamente, acaban por embotarse. Se pierde la noción de las horas y los días. Aquello que en los primeros días conmovía o aterraba deja de hacerlo. ¿Ahogamiento? ¿Parálisis? Un sopor penetra en las venas, entre las sienes: la vida entera adquiere el tono ocre desvaído de la célula. Es un sopor al que no cabe escapar, como no cabe escapar de entre esas cuatro paredes. La vida interior se ralentiza. También la exaltación —sobre la que ya volveremos— tiene un ritmo más pausado: va y viene sobre un fondo uniforme sin interrumpir ese estado de profundo letargo.

El hombre regresa a la infancia. Vuelve a sentir las mismas alegrías que a los siete años. Grigori Gershuni —un intrépido revolucionario que tomó parte en la primera revolución rusa de 1905— rememoraba la alegría que le produjo una pastilla de jabón que recibió estando en su celda, condenado a muerte. Y ni siquiera hace falta tanto. Yo mismo he experimentado —y me consta que otros hombres también— el profundo drama de la aparición y desaparición de un rayo de sol… En un ángulo del techo aparece a eso de las diez de la mañana un rectángulo de sol, de unos pocos centímetros cuadrados. La celda y el recluso se transforman al instante. El rectángulo se alarga, se convierte en una raya. La cálida presencia de esa luz —que ni ilumina ni calienta— produce una emoción realmente indescriptible. El paso recobra su viveza, la espalda se endereza, el día se tiñe de felices presagios. Pero el rayo de sol se alarga y se adelgaza. Ese poco de oro vital se convierte en un hilo tenso, a punto de romperse. Sorda ansiedad. El hilo se rompe por fin. Al hombre infantilizado le entra el frío.

Al preso siempre le queda la ensoñación, como no tarda en descubrir. El opio. Pero ese camino conduce también a la locura. Como todos los caminos de la celda.

La irrealidad del tiempo es palpable. Los segundos transcurren lentamente. De una hora a otra, ¡qué espacio inconmensurable!

Cuando uno piensa en los seis meses —o seis años— que habrá de pasar de igual modo, el espanto que siente es el de quien se asoma al abismo y ve la bruma allá abajo, en las sombras.

Para no perder la noción de los días hay que contarlos con cuidado y señalar cada uno con una línea en el calendario. Una mañana repara uno en que los últimos cuarenta y siete días —¡o ciento veinte o trescientos cuarenta y siete!— dibujan un camino que retrocede en línea recta, sin el menor accidente, un camino incoloro, insípido, absurdo. Ni un solo punto de referencia a la vista. Los meses han pasado, idénticos a los días; los días pasan, idénticos a los minutos. El tiempo por venir es aterrador. El tiempo presente está saturado de sopor. Cada minuto puede ocultar profundidades maravillosas… o terribles. Eso depende en cierta medida de uno mismo. Hay horas vertiginosas y segundos larguísimos. El tiempo pasado es nulo. En ausencia de una cronología de los hechos que pueda jalonarla, la duración externa deja de existir.

Uno sabe que los días se suman a los días. El sopor resulta cada vez más uniforme y el recuerdo de la vida se desvanece. Es el enterramiento. Cada hora es una palada de tierra que cae sin ruido, blandamente, sobre la propia tumba.

El primer día en la celda contiene ya en síntesis los meses, años y decenios siguientes, acaso hasta la muerte que aguarda a su término y cuya angustia se padece infinidad de veces. Los efectos del régimen celular se desarrollan siguiendo una curva uniforme. Me inclino a creer que solo el ritmo de ese desarrollo varía de un individuo a otro.

Se caracteriza principalmente por tres fenómenos:

El primero es *la exaltación*, cuyas causas pueden ser fútiles, del todo insignificantes. He conocido a reclusos capaces de pasar veinticuatro horas e incluso varios días radiantes de alegría ante la expectativa de un intercambio de miradas durante cierta faena. Una visita de un cuarto de hora basta para llenar largos días de espera y, una vez concluida, largos días de recuerdos. Una palabra, un gesto, un detalle pueden alimentar infinitamente esa llama interior. ¡Qué acontecimientos, las cartas! Los antiguos combatientes recordarán lo que significaban en las trincheras —tan similares en muchos aspectos a las cárceles— esos pequeños rectángulos de papel llenos de una escritura familiar y llegados de *otro mundo*, ese extraño mundo de cuento, el mundo de los vivos… Saben cómo se ensombrecían algunas miradas tras el paso del oficial cartero y cómo otros rostros, radiantes o trágicos, se enfrascaban en sus cartas… La exaltación del recluso reviste las formas más variadas. La exacerbación de los apegos y el deseo sexual, de los sentimientos afectivos, el instinto de conservación, la fe religiosa o las convicciones políticas son, por lo

que he podido observar, sus manifestaciones más frecuentes. A los periodos de exaltación suceden, a modo de reacción, periodos de atonía. De abatimiento, de sopor gris, de indiferencia. Creo que la exaltación es peculiar del *periodo de lucha*, que puede ser más o menos largo y concluye cuando el hombre se libra de un trastorno crucial y deja de oponer una resistencia superior a la media, para ser remplazado definitivamente por un estado de vida vegetativa, al ralentí, que no da cabida ya a alegrías o sufrimientos muy intensos. He conocido a convictos en este estado que parecían asombrosamente plácidos en su sexto, séptimo o décimo año de reclusión.

La obsesión nace de la exaltación. El cerebro, anémico y febril, se ve asaltado entonces por una idea, una imagen. En ausencia de todo contacto con la realidad exterior, en la irrealidad de una existencia muerta, en las ruinas del equilibrio mental de otro tiempo, la idea fija se instala e impone su soberanía… Los hay que viven obsesionados por un recuerdo carnal alucinante: casi todos los machos. Los hay poseídos por deseos sexuales persistentes que los llevan a una lubricidad enfermiza. Los hay atormentados por los celos día y noche, noche y día. Cuando uno les habla, tardan un rato en entender, «vuelven de alguna parte» con un rubor repentino, encantados con la inesperada distracción. Casi igual de numerosos son los que viven obsesionados por su proceso judicial y no dejan de pesar, sopesar, analizar y examinar hasta el último detalle de las actas de su expediente imaginario. Esos son los verdaderos «culpables», hombres caídos tratando de agarrarse a un clavo ardiendo. Incansables, redactan larguísimos alegatos, subrayando con doble y triple trazo los argumentos «esenciales», argumentando a partir de un Código Penal aprendido de memoria, amontonando tesis para la defensa hasta el absurdo, a veces hasta la admisión indirecta pero irrefutable de lo que tratan de negar… Los hay que viven consumidos por el fantasma de la muerte, y son ellos quienes morirán en la cárcel. Porque en el miedo a la muerte late ya la atracción tanática, el fracaso del organismo, la muerte misma… Los hay que conviven con una angustia desesperada y constante por lo que pueda sucederle a alguien en otro lugar, más allá de esos muros: el accidente inevitable, la certidumbre absoluta y demencial de la muerte que ha de llegarle a otro… Y los hay también cuya obsesión es el odio, los que aborrecen a un juez, a un «secreta», a un «cañuto», a una «hembra». Esos son los que matan al salir de la cárcel. Nunca mueren en ella. Se puede vivir de odio y de crimen.

Las *manías* y *supersticiones*, comunes a todos los presos, en mayor o menor medida, son fenómenos vinculados a la obsesión. El nexo entre los diversos aspectos de la ruptura del equilibrio mental, de la anemia de la inteligencia y de la voluntad es a veces patente. Obsesionados por su defensa, son muchos los acusados que se ven aquejados muy

pronto —en cuestión de meses— por una especie de manía procesal. Se saben el Código de pe a pa. Pueden citar párrafos, artículos, interpretaciones y jurisprudencia. En esta descubren nuevos argumentos para la defensa. Son incapaces de mantener una conversación de un minuto sin reconducirla al proceso y citar tal o cual párrafo del Código. Los autores de alegatos padecen la manía de escribir. Mucho tiempo después de su condena, en el sexto o décimo año de su pena, siguen escribiendo y reescribiendo y solicitando la revisión del juicio, y eso confiere un sentido a sus vidas. Recitan de memoria, con voluble ardor, sus argumentos incontestables. El fracaso no los desalienta. Pero una denegación del permiso para escribir los sume en la furia o la desesperación… Un cúmulo de pequeñas manías menos absorbentes, nacidas de la imposibilidad de darle un uso normal a la voluntad, acaban por regular la vida del recluso. Los pocos objetos personales que posee los clasifica y ordena de forma invariable: cualquier alteración de ese orden doméstico lo saca de quicio (conscientes de esa debilidad, los funcionarios se valen continuamente de los registros de las celdas y los talleres para provocar y exasperar a los internos). El recluso se viste de una manera determinada, tiene su forma particular de abrocharse la guerrera. En la celda tiene su propia forma de caminar: tantos pasos en tal sentido, nunca en el otro…

Más difíciles de conocer son las supersticiones íntimas de cada cual, sobre las que solo cabe informarse por medio de confidencias. Me da la impresión de que son muy comunes, especialmente entre los presos con cierto desarrollo intelectual. Se diría que cuanto más completo, refinado y perfecto es el mecanismo cerebral, más propenso es a averiarse; los cafres salen siempre mejor librados. Rara es la persona que no abriga alguna superstición relacionada con fechas fastas o nefastas, encuentros, sueños, números o conjuros mentales: «Si cuento tres veces hasta once antes del próximo portazo, será buena señal».

El misticismo también aparece con frecuencia, pero es un fenómeno anormal. El retorno a las prácticas religiosas entre presos preventivos y convictos suele responder únicamente a la necesidad de distracción y a la esperanza de obtener algún tipo de protección o de beneficio, por ínfimo que sea. Hoy en día los verdaderos creyentes son la excepción. Un misticismo más bien precario es común a casi todos los reclusos que deben encarar los grandes problemas de la existencia. El régimen tiende continuamente a debilitar la razón, a abolir la voluntad, a anular la personalidad, a deprimir, abrumar, desgastar, torturar. Para no recaer en alguna forma primitiva del espíritu religioso se precisa un trabajo intelectual asiduo, algo poco menos que imposible…, o convicciones arraigadas y una firmeza excepcional.

La única reacción saludable del organismo contra el ataque continuo, multiforme, insidioso y exasperante de la locura es la alegría.

Todos poseemos una fuerza vital inmensa. Estamos traspasados de un amor por la vida tal que a veces basta el más mínimo impulso externo para que prenda al momento en nuestro interior la llama de la alegría. Nos elevamos entonces por encima de nosotros mismos, del presente, de la desesperación, de la cárcel. Una vez le pregunté a un camarada —cuya vida conocía yo muy bien, una vida rota, malograda por la miseria, una lucha salvaje en los bajos fondos de las grandes urbes coronada por la cárcel, donde cumplía condena por delitos comunes— cuál era la hora más dichosa que podía recordar.

—Fue una noche de Navidad en la cárcel de V. —me dijo—. Estaba solo. Hacía calor. Tenía un buen libro y un poco de vino… De pronto me sentí tan a gusto, tan tranquilo, tan feliz de pensar, tan feliz de vivir…

Entre quienes logran plantar cara a la locura, la intensidad de la vida interior conduce a una concepción más elevada de la existencia, a una conciencia más profunda del *yo*, de su valor, de su fuerza. La victoria sobre la prisión es una gran victoria. A veces uno se siente en ella sorprendentemente *libre*. Uno piensa que si esta tortura no le ha quebrado, ya nada podrá quebrarle. A la monstruosa máquina carcelaria opone uno, en silencio, la firmeza y la inteligencia estoica del hombre más fuerte que el dolor de su carne, más fuerte que la locura… Y cuando el sol inunda la ventana enrejada, cuando llega una buena noticia del exterior, cuando uno consigue llenar la lúgubre jornada de trabajo útil, una alegría inefable se eleva en su interior como un himno.

Los funcionarios se asombran al abrir el chivato y ver esa frente radiante, esos labios congelados en un curioso mutismo: toda la alegría de vivir aflora a ellos en un grito contenido.

8. LA VIDA SIGUE

La primera vez que entré en la celda en la que viviría más tiempo —un año— me quedé deslumbrado. Entre los barrotes negros de una ventana alta y ancha la luz entraba a raudales, o eso me pareció: los dos meses que acababa de pasar en una celda más sombría me habían atrofiado la vista. Los vidrios ondulados apenas dejaban entrever el muro gris que se alzaba al otro lado del camino de ronda. Si abría el tragaluz, podía colocarme de puntillas en cierta posición y avistar un triángulo de cielo: no más de un decímetro cuadrado. A menudo, en verano sobre todo, me entretenía en contemplar como desde el fondo de un pozo aquel pedazo de firmamento siempre conmovedor, ya fuera de ese azul claro —teñido de un gris ceniciento— de los cielos de París después de la lluvia, o blanco y grávido de niebla estancada, o luminoso, implacablemente azul, de ese azul despiadado que hizo clamar al poeta

> *Où fuir dans la révolte inutile et perverse*?
> *Je suis hanté. L'Azur! L'Azur! L'Azur! L'Azur!*[7]

y que a mí me trastornaba por completo, más allá de toda «literatura». Era una sensación indefinible. ¿Cuál era su principal ingrediente? ¿La alegría? ¿El sufrimiento, a la vez reprimido y alimentado? ¿La serenidad, profunda y activa a un tiempo? Poco importa.

En invierno, el esqueleto de un árbol deshojado alzaba sobre el muro las estrías confusas de su ramaje. «Ahí está la calle», me decía. No sabía cuál era. La calefacción central funcionaba mal. Varias horas al día las pasaba uno aterido. La luz eléctrica se encendía muy pronto, pero la bombilla, muy débil y demasiado alta, resultaba insuficiente para leer. Los ojos ardían. Aun así, era preferible a la cenicienta luz diurna.

A veces me tocaba pasear temprano, hacia las ocho de la mañana. Daba entonces mis vueltas a buen paso en el aire frío, bajo la grisalla del amanecer, enjaulado pero a cielo abierto. Cerraba el horizonte un cuadrilátero de edificios rectilíneos, macizos y negros, sobre cuyo

fondo de oscura mampostería rojeaban las hileras de ventanas oblongas con barrotes. Visto desde fuera, hacía pensar en un horno gigantesco. De vez en cuando un grito jadeante se aferraba a alguno de aquellos barrotes. Un hombre, izándose hasta la ventana de su alveolo de ladrillo y cemento en una verdadera proeza de acróbata, aullaba a la luz, al aire libre. Los alaridos se apagaban, se reanudaban y expiraban al fin como una llama que se extingue, azotada por el viento. Se adivinaba entonces el forcejeo entre los boqueras y el hombre desesperado, derribado primero y arrastrado luego al calabozo.

Otro acontecimiento: el paso del gato. El gato aquel de la cárcel era un bicho execrable, y execrablemente inteligente. Se colaba con experta insolencia en los patios. Nunca prestaba atención al hombre; devoraba sin prisas los restos de comida que le llevaban. Y luego se marchaba, inexpresivo, indiferente, sin un solo ronroneo amistoso para el hombre que se inclinaba sobre él con la insondable sorpresa de palpar una pequeña vida tibia, elemental, libre y vagamente femenina. Cuando no había nada que ofrecerle, el gato pasaba de largo sin mirar. Las piedras de la cárcel parecían haberse desteñido sobre su pelaje, que era de un blanco sucio.

En vísperas o a comienzos de la primavera disfrutábamos a veces —suerte excepcional— del calor maravilloso del primer sol vernal. Cuando se proyecta un rayo de luz sobre una gota de agua bajo el microscopio, es posible ver los diminutos organismos que contiene reunidos en torno a la luz. A menudo me daba por pensar en este experimento al contemplar el patio de la cárcel salpicado de sol aquí y allá, y a los hombres tiritando bajo sus rayos, pálidos y felices, como vibriones…

El perfil de los muros casi nunca permitía que el sol bañara el patio entero, pero un rincón de nuestra jaula de cemento era de oro. Allí se apostaban los hombres: un viejo con el cuello levantado, sonriente, los ojos glaucos, entrando en calor; un joven convicto, feliz de estirar los miembros con unos cuantos movimientos gimnásticos; un enfermo friolero, conteniendo sus temblores, aspirando por todos sus poros la luz benéfica. Yo allí sentía por todo el organismo un repentino «latigazo». La imaginación se me desbordaba. Un torrente de veleidades, de propósitos, de recuerdos, de sueños, de proyectos de trabajo. El despertar de los ritmos interiores…

¡Vibriones que somos!

Luego, por encima del muro, allá donde las ramas estriaban confusamente la blancura del cielo, aparecían las manchas verdes del follaje.

Un día, una de mis rarísimas visitas posó la vista por aquel follaje lejano y exclamó:

—¡Los castaños están en flor, pese a todo!

Nos quedamos mirando a través del cristal lechoso aquellas manchas de un verde claro y acabamos por distinguir sus ribetes blancos, como inmóviles copos de nieve. Eran flores. Mientras duraron, aunque fueran medio invisibles, yo las saludaba varias veces al día. Comprendí más tarde, al distinguir el verde intenso y ennegrecido del follaje, que habían desaparecido; pero de todas las flores que he visto en mi vida, aquellas —que no he visto— son las que un recuerdo más vivo me han dejado.

Los ojos necesitan colores. Después de pasar estaciones enteras sin ver más colores que aquella mancha verde de follaje inaccesible, acabé por desarrollar un *deseo de colores* obsesivo. Las cartas que recibía venían a veces en sobres forrados con papel de seda rojo, morado, azul o verde. Aquellos retales de color me servían de puntos de libro. Mis ojos se alegraban cada vez que veían asomar entre dos páginas un rectángulo rojo. Como un niño, a veces esparcía sobre la mesa aquellos papeles de colores. O cerraba los ojos para acordarme de algún tejido deslumbrante…

9. ENCUENTROS

Por completo que sea el aislamiento, la comunicación entre los reclusos siempre acaba por producirse. Se dan encuentros casuales, uno entrevé a sus vecinos de camino al paseo. En el patio, uno encuentra a veces una «parlería», un papelito hecho una bola y lastrado con miga de pan. Se crean afinidades, se establecen correspondencias…

Durante muchos meses tuve por vecino a un convicto paliducho, grande y fornido, con una cabeza grande de Pierrot tristón. Yo no tenía ningunas ganas de relacionarme, pero él venció mi indiferencia llamándome durante un paseo:

—¡Cucha! ¡Que es cosa buena!

Nos encontrábamos en dos patios adyacentes, a ambos lados de un muro medianero. El vigilante hacía la ronda por la galería circular sobre nuestras cabezas y cada vez que pasaba al otro extremo del vasto cuadrilátero de patios disponíamos de treinta segundos para charlar. «¡Que es cosa buena!»

Oía a mi vecino reír a media voz desde el otro lado del muro.

—¿Cuchas? ¿Sí? Bueno, pues tu amigo B. se ha cargado al jefe de la Sûreté.[8] *Oremus*!

De «mi amigo B.» llevaba yo varios meses sin saber nada, salvo que le perseguían de refugio en refugio y que iba a vender muy cara su vida. La voz alegre acalló mis preguntas:

—No sé más, compa. Me lo ha contado un tío del servicio. Están todos descojonados. Desde que se enteraron andan todos alegres como mujercillas. ¿No las oyes, a las chavalas, por las noches?

Sí las oía… Las noches eran hermosas, cálidas, estrelladas, de esas noches de verano en las que se siente uno envuelto por todo el calor y el ardor elemental de la vida. A diez metros de nuestras ventanas, bajo el pesado follaje de los castaños, las parejas se perdían en la sombra del bulevar desierto. Y a menudo se oía la risa desgarradora de las jóvenes, esa risa prolongada que es un desahogo nervioso del forcejeo y la caricia y el turbio juego del deseo.

—Las oyes, ¿verdad? Cómo se lo pasan las muy golfas, ¿eh…? ¡La felicidad!

Como para sellar entre nosotros el pacto de una alegría común ligada a un sufrimiento común, mi vecino concluyó sin ilación:

—Pero vamos, que da gusto saber que le han dado pasaporte a *aquel*.

Se había roto el hielo. Nuestras relaciones se hicieron amistosas. El Pierrot tristón, un auténtico apache, cumplía su cuarta condena por robo: dieciocho meses, creo. Se instruían entretanto otros procesos contra él. Tenía una sentencia de dos años pendiente de recurso. Al final del camino, nada más que la muerte o un milagro. Él seguía creyendo —calladamente, sin fervor— en el milagro: la fuga. Y saboreaba el «placer» de estar ahí, en la Santé, con su uniforme de sarga raída, haciendo abanicos de papel día tras día, apañándoselas para fumar algún que otro pitillo a escondidas, recibiendo cartas de «su mujer».

—En total van a caerme lo menos cinco años y a la Guayana, date cuenta. Y una vez allí ya procuraré yo endiñársela…

—¿Cuánto llevas?

—Ocho meses, compa, y sin chistar…

Ganaba unos pocos céntimos al día, que se le iban en tabaco clandestino. Pero tres veces por semana oía yo al oficial cartero abrir ruidosamente su puerta… y podía imaginarme perfectamente su alegría muda, reventando en una larga risita ahogada, esa alegría de Pierrot tristón, inflamada por un cuadradito de papel rosa…

Hasta tal punto iluminaba su existencia sin salida esa alegría, que me la confió en detalle, no sin antes cerciorarse de que no escarbaba así en ninguna vieja herida ni me causaba ningún agravio («Tienes mujer tú también, ¿verdad? Todos los días oigo al cartero pasar por tu chabolo, digo yo que solo tu señora podría escribirte tanto…»). Me arrojó por encima del muro del patio algunas de sus más preciadas cartas. Estaban escritas con una letra grande e inexperta y todas ellas repletas de «queridito mío» y «tuya por siempre».

La mujer que se las escribía corría todas las tardes a partir de las cinco por el bulevar Sebastopol, provocativa y al acecho. Sabía que su amante estaba perdido. Y que «así es la vida».

Sin tanto impedimento —ni tanta intimidad— conocí a otros dos vecinos míos. Los funcionarios cedían a veces a las instancias de algún preso aislado que no podía soportar más su soledad y le daban un compañero de paseo. Me sucedió dos o tres veces en un año. Así pude conocer a un vecino de enfrente que me intrigaba, un viejecito de pelo blanco, pulcro y un tanto ajado, muy parecido a los retratos del señor Combes.[9] Cuando supo que yo era anarquista, me estrechó la mano efusivamente. En la «jaula de los osos» observaba meticulosamente las reglas de urbanidad más pueriles y distinguidas. Sus ojillos de un azul

de agua estancada me medían con una mirada húmeda mientras se frotaba las manos y repetía, como hubiera podido hacerlo en una recepción:

—Encantado, señor mío, encantado de veras…

Aquel sosia del «padrecito Combes», antiguo abogado, había conocido durante el proceso de Lyon a Kropotkin y a Pierre Martin: su recuerdo le infundía aún un grandísimo respeto que acaso no fuera, en aquellas circunstancias, más que una muestra de cortesía. Más tarde se había dedicado a los negocios y, después de largos años de especulaciones financieras, se había ganado un montón de denuncias por estafa, asociación ilícita, etc. La instrucción de aquel sinfín de demandas llevaba ya dos años en marcha. Me confesó que, conociendo mejor que nadie el Código, el procedimiento, la jurisprudencia, el sumario, los recursos y los medios dilatorios, creía que podía llevar como mínimo un año más.

—Usted ya me entiende. A mis años los cambios son desagradables. Aquí al menos estoy a gusto, se me respeta. El jefe de servicio es muy amable. Me traen la comida del restaurante…

Suponiendo que la condena fuera de cinco años —solo hablaba de ello a medias palabras—, esperaba cumplir más de la mitad de su pena en régimen preventivo y salir luego con la condicional.

Años después, en otra cárcel, oí hablar de él como uno de los hombres más astutos de toda Francia. Cuando me interesé por su suerte, me dijeron que había muerto en prisión antes de que concluyeran sus causas, pero después de coronar su carrera con una hazaña de absoluta maestría. Al parecer, el estafador había conseguido inspirar tanta confianza al jefe de servicio, que este último, seducido por la perspectiva de una «pequeña inversión muy provechosa», le confió todos sus ahorros… Naturalmente, los ahorros del jefe de servicio se destinaron a pagar el vino blanco del viejo seductor.

El otro vecino que conocí en similares circunstancias era un señor muy alto, con porte de viejo oficial. Gastaba una gran barba en abanico que le llegaba hasta el pecho, pero en su rostro terroso, picado de viruelas en la frente, brillaban dos ojillos negros y astutos. Había sido un alto funcionario colonial —o eso me dijo— y estaba acusado de malversación de fondos y uso ilícito de condecoraciones. Llevaba un nombre histórico, un nombre creado expresamente en este siglo para seducir a las opulentas y plebeyas herederas de los reyes yanquis del tocino o del cuero. El ocupante de la celda 24 (si mal no recuerdo) de la 10.ª división era el último descendiente directo de un cruzado, rey de Jerusalén y posterior emperador de Constantinopla; y de un cardenal, ministro de Hacienda de Luis XVI.

De hecho, poca gente sospecha el lugar en el mundo que ocupa

muchas veces la élite nobiliaria. En varias listas de personas con antecedentes penales he visto figurar al descendiente de un superintendente de finanzas de Felipe el Hermoso.

¡Los rancios abolengos…!

El egoísmo patológico del hombre recluido se manifiesta en ocasiones con una inconsciencia que roza la perfección. Recuerdo que un vecino me llamó una vez durante el paseo. Era el día en que se cumplía mi octavo mes entre rejas.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —me preguntó.

—Ocho meses.

La pregunta era protocolaria naturalmente, como suele suceder. Uno ha de fingir que se interesa por el prójimo antes de hablar de sí mismo, aunque eso sea lo esencial: yo, *yo, yo*, ¿me oyes?, yo llevo aquí desde…

Al otro lado del muro, el hombre exhaló un suspiro. Hubo una breve pausa, hasta que pasó el funcionario. Luego, febrilmente, con un tono de inefable padecimiento, la voz replicó:

—Pues yo ocho días. ¡Han pasado ocho días ya! ¡Qué duro…! ¡Ocho días! ¡Ocho días…!

—Los hay —le dije— que llevan ocho años y no abren la boca.

A los presos preventivos no se les permite recibir periódicos. Su correspondencia pasa por la censura del juez de instrucción, y les está terminantemente prohibido tratar cualquier tema que no sea familiar. Mi comunicación con el mundo exterior era escasísima, pero a veces sentía en torno a mí, en la propia cárcel, la presencia activa, aunque invisible y silenciosa, de una especie de masonería. Cuando se producía en el exterior un acontecimiento susceptible de interesarme, me enteraba a través de aquella camaradería oculta.

Acababan de matar a dos hombres que yo había conocido: dos hermosas rebeldías echadas a perder. Durante la distribución matinal de la sopa, me lanzaron una mirada sombría. Veinte minutos después, mientras devolvía la escudilla a través del chivato, un periódico enrollado cayó a mis pies.

Me pareció leer noticias de otro planeta. Combates en Albania. Las tropas montenegrinas en Escútari. Monsieur Poincaré. Lord Grey… Las guerras, las epidemias, las catástrofes, las crisis de Estado pasaban sin perturbar lo más mínimo el buen funcionamiento de aquella máquina perfecta: la prisión.

También se dan encuentros mudos. Una mañana me encontraba yo en un patio cuyo lado enrejado daba a la ventana alargada de una

celda. Distinguí en ella con bastante claridad la silueta de un hombre corpulento y barbudo, de avanzada edad, que caminaba a buen paso alrededor de su jaula. Cada medio minuto volvía a pasar frente a la ventana, sin verme. Su cabeza aparecía entonces de perfil, a plena luz: la frente ancha y algo retraída, la nariz aguileña, los labios gruesos, un rostro vigoroso pero con algo inacabado en su expresión, como la admisión involuntaria de una debilidad. Caminaba sin mirar a ninguna parte. Con la cabeza gacha, seguía pasando.

—¿No lo reconoces? —preguntó el funcionario que venía a buscarme para devolverme a mi celda—. Es T., ya sabes, el asesino.

¿El asesino? (Desde entonces he conocido a muchos hombres con las manos manchadas de sangre y he aprendido que en nada difieren del resto.) Un asesino ordinario. De los que, para apoderarse de un fajo de billetes entre dos montones de vieja ropa de campo, oprime el cuello de una anciana con sus manos nudosas. Escruté aquel rostro, acaso algo más atormentado que un rostro ordinario, con una frente más ancha y una vida más reconcentrada, más doliente, que le contraía los músculos y le marcaba las arrugas. La cabeza barbuda de un viejo hombre de negocios, semejante a las que pueden encontrarse en los bancos y las fábricas, rodeadas de un rumor de trabajo. Para consumar la estampa, T… se detuvo frente a la ventana, se puso los quevedos y releyó una carta… Nuestras miradas se cruzaron sin que él me viera, seguramente. Tenía los ojos oscuros, extraviados y ausentes, más bien dulces, y el aspecto enfermizo de un hombre atormentado por la jaqueca.

10. EL CAPELLÁN

Un solo visitante franquea el umbral de la celda: el capellán, abate, pastor o rabino. Trae la ofrenda de su presencia, la limosna de su palabra y su obra. Su fe no es más importante que las creencias o descreencias del recluso. Los celadores y funcionarios se funden y confunden con los muros de la cárcel, con sus ventanas, puertas y cerraduras. Uno siente en cada fibra de su ser que forman parte de la máquina penitenciaria. En justa reciprocidad, tampoco ellos ven en el recluso al ser humano sino tal o cual número, el ocupante de tal o cual celda. La celda cuenta, y cuenta el rebaño, pero no el hombre… El capellán es un hombre, en cambio, y no un enemigo. A él solamente le interesa el hombre. Su preocupación oficial es de un anacronismo singular: tiene a su cuidado ese no sé qué indefinible que se dio en llamar «alma».

—¿El alma? —me decía entre risas un recluso de dieciocho años, un «católico» absolutamente incrédulo—. Para mí que el alma es el agujero negro donde vive *la cucaracha*. El alma es la guarida de la depre.

Los que a su llegada se declaran católicos, protestantes o judíos reciben la visita del sacerdote de su confesión. La puerta de la celda de los «librepensadores» se cierra de un modo más sepulcral: ellos no ven a nadie.

Mi agnosticismo no sorprendió ni indignó al capellán protestante, un anciano de pesado porte con una hermosa cabeza de burgués hugonote. Hacía cerca de un cuarto de siglo que este pastor, hombre de gran bondad, mentalidad abierta y amplias miras, llevaba a cabo su desconcertante misión de capellán de presos y funcionario de prisiones.

Recuerdo bien su voz de bajo, su grave asentimiento y el profundo suspiro que exhaló un gris atardecer, cuando me dijo:

—Son muchos los que he acompañado al patíbulo para ocultárselo unos segundos más antes del fin, para que la última voz que oyeran fuera la mía, gritándoles: «¡Que Dios os ayude!». Muchos…

Percibí entonces con claridad toda la equívoca duplicidad del

oficio de capellán, así como la repugnante doblez de su función. Tanto más repugnante cuanto que el hombre era sincero y bueno, resignado a su sacerdocio, con ese fondo de dureza que presta a los burgueses inteligentes la conciencia de su deber social… La guillotina no es cristiana, sin duda, pero los cristianos la necesitan. La muerte de Pierre Durand en el cadalso a una hora fija, «por fallo del tribunal de justicia», es algo atroz. Pero la justicia que ordena esa muerte es sagrada. El deber evangélico es compadecerse de la angustia suprema de Pierre Durand. El deber «social» es garantizar el buen funcionamiento de la guillotina. La compasión cristiana contribuye a ello, de igual modo que el engrase de la cuchilla.

Una vez por semana, el capellán se persona en la cárcel. Atiborrado de un buen desayuno, con las manos en los bolsillos de un abrigo de buen corte, adecuado a la estación, y la mente ocupada en sus asuntos cotidianos, el capellán cruza la ciudad. Es posible que de camino llame su atención el escaparate de un librero, una silueta elegante, los titulares de la mañana, las cotizaciones de bolsa. Mentalmente va planificando su jornada: «De tres a cinco de la tarde, la cárcel. A las cinco y media, reunión en la redacción del *Boletín Eclesiástico*. A las seis y media, la visita apalabrada con tal o cual señora…».

Al ir acercándose, piensa que ochenta hombres le esperan en sus celdas, entre ellos un condenado a muerte que no será indultado; dos o tres que probablemente sean condenados a muerte; una docena de condenados a cadena perpetua; el pobrecito D., que está tan enfermo; B., que siempre anda mintiendo y mendigando intercesiones; H., que reza y reniega; Z., que está cada vez más desquiciado… El recuerdo de todos estos sufrimientos a los que asiste y que apenas logra aliviar ensombrece al capellán. ¡Ochenta! Y es tan grande la prisión. De la 5.ª a la 14.ª división son cinco o seis minutos a pie. El capellán arrastra problemas respiratorios.

En el cuerpo de guardia, el capellán estrecha la mano a los funcionarios.

Al adolescente encorvado de rostro zorruno amarillento que ocupa la celda 8.ª−6 el corazón se le desmanda de ansiedad cada vez que oye el repentino estruendo del cerrojo de la puerta al abrirse. El capellán acaba de leer la ficha en su carpeta: «Diecinueve años, robo con violencia o intimidación». El nombre no le dice nada. Qué triste. Entremos. El joven saluda confuso desde su jaula. Luego añade que es inocente. Inocente. Que tiene hambre, que la sopa es aguachirle y morirá de inanición. Que su padre y su madre han dejado de considerarlo hijo suyo. Que sigue sin noticias de su mujer, que ha tenido un aborto… La mirada del capellán lo apacigua. «Estoy contra las cuerdas —dice con una sonrisa—. Son demasiadas cosas a la vez.»

Demasiadas, sí, es cierto. Entre ambos se alza una balanza invisible y a cada frase cae una nueva pesa de sufrimiento en el platillo del culpable. El capellán no puede hacer nada al respecto. Robo con violencia o intimidación, piensa: cinco años de reclusión. O dos de cárcel, si media alguna circunstancia atenuante. Y los batallones disciplinarios de África, muy probablemente.

—¿Quieres una Biblia, hijo?

Sí, por supuesto, el joven robo-con-violencia-o-intimidación-diecinueve-años quiere una Biblia, un libro, un libro gordo.

—Lee el Libro de Job. También él se creyó abandonado hasta por Dios…

Robo-con-violencia-o-intimidación-diecinueve-años leerá el Libro de Job. Pero, en el fondo, el capellán sabe que, si bien el Padre Eterno sacó a Job del cautiverio y bendijo su postrimería, «porque tuvo catorce mil ovejas, y seis mil camellos, y mil yuntas de bueyes, y mil borricas», así como «siete hijos y tres hijas», y «después de esto vivió Job ciento cuarenta años» y murió «viejo y lleno de días», como está escrito en los versículos 12, 13, 16 y 17 del capítulo XLII de dicho libro sagrado, el pobre diablo que tiene en frente es más pobre que Job y nadie piensa aliviar su pena en un solo día…

La celda de al lado huele mal. Su inquilino se pasa el día tosiendo y nunca abre la ventana. Muy pulcro, con todo, un hombre sin edad, impasible, como abstraído de su propia vida. Es un asesino confeso que va derechito al patíbulo. Asunto zanjado. Su mayor preocupación es ahora el alma. Antes de que la puerta se cerrara tras él no era consciente de poseer un alma. Apenas le había dedicado un solo pensamiento. El juego, las carreras, las mujeres y Mitsi (a la que degolló una noche de un limpio navajazo) lo absorbían por completo. Ahora reza mucho. Sus ojos se han ensanchado. Los tiene redondos, entenebrecidos, vidriosos.

—Paso en dos semanas —dice esta vez.

El capellán entiende la alusión a su comparecencia ante la audiencia de lo criminal. Con la experiencia que acumula, podría calcular ahora mismo con bastante exactitud el número de días que le quedan de vida a este hombre: están los tres días de plazo para interponer recurso de casación, el examen del mismo, la petición de clemencia al presidente de la República y las demoras de los preparativos de la ejecución. Estamos en abril y todo eso nos conduce a julio… El razonamiento apenas se esboza en la mente del capellán. Su mano rojiza y firme se posa en el hombro del hombre-que-será-guillotinado:

—¿Quieres que recemos juntos por tu alma, hijo?

¡Ochenta! El capellán no verá hoy a más de treinta. Si a las dos

horas de que dispone se les resta el tiempo que emplea en recorrer la prisión, son tres minutos y treinta segundos por visita. A las cinco, el capellán se va. A las cinco, Pirard, Marcel, que está «perdiendo la chaveta» por pasarse todo el día consigo mismo, se siente de pronto abrumado por la idea de que el capellán no vendrá hoy, de que nadie va a ir a verle hasta dentro de ocho días. ¿Por qué, sí, por qué le han denegado esta tarde a Pirard, Marcel, su viático de tres minutos y treinta segundos de presencia humana?

El pastor oficia dos domingos de cada mes, por la mañana. La cárcel cuenta con una iglesia, un templo y una sinagoga rudimentarios, con lo justo y necesario para dar a Dios lo que es de Dios. El templo es celular, invención que aporta mejoras notables, tanto a la cárcel como a la práctica de la religión.

El hemiciclo cuenta con varias hileras de alveolos superpuestos. En cada uno de estos compartimentos, divididos por tabiques de roble, se encasilla a un hombre. Parecen ataúdes verticales. Lo único que se ve desde ellos es el púlpito del pastor y las dos ventanas al fondo. Por una de estas ventanas se puede distinguir el borde de una cornisa, sobre la que vienen a posarse los pájaros. ¡Vida! Al pie del púlpito, el funcionario de turno se aburre.

A su extraño rebaño de fieles paliduchos, inmóviles en sus celdillas, el pastor les habla de las Escrituras y las cosas terrenales. A veces cita las palabras de san Pablo, muy apropiadas ante esos delincuentes muertos de hambre (porque la pereza es la madre de todos los vicios, ya se sabe): «¡Quien no quiera trabajar, que no coma!». Su voz es grave y profunda, y lo que dice sobre la leyenda divina cala en las almas desquiciadas por la existencia infernal. Lo que dice sobre la moral burguesa cala en las almas de los desdichados, derrotados hasta lo más hondo de su ser. También hay quien acude al templo sin más propósito que deslizar una «parlería» de mano en mano «al séptimo de la fila, ¡y cuidado que no te pesquen!». Esos adoptan un semblante inexpresivo de respetuosa hipocresía. Juntando las manos, inclinan la cabeza durante la oración: «Padre nuestro, que estás en los cielos. Santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo…».

Al salir, no falta quien murmura:

—¡Anda ya, charlatán! ¡No tragas tú ni nada!

De regreso del templo.

Mi vecino, el de la gran cabeza de Pierrot tristón, encuentra junto a su puerta el cubo de agua negruzca sobre la que flota un trapo podrido destinado a fregar el suelo. Es el rito higiénico dominical de

nuestro rincón de galería. El cubo pasa de celda en celda, cada vez más viscoso. Se arrastra por el suelo con ambas manos el trapo nauseabundo, que se deshilacha y ennegrece toda el agua. Luego pasa uno varias horas sintiendo la humedad de la ropa, el espinazo recorrido de escalofríos.

Conscientes de que somos números, esperamos delante de nuestras respectivas puertas a que pase el boqueras a encerrarnos. Mi vecino se inclina sobre el cubo, me lanza una mirada y dice con sorna:

—«Padre nuestro que estás en los cielos…» ¡Pues qué encanto de padre nuestro! ¡El muy cabrón!

11. LA PENA CAPITAL

La múltiple presencia de la muerte. El reconocimiento de la más absoluta impotencia ante un destino tan implacable como es el fin. La agudizada percepción del paso del tiempo, que es también conciencia de la muerte. La voluntad de vivir que flaquea. La depre que se ensaña con el cerebro extenuado. El peso insoportable de la prisión perpetua, el miedo —que es casi certidumbre— de morir allí. Y, por fin, el tormentoso fin de los atormentados.

Cada vez que un hombre es guillotinado, la cuchilla desciende lentamente sobre millares de nucas encorvadas y expectantes. Al rozarlas, provoca en esa multitud postrada grandes escalofríos de espanto entreverados de escalofríos más tenues y perversos de atracción y desafío.

En París vi una vez congregarse una multitud en torno a una ejecución tan excitante como repulsiva.[10] El rumor nocturno de los bulevares se había abierto camino, cada vez más seco y más convulso, hasta las calles sombrías que rodeaban la cárcel. Allí, aquel frente compuesto por miles de pálidas frentes había ido a estrellarse en la oscuridad contra las barricadas de las tropas. Juerguistas extravagantes llegaban en automóviles. Bajo las farolas, los golfos imitaban, entre rictus macabros, el gesto de la decapitación. Una masa confusa de obreros y jóvenes intelectuales, atropellada, desgarrada, hendida aquí y allá por las negras proas de las cargas de la policía o la caballería, incubaba en amarga pasividad la impotencia de su ira. Muchas parejas intercambiaban vagas caricias. Se las veía apearse de coches estacionados al borde de las calles desiertas, donde la expectación del ajusticiamiento no era sino un rumor rítmico que aumentaba y disminuía como el flujo y reflujo de las olas al pie de un acantilado. ¿Contra qué acantilado de implacable y fría roca batía aquella marea multitudinaria? ¿Era la muerte o la cárcel? Llegaban en grupos y racimos de los suburbios obreros y los nidos de la miseria, de la Bastilla, de la Chapelle, de Charonne, Montmartre y Montparnasse: chulos, busconas, todo un mundo de «hampos» conscientes de su condición de víctimas y de que las víctimas a veces logran desquitarse.

El alba despuntaba ya entre el tumulto, entre los gritos ritmados —

¡asesinos!, ¡asesinos!— que a buen seguro coreaban desde la negrura de sus celdas, en pie y con la profunda convicción de contarse por fin entre los justos, los asesinos encerrados en la Santé. Los empujones desmandados ampliaban la radiación furiosa de las cargas. De vez en cuando se oía un disparo que sembraba una ola de pánico general y alegría concreta. La gente corría, y corría también la voz: «Le han dado a un madero…». Delgadas mujercitas —acaso no más que chiquillas— con pañuelos al cuello miraban con desprecio a los soldados de infantería, aferrados a sus fusiles junto al pabellón. «¿Nos dispararías?», les preguntaban. «Pues claro», respondían algunos tranquilamente; «eso jamás», decían otros; y no faltaban los que miraban hacia otra parte y rezongaban: «¡Manda cojones!». Amanecía ya. No vimos nada, salvo por la vaga aura blanquecina que surgió al final de la avenida sobre el cabrilleo de cabezas, entre el encaje desigual de las copas de los árboles. No oímos rodar el carruaje del que descendió el condenado casi desnudo, trémulo, furioso, desesperado, vivo, atrozmente vivo en cada neurona de su córtex cerebral, en cada ramificación nerviosa. Proclamó a gritos su inocencia, broma macabra que no entendió ninguno de los culpables reunidos en torno al cadalso para añadirle un aparatoso engranaje social a la máquina filantrópica del doctor Guillotin. Apareció como un espectro entre las angustias de la gente honesta y miserable: apareció y desapareció, con un rápido movimiento del tablón basculante, coronado por la caída en la cesta de una cabeza aún pensante, con los ojos desencajados, y la aspersión de un buen chorro de sangre caliente sobre la calzada, que había sido sembrada de arena por precaución. Ninguno de nosotros —nosotros: la muchedumbre— lo vio con sus propios ojos, pero todos nos lo imaginamos así, más o menos nítidamente, en aquel preciso instante. Recuerdo la palidez que se propagó de pronto por todos los semblantes, los tonos azules que adquirieron los labios, el clamor que desplegó sus inmensas alas negras sobre la multitud y la ciudad entera, el furor que invadió los pechos: esa sensación unánime de cuchilla en franca caída.

En París, cualquiera que corra esa misma suerte hace una última escala en las celdas de colores claros —la mía era gris platino— de la sección de Máxima Seguridad.

El cartel sobre la puerta reza: «Vigílense todos sus movimientos».

Cada cinco minutos el «ojo» circular recortado en el chivato guiña su párpado metálico y por él asoma un ojo humano que, indiferente, se posa durante un segundo sobre el condenado. En la celda, nada. El recipiente de terracota de otras celdas, que permite sumergir la cara en agua fresca, está allí prohibido. Como lo está el cuchillo Eustace de lama de hierro roma, que antes se vendía por cuatro perras en la

cantina. Prohibida está también la botella de leche, que podría servir de arma arrojadiza contra los funcionarios o, hecha añicos, suministrar la esquirla de vidrio liberatoria con la que abrirse las venas. Al llegar, el condenado cambia de indumentaria: es la primera *toilette* del martirio. Vi una vez de refilón a un joven camarada de vuelta del juzgado, donde había sido sentenciado en firme. Llevaba rapada la melena y tenía su ropa «de paisano» hecha un lío negro sobre el embaldosado. Ataviado en un viejo uniforme de sarga muy gastado en los codos y las rodillas, con los brazos caídos y el rostro exánime surcado por lentas lágrimas, contemplaba anonadado el borrón de tejido negro que yacía a sus pies…

En la sección de Máxima Seguridad el aislamiento es aún más estricto. Se acabaron las comunicaciones fortuitas durante el paseo. La puerta casi nunca se abre al mismo tiempo que otra. Un funcionario descorre el cerrojo y el condenado, en zapatillas, encuentra en el umbral un par de zuecos que rara vez son de su número. A tres pasos le espera el funcionario que ha de acompañarle. Al final del corredor, otro funcionario vigila la puerta que da a los patios. Tres pares de ojos.

Por la noche, la luz eléctrica, encendida a todas horas, dibuja un mísero punto de luz en mitad del techo y del cerebro insomne del condenado. Sus pensamientos vacilantes y sus pesadillas gravitan en torno al hilo de platino incandescente hasta que lo vence el cansancio.

Apenas hay pintadas en estas celdas. Una a ras de suelo, misteriosa, reza: «Antoine, guillotinado el…». ¡Sin fecha!

La muerte es quizá la más *natural* de las penas, siendo como es ubicua en la Naturaleza, que, a la imprudencia del nadador, al paso en falso del alpinista, a la lucha del tigre y el cazador en la selva, al prolongado duelo del hombre con el frío, el hambre y el universo no impone otra sanción que esta, la primera y también la última. Y la pena de muerte es quizá la más *humana* de las penas, en los dos sentidos fundamentales del término. En primer lugar, porque hace milenios que el ser humano —desmarcándose así de las fieras— hace de ella un uso cotidiano en sus luchas entre clanes, tribus, ciudades, estados y clases sociales. El *no matarás* del Decálogo es, en su simplicidad lapidaria de texto truncado, la más burda de las mentiras. Nadie se lo ha tomado nunca en serio. La ley moral ha sido siempre: *no matarás a tu hermano* de tribu, ciudad, nación o clase, y tiene como contrapartida un imperativo no menos categórico: *matarás* al hombre de otra tribu, ciudad, nación o clase social. Y es también la pena más *humana* porque abrevia todo sufrimiento. En este punto, la civilización moderna ha alcanzado un refinamiento de crueldad más bien paradójico. Contando acaso con explotar la voluntad de vivir de sus

presos, como cuenta siempre con explotar la capacidad de trabajo de sus pobres de necesidad, su sensibilidad hipócrita y calculadora descarta a menudo la pena de muerte y se inclina por cadenas perpetuas que, por regla general, terminan también en la muerte del condenado al cabo de interminables años de tormento. Bélgica, Italia y Suiza encierran a sus «peores» criminales de por vida. Francia y Alemania les conceden a algunos condenados a muerte la gracia de una cadena perpetua, que es en realidad mucho peor que la muerte. Un eminente abogado francés, que durante el asunto Dreyfus ganó fama de hombre íntegro e idealista, propuso una vez la abolición de la pena de muerte y su condonación por una pena de «seis años de reclusión absoluta». ¡Seis años de aislamiento atroz, seis años caminando entre tinieblas hacia la inapelable locura y la muerte! El gesto de un puño armado que destroza un cráneo no es más atroz, en sí mismo, que cualquier gesto de guerra… y no pocos gestos de paz. Lo es menos, a juzgar por la *cantidad* de sufrimiento y muerte que siembra, que el del hábil hombre de negocios que, con sus provechosas especulaciones, provoca en el precio del carbón un alza de tres céntimos por cada cincuenta kilos, que se traducirá en la muerte de varios centenares de niños pobres de la gran ciudad antes de que termine el invierno.

El valor de un gesto reside en el fin que persigue y el resultado que obtiene. Poco importa cómo se encubra o disimule, lo cierto es que sigue siendo necesario recurrir a esa pena de muerte de tradición inmemorial contra nosotros, el pueblo trabajador. ¡Y también nosotros la necesitamos para poner fin a este tormento! El crimen cerrará el círculo del crimen, porque la guerra solo concluye con la victoria, porque solo los vencedores pueden vestirse de redentores… y redimirse a sí mismos. En la lucha de clases, idéntica a la otra, pero despojada de hipocresías, la más grande humanidad debe aliarse con el más decisivo uso de la fuerza. La clase que se propone construir un nuevo mundo, libre por siempre de sus máquinas de muerte, debe matar en la batalla para no ser exterminada. Pero también ha de saber —como ha de saberlo todo aquel que mire resueltamente hacia el porvenir— cómo abolir el pasado que tales armas ha puesto en sus manos, cómo abolir la crueldad refinada, inútil, insensata, gratuita, de la muerte infligida «por fallo del tribunal de justicia» a culpables que a veces son animales, casi siempre seres desventurados, en ocasiones tan solo rebeldes —es decir, los más ardorosos entre los hombres— y siempre productos inevitables del funcionamiento normal de la sociedad, siempre víctimas que pagan el rescate de los otros…

En una sociedad opulenta y sólida no hay justificación posible para esta abominación que es el asesinato solemne —en la fecha señalada, a una hora fija y una vez cumplidas las múltiples formalidades— de

un pobre desgraciado que lleva treinta, sesenta o cien días pudriéndose en una celda gris platino de máxima seguridad, en constante coloquio con la cuchilla, sintiendo en la nuca su frialdad rectilínea. Uno puede llegar a entender las matanzas de septiembre decretadas por Danton. Y se entiende que la Revolución rusa, asediada como lo estuviera la francesa, abatiera a unos cientos o miles de burgueses el día que Lenin caía ensangrentado a sus pies. Se entiende que la Tercera República francesa ametrallase fríamente a treinta mil comuneros derrotados, cuya magnífica sangre no se derramó en vano, porque todo se ha de pagar: a ese precio hemos aprendido las leyes de la lucha de clases, que entrañan el secreto de otra victoria. Pero el final anónimo del Antoine de la 5.ª división, guillotinado sin fecha, se me antoja monstruosa y brutalmente inútil.

Absolutamente inútil y rodeada de un complejísimo ceremonial, la aplicación de la pena «capital» a los más vencidos de entre los vencidos en la contienda social eleva el sistema de represión penitenciaria a la altura de las crueldades ancestrales. La guillotina (o el hacha, la horca, el garrote, la silla eléctrica, según la variada utilería de cada lugar) añade a la prisión un símbolo de acerada precisión. La cárcel es una máquina concebida para triturar la vida lentamente.

El destello eficaz de la cuchilla tritura mejor. La cárcel moderna es perfecta. Y también lo son todos los cadalsos, desde sus versiones más primitivas. La propia persistencia de las cárceles y los patíbulos da fe de su infinita impotencia, así como de su necesidad. Durarán lo que dure la lucha de clases, y solo una victoria podría ser definitiva: la de los destructores de las cárceles y los patíbulos. Tu muerte sin fecha, anónimo Antoine, demuestra tan solo que fuiste tratado con todo el rigor de la lucha de clases, tú que probablemente nunca pensaste en ella.

Una vez, al regresar de una entrevista con mi abogado, me topé con un camarada alojado en aquella sección mortuoria de la cárcel. M. era un tipo alto y delgado, con el torso estrecho encaramado sobre unas piernas demasiado largas, la cara morena y afilada, la frente estrecha y retraída y las sienes planas. Los ojos oscuros, turbios como agua de estanque, no le daban mucho brillo a aquel rostro que prefiguraba la mueca de la guillotina. Su tosca naturaleza no le alcanzaba para engañarse. La respuesta de aquel rostro a mi saludo fue casi imperceptible —las pupilas se dilataron y las cejas se arquearon ligeramente—, pero la mano derecha, larga, morena y rígida, se levantó a la altura del cuello para remedar la caída de la cuchilla.

Vivía en aquella espera y acogía gustoso el recordatorio pintado en

cualquier rostro amigo. Cuando caminaba, la sombra de dos bastidores rectos coronados por una cuchilla oblicua se proyectaba ante él. Sus expectativas no se vieron defraudadas.

Cuando pienso en los hombres devorados por esa misma espera que llegué a conocer personalmente, es este, el más débil de todos, el más descompuesto, el que se me aparece en aquel encuentro silencioso y con aquel gesto grave, casi ritual: el mismo gesto que años antes, en un amanecer de ejecución que degeneró en un amanecer de disturbios, había visto esbozar a un adolescente larguirucho rodeado de un grupo de mujeres bajo el halo difuso de una farola.

Eran cinco o seis los inquilinos de estas celdas de máxima seguridad, hombres todos de una fuerza salvaje, que en su careo con una muerte segura o probable se traducía en expresiones duras y sarcásticas que me eran familiares. Vivían como los demás, solo que mejor, con más inteligencia voluntaria. Uno, que tenía cara de buen muchacho y naturaleza de niño impulsivo, repartía sus horas entre el estudio sedante, un ensueño ordenado que él tomaba por pensamiento, la gimnasia, las abluciones y los largos, larguísimos paseos del hombre enjaulado que da vueltas a su celda, taciturno, poseído por la vertiginosa aprensión de perder la cabeza al final del camino. La esperanza tenaz e insensata de vivir a pesar de todo nacía en él desde una juventud tan ardorosa que era una imposibilidad física la que le impedía admitir la muerte. En el momento en que esta le pareció inevitable, se puso carmesí, toda la sangre de su cuerpo fluyó hacia su cerebro para bañarlo en el terrible vértigo de una suprema exaltación de la voluntad. Desde aquella primera caída de la cuchilla y hasta que llegó la verdadera, logró dominarse y reprimir el espanto. El hombre apuesto al que menos de un año antes yo había conocido con todo el vigor de una madurez consciente, se me antojó al salir de su celda veinte años más viejo, el rostro febril y surcado de arrugas, domando en el fondo de sus ojos de oscuro terciopelo, bajo una fachada de tensa contención, un pánico enajenado. Inocente, su nuca no habría de recibir hasta la hora del «perdón» sino la cuchillada de aquel veredicto eternizado. Acusados los dos en el mismo proceso, tuvimos la sorpresa de encontrarnos durante un traslado. Y pude comprobar que todos los que se veían de camino a la guillotina llevaban ya su huella distintiva en los ojos, en la frente, en los pliegues de los labios, en el movimiento espasmódico de sus manos huesudas, pálidas, nerviosas…

Las paredes grises de la sección de máxima seguridad son las más silenciosas, pero desde que existe la cárcel son tantas las agonías que han magullado sus miserables alas contra la limpieza, la indiferencia, el brillo y la dureza de esas paredes, que basta pensar en ello para

sentir su constante tormento y la insignificancia de cada uno de los atormentados en su anónima multitud. El mismo sufrimiento bulle sin cesar entre esas cuatro paredes; se perpetúa de año en año, cualesquiera que sean los nombres y números de identificación de quienes lo padecen puntualmente. Todos se van relevando y cada uno le cede al siguiente el testigo en el umbral: no la antorcha antigua, sino su cabeza cortada con los párpados pestañeando aún…

—Mañana.

Dos ojos redondos bajo unas cejas circunflejas es todo lo que he alcanzado a ver por el chivato. La voz me ha susurrado esa única palabra, incisiva:

—Mañana.

¿Mañana qué? Las cuatro paredes grises me dan su plúmbeo silencio por respuesta. Las páginas de la vieja Biblia abierta sobre la mesa parecen desteñirse por momentos… ¿Qué es lo que ha cambiado tan súbitamente el color de las paredes? Es como si el sol —aunque no hay sol— se hubiera ocultado… ¿De dónde procede este frío repentino… y esta tensión en el cuello? No estoy condenado a muerte… «Mañana.»

Ese susurro articulado en tres sílabas incisivas pasará de celda en celda. O el acento circunflejo de esas cejas enarcadas parecerá significativo. O resonará en la pared un toc-toc inusitado. O las dos rondas se sucederán más deprisa que de costumbre. Ruidos, señas, miradas, pensamientos, todas las advertencias se detendrán en el umbral de un alveolo acerrojado: pero quien lo ocupa las entenderá; y si llega a dormir esa noche, es porque está enterado de sobra desde hace demasiadas horas. Su sueño entrecortado y lleno de sobresaltos se sosegará sesenta minutos antes del amanecer, para ser interrumpido al cabo de cuarenta minutos. El tiempo que la máquina administrativa estima necesario para llevar a cabo el ceremonial mortuorio es de veinte minutos.

Algunos condenados disfrutan de un régimen individualizado. Para que no sucumban a la locura o se suiciden, a pesar de todas las precauciones, los funcionarios o agentes de la Sûreté les hacen compañía. Juegan a las cartas. No hablan de ello. Pero no piensan en otra cosa. Y es por la distracción de un compañero de juego, por la leve y desacostumbrada palidez de un rostro, por el temblor de una mano que toca la suya por accidente, que el condenado se entera de que será *mañana*.

A veces es un silbido estridente llegado del exterior el que le pone sobre aviso.

Hubo uno que le dijo a su funcionario al caer la noche:

—Será *mañana*, ¿verdad?

El otro, atónito, trató de desmentirlo.

—No te apures, que ya lo sé —le dijo en voz baja la cabeza que sería segada menos de diez horas después—. ¿Y sabes qué te digo? ¡Que les den!

Mañana.

Esa noche, la prisión entera escucha angustiada. Cientos de pechos contienen la respiración. Los cerebros se enfebrecen en una comunión que acaso no sea sino un contagio del mismo mal, de la fiebre de un cerebro enloquecido —a poco de convertirse en un pedazo de materia gris exangüe, en lenta descomposición— que solo vive de una anticipación de la muerte.

Mucho antes de la hora señalada, en la oscuridad o la pobre luz nocturna de las celdas, los presos se acercan descalzos y en silencio a sus puertas. A través de las junturas de los chivatos cerrados, los ojos de muchos compañeros de fatigas tratarán de vislumbrar al que parte en su última romería.

Algunos entreverán fugazmente una imagen confusa que se grabará para siempre en su memoria. Siluetas indistintas: sombras negras, quepis. Él: el perfil gris y los ojos hundidos, en camisa, sostenido por los codos, arrastrado, llevado casi en volandas, desfallecido quizá, extraviado. Él.

Luego sucumbirán a un desaliento trémulo, ajenos a los trazos negros que los barrotes van dibujando sobre el cielo blanquecino.

12. LA SOURICIÈRE Y LA CONCIERGERIE

A lo largo de doce meses me sometieron a cuatro o cinco interrogatorios de media hora, antes de despacharme a la Sala de lo Penal por varios cargos que equivalían a un billete a la Guayana en una jaula de presidiarios. Los acusados bien provistos de fondos se desplazan a la instrucción en taxi, acompañados por inspectores de policía de paisano. Los fotógrafos de los grandes periódicos los esperan al pie de la escalera del Palacio de Justicia. Llevan corbata y cuello postizo. Son los caballeros. Los pobretones, desaliñados, arrancados bruscamente de sus celdas, se hacinan en los sórdidos compartimentos de la lechera. Son los «mendas», los cualquieras.

Tras meses de reclusión, el traslado en lechera y el duelo de la instrucción, que enfrenta a un hombre acorralado y un astuto cazador, sereno y al acecho al otro lado del escritorio, listo para asestar de improviso una pérfida pregunta como un disparo certero, constituyen verdaderos acontecimientos.

El rodar del coche sobre la acera o el asfalto, el ruido de la calle —esa calma apenas perturbada por el escaso tráfico en los alrededores de la Santé y luego la trepidación del bulevar, con sus innumerables voces humanas y mecánicas—, la extraña sensación de pasar, contorsionado en un ataúd vertical, por la misma calle que tantas veces se recorrió con paso alegre y despreocupado… La mirada ávida que escapa por la rejilla de la ventilación y se aferra desesperadamente a una viandante que ahora se oculta —el corazón en un puño crispado— tras el biombo móvil de un tranvía.

Al salir de la lechera, un guardia municipal le pone los grillos al recién llegado y lo conduce a la Souricière.

El nombre de Souricière, «ratonera», le va que ni pintado al edificio de dos plantas, repletas de cuartuchos enrejados apestosos, con las dimensiones justas para alojar a un hombre y una letrina: dos pasos de ancho y cinco de largo, como mucho. A un lado la puerta enrejada, al otro la taza infecta de hierro oxidado, embozada de forma que nada en ella pueda hacerse desaparecer. El hedor de las heces y

los orines impregna las pintadas de las paredes. El acusado se marina allí un buen rato: cuatro o cinco horas, muchas veces. ¿En qué ocuparse? La estrategia para la defensa ya la tiene preparada: repasarla una y otra vez solo conduce a debilitar el entendimiento y tensar los nervios. Uno observa las idas y venidas, pero acaban por aburrirle: en su variedad hay una especie de monotonía. Busca uno entonces el lápiz que los anteriores huéspedes de la pocilga escondieron en una grieta de la pared, tras el retrete, o saca el suyo del doble forro de la chaqueta, para añadir su contribución al prodigioso libro de la pared.

La pared fue blanca en su día. A primera vista es de un gris opaco, compuesto de una maraña de inscripciones y dibujos entrecruzados, combinados y raspados. Nombres, historias, pareados, consejos, citas, confesiones, una acumulación monstruosa de escritos y jeroglíficos que bordan un loco arabesco sobre los cuatro grandes motivos humanos: la lucha, la desgracia, el amor y la lujuria. Literatura primitiva de la jungla social, idéntica en todas las paredes de todas las cárceles. Un consejo se encuentra en ellas una y otra vez, bien preciso, suscrito por incontables firmas: ¡Nunca confieses nada!

Uno que no la firma refiere su experiencia en pequeños caracteres de imprenta sobre un nombre —*Adèle*— caligrafiado en hermosa redondilla: «Soy un memo, he cantado y estoy jodido, yo me lo he buscado».

Hay más confesiones confesadas: «He cantado: cinco años».

La obscenidad irradia desde el techo hasta las baldosas del suelo, desde la puerta hasta el retrete, en dibujos que a veces poseen la consumada perversión de las miniaturas persas. En una de «mis» celdas de la Souricière la pared del fondo estaba ocupada íntegramente por una mujer desnuda dibujada a escala real, con el bajo vientre reventado, los pechos puntiagudos y la boca prostituida y deforme: el artista ofuscado había errado las proporciones y solo había terminado con gran laboriosidad la carne sexual. Los ojos, los hombros y los brazos parecían dibujados por un niño —torpe— de diez años.

(No vi pornografía comparable a esta —en su imaginación delirante y su absoluta despreocupación por el verdadero arte— hasta mucho tiempo después, en un lugar muy distinto. Fue en el Palacio de Invierno de Petrogrado, en el modesto piso de soldado del zar Nicolás I, uno de los grandes amos de la Europa posnapoleónica, una de las cabezas visibles de la Santa Alianza. En una antecámara del dormitorio había una especie de armario que ocultaba una ducha y, a un lado, un perchero en cuyo fondo colgaba un cuadro anodino. Un discreto mecanismo que las augustas manos conocían bien permitía apartar el primer lienzo para revelar un segundo cuadro, poblado por un frenético revoltijo de carnes violáceas, rubicundas y turgentes,

hábilmente entrelazadas…)

En la misma pared varios dedos habían dejado huellas fecales. Alguien había escrito algo con su propia sangre. Las letras de sangre seca también parecían manchas de excremento…

Otro había traducido en una sentencia lapidaria el consejo habitual: «Aquí o la achantas o la diñas».

Un guardia municipal —o dos, cuando el acusado se considera peligroso— acude allí a buscar al detenido y lo lleva a la fiscalía, sujeto por la cadena de las esposas. En un recodo de la escalera hay una puertecita de roble que conduce a una vasta sala repleta de togas negras de abogados, grupos de acusados escoltados por guardias de uniforme, actuarios y alguaciles, todo un mundo ajetreado y ruidoso donde se intercambian expedientes y apretones de manos, confidencias apresuradas y meditadas traiciones. A la puerta del despacho de «su» juez de instrucción, los acusados deliberan con disimulo. Una puerta que se cierra muy despacio ofrece la visión fugaz de un careo angustiante. Dentro hay un hombre, solo, la cabeza entre las manos («… es su cabello…»), un hombre que sabe, que traiciona, un ahogado que no quiere ahogarse solo…

En cuanto al 12.ª – 20, que acaba de salir de su agujero en la Souricière con el corazón en un puño —su destino se decide hoy en la cabeza ensortijada que acaba de vislumbrar por la rendija de una puerta—, la indiferencia es tan absoluta que, si cerrase los ojos, podría pensar que se encuentra a solas. La angustia de ese pobre despojo tirado en un banco junto a otros dos despojos similares —tres robos con violencia o intimidación— le pasa completamente desapercibida a la gente que va y viene, demasiado ocupada y demasiado habituada. De vez en cuando aparece un abogado y le toca la mano o el hombro a alguno de sus clientes. Un coloquio apresurado se entabla entre la ansiedad del 12.ª – 20 y la fingida atención del abogado defensor, tranquilizadora y ausente.

—¡Legris! —llama el secretario del juez de instrucción, entreabriendo la puerta.

Legris, el 12.ª – 20, se pone en pie, sujeto aún por la muñeca, cruza el umbral del despacho como un autómata y queda deslumbrado por la luz procedente de un gran ventanal, por la masiva corpulencia del señor que está ahí escribiendo una carta, por la idea de que se trata del juez de instrucción.

Otro calabozo de la Souricière. Legris se ve perdido, atrapado para siempre en su ratonera, a merced del gato.

Los condenados que regresan del tribunal correccional pasan por delante de la Souricière. Conservo sobre todo el recuerdo de las

mujeres y, en particular, de una que volvía sollozante, con el pelo revuelto y el pecho sacudido por constantes hipidos, a la que escoltaba un guardia paternal:

—Esos seis meses pasarán, pequeña, ya lo verás. En diciembre ya estarás fuera… Y a lo mejor te reducen la pena en la apelación…

(Puede suceder, aunque lo habitual es que la pena se incremente.)

—¡Seis meses, seis meses…!

La mujer desmelenada había desaparecido ya de camino al coche celular, pero su voz histérica seguía resonando en las jaulas infectas, suscitando en sus inquilinos una sonrisa despectiva.

—¡Seis meses! ¡Pues, vaya, menudo chiste! Si de eso se queja…

Otra chica, rubia y rolliza, pasó congestionada y risueña, a un paso tan vivo que parecía que era ella quien conducía a su guardia, con un puño en la cadera y en la boca una sarta de invectivas truculentas y furiosas, imposibles de transcribir, que brotaban de sus labios en flor de dieciocho años como de una tubería de alcantarilla que hubiera reventado y hubiera comenzado a escupir a la luz del día toda la pestilencia de la gran ciudad.

Era una muchacha hermosa y lozana. Los firmes racimos de sus pechos erectos bajo el satén blanco, el marfil dorado de sus dientes asomando entre los labios espumeantes, el leve temblor áureo del cuello y el ardor de su voz vengativa fueron un deleite fugaz para los machos enjaulados a su paso. Se enteraron luego de que la habían «vendido» y que le iba a caer un año «sin pruebas» por desplumar a sus clientes…

También recuerdo a una criatura enclenque, un chiquillo precoz de catorce años o un adolescente retrasado de dieciocho, un ser delgaducho y frágil, con los ojos enrojecidos y llorosos por la conjuntivitis y el hocico de comadreja, que llevaba unas ropas andrajosas y desteñidas por la lluvia, remendadas, deshilachadas, mugrientas, de zagalillo… Su mirada embrutecida no se apartaba de los guantes blancos del guardia, condecorado y laureado este, con los botones pulidos y el correaje lustrado…

Aquel «malhechor» y aquel soldado hacían pensar irresistiblemente en un título de fábula triste: *La comadreja espachurrada y el alazán de caballería.*

La Conciergerie ocupa el último lugar en la serie de trampas que conducen al preso desde el umbral de la preventiva hasta las mazmorras donde cumplirá condena. Unas cuantas permanencias en la Souricière preparan al hombre para su caída en esta trampa, la más sombría, angosta y asfixiante de todas, encajada entre gruesos muros seculares, excavada en el suelo más viejo de París, bajo pesadas

bóvedas góticas cimentadas con sangre medieval y monárquica. Tras las matanzas de septiembre de 1792, María Antonieta aguardó en este edificio la hora de colocar su regia cabeza descoronada en la luneta de Sanson…[11]

¡Literatura! En esta trampa cae uno para ser aturdido por un veredicto asestado en la nuca como un cachiporrazo.

Tantos son los desniveles en el vasto y antiguo edificio del Palacio de Justicia, erigido sobre un suelo horadado por un laberinto de pasajes subterráneos, que no sabría decir si las celdas de la planta baja de la Conciergerie se encuentran, de hecho, por debajo del pavimento de la ciudad. En esta cárcel es imposible sacudirse la sensación de encontrarse recluido bajo tierra. Sobre los corredores amplios, oscuros y silenciosos se elevan bóvedas de piedra sostenidas por enormes columnas. La poca luz que llega a sus exiguas celdas, no mucho más grandes que las de la Souricière, se filtra desde unos patios circundados por altos edificios grises a través de unas troneras enrejadas abiertas en los gruesos muros. Es imposible leer nada en ellas, salvo de pie justo debajo de la ventana y durante las horas más luminosas del día. La mesa —en la celda que yo ocupaba, al menos— nunca tiene suficiente luz, salvo la de la bombilla, que permanece toda la noche encendida en el centro del techo encalado. Por el día, la penumbra; por la noche, la irritante luz eléctrica. Para escapar a aquel tormento, se me ocurrió vendarme los ojos con un pañuelo antes de acostarme. Los funcionarios, intrigados, me arrancaron al sueño. ¿A qué venía aquel aspecto sospechoso de condenado frente al pelotón? En cada uno de nosotros no dejaban de ver a un suicida en potencia.

Unos muros de medio metro de grosor separan entre sí las estrechas celdas monacales, ahogando los ruidos y dificultando la comunicación, pero no son lo bastante sólidas como para rodear de un silencio absoluto a los presos allí sepultados. En la fría penumbra de mi alveolo me fue dado escuchar durante varios días —a pesar mío, con una persistencia que me impedía leer, escribir o pasear— los rítmicos sollozos de un vecino anónimo, aniquilado por una pena desconocida. Lloró tres o cuatro días seguidos, sin la menor traza de pudor u orgullo. Me familiaricé así con el ritmo de su respiración y su desconsuelo. Tenía explosiones de llanto en las que se adivinaba una queja de niño herido, una incredulidad amarga, el «no es posible, no es posible» del duelo contrito junto al lecho de muerte. Luego no quedaba más que un murmullo desesperado y menguante, el lento desagüe de un padecimiento agotador que se purga a sí mismo, que se extingue por el mero cansancio de la carne y del espíritu.

Uno se ve «extraído» de este paralelepípedo de piedra y penumbra por unas pocas horas. Después de atravesar varios pasajes subterráneos y ascender por los peldaños de la angosta escalera de

caracol de una torre, uno emerge «a la luz del tribunal», frente a los doce miembros del jurado y los jueces, viejos funcionarios amargados cuyas togas contribuyen a amplificar su gesticulación oratoria. Ritos y simulacros. ¡Defiéndete, Legris, demuestra que eres un hombre como los demás, ni peor ni mejor, pese a tus crímenes, los crímenes de una criatura acosada por la miseria que un buen día se da la vuelta y muerde… o rompe y saquea un escaparate! Niega, confiesa, arrepiéntete, mendiga la indulgencia de estos señores: las reglas del juego aún te lo permiten, una última vez. Todo lo que puedas decir y hacer apenas tendrá cabida en el ritual. Estás a punto de desaparecer por completo, consumido por los registros, los cerrojos, las mirillas, las trampas sucesivas de la inmensa «ratonera», sepultado bajo los trescientos folios del sumario, las diecisiete preguntas (cuatro circunstancias agravantes), los veinticuatro vistos y considerandos. A lo largo de ciento veinte minutos de palabrería, dos voces contradictorias de mísera elocuencia han pintado sobre tu huraño semblante los falsos espectros de un canalla y un buen hombre infortunado, cuando no fuiste ni lo uno ni lo otro, sino un falsificador. Se acabó, sí, aunque eso lo entenderás más tarde. Andando. Ya solo te resta grabar con un alfiler en el yeso de una pared: «Ocho años por 45 francos en monedas de cien *sous*».

Dejé entre estos muros —tras despedirme con un cabeceo, esposados como estábamos los dos y conducidos por guardias municipales— a un bandido tranquilo y fuerte que no había matado nunca a nadie. Lo vi alejarse con sus andares atléticos y una sonrisa distraída. El enrojecimiento de su rostro musculoso y la leve hinchazón de los párpados sobre sus ojos grises, entre metálicos e incoloros, eran los únicos indicios visibles de la conmoción que lo trastornaba. «Lo lleva bien», me había dicho algún amigo común. Y ahora volvía a su celda con veinte años de presidio por delante. A mí me habían caído cinco años de reclusión. Eran las siete de la mañana.

Aquella noche, un viejo funcionario alcohólico que me había deseado y augurado la absolución, se acercó a charlar junto a la puerta de mi celda. Un tic nervioso le tironeaba continuamente el labio inferior. En voz baja, con un suspiro que apestaba a absenta, me dijo:

—C. acaba de *irse*. Ha muerto como un hombre. Llevaba el veneno escondido en el tacón del zapato. Y en medio de la agonía seguía apretando los dientes para que no le dieran nada, para no dejarse curar.

El viejo boqueras, que llevaba allí veintidós años, me miraba con los ojos húmedos y extraviados, entre el asombro y la compasión.

—¿Por qué habría de suicidarse? ¿Veinte años? ¿Y qué? Podía

evadirse. O conseguir un indulto. Y aunque los hubiese cumplido a pulso, con su naturaleza y su salud habría salido del trullo mejor de lo que estoy yo después de veintidós años de servicio. No, no está bien, no es razonable…

Y el hombre se alejó con su paso breve y quebrado, los hombros caídos bajo la mugrienta guerrera de ribetes descoloridos, continuando su ronda y su cuarto de siglo de servicio, una rata de prisión domesticada, con el alma gris como la penumbra que reina bajo estas bóvedas, gris y blanda como los trapos que acababan de enjugar el vómito del suicida.

13. EL VAGÓN EBRIO

La sensación es la de partir en plena noche hacia lo desconocido. La caminata será larga, tan larga que no hay forma de precisar su duración, a través de una noche perpetua sembrada de obstáculos. Caer por el camino sería hundirse en un lago negro una noche sin luna, bajo un cielo de plomo, en absoluta soledad. Ningún grito llegaría a oírse: calla, pues, pase lo que pase. Cuatro círculos fugaces rizarían apenas la superficie negra del agua muerta, que no tardaría en cerrarse sin una sola onda sobre el ahogado.

Un viaje no en el espacio, sino en el tiempo: cuarenta y seis meses que habrá que atravesar en tinieblas. Atrás quedan ya catorce meses en la celda. No han sido más que un preludio. ¿Cómo será *la pena*?

¿El futuro? ¿El tiempo? ¿Hay un futuro? Los débiles y los desventurados se quedan en el camino, sus ojos derrotados se cierran en la enfermería de la prisión. Sé que el tiempo tiene dos dimensiones subjetivas: que el minuto amargo se eterniza, que los meses vacíos se esfuman sin dejar en el alma más que un poco de polvo. ¡Ni siquiera de ceniza!

¡En marcha! Lo esencial es partir con valentía y conservarla por el camino. De ahora en adelante hay dos dominios en el universo: el mío y el del enemigo. Estoy en poder del enemigo. Los engranajes de esta máquina trituradora me rodearán a todas horas, durante años. En vano alzaré contra ella mis brazos rebeldes encadenados. Que lleven ellos la cadena, su carga ineludible, sin lucha ni desfallecimiento. Me queda el otro dominio: ese, la máquina no podrá arrebatármelo. Nos encontramos frente a frente, la enorme máquina-prisión y yo. Y somos iguales, pues nuestras potencias e impotencias se limitan y bloquean mutuamente sin solución de continuidad. Hasta el día fijado en la sentencia seré el número 6731, un recluso, un autómata accionado mecánicamente por el reglamento penitenciario. Yo no puedo hacer nada al respecto. Hasta el día fijado en la sentencia, tras las cadenas, la guerrera numerada y el estricto y absurdo reglamento, seré *yo*: un hombre libre, valiente, inflexible, sin miedo. La máquina no puede hacer nada al respecto. ¡En marcha!

Recorreré esta senda negra el tiempo que haga falta. ¿Hasta la

locura o la muerte, quizá? No. Tengo fe en mí. Si una u otra me abaten, será tras arduo combate y a pesar mío, sin que yo haya consentido en temerlas. En cuanto a la cárcel, la derrotaré.

En marcha.

Estas resoluciones no tienen tanto mérito en mi caso. Mi pena es corta. Las penas largas, las «ruinas», empiezan a partir de los ocho años. (Un viejo recluso me dijo al llegar: «¿Cinco años? ¡Qué suerte! Cinco pasan volando. A mí me cayeron veinte y ya me he chupado catorce. Eso sí es un marrón».)

No hay más que tres formas de soportar la condena. La primera es aceptarla como un duelo, cosa que hacen con la conciencia más o menos tranquila muchos reclusos y presidiarios, sobre todo los verdaderos forajidos. He conocido a algunos de ellos dotados de una magnífica fuerza moral. La segunda es someterse con la cabeza gacha, sin ofrecer resistencia interior; dejarse amasar y moldear el alma por la cárcel; acomodarse a sus mohos, instalarse en ellos y en ellos vegetar, quejumbroso u obnubilado o satisfecho con un buen rincón. Eso hacen la mayoría de los presos procedentes de estratos sociales diversos, de ambientes donde la criminalidad es la excepción y no la regla: campesinos, gentes de clase media, clérigos libidinosos, notarios infieles, contables deshonestos, administradores corruptos, delincuentes «pasionales». Por último, cabe la posibilidad de no resistir ni consentir; de dejarse arrastrar suavemente al hilo de los días, con los resortes interiores quebrados por el mazazo del veredicto, hacia el remanso de la enfermería, adonde uno llegará al cabo de tres meses o tres años para desaparecer sin ruido una mañana, habiendo vivido, taciturno, el tiempo justo que se tarda en morir. En esta categoría de condenados no se encuentra ni un solo criminal auténtico. El ojo experimentado del veterano reconoce inmediatamente a estos «pobres infelices» que, llegados a la cárcel con su destino dentro de sí, están condenados por partida doble…

Toca partir hacia un destino desconocido. Me he puesto mis ropas «de paisano», las que me quité el día después de la condena. ¡Cuántos recuerdos de la calle se ocultan en sus pliegues! Los hierros en las muñecas. En el angosto compartimento metálico del vagón celular, donde es imposible ponerse en pie o enderezarse, con las rodillas embutidas entre la pared y la banqueta, los grilletes en los tobillos imponen una inmovilidad aún mayor. El vagón de los traslados es negro, asfixiante, está sucio y lleno de voces. El silencio sepulcral de los presos tiene su contrapartida en el jolgorio de los funcionarios, dos antiguos suboficiales de rostros vinosos, que zampan, beben, juegan a las cartas y hablan de ascensos, de permutas ventajosas, de buen vino y faldas remangadas en un lenguaje sembrado de exclamaciones

escatológicas. Sus voces viriles, groseras y acaloradas, invaden por entero nuestros *in pace*. El vagón avanza, un vagón ebrio, siniestro como lo era a veces «El barco ebrio».

Planche folle, escortée de hippocampes noirs[12]

llevando a estos dos hombres uniformados, con su alegría animal en su confortable estercolero; llevando también, encadenados a la sombra de estos dos seres vivos, a cuatro reclusos excluidos de la vida, inmóviles, aislados, atormentados por la sed y entumecidos por la inmovilidad. Enganchada a trenes de mercancías cargados de vituallas, desenganchada en una bifurcación, olvidada durante horas en la vía muerta de una estación perdida, reenganchada, maniobrada bruscamente entre maldiciones, para regresar al silencio inmenso de una estación desierta, nuestra prisión errante nos mece y nos arrastra en su itinerario indescifrable a través del tiempo y el espacio. Hemos salido por la mañana. Y hemos oído —¿dónde?— que daban las seis de la tarde. ¿Llegaremos mañana? ¿Pasado? Nos da lo mismo. Lo que sí nos gustaría es estirar un poco las piernas atacadas de hormigueos, enderezar la espalda, beber un buen vaso de agua. Estaría bien.

Mis tres compañeros de viaje:

Morge, conocido como Cocinillas o el Cocinero, que tiene la sífilis y es «anarquista». Veintidós años, creo. Y veinte de trabajos forzados por delante. Montaba la guardia en los alrededores de una mansión de Les Aubrets, donde «un colega» sorprendido en pleno robo estranguló a una vieja criada con sus propias manos, cuidadosamente enguantadas y sirviéndose de trapos mojados, y apuñaló luego repetidamente y con furia de epiléptico a un septuagenario. El asesino de los guantes se libró de la guillotina por muy poco; su precaución le salvó. Quedó en libertad. Pagará por él este crío paliducho, que no abrirá la boca. Morge mantiene la esperanza. Su mujer, una muchacha tuberculosa, rubia y anodina, que se entregaba dócilmente y con dulces gestos impúdicos al primer «partidario del amor libre», le ha prometido reunirse con él en la Guayana. Dicen que los presidiarios con buena conducta reciben allí parcelas de tierra que cultivar. La ilusión de un presidio quimérico va fermentando así en esta joven cabeza, presa de rebeldías descarriadas. Tal vez nazca allí el amor. Morge nos dejará en el siguiente cruce de vías para subir a otro vagón ebrio. (Su mujer no se reunirá con él: en menos de un año Morge habrá muerto.)

Horel, a sus sesenta años, aparenta setenta. Su «caso» le ha envejecido de golpe. Tiene la piel blanquísima, una nariz roja que llora sin cesar y unos ojos caninos relucientes, inyectados en sangre descolorida. Horel desvaría. De vez en cuando se palpa un tumor

rosado que tiene en la nuca con su vieja mano de obrero.

—Pálpala —dice—. ¿La notas? La bala sigue ahí.

¿Por suerte o por desgracia? Ni él mismo lo sabría decir. El mundo le supera. No contaba con sobrevivir, aunque tampoco es que quiera morir. Pero seis años de reclusión —¡y eso porque se mostraron indulgentes!— son muchos a su edad. El suyo era un crimen pasional: celoso de su propio hijo, un apuesto muchacho de veinte años, mató a su amante, una mujer de cuarenta años, y optó luego por el suicidio. A duras penas lograron salvarlo, para condenarlo acto seguido. El vagón ebrio lo arrastra hacia su destino. Más tarde me lo encontraría a menudo, la espalda y las rodillas cada vez más arqueadas, cojeando con sus zuecos demasiado grandes entre los ancianos del taller de cordelería. Con una mano hundida en el cinturón y la otra embutida entre dos botones de la guerrera para combatir el frío, el moquillo en la nariz, la mirada apagada y la mandíbula caída, sacudido a cada paso de pies a cabeza como un polichinela roto, pero extrañamente rígido, descendería silencioso y encastillado en sí mismo hacia el pequeño cementerio de la prisión. Le llevaría varios años.

El crimen del tercero también era pasional, aunque resulte absurdo aplicar el término a este chico rollizo y rubicundo, con mejillas de muñeca que parecen manzanas maduras. Mató en una riña a un mozo de su pueblo que cortejaba a «su mujer». Se refiere a ella siempre como «su mujer», aunque no fuera más que una novia. ¡Pero con qué risotada triunfal no habría de tenderla a la sombra de un molino en las calurosas horas de la tarde, cuando el acre sudor de las carnes juveniles se sube a la cabeza, más embriagador que el vino! Todo el vigor de sus diecinueve años habría de emplearse ahora en llevar la olla de sopa al comedor dos veces al día. Creo que murió también, de neumonía: el recuerdo que de él conservo se me enreda con el de otro campesino que también había matado a alguien en circunstancias similares, un muchacho igual de rollizo que él, y no sé cuál de los dos fue el que murió en la enfermería.

Sentados unos al lado de los otros en nuestro vagón ebrio, nos ignoramos en silencio. No nos conocimos hasta la llegada.

En una estación montaron en nuestro vagón otros compañeros de viaje fugaces de los que no me ha quedado ningún recuerdo, pues a ellos los conducían a un centro de detención preventiva y a nosotros al penal.

Un estruendo de tren expreso que pasa lanzado sobre los raíles se desplegó en torno a nuestras tinieblas. Hubo sacudidas, un parón brusco, gritos destemplados, un desenganche, una voz:

—Los coches ya están aquí.

Entumecidos por las ocho horas de encadenada inmovilidad, nos tambaleamos, con los miembros libres por fin, alineados a lo largo de una vía, mientras los guardias del servicio de traslado nos pasaban otras cadenas de muñeca a muñeca. Los ocho hombres atados de esta suerte componíamos una oruga de ocho cabezas y dieciséis patas, lenta, tintineante, titubeante, que cruzaba dando traspiés, con los ojos deslumbrados por las señales ferroviarias, tropezando con pasos torpes contra los rieles, las vías de la estación de mercancías.

Como una oruga aplastada por una bota claveteada, nos movíamos lentamente en la densa oscuridad de una noche de marzo. Y un deslumbramiento me entró entonces por los ojos, inundándome el cerebro de alegría:

—¡El cielo!

Un cielo rutilante de invierno, constelado hasta el infinito, extendía sobre nuestras cabezas sus negros y azules profundos, su profusión de estrellas, sus chorros de luz entre abismos de oscuridad. ¿Había entendido yo alguna vez la maravilla de un simple cielo estrellado? Llevaba cuatrocientos días privado de él y cayó sobre mí como una revelación.

Me habría desplomado, con los ojos perdidos allí arriba, en mi incierto caminar entre los raíles, las entrevías, los cables tendidos a ras de suelo, si los demás anillos de la oruga penitenciaria no me hubieran sostenido, empujado, arrastrado hacia las luces de la estación…

La insólita oruga vaciló un momento sobre sus dieciséis patas desfallecientes, en el repentino bullicio de la estación. Todas las luces parecían concentrarse en ella: y eran un brutal recordatorio de la vida perdida. ¡Un puesto de periódicos, revistas y libros! ¡Un estanco! De la turba presurosa que se apeaba de un tren se destacaban viajeros tan cercanos, tan *reales*: un soldado, una señora que llevaba de la mano a dos chiquillos, un señor que desplegaba su periódico en la portezuela de su compartimento, un hombre que besaba a una joven. ¡Cómo hubimos de mirar a aquel viajero ordinario, qué monstruo de dieciséis ojos hubo de codiciar la alegría de aquel adiós!

Luego la oruga se escindió en dos partes y un coche se alejó traqueteando por las calles iluminadas de la ciudad con sus cuatro reclusos, que lo miraban todo con avidez, asombrados de que la vida siguiera su curso «sencilla y tranquilamente», idéntica a la que habían dejado atrás.

14. LA LLEGADA

Franqueamos una serie de umbrales en la noche. Los edificios se extienden como enormes rectángulos bajo el intenso y rutilante azul en lo alto. El cuerpo de guardia; unos patanes soñolientos que nos echan un vistazo altanero y despreocupado; un tipo sanguíneo, macizo, con el quepis ribeteado caído sobre la oreja, el aliento a vino y un manojo de llaves que le golpea la costura del pantalón.

—¡Por aquí!

Desatados, sorprendidos por la desenvoltura de nuestras extremidades y por la repentina ligereza de nuestros cuerpos —gotas de alegría corren por nuestras venas: ¡qué placer el de poder retorcerse las muñecas a gusto, qué placer!—, enfilamos por una callejuela mal iluminada, bajo el cielo deslumbrante. Penetramos en un tercer recinto, luego en un vestíbulo sombrío donde el aire está viciado. Allí nos perdemos de vista unos a otros, escoltados por un solo hombre armado de un manojo de llaves, que va, viene, nos coloca frente a las puertas numeradas como muñecos de cera, asustados, bajo el débil resplandor que su linterna proyecta sobre nuestros rostros…

—¡Adentro, vamos!

Entro. ¿Adónde? No lo sé. Penetro en la más absoluta oscuridad. En la nada, podría ser.

La puerta se ha cerrado tras de mí, los pasos del funcionario se pierden allá abajo, fuera, en el adoquinado. La oscuridad es total. Sin dar un paso, trato de distinguir mis manos alzadas a unos centímetros de los ojos. Imposible. Las extiendo, imprimiendo a mis dedos cautelosos movimientos tentaculares. Avanzo lentamente, palpando las tinieblas (y siento aun así esa alegría que corre vibrante por mis venas en cálidas gotas, la alegría de moverme sin trabas). Conservo también el recuerdo absurdo del deslumbramiento: ¡lo hermoso que era, pese a todo, ese cielo estrellado! Ah, aquí está la pared, vamos a seguirla. Parece limpia, sin inscripciones. Cuatro paredes, claro, las cuatro paredes de siempre… Son casi viejas amigas, estas cuatro paredes asesinas. *Y nada más*. Esperaba que hubiese al menos un camastro.

Vamos a instalarnos. El chaleco hecho una bola y el sombrero

aplastado —¿qué necesidad voy a tener de estos pingos civilizados a partir de ahora?—, colocados con arte encima de los zapatos, me servirán de almohada. Tendido cuan largo soy sobre el suelo encerado, cavilo.

No tengo ni idea de lo que me espera. Los abogados a los que he inquirido sobre la condena no han hecho más que exasperarme con sus evasivas. Les trae sin cuidado, qué diablos. Los que llegan aquí dejan de ser clientes.

He visto nacer el día: una grisura que se colaba imperceptiblemente en la celda, disipando las tinieblas. Al rato era ya una pálida claridad. Poco a poco iba haciéndose la luz. No tenía la menor noción de la hora. Después de vestirme he esperado un buen rato caminando a lo largo de las paredes, como mandan los cánones. Dieciséis pasos. Diecisiete, yendo sin prisa. ¿Y a qué tanta prisa?

El día ha empezado bien. Los tres pasajeros del vagón ebrio nos hemos reencontrado en un magnífico patio triangular…

—¡Estupendo! —dice Horel.

El pequeño labriego homicida sonríe de oreja a oreja.

En aquellos diez metros cuadrados hay, de hecho, seis de hierba, y hasta un arbusto, raquítico como un matojo, en el que despuntan ya algunos brotes. Podríamos pasar por hombres «libres», por tres amigos reunidos, charlando junto a la tierra y las plantas. ¿O no?

—Aún no hemos entrado en la rueda —dice el labriego—. Esto no es posible.

Oímos tañidos de campanas, desfiles: el golpeteo rítmico de largas columnas de zuecos contra el pavimento. Los ritmos del penal. Comprendemos entonces que aún no ha comenzado para nosotros el régimen de castigo, un hecho que, por otra parte, vienen a corroborar nuestras ropas «de paisano».

Nos despedimos de ellas una hora más tarde, en la pequeña «sala de curas» de la enfermería, donde dos convictos auxiliares en batas blancas, un funcionario y el brigadier Zizi proceden a ataviarnos con nuestro atuendo definitivo. Arrojadas al suelo una por una, registradas y sacudidas, nuestras prendas recobran de inmediato su apariencia de trapos viejos. Zizi, un viejo veterano decrépito condecorado por el servicio colonial y galoneado de plata hasta los hombros, con una gran nariz aguileña caída sobre un bigote blanco que amarillea en torno a los labios a causa del tabaco, le dicta a un recluso contable su tasación del valor de nuestros efectos personales. Bramando como un clarín en el patio de un cuartel, va desgranando sus estimaciones:

—Un sombrero de fieltro negro… veinticinco céntimos. Unos tirantes… diez céntimos. Un terno de lana gris… ¡cinco francos! Una

camisa a rayas… cincuenta céntimos.

Zizi se regodea.

Su valoración se anota en un registro en el que estampamos luego nuestra firma. La administración custodia nuestros efectos: nos los restituirá —o lo que quede de ellos cuando las polillas hayan dado cuenta de la tela— cuando nos llegue la bola y salgamos en libertad. En caso de destrucción accidental, la administración, ejemplo de honradez, se compromete a indemnizarnos con arreglo a la tasación que acabamos de refrendar. La acogida empieza por un timo en toda regla.

Luego aguardamos desnudos frente a nuestros montoncitos de trapos viejos a que nos entreguen el uniforme reglamentario: camisa y calzoncillos de estopa gris (que acaso era blanca de origen), guerrera, pantalones y un gorro de paño oscuro. Las ropas que nos dan están tan usadas que es visible la trama azulada del tejido. Pero están limpias. Y para acabar, los zuecos.

—Esto te lo coses en la manga derecha.

Esto es un rectángulo de tela blanca con cuatro cifras estampadas: 6731. El 6731 soy yo. Los zuecos son un lastre. A cada paso sueltan un triquitraque y me da la sensación de que se me van a caer.

Me han rapado la cabeza. Mi cabellera acaba de ser barrida junto a los últimos cabellos blancos de Horel. Heme aquí, lo bastante despersonalizado para comparecer ante las autoridades administrativas. Nada me distingue ya de los demás, de mis semejantes, de la turba de reclusos que somos todos, con las mismas barbillas mal afeitadas, los mismos cráneos rasurados y, a buen seguro, las mismas miradas de criaturas acorraladas.

Comparecemos ante una especie de tribunal administrativo: el director, con un quepis completamente plateado; el supervisor civil, con un quepis bordado de plata a medias; el jefe de servicio, con un quepis ribeteado de plata. Quepis, quepis, quepis. Galones. Un viejo gordo y bigotudo con cara de aficionado al vino blanco; una jeta pálida y triangular; un militar privado de rostro que no ha dejado en mi memoria otra huella que la de su quepis reglamentario. Los tres sobre un estrado, ante una gran mesa. Detrás de ellos, la República, una figurilla de yeso amarillento salpicada de excrementos de moscas. Zizi, a su derecha, oficia de secretario.

El recién llegado comparece flanqueado por los funcionarios, a un metro y medio del estrado, en la actitud reglamentaria del soldado que se cuadra. El director hojea un expediente, mira al hombre de arriba abajo y, según el caso y su estado de ánimo, dice:

—¡Ah, aquí está usted! Dicen que tiene la cabeza muy dura. Pues le

aconsejo que vaya con cuidado. Aquí las cabezas duras acaban por romperse.

Un silencio. Un gesto de la mano que empuña el secafirmas. Unas cejas tupidas que se fruncen bajo el quepis plateado. El mensaje es elocuente, no cabe duda.

—Retírese.

Empujado prestamente por los hombros, el recién llegado es expulsado de la sala para que pase el siguiente.

—Parece que usted también tiene carácter. Pues sepa, muchacho, que aquí sabemos limar las asperezas del carácter. ¿Entendido?

Con los hombros encogidos, el cuello retraído y una voz que no es más que un hilillo respetuoso, el interpelado murmura:

—Sí, señor director.

El tercero de la serie de hoy es un pequeño notario de provincias que ha huido después de desvalijar a todo su pueblo. La mirada del director se ablanda al posarse en su rostro triste y regordete. Este no es un granuja ni un reincidente, sino un hombre honrado que se ha apartado de la buena senda, eso es todo. De pronto recuerda toda la teoría sobre la rehabilitación de los presos.

—Procure comportarse, Boulin, y ya veremos qué podemos hacer por usted.

Al cuarto, un anarquista, el director se limita a decirle:

—Le prevengo: absolutamente nada de propaganda o le costará muy caro.

Pocos hombres en nuestra sociedad moderna ejercen un poder tan absoluto sobre sus semejantes como un director de prisiones. El supervisor civil, que viene a ser el subdirector, no supervisa absolutamente nada. En realidad, el director tiene un poder de vida o muerte sobre el interno. Le basta con una recomendación al jefe de servicio —«con ese mucho ojo…»— para que el preso en cuestión, librado al celo de los funcionarios, se vea abrumado de castigos. El director puede infligir castigos de hasta noventa días en el módulo de aislamiento, el temido chopano; más que suficientes para que antes de que se cumpla el plazo el preso sancionado acabe en la enfermería con los ojos arruinados, los pulmones carcomidos por la tuberculosis, el cuello inflamado y los oídos purulentos. Allí el preso revienta. Cada año, el hombre del quepis de plata pronuncia, como quien no quiere la cosa y por los motivos más fútiles imaginables, varias sentencias de muerte a medio plazo.

15. LA TRITURADORA

La perfección de la prisión moderna incorpora la perfección del castillo feudal, que era del todo autosuficiente: no es tanto que pudiera subsistir sin la labor de los campos circundantes, sino que gracias a sus artesanos, sus hombres de armas, su iglesia, su lazareto, sus mazmorras, sus patíbulos, sus salas de fiestas, sus arsenales y sus comercios, sí era capaz de soportar un largo asedio. La cárcel perpetúa en el seno de la ciudad moderna la economía y la organización del burgo medieval. Dispuesta de tal modo que en ella puedan vivir y morir cientos de hombres recluidos —no bajo una disciplina consensuada, como en los monasterios, sino bajo brutal coerción—, constituye una lúgubre ciudad fortificada, a un tiempo asediada y dominada por el enemigo que encierra.

El recinto consta de vastos edificios dispersos entre patios cultivados y arbolados. Una única entrada, no lejos del cuerpo de guardia, bajo las oficinas del registro —porque hay que guardar los libros cerca de los fusiles—, da a un primer patio bordeado de locales de la administración y colindante con los muros y pabellones de la cárcel propiamente dicha. El locutorio y el templo —que sirve también de sala de audiencias— despliegan sus techos bajos entre los edificios administrativos y los módulos celulares. Al franquear la segunda puerta, el recluso se encuentra en el ámbito del castigo. A primera vista, podría pasar por una callejuela poco transitada de un villorrio muerto, flanqueada de muros blancos y edificios severos de ventanas enrejadas. Los departamentos del servicio general, dispuestos en un cuadrilátero alrededor de un pequeño patio gris, comprenden la panadería, las cocinas, la lavandería y varios talleres auxiliares. La vieja prisión, un macizo paralelepípedo de mampostería blanca que data de hace un siglo, alberga los talleres de cordelería y de malla metálica y, en la planta baja, los comedores. La iglesia de piedra gris yergue sus lúgubres ojivas en un patio empedrado, junto al que se alzan por un lado un alto muro y, por el otro, las cuatro hileras superpuestas de ventanitas enrejadas del dormitorio. El dormitorio, de construcción relativamente reciente, concebido para la aplicación del sistema Auburn —el último grito en economía penitenciaria: trabajo comunitario de día, aislamiento de noche—, tiene la arquitectura

clásica de los pabellones celulares de planta radial. Tres alas y un módulo central, con cuatro pisos de galerías que dan a un gran corredor iluminado en sus extremos por altas vidrieras. Solo en las cárceles se construyen aún estos espléndidos ventanales que inventaron los constructores de catedrales. El corredor es espacioso. Las celdas alveolares son de una estrechez calculada con precisión: tiene que haber sitio para un catre de 50 centímetros de ancho y un hombre de pie al lado. Cada celda está enlucida con cal y dispone de su propia ventana, una aspillera ancha a la que está prohibido encaramarse… Un patio arbolado separa el dormitorio de la enfermería, que consta de dos pabellones rectangulares enfrentados a lo largo de un patio cerrado y unidos por una pasarela acristalada. Desde las ventanas de la enfermería —blanca, como debe ser— se puede ver un hosco cubo de piedra gris perforado de ventanas oblongas enrejadas, una especie de cárcel en miniatura incrustada en la grande, con su propio recinto, por el que circulan las rondas, y sus patios de paseo triangulares dispuestos en abanico: el módulo celular. Tres pisos de celdas de castigo, claras, medio oscuras y oscuras; en los cimientos, una doble hilera de calabozos. Así como en los burgos de antaño el corazón de la resistencia épica se ubicaba en la torre del homenaje, último reducto del señor, el corazón de la prisión —un corazón compuesto de reglas y hierros implacables— palpita en los muros de estos calabozos. En última instancia, la disciplina del recluso se basa en el miedo que le tiene al calabozo… Más allá, a ambos lados de un corredor acristalado, se encuentran los talleres: la imprenta, la sastrería, la orfebrería, la encuadernación, la cordelería, la factoría de malla metálica. Cuenta además con un gran patio sembrado de patatas. Y con un cementerio oculto bajo los muros de la prisión, no sé dónde…

La topografía del penal donde viví cerca de cuatro años se me ha quedado grabada de forma incompleta e inexacta. El recluso no acaba de hacerse una idea de ella sino a la larga, sintetizando un gran número de observaciones inconexas. Su campo de visión no supera nunca los veinte metros y sus movimientos están regulados por una voluntad anónima, ajena a la suya. La prisión perfecta está compartimentada de tal modo que uno puede pasarse allí años sin conocer nada más que su pequeña parcela.

El ritmo de la vida en la ciudad reclusa se establece con una precisión de relojería. A las siete de la mañana suena el toque de diana: tres campanadas espaciadas en intervalos de cinco minutos. A la primera, los seiscientos presos acostados en sus camas del dormitorio celular se levantan. La segunda concede unos minutos para doblar la ropa de cama y asear la celda. A la tercera, los presos se

alinean en el umbral de las celdas abiertas. En una larga hilera, la multitud silenciosa de reclusos enfila las escaleras y cruza los patios. Cada uno de ellos recibe por el camino su hogaza de pan.

En el taller, los presos dedican unos minutos a lavarse con el agua del grifo. Una campanada a las 7.15 horas da comienzo a la jornada de trabajo. A las 9 horas un nuevo toque de campana ordena cesar de trabajar; talán, alineación; talán, avanzar en fila india hacia el comedor. Talán, salida del comedor y paseo de veinticinco minutos, de 9.30 a 9.55 horas. Talán, regreso al taller. Talán, reanudación del trabajo. Talán, pausa de un cuarto de hora a mediodía. Talán, reanudación del trabajo. Talán, talán, talán, segunda pausa, paseo, regreso al taller, trabajo, alineación de la tarde, desfile, dormitorio, acostarse, despertar y vuelta a empezar: desfile, dormitorio, acostarse, despertar, reanudación del trabajo, talán, talán…

El ritmo mecánico de la jornada, repetido *ad infinitum*, conduce a una automatización casi indolora de la existencia. La campana incita en seiscientos reclusos los mismos gestos a la misma hora precisa. Estos gestos no tardan en dar lugar a una rutina individual. El error del recién llegado que busca su lugar en la fila atrae la atención general: es una anomalía.

El ritmo de la jornada se integra en el de los meses y las estaciones. La monotonía del descanso dominical, interrumpido por los paseos y las idas y venidas a la iglesia, al templo protestante o a la sala de correspondencia, no altera ese ritmo más de lo que lo hace el calor asfixiante de la canícula o las heladas de invierno, que convierten las procesiones de los autómatas en un continuo castañetear de dientes.

La regla es de trabajo y silencio.

Trabajo forzado, a destajo las más de las veces, es decir, llevado hasta el límite de las fuerzas, diez horas al día, de siete de la mañana a siete de la tarde, con dos descansos de una hora para las comidas y los paseos, y tres o cuatro pausas dispersas de un cuarto de hora. Trabajo industrial a precio de ganga, subcontratado a empresas externas por parte de la administración penitenciaria.

Silencio absoluto, perpetuo, impuesto a hombres que trabajan conjuntamente, arrebatados conjuntamente a la vida, oprimidos conjuntamente. El absurdo de esta regla de silencio solo es comparable a su crueldad. Aplicada y asumida de veras, sería el medio más sencillo de conducir al recluso a la locura. En la práctica, hay excepciones que la suavizan: relajaciones de la vigilancia, tolerancia de las palabras que se intercambian con motivo del trabajo. De ello se sigue que los días de descanso son en realidad los más duros; y que esa regla inaplicable no es más que un pretexto para el acoso disciplinario: la mayoría de los castigos infligidos se justifican por

infracciones de la regla de silencio. La variedad de estos castigos, que llegan a su máxima expresión en el caso de los «incorregibles», no es más que un abanico de persecuciones arbitrarias contra los presos que integran la lista negra.

La muela de la cárcel tritura lenta e insensiblemente, tan pronto se quiebra la primera resistencia del ser. Y como «uno se hace a todo», también se hace uno a esta vida al ralentí, al compás de la campana… El hombre cree emplear el tiempo, cuando es este el que le devora. La realidad es demasiado concreta para dar verdadero miedo. A veces hace falta un gran esfuerzo de la imaginación para entender hasta qué punto es opresiva…

Durante mucho tiempo tuve por vecino de fila a un hombre gordo y fofo, de tez rosada y carrillos colgantes. Me saludaba con una mirada amable y una sonrisa casi imperceptible en sus gruesos labios. Los pliegues mismos de su ropa parecían sacudir sin esfuerzo sus carnes flácidas. Una inmensa calma emanaba de todo él. Estaba cumpliendo ocho años y disfrutaba de un pequeño y tranquilo trabajo en el almacén de papel, con un rincón de pared detrás de las letrinas por todo horizonte.

—No te comas el coco —me decía entre dientes, y hasta su voz sonaba tersa, pálida, blandengue—, eso es lo esencial. Yo al principio me comía el coco. Ahora ya no me lo como. Te agencias un rinconcito tranquilo y a verlas pasar. No te puedes imaginar cómo pasa el tiempo: dura y dura, pero pasa. A mí no me quedan más que tres años, ya ves…

Tenía también sus pequeños placeres cotidianos. Paladeaba los guisos de la cantina —judías con cordero, a treinta céntimos— con sumo deleite, pensando en la plácida mañana que había pasado y en que por la tarde habría «un boqueras decente» que se avenía a darle palique… El domingo, la correspondencia. La semana siguiente, la ducha. Y en un mes solo le quedarían treinta y cinco meses, con sesenta y uno ya cumplidos. ¡El tiempo pasa! En sus ojos de rumiante bonachón se podían leer todos estos pensamientos tranquilizadores.

—Fíjate en Vallard —me dijo un día—, ¡lo nervioso que anda! Solo le quedan seis meses.

Vallard era un grandullón algo desgarbado, con un rostro avejentado y lleno de arrugas a sus treinta y cinco años, la narizota triangular, las gafas de montura de hojalata y una expresión mortificada de viejo seminarista. Estaba a punto de cumplir sus seis años de condena. Se decía que tenía mujer y dos hermosos hijos. El hombre guardaba silencio.

—¡Mira cómo lleva esos seis meses en las piernas!

Tenía el paso vivaracho, efectivamente. Vallard se dirigía hacia su destino como atraído por un espejismo. Enderezaba la espalda y una especie de rejuvenecimiento iluminaba su rostro marchito. ¡Nada más que seis meses! Pero allí lo aguardaba su destino. Una mañana apareció con la cabeza vendada. Caminó aún a nuestro lado dos días más durante el paseo, con andares nerviosos y algo fatigados. Después, nadie reparó en su ausencia. Murió al cabo de tres días en la enfermería, de una erisipela que le comió la cara.

—Se comía el coco —me dijo el hombre flácido—. No hay que comerse el coco. *Hay que ser más fuerte*. ¡Pobre chico!

16. EL TALLER

La imprenta es una inmensa colmena saturada del zumbido de las máquinas. Setenta hombres con blusones sucios y gorros de paño trabajan en ella en aparente silencio, pero sus labios se mueven de un modo apenas perceptible y sus susurros tratan de ser a un tiempo audibles e inaudibles. Bajo la humildad impostada de sus cabezas gachas, sus ojos furtivos vigilan al funcionario que se pasea altanero e indiferente entre las prensas y las hileras de cajas tipográficas. En cuanto el quepis de ribete amarillo desaparece detrás de una máquina, mi vecino se inclina hacia mí. Su máscara impasible se distiende, cobra vida, me brinda una gran sonrisa fraternal:

—¿De dónde eres?

Antes de que acabe la jornada sabremos lo esencial el uno del otro. Poule es un golfo flacucho y tristón, sin un solo destello de inteligencia. En la cárcel se le conoce como el Millonetis. Tras «el chivatazo de un cañuto» lo detuvieron con el instrumental de ganzúa al completo a doscientos metros del edificio donde lo aguardaba una caja fuerte que, según dice, contenía dos millones de francos. Al llegar a este punto, una chispa reluce en sus ojos apagados. «¡Y pensar que hoy podría ser millonario!»

¿Lo cree de veras? Puede pasarse horas de pie con el componedor en la mano y la mirada perdida. Su estupidez es tan desconcertante que a veces parece que nos la esté jugando. Pero es el destino quien se la jugó a él. Me da que en sus largas horas de inmovilidad sueña con sus millones perdidos, con todos los coches que habría podido comprar, con los casinos de Deauville y las mujeres rubias y semidesnudas que se contonean por el escenario con los pechos turgentes insinuados bajo flores metálicas en las grandes revistas de variedades. Y por la noche, en su alveolo enrejado, sus carnes de niño grande y viciosillo sufren y se consumen en tristes desahogos…

Viniendo de la celda, el taller sorprende por sus proporciones, su jabardillo de actividad, su ruido incesante. Es todo un mundo. ¡Y cuántos rostros! Poco a poco uno retoma la costumbre de distinguirlos, comienza de nuevo a observar. A diez, veinte, treinta metros de distancia, la mirada puede posarse en un sinfín de cosas.

Voy adquiriendo así una vida física más rica, más desahogada. Cuatro veces al día veo el cielo, los árboles, los arbustos, la hierba, porque esas son las riquezas que encierran los patios carcelarios. No quiero confesarme esa alegría miserable, pero está ahí, la siento en mis extremidades. Dura unos días y luego se desvanece, sin presentar resistencia. Después de explorar a fondo mis treinta metros de horizonte, soy consciente de su terrible pobreza. Nada cambia jamás en esta colmena, sobre la que el tiempo pesa como una lluvia interminable de cenizas. Pronto me esforzaré por recobrar el asombro de los primeros días, pero será en vano. Cada campanada volverá a hacer de mí el autómata que conoce de antemano sus menores gestos y todas las caras con las que tropieza, y esto habrá de durar aún mil trescientos días (si es que sobrevivo).

Las prensas se encuentran a la entrada, donde un funcionario monta guardia frente a la puerta candada. A la derecha y hacia el fondo del taller se suceden las hileras de cajas, donde es sencillo sustraerse un rato a la vigilancia del boqueras de turno para cruzar unas palabras o pasar una nota. Adosados a la pared interior se encuentran los despachos acristalados: el del director civil, un señor de pelo blanco con gorra inglesa y bata de impresor, y el de los correctores y contables, que son un foco de envidia permanente porque tienen permiso para hablar entre ellos. Estos reclusos privilegiados prestan pequeños servicios y forman un mundo aparte, envidiado y respetado. Al fondo están los almacenes protegidos por rejas y el taller de litografía acristalado. Las ventanas de enfrente de los despachos dan a las letrinas, para que los funcionarios puedan vigilar cómodamente al preso que allí se acuclilla. Las letrinas dan a su vez a unos patios estrechos empedrados. Los internos del servicio general acuden allí a diario a vaciar los tanques de las letrinas, que se inspeccionan luego en busca de objetos prohibidos. ¡Qué perfección, la de la cárcel! Ni siquiera las heces escapan al registro de la administración.

El trabajo se paga a jornal. A algunos cajistas se les exige acabar un determinado número de tareas que requieren un esfuerzo sostenido de doce horas al día. Por suerte, la mayoría de los trabajos tipográficos no suelen realizarse de este modo. La imprenta penitenciaria abastece de formularios a los ministerios de Ultramar, del Interior, de Justicia y de Sanidad. En ella se imprimen obras científicas y estadísticas en las que futuros analistas encontrarán los más absurdos disparates y descubrirán regocijados de qué modo pueden deformarse las cifras cuando a la estupidez de los chupatintas de ultramar se le suma la malicia de los presidiarios franceses. («Isla de la Reunión. Matrimonios: mujeres, 6; hombres, 6; total de

matrimonios, 12.» «Importaciones del Senegal: pianos, en toneladas…; plumas de avestruz, en metros cúbicos…»)

—Mira, chico —le explica al neófito el gordo corrector Gillet—, un corrector no está obligado a entender nada. Se atiene al original y punto. El original es sagrado…

Una sonrisa ilumina su faz rubicunda de monje libidinoso:

—… sobre todo cuando es un idiota el que lo ha parido —y canturreando en sordina añade—: y no nos importa una mierda-da-da… ¿Lo pillas o no?

También componemos los boletines de investigación de la policía criminal, que nos mantienen más o menos al día sobre delitos impunes y penas probables. Las manos de un recluso encuadran cuidadosamente, junto a la descripción abreviada de rigor, la foto antropométrica del recluso del año que viene, que a estas horas aún ronda por los bares de Ménilmontant con un nudo en el estómago. Los rostros de las mujeres —esos extraños rostros, ora lívidos ora cansados, feroces o desesperados con los que aparecen ladronas y prostitutas en los clichés antropométricos— poseen para el recluso encantos secretos. Se roban muchos pliegos de las prensas para recortar alguno de estos clichés, el retrato de una desconocida en busca y captura de la que solo se conoce el nombre, la edad y el delito del que se la acusa —*Marie Chevrillon, 22 años, robo*—, y cuyo nombre a la postre importa poco, pero tiene los labios infantiles y unos ojos cautivadores, agrandados por el susto y la confusión. Allá arriba, en su celda, algún hombre, presa de la más humana de las obsesiones, contemplará largo rato, noche tras noche, con dos ojos sin fondo, el misterioso retrato que lleva a todas horas bien oculto entre sus ropas, desafiando el registro. Y dudo mucho que los retratos más bellos de Gainsborough o los aires de misterio que gasta la Mona Lisa hayan despertado nunca en el corazón y la carne del hombre una pasión tan inefable como la que estos crudos retratos femeninos suscitan en las mentes de estos convictos, que a veces no son más que animales…

Componemos además el boletín verde de los desertores e insumisos, el boletín amarillo de los desterrados y el boletín blanco de los reincidentes. Por nuestras manos serviles fluyen inexorablemente tantos crímenes, miserias y sórdidas luchas como estrellas pueblan el firmamento…

Por el trabajo en la imprenta se gana de 50 céntimos a 2,75 francos al día.[13] La administración retiene seis décimas partes de este salario (más, en el caso de los reincidentes). De las cuatro décimas partes restantes, dos se destinan a gastos de cantina, que permiten al recluso mejorar su rancho, y las otras dos al peculio que recibirá al ser liberado. Pero antes que nada se reservan unos cuantos francos: la cantidad destinada, en caso de muerte, a costear el ataúd: el primer

deber del réprobo es pagar por su ataúd…

La cosa no siempre es fácil. En el taller de cordelería, por ejemplo, a duras penas se ganan unos pocos céntimos al día. Ese trabajo está reservado a los ancianos. A veces veo desfilar a la cuadrilla de cordelería: una docena de viejos títeres rotos arrastrando los zuecos, sucios, tiesos, encorvados, resecos, con caras momificadas de narices peludas y ojos húmedos, y manos que recuerdan a raíces resecas. Conozco a uno que anda muy erguido, con el gorro mugriento caído sobre la oreja, el cuerpo enjuto y larguirucho y una cabecita colorada en la que destaca una nariz de mochuelo de la que pende siempre una gota y unos ojos vidriosos e inmóviles. («Un pobre palurdo que le prendió fuego al granero del vecino: ocho años.») Tendrán todos entre sesenta y setenta años, y cinco, diez o quince años «por delante». El último de la fila es una criatura monstruosa: la Araña. Con la espalda torcida, el cuerpo doblado, las piernas combadas y muy separadas y los dos brazos extrañamente abiertos sostenidos por dos bastones, este anciano, como un árbol fulminado por un rayo, con todos los huesos rotos y desencajados, se arrastra vigorosamente a la cola de su oruga humana. Dicen que nunca saldrá vivo de aquí (¡como si hubieran de hacerlo sus compañeros!). Se desconoce cuál fue su crimen. Sí se sabe que unos campesinos le rompieron las cuatro extremidades a golpes de horca y de hoz…

Diálogo en la sala de curas:

—¡Anda que no nos darás faena cuando la palmes, mala bestia! —dice el enfermero encargado de acicalar a los muertos—. ¡Habrá que romperte los remos otra vez para meterte en la caja!

La boca negra de la Araña, orlada de horrendos raigones, escupe como una baba toda una letanía de insultos, coronada por una risita:

—… No sufras, que tú la diñarás primero.

(Y no iba errado: yo vi morir a ese enfermero.)

Los viejos aguardan el fin trenzando lentamente toscos cordeles con sus dedos embotados, envueltos en un hedor de inmundicia y descomposición orgánica. A veces se coloca entre ellos a un joven convicto recién salido del calabozo.

17. EL ANSIA DE VIVIR

En el taller cada cual se hace su sitio y lo amuebla y lo ordena a su manera. Los tipógrafos disponen de un tablero debajo de las cajas. A eso se le añade un taburete, una caja de cartón para las cartas y una bandejita para el jabón. El seminarista Dillot, que mató a su hermano a raíz de una disputa interminable por una herencia de diez mil francos, se ha hecho una especie de altar con las estampitas que se intercalan en los breviarios. Durante el cuarto de hora de pausa a mediodía su afilado perfil se inclina ante un diminuto Sagrado Corazón de Jesús, su mirada se abstrae de las cosas y reza. Mi vecino y buen amigo Guillaumet, un «hampo» jovial de un buen talante meridional casi inalterable («¡Cuando haya cumplido mis seis años —y me guiña el ojo— aún me quedarán quince años buenos! Y yo sé vivir, de eso no te quepa duda») me dijo un día con aire de entendido:

—Ese anda cada día más pirado, ya verás tú cómo acaba.

Dubeux, otro vecino de taller, vive en una extraña miseria. Lo tengo justo enfrente y en las horas de trabajo, cuando alzo la vista de la caja, veo invariablemente su cabeza pelona, una calva verdosa con las sienes pálidas, subrayada por cuatro pelos grises y mugrientos en la nuca. A veces me brinda también un perfil cadavérico de labios exangües. Sus gestos son lentos, lentísimos, de una lentitud mortal. Nunca se sienta, ni descansa ni busca el contacto de ningún compañero. Cuando alguien lo roza al pasar a su lado, se da la vuelta lentamente y le lanza una mirada verdosa y del todo inexpresiva. A mediodía corta su pan negro en pequeños rectángulos idénticos, los alinea cuidadosamente frente a él y se los va comiendo uno a uno, inmóvil, sin leer, mirando al frente o al suelo. Sus gestos de autista le confieren cierto aire de autómata. Un gamberro le llenó una vez los zapatos de cola y hace ya meses que arrastra tras de sí el mismo olor nauseabundo. Los que pasan por su lado le asestan a veces un codazo en los riñones o le susurran al oído algún insulto cruel, solo para ver la mirada embrutecida de sus ojos verdosos y el lento mascullar de sus labios descoloridos. Dicen que es un rentista de poca monta que mató a una mujer en un burdel y que en su petate del registro guarda aún un pantalón de mujer de seda rosa del que no se separaba nunca… Tal

vez no sean más que leyendas, pero me imagino perfectamente a ese pequeño rentista cruzando con su paso de autómata el umbral del burdel, casi puedo verlo exhalando su aliento asesino sobre el rostro de una mujer aterrada y matándola con movimientos mecánicos, precisos, surgidos de lo más hondo de su automatismo.

—Te veo muy flaco —me dijo un día Guillaumet—. ¡Pórtate bien y déjate de mandangas! Tienes tres meses para reaccionar. Si al final del tercero estás mejor resistirás, porque ya veo que tienes carácter. Lo primero es comer y distraerte un poco. Aquí tienes un libro de contrabando: que no te pillen con él o te caerán quince días en el chopano, y eso sería una pena para todos. Este pedazo de queso te lo manda un compa.

Mucho después me recordó aquella conversación:

—Estabas tan flaco, chico, y parecías tan molido, que por ahí apostaban que en menos de seis meses el sepulturero se echaba al coleto su cuarto de vino… —En cada funeral, el sepulturero, un interno con suerte del servicio general, hace el paseíllo por el cementerio y recibe un cuarto de vino—. Pero yo aposté por ti. Y gané. ¡Podremos con ellos!

Con el tiempo, también yo he aprendido a sondear el rostro y el temple de los recién llegados. Sé si vivirán o no. Me basta una ojeada para *saber* si acabarán por convidar a un cuarto de vino suplementario al afortunado sepulturero. Y nunca me equivoco: su muerte se me revela mucho antes de que ellos mismos la presientan. No puedo explicar esta intuición. Es algo que percibo en su mirada, en la manera que tienen de apoyar las manos en el mármol sobre el que se ajustan las formas antes de trasladarse a las prensas, en el aspecto de su nuca, en el contorno de sus hombros, en sus andares. Leo la muerte en ellos con una lucidez maligna que quisiera rechazar, que preferiría desmentir, pero que está ahí y es más fuerte que yo. Me pasó con Guérin, sin ir más lejos. Guérin era un hombre bastante culto y muy atento, un pequeño propietario rural condenado a seis años por un incendio intencionado. Él se proclamaba inocente, pero su mirada reconcentrada y el pliegue hermético de su boca eran poco menos que una confesión. Tenía buen talante, solo que estaba triste. Aun así, había que fijarse para descubrir la desolación, la resignación, el abatimiento que lo atenazaban al pensar en todo ese tiempo. El resorte estaba roto. Murió a los seis meses, como estaba escrito.

También he visto a la muerte luchar en los demás como un pájaro negro que agita las alas y no logra alzar el vuelo. Eso fue lo que sucedió con un adolescente de hermosos ojos rasgados y labios de un púrpura intenso que encendían verdaderas pasiones. A veces me lo encontraba junto al cortafrío con el que los cajistas seccionaban los

filetes y las interlíneas. Al principio le veía las manos alargadas y las muñecas endebles de los que no han de durar mucho. Para colmo, tenía las orejas pálidas y un cuello de doncella en el que traslucían las ramificaciones azules de una vena… ¡Las alas negras! Pero un día que nuestras miradas se encontraron y cruzamos cuatro palabras, sin mover los labios, sentí que nacía en él cierta dureza y vi que su mano, presa de un súbito nerviosismo, era una de esas manos que se aferran a las cosas.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Guillaumet cuando volví a mi sitio —. ¿Ves hoy la vida de color de rosa?

Yo sonreía, pensando que aquel año habría un muerto menos.

No era este el juego de una imaginación desquiciada, sino el resultado de una observación aguda, demasiado compleja para ser analizada, así como de una experiencia interior corroborada a menudo. También yo tenía miedo de morir entre aquellos muros, a veces. Bastaba pensar en lo lentas que transcurrían las estaciones, en los misteriosos contagios que se propagaban entre los reclusos, en las estadísticas inexorables que año tras año mostraban el mismo porcentaje de defunciones: uno podía calcular fácilmente sus probabilidades de sobrevivir, pero en el fondo era un cálculo del todo erróneo. A veces tenía miedo, sí, pero estaba seguro de que viviría para contarlo. Y conocí además varios casos asombrosos de resistencia consciente a la enfermedad.

El corrector jefe era un hombrecillo moreno llamado Lemerre. Todos sus movimientos y los pliegues de sus ropas estaban trazados en perfectos ángulos rectos. Tenía la frente estrecha, dura y abultada, y un rostro bosquejado en tres líneas rectas: la línea negra de las cejas, la fina línea oscura de la boca y la línea vertical de la nariz. Era cuidadoso, seco y distante, y yo lo tenía por un tipo firme, muy seguro de sí mismo y traicionero. A los veinte años, siendo ayudante de botica, Lemerre había envenenado a su jefe el boticario con vistas a casarse con su viuda. Fue un crimen madurado y calculado con esmero, que había de abrirle las puertas de la burguesía. Varias conmutaciones de pena sucesivas lo habían salvado de la guillotina a cambio de veinte años de trabajos forzados que cumplía en reclusión. Cuando yo lo conocí le quedaban diez años de condena, y hacía otros diez que daba vueltas en aquella muela de molino con el mismo paso firme y decidido, sin dudar por un momento de su propia fuerza. El peso de aquellos veinte años no había podido quebrarlo. Llevaba ya ocho años encorvado sobre las mismas galeradas en un despacho diminuto inundado de polvo de plomo, y la tuberculosis le había ido royendo los pulmones. Todos los años, al llegar la primavera, Lemerre tosía sangre. Y todos los años, quienes lo conocían mal esperaban su

muerte. Lo atiborraban de creosota. Cuando los primeros brotes de los arbustos del patio saludaban al buen tiempo, cuando nuestro paso se hacía más ligero sobre el martilleo de los zuecos en aquellas vueltas al patio que llamábamos paseos y alzábamos la frente al azul de un cielo por el que corrían aún blandos copos de nieve, en aquellos días en que la angustia que llevábamos dentro se entreveraba de esperanza, a Lemerre le asaltaban accesos continuos de tos y, por la noche, de fiebre. La enfermería lo acogía entonces como a un viejo cliente, en una celda de la temible tercera planta de la que rara vez se volvía a bajar. Pasaba allí seis semanas y luego reaparecía, «sanado», tras obtener una nueva victoria sobre su dolencia, con su frente cargada y dura un poco más cargada y un poco más dura, con su alma obstinada un poco más segura de sí misma.

Hasta que una mañana recibimos, atónitos, la noticia de que había muerto durante la noche.

—¿Lemerre? ¿Seguro que me hablas de Lemerre? No me cabe en la cabeza —repetía Guillaumet con incredulidad.

A mediodía, una bola de papel arrojada a nuestros pies nos suministró más detalles. No era Lemerre quien había muerto, sino Lamarre, el litógrafo —un hombre de negocios demasiado imaginativo que había encontrado el modo de asegurar y vender mercancías inexistentes—, un hombre que gozaba de buena salud, pero había sucumbido a una disentería fulminante.

—Lamarre, se entiende —dijo Guillaumet—. Pero Lemerre no, Lemerre no podía diñarla de esa manera.

—¡Pobre hombre! —dijo alguien—. Y eso que no lo llevaba peor que el resto. ¡Maldita la gracia! Pero a Lemerre, ni por esas.

Cuando me despedí de Lemerre, en su decimoquinto año de reclusión, me dijo que se encontraba «mucho mejor».

18. HOMBRES

Guillaumet adora su rinconcito; adora nuestra hilera de cajas de imprenta, cuyo aspecto debe mantenerse impecable; adora a los buenos compañeros que sabe detectar a distancia; adora este taller, que es «el mejor de la casa», e incluso esta prisión, que es «la mejor de Francia». El odio y la costumbre ligan al hombre a su cadena de forma peculiar. Yo mismo, estando en una playa resplandeciente del Mediterráneo, meses después de que me llegara la bola y saliera en libertad, me sentí poseído de pronto por el recuerdo de mi larga estancia en la Trituradora de hombres. Dejé caer la frente entre las manos, cerré los ojos y volví a ver el taller, los patios a los que daba vueltas y más vueltas nuestra procesión de miserables, y los rostros, tantísimos rostros: todo lo volví a ver con el corazón encogido por una vaga mezcla de pérdida, piedad y pesar. ¿No será esta combinación de fascinación y angustia la que me impulsa a escribir este libro? Las viejas cadenas que nos torturaron se hincaron tan profundamente en nuestras carnes que su huella ha pasado a formar parte de nuestro ser, y las amamos porque están en nosotros.

Guillaumet tiene muy racionalizada su satisfacción, en cualquier caso.

—Mira, a los demás talegos mandan sobre todo a cortoplacistas, que cumplen dos, tres años. Están llenos de inútiles, de carteristas patosos y rateros sin agallas, de asesinos vulgares, de estafadores…, ya sabes, la clase de idiotas a los que les sirven la cena en un restaurante y luego tratan de largarse a la francesa, de marcarse un «simpa», que dicen. Los trincan a centenares cada año, lo creas o no.

Solo de pensar en ello se le inflan las mejillas y suelta una enorme carcajada. Con semejante turba de réprobos sin fuerza ni audacia, dice, uno puede hacer casi cualquier cosa. No habrá ni diez de cada cien que sean auténticos maleantes, «hampos» de las grandes ciudades capaces de resistir. Y los delatores, los «cañutos», son el doble de numerosos. La administración ha instituido el sistema de los prebostes, reclusos elegidos por su buena conducta —soplones complacientes, en realidad— que se encargan de vigilar a los demás. Son todos ladrones, chantajistas, confidentes, pederastas. Su favor o su silencio se compra;

su odio se sufre. Son ellos los encargados de moler a palos a los presos enviados al calabozo. Los hay que han hecho de la violencia física una profesión y a menudo su comportamiento «ejemplar» los hace merecedores de la libertad condicional a media condena…

Aquí en la imprenta, en cambio, se concentra lo mejorcito de las salas de lo penal.

—Todos los notarios corruptos, todos los curas que magrean a las niñas, todos los contables demasiado listos acaban aquí. ¡Gente con contactos! ¡Gente influyente! Nada, chico, somos los inquilinos de un penal modelo…

Con la boca levemente contraída y los ojos muy abiertos, Guillaumet concluye con un suspiro:

—¡Y lo a gusto que haría volar yo por los aires nuestro penal modelo! Pero luego pienso en toda la dinamita que malgastaría y se me rompe el corazón.

Entre las cuatro paredes de la imprenta habita una sociedad en miniatura: notarios, banqueros, corredores de bolsa, oficiales, clérigos, maestros de escuela, comerciantes y agricultores, ladrones, proxenetas, «hampos», anarquistas… Hasta un marqués auténtico tenemos, que perpetúa el linaje de los administradores coloniales. La prisión atesora el recuerdo de dos famosos colonos «que hacían estallar a los negros metiéndoles cartuchos de dinamita por el ano…». «¿Y a que no sabes lo que se les ocurrió hacerles a las negras?» En esta tarde de invierno en que las bombillas eléctricas de pantallas verdes ponen en el taller una nota de intimidad, un anciano me refiere la espantosa leyenda de los tormentos eróticos inventados por dos perturbados en la tórrida sabana del Senegal. En nuestras mentes, sus locuras de otro tiempo siguen causando estragos. Los sexos de las adolescentes negras torturadas hace quince años sangran aún en el alma de dos reclusos.

Piernicorto, afable y regordete, el ex teniente coronel Desvaux, tesorero interventor general y antiguo secretario de un ministro de Hacienda de mano dura, corrige con Lemerre las pruebas de las estadísticas coloniales. El excapitán Meslier, contable, lleva los pedidos de la cantina. Tiene un rostro inteligente, sin edad, maltratado por las fiebres, las peleas, los excesos y el alcohol. Campañas de Tonkín y del Sahara. Alcohol. Dado por muerto, acribillado a lanzadas una noche de combate en la selva africana. Legión de Honor. Alcohol. De juerga en París. Alcohol. Pero ¿de dónde sacar el dinero para alumbrar la pira cada noche? ¿Qué le quedaba a un héroe de la sabana sin aliento que había combatido en los trópicos, que había poseído esclavos y criados, que había derramado su sangre por la selva donde merodean las panteras, qué le quedaba, en fin,

después de tantas carnes aniquiladas y tantas riquezas dilapidadas, sino el alcohol, los bares y la noche? Parece que Meslier le había escrito a su amante, una cortesana de medio pelo prendada de aquel héroe desquiciado: «Cincuenta francos esta misma noche o te mato» (como seguramente le habría dicho en otro tiempo al jefe de los bamakos: «Cincuenta porteadores y diez muchachas esta misma noche o te paso por las armas»). Le cayeron diez años (cualquier otro hubiera pagado con su cabeza en la máquina del buen doctor Guillotin) que pronto se redujeron a cinco gracias a una medida extraordinaria de clemencia. Y mediada la pena salió en libertad condicional: el héroe africano había pagado por aquel cuello rebanado con treinta míseros meses de cárcel. Pero no tardó en volver a la imprenta, esta vez por falsificación de moneda y timbre. ¡Alcohol, alcohol! Tenía unas manos finas, hermosas, algo temblorosas pero muy diestras, los ojos grises, asombrosamente claros y un poco idos cuando miraba con fijeza, una voz cordial con inflexiones que podían ser tiernas, los modales de un golfo de buena cuna. En la procesión del patio saludaba en voz baja a los compañeros con los que se cruzaba, lanzándoles insultos atroces acompañados de una mirada amistosa. A veces se sentaba al órgano de la iglesia los domingos y tocaba de memoria piezas sorprendentes de Bach o de Händel. Luego se metía en la fila y caminaba durante veinte minutos con la cabeza erguida, sin ver nada.

Tenemos aquí a un abate, un cura, un fraile *mentecatino* y un sacristán: todos por atentados contra la moral. Tenemos honrados pequeñoburgueses como Durand, un sexagenario entrado en carnes que sigue esperando la absolución. En las peticiones de clemencia que envía cada tres meses alude incansablemente a su «vida entera de trabajo y probidad»; a la patente que llevaba treinta años pagando sin falta; a su condición de buen padre y buen marido. Su mujer le envía cartas conmovedoras que él relee cada domingo por la mañana con los ojos llorosos. Anda siempre con los ojos llorosos, por lo demás, como algunos perros viejos, y la boca entreabierta en una vaga expresión de desconcierto. Mató a su amante, una modista de veinte años, porque le era infiel.

—Yo le había comprado una tiendecita, con un mobiliario que le pagaba cada mes. Pensaba que era feliz, hasta que un buen día me llegó una carta anónima contándome que tenía un amante… En fin, que mientras yo me deslomaba para pagarle todos aquellos muebles, la muy arpía agasajaba a sus amantes con mi dinero… Me puse furioso, se lo aseguro, aquello era demasiado. ¡Con lo que yo la quería…! Mi esposa me perdonó, porque es un ángel.

La otra, claro, la niña rubia de vientre voluptuoso, debía de ser un demonio.

Por mucho que me esfuerzo en buscarles la pasión a los delincuentes «pasionales», lo único que encuentro son personas impulsivas, aún más incapaces de soportar un padecimiento prolongado que de controlar su ira, aplacada de inmediato tras sus actos; personas sumamente indulgentes consigo mismas, que acaban siempre por absolverse en su fuero interno. Un camarero anémico que mató a su amante en un ataque de celos es el más serenamente resignado de entre nosotros. Luego está el carnicero T., un tendero calculador, demasiado práctico y demasiado rudo para sufrir de veras. Siempre nos las arreglábamos para que nos contara la historia del burrito, el burrito valiente al que «adoraba».

—Bueno, ¿y qué pasó con el burrito?

—Lo maté: comía demasiado.

Durante una temporada tuve por vecino en el taller de encuadernación a un viejecito baldado por el reuma. A los sesenta años, creyendo ver en su mujer, cinco años más joven que él, una actitud reveladora hacia un vecino sospechoso, tan viejo como él, la mató de un hachazo… «¡No llegó a poseerla!», balbuceó al final de su relato. Su simpleza rayaba en la imbecilidad. Como había ejercido de conserje en provincias durante muchos años, le sugirieron que le pidiera al director el puesto de conserje de la cárcel…

Los pequeñoburgueses que habían acabado aquí por un crimen pasional se creían víctimas de una inmensa injusticia y despreciaban a los delincuentes comunes. Eran devotos, sumisos, grandes grafómanos, inclinados a la delación.

Los incendiarios —los «prendefuegos»— componían otra categoría aún más sumisa. Eran en su mayoría campesinos amargados, muy contentos de poder despreciar a aquellos «señoritos» cuyos empleos de oficina envidiaban vestidos ahora con el mismo paño que ellos y portadores de parejos números de identificación. Eran hostiles a los «hampos» por apego a la propiedad y a los anarquistas por amor al orden. El chivatazo era el único medio que les quedaba para obtener algún favor de la administración. Sus mentes retorcidas se olían las intrigas amorosas y cualquier chanchullo para conseguir tabaco o libros de contrabando.

19. LOS HOMBRES

Frente a esta muchedumbre campaban los hombres, los hombres de verdad. El «hampo», que está muy al tanto de los valores de la sociedad, no posee ni fe ni ley; pero posee amor propio y posee la conciencia de su fuerza y el respeto de los «hombres», es decir, de los fuertes. «¡Yo soy un hombre!» Todo su orgullo se cifra en estas palabras. El hombre no traiciona. El hombre sabe encajar —y asestar — una puñalada. El hombre sabe bajar al calabozo y «achantarla». El mayor elogio que se le pueda hacer es decir de él que «es un hombre». Revienta cajas fuertes, maneja la ganzúa, vigila a las mujeres de la calle, practica la trata de blancas. Se puede confiar en él: cuando se mete en algo, se mete a fondo. Y si dice que *no*, es que no, pero mantendrá la boca bien cerrada.

Richardeau es un hombre. Así lo proclama su rostro sonriente y sereno, el rostro de un hércules chaparro, con las cejas bien negras, lastrado por una mandíbula fuerte dotada de espléndidos dientes. Tiene los brazos velludos y unas manos formidables con pequeños y precisos tatuajes en las palmas y las muñecas.

—¿Sabes qué es esto? —Una flecha, dos puntos, un corazón—. ¿No? Pues ve y pregúntaselo a los chavales del puerto de Marsella. ¡Seguro que aún se acuerdan!

Los hombres que llevan esa marca gloriosa en las muñecas están todos en presidio en la Guayana, todos menos él. No hay camarada más fiable que Richardeau. El tabaco es su única debilidad. Su vecino Beaugrand, el incendiario, le tiene un odio que ha ido incubando con paciencia. Beaugrand es un patán rollizo, fofo y sucio, capaz de olfatear una brizna de tabaco o una colilla apagada en el escondite más remoto. Pero Richardeau siempre lo niega todo tranquilamente, aun en presencia de la evidencia misma.

—Este tabaco es tuyo, ¿no?

—No.

—Lo he encontrado en tu puesto.

—Podría ser.

La primera vez le cayeron quince días de celda. Luego treinta. Y treinta más de calabozo. Pero es un hombre: los encajó bien. Hasta

que un día alguien le derramó a Beaugrand un cojinete de imprenta fundido en la cara. Para un «hombre», quince días en el chopano no es un precio muy alto por el placer de desfigurar una jeta como la de Beaugrand.

Laurent es un hombre. Una gran mariposa azul despliega sus alas sobre sus dos mejillas, alrededor de la nariz. En la frente, bajo la gorra bien calada, lleva tatuadas unas letras azules. Cuando alguien le mira fijamente, Laurent se echa atrás la gorra con la palma de la mano; y el brigadier, o quien sea, puede leer: «Otro capullo que me está mirando». Tiene todos los dedos ornados de sortijas indelebles y el pecho repleto de corazones con nombres de mujeres. En una nalga tiene un presidente de la República y en la otra un general en uniforme de gala.

Laurent encarna la fuerza y la desesperación. Aún no ha cumplido treinta años y ya lleva diez de cárcel, de batallones disciplinarios en el África, de trabajos forzados, de reclusión. Cuando uno está en un presidio colonial y piensa que no saldrá nunca, se hace tatuar la cara a modo de desafío supremo a la sociedad. Laurent salió de allí por casualidad para venir a parar aquí. Diez años de condena y diez de *garrote* (expulsión del país, que puede conducir al destierro definitivo a las colonias). Laurent tiene la tez macilenta, olivácea, los labios displicentes, la mirada falsa, la voz de borrachín y un acento barriobajero. No se molesta en ocultar su sífilis, que está en vías de curación. Un día, un oficial superior con un montón de condecoraciones que estaba de visita en el penal se detuvo frente a aquel condenado con la frente tatuada.

—¿Te crees más guapo, tú —le dijo Laurent—, con toda esa quincalla en la teta derecha?

Laurent odia al ejército, a los oficiales, a los galoneados y a los buenos soldados, «gentuza, hasta el último de ellos». Laurent odia a los ricos porque son ricos, a los pobres porque son cobardes, y a las «hembras» porque una le contagió la sífilis y otra lo «vendió» a la policía y no puede vivir sin ellas. Laurent odia a los pueblerinos porque «no hay peores alimañas». Es cauteloso, pero no se arredra ante nada. «Aún me llevaré a unos cuantos por delante antes de cascarla», dice vagamente.

Una vez nos encontramos en una sala de la enfermería. Algo me dolía muy adentro y pasaba entonces por un mal momento.

—¿La depre? —me preguntó Laurent.

—Sí.

Su mano se aferró a la mía y la apretó con fuerza en una breve efusión. Sus ojos tristes me transmitieron una oscura calidez.

—¡Aguanta, chico! —me dijo—. Aguanta. ¿Somos hombres o no lo

somos?

Los anarquistas son hombres de otro temple. Julien Laherse se va dentro de unos días. Pese a su espalda encorvada y su nariz aguileña, conserva la belleza de un joven Cristo. Ha pasado cinco años en este lugar, componedor en mano, paciente, inmutable, ejemplar, alimentándose de aceite, estudiando alemán e inglés, saludando a los camaradas con una mirada fraternal. A mi llegada fue el primero en echarme una mano con su crédito en la cantina. La dulzura y la firmeza de su carácter componen una alianza irreprochable, aunque un poco exasperante. Su lenguaje es preciso y sus ideas alcanzan una claridad autocontradictoria. Julien rechaza los sentimientos, pues el hombre debe gobernarse exclusivamente por la razón. Es fraternal por egoísmo, un egoísmo del que es muy consciente. ¿Y el amor? Un término anticuado. Una conjunción fugaz de temperamentos y atracciones sexuales, eso es todo. Lo demás no es más que inconsciencia, creencias obsoletas, prejuicios, argucias del instinto reproductivo. En dos meses, cuando lo pongan en libertad, Julien desertará y se irá a vivir a España, a una tierra soleada junto al mar, donde pueda tener una vida racional, libre de las necesidades malsanas de la civilización industrial: cultivará la tierra, se alimentará de sus frutos, dará largos paseos por el campo, nadará a grandes brazadas contra las cálidas olas, contemplará el mundo a la luz de un pensamiento elevado y claro…

Dos veces por semana recibíamos cien gramos de carne hervida. Julien, que era vegetariano, le daba la suya a Miguel.

—Mañana —le dijo un día— no te la daré.

—¿Y eso?

—La carne es veneno para el organismo. Si quieres comerla, allá tú, pero no seré yo quien te envenene.

Aquel razonamiento irrefutable alarmó a su camarada, que andaba muerto de hambre.

—Esa no es la cuestión, Julien —le dijo—. Me reconocerás que las cosas pertenecen a quien las necesita y no a quien las posee sin necesidad. Tú no eres quién para disponer de una comida que no necesitas. Esa comida es mía.

—Tienes razón —dijo Julián, convencido.

Julien acabó suicidándose por una mujer en Portugal.

Somos una decena de camaradas en esta ciudad de reclusos. Distingo de lejos el semblante duro y las espaldas cuadradas del minero Nicklaus, que lleva su gorro de presidiario como los héroes de Constantin Meunier llevaban sus cascos de cuero. Sus manos

primitivas, habituadas a manejar los bloques de hulla con reflejos de diamante negro, apedrearon durante una huelga a los esquiroles, traidores del proletariado. De la mina a la prisión, no hizo más que cambiar una carga por otra, y ahondar en su odio. Al presentarse ante el tribunal para la vista, Nicklaus tenía ya un plan clarísimo: «Puedo cumplir seis años, como mucho —se decía—. Seré libre a los treinta y cinco, con mucha vida por delante. ¿Ocho años, diez? De eso ni hablar. Eso no me lo merezco. Saldría con los músculos deshechos y la mente atrofiada. Si me caen diez años, agarro por las galerías a cualquier funcionario de mierda y salto con él desde el tercer piso. Vida por vida. La mía vale mil veces más que la suya, pero no me queda elección. Y que no me vengan con que ellos no son los responsables. Yo soy determinista. Nadie es responsable, pero bien que nos pasan por la piedra, ¿no? ¡Pues eso!».

—Una vez que tomé la decisión —me decía— ya no tuve ningún miedo. Lo único que me preocupaba era que la suerte me jugara una mala pasada y me condenasen a siete años… No me gustaba la idea de andar regateando con mi vida contra mi voluntad.

Vicenzi es una especie de gigante rubio, tan silencioso que su boca tiene ese pliegue grave y hermético que puede observarse en ciertos retratos italianos del Renacimiento. Sus pálidos ojos de aguamarina iluminan los toscos rasgos de un hombre sufrido que en otro tiempo habría sido un magnífico caballero germánico. Su formidable calma en las refriegas, su presencia de ánimo, la inesperada flexibilidad de sus movimientos hicieron que se le confiara la custodia de un precioso equipo de imprenta que había defendido con los disparos certeros de su Browning. Nunca llegamos a hablarnos entre aquellas paredes, aunque nos conocíamos desde hacía tiempo. Nos saludábamos con una mirada dos o tres veces al mes. Él pasaba de largo en su impenetrable silencio, prosiguiendo su camino hacia la vida con calma, con fuerza, con confianza. Cuando aún estaba en libertad provisional, antes de ponerse a disposición judicial con perspectivas más bien pesimistas, nos había dicho:

—Será duro. Pero yo también lo soy.

Me constaba su probidad ejemplar, su candor de niño grande que seguía creyendo en la verdad.

Miguel, Nouzy, Rollot, falsificadores los tres, son un poco como mis vecinos. Miguel es libertario, es decir, comunista; las dificultades para llevarse algo a la boca en las calles de París a los diecinueve años, cuando uno tiene la cabeza llena de ideas y tantas ganas de vivir que diez horas en un taller son como diez horas de ergástula, lo condujeron al extravío del ilegalismo, como se ha dado en llamar esa doctrina individualista y desmoralizadora que ahora combate. Nouzy y Rollot —el primero un estibador cuarentón del puerto de Ruan, el

segundo un mecánico parisino, rubio y apuesto, de veintiocho años—son ambos individualistas, como Laherse, de la facción denominada «científica». Puesto que en la sociedad moderna solo cabe ser un explotado, un explotador o un proscrito, condiciones las tres igualmente incompatibles con las aspiraciones del hombre nuevo, Nouzy y Rollot se decantaron por el oficio de falsificador. Podían pasar horas debatiendo sus tesis sobre la vida, la muerte, la herencia, la pareja humana, el amor, la guerra, la transformación del hombre o la revolución. Yo procuraba unirme a ellos en las tareas comunes para discutir los grandes problemas de la humanidad…

20. FORTALEZA INTERIOR

El calor sofocante de la canícula. La prisión dormita, enfrascada en sus tareas. El funcionario bosteza en su asiento, a unos metros de distancia. Puede ser Reseda, el borracho indulgente, o Marrones, el borracho arrogante, con la figura retorcida como la voz, como la mirada de sus ojos inyectados en sangre. Tres hombres en bata manipulan la prensa de mano en fingido silencio. Uno, con la frente perlada de sudor, mueve la pesada prensa con los brazos y el torso en tensión; otro coloca y recoge las hojas de prueba sobre la composición; el tercero humedece el papel, trae y se lleva los moldes compuestos. A cada vuelta de la prensa, las tres cabezas silenciosas se acercan; el observador avisado acaso podría percibir en ese momento el movimiento fugaz de los labios, la palabra furtiva. El operario de la prensa vuelve entonces a incorporarse y los tres rostros recobran sus máscaras de impasibilidad. Los tres hombres se sienten entonces como hermanos y durante muchos días conservarán la sensación de plenitud de su camaradería. Sus réplicas murmuradas, que rozan este silencio de gehena sin perturbarlo —como el vuelo rasante de un pájaro parece rozar el agua—, escrutan *el sentido de la vida*… Y quizá sean en aquel instante los únicos hombres de esta cárcel, de esta ciudad, de este rincón del universo, en los que centellea la llama inexplicable de un pensamiento desinteresado.

El fragor rítmico de las máquinas se convierte, para el oído fatigado, en una especie de runrún constante. El aire es pesado.

—Están cantando las cigarras —me susurra Guillaumet como en un sueño.

¿Las cigarras? Yo parpadeo como un hombre arrancado de pronto a las tinieblas y deslumbrado por la luz. Hay cigarras en los campos, hay campos, hay sobre los campos verdes y rojos un cielo de un azul intenso, hay…

Los cristales mal blanqueados de las ventanas del estudio han recobrado su transparencia en ciertas partes. Conozco esas partes y en ellas busco un atisbo de azul. Un tragaluz está abierto. El azul.

¿Por qué me has sacado de este apacible letargo de recluso que nos hace olvidar los campos, las cigarras, el verano, el mundo, todo

cuanto hay allá fuera, puesto que no hay nada real sino este mundo sórdido y este tiempo que creemos consumir, cuando es él el que nos devora insensible, inexorablemente? Una ira absurda despliega en mi cabeza sus anillos de serpiente, del color del cieno.

—¡Guillaumet! ¡Eh, Guillaumet!

—¿Qué?

—Ella murió.

Me avergüenzo de haber pronunciado estas dos palabras, pero dichas están. Le he devuelto la piedra, con todo mi cinismo. Las palabras proceden de un estribillo idiota de café-concierto —«Ella murió en un barco-o-o…»— y hieren profundamente a mi vecino, que palidece y contrae las pupilas. En algún lugar —de ese mundo irreal donde cantan las cigarras— hay una mujer a la que se aferra con toda su alma y toda su carne. Hace tiempo que descubrí la secreta superstición que a veces reduce a este hombre tan sumamente equilibrado y dueño de sí mismo a un ser pueril, consciente de su propia debilidad. Yo sufro del mismo mal y también a mí me trastornan esas dos palabras absurdas: por eso adiviné su debilidad. Y me hago más daño a mí que a él, porque me avergüenzo de ello. Es este calor, que me está desquiciando.

Miro en derredor para evadirme de mí mismo. Dubeux, con su rostro cadavérico, pasa balanceándose suavemente sobre sus piernas, componedor en mano, presa de su obsesión habitual. El seminarista Dillot está de espaldas a mí, inmóvil; otro que está loco. Bajo su caja distingo una imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Y ese corazón circundado de llamas brama como un trozo de carne viva, sí, de carne viva, arrancado a dentelladas —mis mandíbulas se contraen inconscientemente— y escupido a continuación…

El bruto del funcionario duerme. Tras el cristal del taller de litografía veo dos cabezas inclinadas. Una pertenece a un viejo maniaco de labio colgante, que en estos momentos de asueto dibuja minuciosamente, en pequeños rectángulos de cartón robado, con la escrupulosidad de un miniaturista persa y para su exclusivo beneficio, inverosímiles coitos de parejas soliviantadas por un deseo insaciable. El hombre vive en una alucinación carnal permanente. A un metro de él, el buen alemán Füller, con la cabeza vendada por los abscesos fríos que le aquejan, copia a toda prisa un pequeño retrato de mujer, pues los presos solo pueden conservar durante veinticuatro horas las fotos que reciben.

De vuelta de la prensa manual, el falsificador Rollot —cuya mujer se ha ido a vivir con otro— se inclina sobre el galerín para releer con el ceño fruncido un paquete de composición de cuerpo seis. Hace ver que corrige, pero sus labios se mueven imperceptiblemente, como si

susurrara una oración. Conozco las líneas, bellas como un conjuro metafísico, que Rollot se empeña en tener a la vista a todas horas:

Idea de la Naturaleza

> En la cumbre suprema de las cosas, en lo más alto del éter luminoso e inaccesible, se pronuncia el axioma eterno, y el prolongado resonar de esta fórmula creadora compone con sus ondulaciones inagotables la inmensidad del universo…
>
> … Toda vida es uno de sus momentos, todo ser es una de sus formas. Y las series de las cosas descienden de ella, según una necesidad inalterable, unidas por los anillos divinos de su cadena de oro.[14]

La campana nos concede a mediodía un cuarto de hora de descanso. Picamos algo sobre una vieja caja de imprenta vuelta del revés, que nos sirve de mesa. Cada cual tiene delante su libro abierto. Dillot, el tomo XV de la *Historia general de la Iglesia*; Laherse, su *Gramática alemana*; Guillaumet, un precioso volumen de *came* (abreviatura de «camelote», que designa la literatura clandestina disimulada en forma de panfleto, para que su aspecto no difiera en nada de las obras de la biblioteca de la cárcel), el tomo III de las *Memorias de Casanova*; Rollot lee a Balzac. Yo también me he agenciado una obrita de *came*: el libro III de *La inteligencia*, de Taine… Gilles ha cubierto ya sus páginas con notas marginales en una letra diminuta. Las leyes desconocidas de la naturaleza —iba a decir «el azar», pero aquí en la Trituradora preferimos anudar nuestras cadenas de humana sordidez a los «divinos anillos de oro de la necesidad inalterable»— nos proporcionaron un sabroso alimento espiritual al quebrar, veinte años atrás, el curso de dos hermosas vidas en pleno apogeo.

Por aquel entonces un oscuro drama se ensañaba con una antigua familia de la gran burguesía, corroída por dentro desde hacía tiempo por los siete pecados capitales. Los hijos tomaron partido por la madre ultrajada contra el padre, un viejo magistrado con dos caras, la una de falsa respetabilidad y la otra de egoísmo depravado. Uno de los hijos, un artista en ciernes lleno de vigor, pronunció en su fuero interno la sentencia de muerte, tras un implacable debate consigo mismo: con el alma templada de un justiciero y sin temblarle el pulso, apretó el gatillo de su escopeta de caza. Estaba entonces a punto de alcanzar su plenitud vital. Apenas se abrían ante él la pureza y el éxtasis del amor, del arte, de París y del porvenir cuando, para romper un círculo de crímenes que la ley escrita no castiga, se vio abocado al parricidio. En el juicio se procuró ante todo salvar el buen nombre de la familia,

cargándole así toda la culpa al parricida. La familia entera guardó silencio sobre las infamias del muerto. También el parricida calló. Sus influencias en las altas esferas lo salvaron de la guillotina y del presidio de Saint Laurent-du-Maroni, en la Guayana. Se le concedió a cambio el insigne honor de soportar sus veinte años de trabajos forzados en este penal. El condenado pidió una única gracia: que le perdonaran la vida a su intelecto, que le permitieran pensar. Gracias a sus contactos obtuvo el favor, infinitamente más raro que la gracia por la que salvó la vida, de recibir en la cárcel una veintena de obras de filósofos y eruditos. Y es que la Trituradora aborrece el pensamiento por encima de cualquier otra cosa.

Aquellos libros, que circulaban clandestinamente entre presos de fiar, fueron un rayo de luz en las tinieblas carcelarias, una luz que durante veinte años fue pasando de mano en mano, transfigurando los rostros sobre los que se posaba. Gilles, mi camarada, le debía a esa luz su nueva vida. Antes de franquear el umbral de la cárcel, aquel boxeador de mandíbulas temibles no había conocido otra existencia que la de sus músculos y sus instintos, que terminaron por transformar al púgil profesional en un delincuente. Al principio, la reclusión se le antojó peor que la muerte. Hasta que aquel rayo de luz se posó en él. «Lee», le dijo el parricida. El atleta de músculos inservibles supo así que los horizontes más vastos —y el infinito mismo— se hallan contenidos en caracteres de imprenta. Su confesión, que me dio más tarde por escrito, decía así: «No me arrepiento de nada. Me he evadido de la animalidad».

En la custodia de aquel tesoro desplegábamos el ingenio de una tribu de pieles rojas que defiende su tótem. La cárcel pretende entontecer: mecanizar los gestos, anular los caracteres, secar el cerebro. Es su forma de degradar a la turba de vencidos en la lucha social que en el fondo somos. En la Trituradora, quienes piensan nunca dejan de sospechar que su cabeza está en el punto de mira. Los idiotas y dementes que los rodean les dan una idea muy precisa del peligro que corren. Entre sus sienes hormiguean ya las obsesiones, las ideas fijas, los sueños y las alucinaciones sexuales. «La única higiene mental —como decía Laherse, con razón— es estudiar algo: la Biblia, el alemán, el siamés, lo que sea.» La administración tolera el estudio de lenguas extranjeras a condición de que sea puramente mental, puesto que los lápices están prohibidos. En mi quinto año de condena pedí permiso para comprar los *Pensamientos* de Pascal y las *Meditaciones* de Marco Aurelio. Me lo denegaron…

Aun así, Pascal y Marco Aurelio acabaron por llegar a la cárcel: cuando fue liberado tras cumplir sus seis años por robo con violencia o intimidación, Jean Fleuriot, de la rue Aubry-le-Boucher, conocido como Ojo Viudo por haberse dejado el otro en la punta de un cuchillo

en un tugurio de Constantina, hizo el viaje desde París —jugándose el permiso de residencia— para traérnoslos. Y el lamparero, acompañado de un funcionario benévolo que por otra parte se había embolsado cincuenta francos, recogió una tarde tras el muro de ronda un paquete envuelto en trapos, la *came*, que contenía un tesoro por el que cualquier hombre habría pasado treinta días en el chopano sin pestañear: tres paquetes de tabaco, dos números de *Le Matin*, tres tabletas de chocolate, una postal con un desnudo del Salón de Otoño (a petición expresa de Guillaumet), Pascal y Marco Aurelio.

Entre las doce y cuarto y las cuatro —la campana del rancho— el día se prolonga interminablemente. Son las horas de plomo.

21. LA PROCESIÓN

A la campanada de las nueve, que anuncia la primera comida del día, nos ponemos en fila a lo largo de la pared del taller por orden de matrícula. Mis vecinos de comedor son los presos a los que el azar hizo ingresar en la cárcel inmediatamente antes y después que yo. A la larga, el interés de cada taller permite a los presos agruparse por categorías sociales —según su grado de instrucción— e incluso por afinidades. Pero en los estrechos bancos del comedor, donde nos apretujamos frente a una tabla grasienta de treinta centímetros de ancho, la simple numeración del registro me proporciona las más diversas vecindades. A mi derecha tengo al contable Ruelle, un maniquí rígido y aquejado de constantes enfermedades, con la tez biliosa, la boca perpetuamente abierta y unas manos horrendas de uñas mugrientas, repletas de rosadas cicatrices. A mi izquierda se sienta un tipo gordo y rubicundo que anda siempre resoplando, el cavador italiano Zetti, con su hermoso perfil romano y su rostro informe. Zetti vierte en la sopa el cuarto de vino que compra en la cantina, le añade pan y azúcar, y luego engulle ruidosamente el grasiento y rojizo mejunje resultante. «Todo lo que comemos se mezcla en el intestino, de todas formas», me explica educadamente. El único vecino que me gusta es un carretero luxemburgués de veinte años, con la mirada alerta, que no se separa nunca de su *Petit Larousse illustré*, que lee sistemáticamente, palabra por palabra y página por página. «Así me instruyo —dice, con una sonrisa entre confusa y complacida—. Hay palabras que me divierten. Mira esta, por ejemplo: "*buirette*, nombre femenino, montón que se hace con la paja para guardarla". ¿No te parece que suena a nombre de mujer, *buirette*? Me ha hecho pensar en una mujer que descansa sobre la paja recién segada.» Martin, tú eres la fuente de toda poesía. Y tu *Petit Larousse* encierra para ti más sueños que los cuentos de Scheherezade.

Los chicos del servicio general pasan entre los bancos con pesadas jarras de vino, negras y frescas por dentro. Si uno apoquina, puede beberse un cuarto de vino al día. Los que no se lo pueden permitir miran con envidia a los bebedores.

Los comedores son salas blancas de antiguo convento, con

ventanas enrejadas, llenas a ambos lados de apretadas filas de bancos y mesas. Comemos unos detrás de otros en largas hileras, como un lúgubre batallón en formación, presos de cintura para abajo en una especie de cepo tosco de madera. Bajo el tablón que hace las veces de mesa cada cual dispone de una suerte de cajón mugriento donde deja el pan, la cuchara y el tenedor, que nunca se lavan. Uno los limpia como puede con miga del pan. Algunos cubiertos apestan. Otros llevan grasa adherida desde hace años. ¡Descivilicémonos! La necesidad de alimento es la más elemental de todas. Se puede comer entre la grasa de infames ranchos añejos y vivir. Vivir es pensar. Las horribles manos de Ruelle, floridas de cicatrices rosadas y azules, están siempre a la vista. Traga tus gachas de pan y agua grasienta y medita sobre «el axioma eterno que se pronuncia en la cumbre suprema de las cosas». ¿Pensarías en ello con el mismo fervor si unas manos puras te recordaran el esplendor luminoso del ser? Ruelle come como un cerdo, pero piensa…

Los restos de comida que quedan en los calderos de la cocina se distribuyen de inmediato. «¡Sobras! ¡Sobras! ¿Quién repite?», ofrecen a su paso los encargados de servicios generales, con las manos negras y los brazos desnudos, bañados en sudor. Los cuencos de la mesa entera se arrojan apresuradamente unos encima de otros y a veces se sumergen enteros en el puré líquido, para servirlos antes.

A la salida del comedor, los presos salen a pasear al patio, distribuidos por talleres. El nuestro, empedrado, espacioso, con parterres de césped y unos pocos arbustos, es uno de los mejores. Lo delimita por un lado el dormitorio celular, con sus cuatro pisos de estrechas ventanas enrejadas talladas en la piedra gris. Pero al otro lado, sobre los pabellones bajos de la administración, se ve una hilera de viejos álamos. Su oscuro follaje, que el viento agita y llena de un rumor de olas que rompen sobre los guijarros, se alza como un potente surtidor. Este paisaje sencillo contra el telón de fondo del cielo —que suele ser de un azul desvaído, sembrado a veces de grandes copos blancos o de una bruma lechosa— es para mí desde hace años una síntesis de todos los paisajes. Lo saludo todos los días. He soñado con poemas a estos árboles, huraños en la llovizna de noviembre, como héroes antiguos plantando cara al destino; esbeltos y dorados bajo el sol de abril, como adolescentes ufanos dispuestos a no sé qué obra fraternal. Admiro su unidad, tan diversa que el ojo los confunde y los individualiza sucesivamente. En verano los intuyo repletos del gorjeo de los pájaros y el trabajo de miríadas de insectos; pero la distancia les confiere esa majestuosa inmovilidad, esa armonía de colores y formas que sin duda se parece a la del universo. Hay en su murmullo una frescura de brisa marina cuando el calor nos abruma, mientras damos vueltas bajo el sol implacable —«un sol que cae como un porrazo en la

nuca»—, entre el martilleo seco de los zuecos sobre el empedrado. Al atardecer desprenden un rumor de olas que mueren y renacen, un soplo del mar inmenso de la vida que escucho desde mi celda, atento a la llamada de los espacios abiertos. Sé que bordean un río soñoliento que nunca he visto pero que creo conocer.

El «salchichón humano» se despliega en el patio al compás de un paso militar. Caminamos en fila india, a un metro unos de otros, en silencio, describiendo en torno a los tristes parterres la forma aproximada de una cruz. En cada una de las ramas de la cruz se encuentra un funcionario que supervisa el orden de la formación, el silencio y la regularidad del paso. Visto desde las ventanas de la enfermería es un espectáculo bien extraño, el de este rosario de hombres que dan vueltas sin cesar conforme a un rito insensato. Los funcionarios se turnan para marcar el paso a voces: «Izquierdo, izquierdo, izquierdo derecho izquierdo…». Cuando se apaga la voz de viejecita de Patas de Ganso, un buen hombre apático de andares bamboleantes, irrumpen al otro extremo del patio los gritos roncos de Quijada de Caballo, con su quepis caído sobre la oreja y su enorme y amenazadora mandíbula: «¡Eh-do-o! ¡Eh-do-o! ¡Eh-do, os, eh-do-o!». Sus alaridos caen sobre nuestra miserable fila como latigazos: «¡Al paso, Dubeux!». Dubeux, aturdido, acaba por perder el paso del todo. «¡Al paso le digo, me cago en Dios!» Los hilos que sostienen a la marioneta verdosa que es Dubeux parecen romperse de golpe; si no se desploma en el acto como un pelele es porque lo arrastra la fila, con sus cien hombres delante y cien hombres (los mismos) detrás, inseparables. «¡Eh!, do, ¡eh!, do, ¡eh-do-eh…!», retoma la voz gutural del Japonés, que no es mal tipo y siempre parece divertirse con nuestra procesión de esperpentos.

Cada uno marca el paso a su modo: ligero, desganado, lento o pesado. Nuestras figuras ofrecen una variedad casi infinita bajo el mismo uniforme. Hay cuellos tiesos y gorros bien calados, espaldas encorvadas y codos que se balancean, el andar desmadejado de los golfos, el paso cadencioso de los viejos vagabundos y la rigidez de Meslier, que parece que lleve sobre su guerrera raída unas charreteras invisibles. «¡Caminen, vamos! Sigan caminando. Izquierdo, derecho, izquierdo.» La procesión no tiene fin. El tiempo no tiene fin. El crimen no tiene fin. La miseria no tiene fin. El reinado de la bestia no tiene fin.

Dos mil cuatrocientas veces, como poco, habré tomado parte en esta eterna procesión que se interrumpe y se reanuda sin cesar desde hace algo así como medio siglo. Las cuentas de este interminable rosario humano se van remplazando lentamente, al ritmo de la vida y la muerte. Esta procesión infernal debe de ser una de las cosas del mundo sobre las que menos influjo ejerce el tiempo. Acaso sea precisa

una renovación del destino de Occidente para que cese su absurdo zapateo…

Gilles, que gozaba de cierta libertad de movimientos en la cárcel, me esperaba a veces al paso de la procesión para susurrarme las novedades. Una mañana se me apareció de pronto en el recodo de una de las ramas de la cruz que dibujaban nuestros pasos, muy erguido y con el semblante sombrío, rumiando su amargura entre los dientes apretados. Alzó la mano lentamente hasta el cuello y la posó allí un segundo, de canto. El golpeteo de los zuecos estalló de pronto en mis oídos. A la vuelta siguiente, Gilles escondía a medias en la guerrera una mano de la que sobresalían tres dedos, claramente extendidos. Tres. Tres cabezas segadas.[15] Yo asentí con los párpados, como se dice que hacen las cabezas en tan siniestras experiencias. A la tercera vuelta, Gilles pudo hacerme llegar una palabra:

—Valientemente.

Un año después, a la misma hora, la procesión continuaba y Gilles volvió a aparecer en el mismo sitio, con la misma máscara cenicienta.

—Jaurès…

La procesión me arrastró. Aquellas ventanas enrejadas. Un capricho del sol pintaba una franja de oro en las copas de los álamos. La Araña cojeaba hacia el urinario, apoyado en sus dos bastones. Ciento veinte segundos. La trayectoria del rosario humano me aproximaba de nuevo al hombre cuyos labios guardaban aún su terrible secreto:

—… asesinado[16] —concluyó Gilles.

22. LA NOCHE

Llega el crepúsculo, porque hasta las horas más largas y pesadas acaban por precipitarse en la eternidad. Y con él, la sensación de una caída suave e informe en una sima gris que se funde con la nada. Ni siquiera el sufrimiento conserva sus aristas: es monótono como la invasión del hueso por una caries. Los gritos que desenfunda a veces la desesperación o la locura se ahogan en esta grisalla acolchada. La procesión da vueltas y más vueltas en el vacío. Hace años que caemos en el vacío, girando sobre nosotros mismos. Vértigo. Ha llegado el crepúsculo por fin, y siento la náusea.

Las ristras de presos avanzan al paso por los patios del penal. Si estamos en verano, el día se despliega aún inmenso y apacible sobre nuestras cabezas; si estamos en invierno, las estrellas —o las tinieblas — nos ignoran. Dos largas ristras paralelas se juntan a las puertas del módulo celular, ascienden las escaleras de hierro y se van deteniendo junto a las puertas de las celdas. Un funcionario recorre las galerías a grandes zancadas, contando a los fantoches petrificados en su saludo militar.

Los cerrojos de la puerta de cristal emiten su queja y ya vuelvo a estar aquí, solo y súbitamente inmóvil. ¿Será algo más que una mera apariencia? La procesión continúa, y con ella la caída de las horas y de nuestras vidas, la vertiginosa caída en espiral hacia la sima gris de la náusea. Estoy solo en mi sepulcro numerado. Tercer piso, número 171. Dos metros y medio de largo por uno con sesenta y cinco de ancho. Una estrecha ventana enrejada, apenas más ancha que una tronera: pero veo el cielo. La blancura del enlucido. Una cama monacal. Un delgado colchón sobre un armazón de hierro, con dos sábanas gruesas y una manta de lana gris que han de doblarse todas las mañanas, como manda el reglamento. Prohibido estar en pie tras la última campanada. Siete minutos más para pasear por esta tumba angosta. El cielo se destiñe lentamente esta noche. Mis álamos canturrean y una transparencia infinita se revela en el azul pálido, matizado de esmeralda. Aun cuando, después de tantas jornadas de espanto, no hubiera otra cosa que este instante de contemplación y ese rectángulo de infinito entre los confines del día y la noche, ¿no

merecería la pena la vida? Quisiera responderme que no. ¡Sé fuerte! Te engañas a ti mismo. Este segundo de vana exaltación no compensa nada… Pero todo mi ser grita lo contrario. Algo me dice que el leproso, aun con la cara carcomida y las manos putrefactas, quiere vivir. Algo me dice que Lamblin, calvo a sus treinta años, con sus tristes ojos rojos de conejo albino, Lamblin, condenado a cadena perpetua, que lleva ya quince años dando vueltas por el patio sin la menor esperanza, *aun así* quiere vivir. Algo me dice incluso que el idiota de Fla-Fla, que cada cinco minutos se ve sacudido por una risa inextinguible —«está ahí, ahí, ahí», dice, con un gesto obsceno, cuando le preguntan por su risa—, si supiera que la muerte se le venía encima y todo estaba por terminar, aullaría de terror, porque también él quiere vivir. Y algo me dice que todos ellos tienen razón. Desde el fondo de su miseria me ofrecen su justificación, pareja a la que me ofrece la divina transparencia del cielo de junio. Yo no soy ningún cobarde. Hay que vivir. ¡Sé fuerte! Enderézate bajo tu carga… Todas las noches, mientras espero en el umbral de mi celda a que acaben de pasar lista, el mismo pensamiento me inclina levemente hacia la barandilla de la galería del tercer piso. Un brinco, un par de movimientos rápidos —un segundo—, una caída —una décima de segundo, tal vez: serán doce metros, más o menos—, un talegazo, un pico de dolor rojo —el estallido del cráneo contra las losas— o puede que un dolor negro y sordo —la rotura de los huesos—, y la procesión habría terminado, habría vencido al tiempo. La tentación se parece un poco al vértigo.

En la celda puede uno leer un rato. Puede uno contemplar el retrato secreto que Füller le ha copiado a lápiz y lleva oculto en un pliegue de la camisa, por temor al registro nocturno. Puede uno encenderse un cigarrillo entre dos rondas de funcionarios, con el oído atento a sus pasos amortiguados, y fumar lentamente, para saborear el tabaco y para que su olor sea menos notorio. Puede uno tenderse en su cama y desplegar el jirón del *Petit Parisien* que escamoteó del aseo de los funcionarios un interno del servicio general: «Firmada la paz entre Turquía y Serbia». ¿Así que ha habido otra guerra en los Balcanes? Y puede uno desdoblar y releer el *nudillo*, un mensaje con secretos o confidencias, escrito a lápiz por un amigo y doblado en forma de nudo…

Llega la noche. El farol que alumbra el pie del muro de ronda proyecta un tenue resplandor contra el techo de la celda, rayado por la sombra de los barrotes. Más cerca, una bombilla eléctrica colgada en algún punto de las galerías superpone a ese halo una mancha oblicua, más extraña y más clara. La frescura de la soledad: un baño de frescura me lava calladamente el polvo, las cenizas, el lodo de la jornada. ¡Qué vasta es la noche! La pureza del espacio entra a raudales

por el tragaluz y me baña la frente. Pitidos lejanos, muy lejanos: trenes. Rieles brillantes, fanales, estaciones, una plazuela tranquila de provincias al atardecer, un café iluminado, el abrazo de una pareja en el umbral de una vieja casa. El hombre y la mujer… Un grito cercano se eleva en la noche: «¡Centinela, alerta!». La opacidad repentina de una gota de silencio. Un eco más lejano: «¡Centinela, alerta!». Gota de silencio, eco.

Pienso en el poder. Extiendo mis manos libres en la noche aérea. ¿Acaso no soy inmensamente libre? Todo me ha sido arrebatado. Estoy anclado en la Trituradora. Solo me queda ponerle fin a mi carrera, si quiero, con un buen salto por encima de la barandilla. Puedo hacerlo, si así lo quiero; está en mis manos. Nadie puede impedírmelo… El mundo que llevo dentro está simbolizado en la esfera de cristal: la plenitud, lo absoluto. Soy libre porque nadie puede hacerme nada más. Sujeto a la pared por una argolla, sería capaz de cerrar los ojos sin una sola queja. Que se consuma a la necesidad: yo soy puro asentimiento. Las cadenas y las cosas —y hasta mi propia carne, que es una cosa más— están en *vuestro* poder. La esfera de cristal, mi voluntad, mi lucidez y mi libertad son irrevocablemente mías.

Pienso en el misterio de la duración. Hay minutos y horas sin fondo: eternidad del instante. Hay horas desiertas: vacuidad del tiempo. Hay días interminables y semanas que no dejan la menor huella, como si no hubieran existido. No puedo distinguir los años que he dejado atrás. La duración está en nosotros. El tiempo lo llenan nuestros gestos. Es un río de orillas rectas, curso regular y olas incoloras. La nada es su nacimiento y su desembocadura. Somos nosotros quienes construimos ciudades a sus orillas, quienes levantamos diques para contener su empuje, quienes teñimos sus olas con la luz de los faroles que empuñamos y, a veces, con nuestra sangre. La duración no existiría si yo no la concibiera. Es lo que yo hago que sea. El instante que colmo de luz no tiene precio, como el rayo proyectado por una estrella, que vaga eternamente por el espacio que revela. Las horas, los días vacíos que abandono a las cosas muertas no tienen más existencia que las sombras… Mi propio sueño es la realidad más segura.

Tendido en mi cama como un muerto en su mortaja —me gusta incluso cruzar las manos sobre el pecho, como se presenta a los difuntos—, abro los ojos a la palidez del techo y, bajo el peso sofocante de las piedras grises de la cárcel, descubro a mi vez o invento las doctrinas que fueron, durante milenios, el refugio y la grandeza de los pueblos de esclavos.

En la noche más profunda, el pensamiento desfallece. Observa en ti los parpadeos de la lamparilla interior. Aquí, al borde del sueño,

aguarda el instante del veneno. La obsesión habitual se infiltra en las venas. La sientes en todos tus miembros. El recuerdo es entonces el tormento de rigor. ¿Será el de la ciudad, iluminada a esta hora en todas sus encrucijadas? ¿El del hogar, bañado en el círculo dorado de una lámpara? ¿El del olor intenso de la tierra después de la lluvia? ¿El del niño de sonrisa desarmada ante la amenaza de lo desconocido? ¿El de la mujer irresistiblemente deseada? Los que llevan el amor arraigado en las entrañas lo pagan caro, retorciéndose en su jergón como en un lecho de brasas, atormentados por celos temibles, devastados por el miedo a la muerte (la de los seres queridos, cuya vida se convierte aquí en la más frágil de las maravillas). Angustia. Lucidez. Locura. La carne de seiscientos machos aúlla en este silencio.

… Un brusco resplandor me hiere en pleno rostro. El funcionario pasa de largo como un ladrón, linterna en mano. Un grito desmesurado rasga entonces la noche. El lodo turbio del silencio lo absorbe.

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Un vozarrón anónimo clama ahora esta invocación. Una cabeza febril golpea rítmicamente contra la pared. Pasos precipitados descienden las escaleras de hierro. Se abre una puerta. Murmullos.

—¡Dios! —insiste la voz desesperada—. ¡Dios!

Otras voces más bajas soplan en torno a ella, como para apagarla.

Tres funcionarios de enormes sombras rodean al seminarista Dillot en su celda, donde yace en camisa, las manos trémulas unidas y la frente ardiendo.

—Está mochales —dice Coliflor.

—¿Le echas la manta por la cabeza? —susurra el coracero—. ¡Va!

Las sombras se agigantan alrededor del hombre en camisa, que al fin las ve a través de la fiebre y cae rodando, despabilado por el susto, en la manta negra que le han arrojado encima como un saco. Bajo ella se debate unos segundos, con el frenesí de un ahogado. Su brazo encuentra una abertura por la que se abre camino su voz, estridente ahora, que ya no llama al Altísimo sino a sus semejantes de aquí abajo:

—¡Socorro! ¡Asesinos! ¡Socorro!

—¿Quieres callar de una vez? —gruñe el coracero.

Le aplasta la boca con su mano enorme y le coloca una mordaza. Un silencio de agua turbia engulle al loco, que es introducido en un saco, amordazado.

He dormido como una bestia derrengada. Amanece. Y yo estoy listo. Voy a desgastar la Trituradora.

23. LOS FUNCIONARIOS

En la cárcel viven tres clases de hombres, más distantes entre sí que si los separaran océanos. Los soldados, enviados por la guarnición, prestan el servicio de vigilancia externa. Son los que montan guardia en las torretas de la muralla del recinto. Los funcionarios viven con nosotros. Suelen tener su casa y su familia, van al café y llevan un uniforme con las bocamangas amarillas, no muy distinto del de los aduaneros y los guardias urbanos, pero pasan las dos terceras partes de su vida entre estos muros. Su condena inapelable les pesa más a esos pobres desgraciados que a la mayoría de nosotros. Los reclusos cumplen su condena y luego abandonan el recinto. Los funcionarios no salen de aquí hasta que les llega la jubilación, a los sesenta años, para ir luego a pudrirse en tristes tascas de arrabales provincianos, en cafés desiertos que suelen encontrarse en la periferia de algún villorrio, alumbrados aún con quinqués y con un mísero mobiliario que parece impregnado de sórdidos resentimientos y penas rancias. Es allí donde Coliflor, con su frente bovina, Quijada de Caballo, con su tez cobriza, el Coracero, con su puño de estrangulador, y Latruffe, pálido y abotargado, haciendo girar entre sus dedos regordetes las llaves de los armarios de su casa como hace girar hoy las del calabozo, vendrán a terminar sus días jugando a la malilla. A la vista de esos cuatro ancianos empuñando sus naipes pringosos, el observador accidental se sentirá indescriptiblemente transido, como por la interposición repentina entre la vida y él de una sombra dispuesta a absorberlo; pues las manos de los viejos boqueras recrearán sobre el tapete verde la misma procesión absurda del paseo, encabezada por la dama de picas.

Los funcionarios recién salidos de la academia empiezan con un sueldo de ochocientos francos anuales. Entre los veinticinco y los sesenta, durante treinta y cinco años, pasarán doce horas al día en la cárcel, sometidos a una severa disciplina, sin poder fumar o hablar con los presos —ni entre ellos mismos sin necesidad— o permanecer sentados o leer mientras están de servicio, vigilados a su vez por sus superiores y denunciándose mutuamente a la menor infracción del reglamento.

El hombre de uniforme vigila a su rebaño de convictos. El mismo silencio se cierne sobre él. Pero nosotros somos multitud y nos entendemos con la mirada, mientras que el funcionario está solo, rodeado de miradas esquivas o falsas, y vive bajo la vigilancia constante de todo el taller. ¿Acaso sus horas son menos pesadas que las nuestras? Nosotros sufrimos los años, él sufre las jornadas; aunque por la tarde se marche bajo los álamos y acuda a su sopa, su vino, su periódico, su mujer. Muchos tienen cara de borracho. Otros la tienen amarilla: se han traído de las colonias enfermedades hepáticas y venéreas. Algunos son barrigones, campesinos ociosos alimentados de patatas y vinos peleones; es muy posible que la vida les parezca más grata porque sus manos, destinadas a la dura labor del campo, no hacen nada.

Los funcionarios de prisiones no son ni peores ni mejores que aquellos a quienes vigilan. Los conocemos bien a todos. Sabemos que la mirada triste de Tartarín es sincera, que es un pobre viejo que no atormenta a nadie. Sabemos que el petimetre de Marsellés tiene la sífilis y que a punto estuvo de tomar la mala senda después de una infancia difícil; por eso se le tiene por un «buen tipo». Sabemos que Reseda, también conocido como Tiesto de Flores, un demonio guasón de nariz colorada, tiene buen corazón y bebe porque su mujer le pone los cuernos. Pero a uno que un día lo tachó de «cornudo» Richardeau se encargó de ajustarle las clavijas: «¡No seas majadero! ¿No ves que es un pobre desgraciado? ¡Y más cuernos llevas tú, me juego el cuello!». Sabemos que Patas de Ganso, condecorado en el Senegal, está un poco chiflado, que es campechano y puede ser un malnacido, y que lo pasa mal para llegar a fin de mes con su familia numerosa. Y nos cae bien el Viejecín, blanco y menudo, con su jeta de niño viejo sin porvenir. Nos cae bien porque una vez nos dijo:

—Vamos, no os quejéis, que vosotros saldréis. Yo aquí me he dejado la vida: treinta y cuatro años. Doce meses más y me jubilo. ¿Y de qué carajo me sirve mi vida? Decidme, ¿qué es lo que valgo ahora?

Poca cosa, es cierto. El Viejecín no se toma muy en serio su trabajo y nos deja hablar a nuestro aire; nosotros procuramos andar con ojo para que no le pillen. «No vaya a caerle ahora un marrón, cuando está a punto de salir.»

Los malos boqueras son quizá más numerosos que los buenos. Les apasiona su trabajo, son meticulosos en extremo. En el taller vuelven de improviso sobre sus pasos, sustrayéndose a la vigilancia de los reclusos para sorprender la conversación susurrada entre cajas de imprenta. En el libro desplegado descubren el fino reborde blanco de una nota escrita a lápiz. Son capaces de olfatear el más vago rastro de tabaco en la ropa del hombre registrado. Todas las mañanas expiden al director un montón de informes. Los demás funcionarios, so pena de

quedar señalados como incapaces y negligentes, se ven obligados a denunciar un determinado número de infracciones de la disciplina, y eligen a algún preso a quien castigar de entre los que peor les caen.

Hablábamos de los funcionarios más molestos una mañana en el patio de la enfermería, que congregaba en torno a un triángulo de sol a unos cuantos tuberculosos, un ciego y un tífico convaleciente. Casi todas las voces se alzaron para señalar y criticar.

—Madagascar les roba las cartas a los presos para quedarse con los sellos…

—Dupart le rompió el brazo a un preso después de ponerle los grillos… y el Engendro mintió en los juzgados para enviar a un pobre diablo al presidio…

—Cuando Coliflor vigilaba la cocina, robaba tanto que nos moríamos de hambre…

—Begaud, ese que llaman D'Artagnan, roba el vino de la cantina y lo mezcla con agua, que yo le he visto…

—Y a Botellín le pagaron veinte francos por pasar un paquete al otro lado, ¡y luego se lo llevó él mismo al jefe!

—Todos, toditos, todos iguales —dijo alguien con desespero—. No valen más que nosotros…

—Son peores…

—Pero son los más fuertes.

—Los más fuertes son los peores.

En realidad, ni son más fuertes ni son los peores. Ningún hombre tiene poder sobre la Trituradora. El sistema es peor que los hombres.

24. LOS AÑOS

Los domingos los pasamos en el taller. El silencio de las máquinas ahoga nuestras voces. El reposo dificulta nuestros movimientos. Nos quedamos clavados en nuestros puestos y las horas se arrastran lentamente, como un río denso, cargado del légamo de los recuerdos. Tenemos muy pocos libros y aún menos buenos libros para encontrar en ellos un refugio constante. De la inmovilidad ociosa del taller pasamos a la procesión cíclica de los patios. El paseo dura lo suyo: los días de calor, nuestras viejas guerreras —abotonadas siempre hasta arriba, como manda el reglamento— se nos pegan a la piel sudorosa; los días de frío nos pellizcan las yemas de los dedos con sus pinzas invisibles. Y aún gracias que los tres árboles del patio, cubiertos del polvo plateado de la escarcha, nos traen algo de la magia de los parques en invierno.

Dos domingos al mes, de diez a doce de la mañana, los presos escriben a sus familiares en un papel con el membrete del penal. Se prohíbe hablar de la sentencia o de cualquier otra cosa que no aluda a su vida personal. En una carta a su mujer, Nouzy le dio algunas recomendaciones sobre la educación de su hijo pequeño: «… Sobre todo, procura que no aprenda a respetar los fetiches, enséñale a discernir la hipocresía desde el principio…». El supervisor civil convocó al número 6825 en el pequeño despacho de los contables del taller. El supervisor civil Sibour tenía la nariz puntiaguda, la tez enmohecida, las espaldas estrechas y cuadradas y un gran abrigo pardo que caía recto sobre sus grandes pies planos. Señalando aquellas líneas con un dedo cuadrado que parecía de cera, le preguntó:

—¿Qué es esto?

El estibador ruanés, un viejo anarquista socarrón, entornó sus ojillos vivarachos:

—¿El qué?… ¿Los fetiches? Pues son fetiches, señor supervisor.

—No le hablo a usted de los fetiches. Le pregunto por lo que le escribe aquí a su esposa.

El funcionario disfrutaba pronunciando la palabra «esposa». «Qué esposa ni qué ocho cuartos», dijo alguien desde el fondo.

—Pues verá usted, señor supervisor, son mis ideas…

—Sepa usted, Nouzy, que no está aquí para exponer sus ideas. Si le vuelvo a pillar adoctrinando, le privo de su correspondencia. Y va a tener que rehacerme esta carta para el próximo domingo…

—¿Sin ninguna idea, señor supervisor?

—Lo ha entendido usted. Retírese.

Afortunadamente, pocos hombres se permitían exponer idea alguna. Aun así, en un muro del taller se colgó una orden del director, dirigida a la media docena de rebeldes que allí trabajábamos, en la que instaba a los presos a «redactar su correspondencia de forma sucinta, sin tratar en ella otra cosa que asuntos de familia y sin digresiones de ninguna especie». Quienes habían dejado atrás a sus seres queridos —a sus hijos, a una mujer por la que suspiraban, con la que soñaban desde hacía años en las noches tormentosas de sus celdas, en las procesiones insensatas del patio, en las horas de palpitante desazón— se entregaban a su correspondencia con una inquietud entreverada de rabia y asco. ¿Cómo iban a abstenerse de escribir? ¿Cómo dejar de buscar palabras para comunicar hasta lo incomunicable? ¿Cómo renunciar a aquel grito contenido, deformado, sofocado, pero grito al fin, a aquella página meditada durante tantos días, con palabras llenas de reproche por las cartas que no habían recibido y que llenaban sus noches de desolación, instilando en su alma una ansiedad o unos celos intolerables? ¿Cómo escribir en aquel folio que lleva junto al membrete el *número de identificación del prisionero* y que será leído por Roussot, el cartero —conocido como Nalguitas a causa de su raquítico trasero—, y puede que también por Sibour, el supervisor civil, alias Cardenillo?

—Cuando escribo a mi mujer —dijo Guillaumet— no dejo de pensar que ese cornudo de Nalguitas y ese eunuco de Cardenillo van a profanar mi carta entre sonrisitas, y me entran unas ganas terribles de cruzarles la cara con esta barra de hierro. Sería un verdadero placer.

Duclos, mi otro vecino, que llevaba el número 4552, lo que significaba que había sobrevivido a cuatro generaciones intermedias de reclusos, dijo con una voz que era ya casi inaudible:

—Lo peor es que ni siquiera el alma se les puede escamotear. Siempre acaban por encontrarla y manosearla entre sus sucios dedos. En los dieciocho años que llevo aquí, eso es lo único a lo que no he llegado a acostumbrarme.

A Duclos, el parricida, lo tuve por vecino durante mi cuarto año de encierro. Durante los quince años precedentes había desempeñado un trabajo de oficina que le ahorraba la vigilancia quisquillosa de los funcionarios, le permitía leer y escribir y le proporcionaba unas vistas incomparables: diez metros de hierba y un estanque de piedra del que brotaba un surtidor y por el que rondaban apaciblemente unos

pececillos rojos. La mesa del «contable general» estaba situada junto a una ventana que daba al jardín del director. A solas, una vez concluida su estúpida labor diaria y expedidos sus balances de la cantina y sus recibos de suministros, abría su Spinoza o *La evolución creadora* y, rígido en su silla a causa de una enfermedad cardíaca, con las manos frioleras ocultas casi todo el año en un manguito de vieja lana y el gorro hundido hasta las orejas, como el viejo Erasmo que retrató Holbein, con su gran narizota, sus pómulos marcados y su cuello descarnado, Duclos se dedicaba a pensar. Los años le habían embotado el sufrimiento y limado los recuerdos, le habían menguado las carnes y debilitado la sesera.

—Mi inteligencia no me falla —me decía—, pero ha palidecido. No es que yo me haya resignado: es más bien que la resignación se me ha metido dentro, me ha doblegado hasta caer al suelo y me ha dicho: descansa. Aunque, a decir verdad, podría ser que me haya dicho: muere, muere lentamente.

Su pensamiento se distraía con frecuencia, ya no seguía el libro con el ardor paciente de otro tiempo; su mirada se perdía más allá de los barrotes de la ventana e iba a posarse en la tupida hierba del jardincillo, en un rosal, en un arbusto de lilas; y allí descubría, trazada en el agua como nuestros destinos, en un estanque estrecho como la propia vida, la más apacible invitación al ensueño: los arabescos evanescentes que dibujaban los pececillos rojos al nadar. «Cuántas prisiones hay en el universo —pensaba el viejo recluso—. Cada prisión es un universo y cada universo una prisión… Esos peces en su estanque de metro y medio de diámetro, aquellos hombres en su destino, nosotros en nuestra cárcel; y las gentes que nacieron y morirán en los cuartos sin aire y sin luz de esta pequeña ciudad…» Ya no era capaz de representarse el cielo sino en rectángulos regulares divididos por barrotes. Las esferas celestes giraban allá arriba indefinidamente en una inmensa cárcel de cristal. No sabía si estaba ascendiendo a las verdades superiores o más bien cayendo en una demencia contemplativa. Estaba tan tranquilo como cabía estarlo en la Trituradora. «Lo tenía muy bien montado. Dos o tres veces al mes se agenciaba incluso algún periódico…» Aquella sinecura suya suscitaba envidias. Mientras Duclos meditaba, Moure, antiguo criado de una casa de jesuitas —atentado contra la moral, ocho años—, acechaba a su sombra, tomando nota de sus errores de contabilidad, de los pequeños servicios que prestaba en contravención del reglamento, de las negligencias de aquellas viejas manos entumecidas por dieciocho años de prisión, de sus secretos más comprometidos… Moure tenía tanta paciencia como doblez en sus acciones, blandura en su voz, palidez en su rostro, complacencia servil en sus ojos y en sus espaldas. Su denuncia, madurada a lo largo de tres años, fue una obra maestra

irrefutable. Duclos, que recibió por ella un trato indulgente, pasó treinta días en el calabozo, del que salió tambaleándose, con los miembros un poco más rígidos y las manos un poco más nudosas, para convertirse en mi vecino en el taller. Pude ver que era un hombre de la más absoluta rectitud y de una rara firmeza de carácter. Ya le debíamos la luz de los libros. Con su presencia nos trajo otra luz, igual de extraordinaria.

Moure consiguió el codiciado puesto y el perezoso fluir de aquellos pececillos rojos engendró en su otra mente otra clase de sueños. A solas consigo mismo, Moure se transfiguraba, como poseído, pues vivía cargado de misterios inconfesables desde siempre, y nunca hasta entonces había estado tan colmado de ellos como ahora. En las primeras y plácidas horas de la tarde, Moure, fingiendo pasar en limpio algunos «estados del suministro de alimentos», desplegaba sus sobres secretos, que contenían extraños mechoncitos de cabello endurecido enrollados en cortos rizos, de un aroma almizclado embriagador. Los había de diferentes colores; algunos estaban atados con cintas blancas a unas etiquetas de papel escritas en una cuidada caligrafía: «Georgette, 26 de noviembre», «Lucienne, monada mía, adorada p… mía, f… el segundo día de Pascua». Todos estos nombres femeninos derivaban siempre de nombres masculinos. En sus anotaciones caligráficas le gustaba combinar los epítetos y expresiones más soeces con palabras de amor y diminutivos cariñosos. Con los ojos entornados y las fosas nasales dilatadas, aspiraba aquel nauseabundo olor a semen humano reseco. Con la mirada perdida, una mirada que nadie le conocía, seguía maquinalmente el ir y venir de los pececillos rojos en el estanque. Allí, del reflejo de una nube en el agua turbia surgía el suave rostro de un adolescente vicioso, en el que se iban precisando los grandes ojos y los labios carnosos como fresas maduras. Las manos deliciosamente impúdicas del pequeño Antoine ofrecían al amante arrodillado su cálida flor de virilidad. Moure buscaba entonces, entre sus reliquias amorosas, un mechoncito rubio, y escribía despacio una fecha, seguida de los melindres de rigor: «Antoinette, dulce y bonita amiguita mía». Luego, con la boca algo torcida y los labios trémulos, agregaba a la tarjeta unas palabras duras, de una lascivia rayana en la crueldad.

Así se evaporaban los días, las estaciones, los años, como un humo espeso, que se disipa lentamente, pero del que no queda rastro alguno.

La primavera era la estación más desgarradora. En abril, con los primeros brotes de nuestros arbustos, con los primeros cielos despejados y el primer calor, brotaba del corazón mismo de la vida una invocación tal que todos despertábamos de nuestro letargo, con los nervios a flor de piel. El mes de abril espoleaba siempre las viejas

penas adormecidas, pero también nos espoleaba a nosotros, nos devolvía el brío perdido. La procesión martilleaba más fuerte sobre el pavimento con sus trescientos zuecos, las marionetas rotas se enderezaban, las frentes sombrías se volvían al cielo… Yo a veces escribía versos mentalmente mientras paseaba, de tan victorioso que me sentía sobre la Trituradora…

—¡Veinte meses más y listo! —me susurraba Gilles al pasar, el rostro radiante.

25. LA GUERRA

Recuerdo un domingo de un azul implacable. Pasamos el día sentados en unos bancos dispuestos a lo largo de las paredes encaladas de un gran patio arbolado, vigilando con miradas furtivas a los funcionarios desplomados en sus sillas bajo el calor aplastante. El sol chamuscaba la hierba: se veía vibrar el aire ardiente. La inmovilidad, el calor, la claridad despiadada y todo aquel agobio sin límites convergían en torno a una idea nueva, estremecedora: la guerra. Nos acabábamos de enterar, por conductos desconocidos, como nos enterábamos siempre de los grandes acontecimientos que habrían de marcar cada año. Yo tenía la mente en blanco. Trataba en vano de concebir la monstruosa realidad de millones de hombres desfilando por toda Europa para matarse unos a otros, empuñando sus rifles como sus ancestros habían empuñado sus hachas de piedra. A pocos pasos de mí se sentaba un alemán, buen muchacho, sencillo, recto y fuerte. Todas las miradas se volvían hacia él una y otra vez, hacia aquel hombre que era como el resto, que era un hermano y un amigo, y de repente, sin ser consciente de ello, se había convertido en un enemigo (un «boche», como pronto aprendimos a llamarlo, aunque creo que a él nunca se le aplicó el término; era una persona demasiado real, demasiado parecida a nosotros; los odios, especialmente los de las multitudes, precisan de la distancia para deformar el mundo a su antojo) que, en cualquier otro lugar, habría sido un blanco lícito.

Aquella tarde, Miguel, que andaba febril de agitación, se las arregló para pasar a mi lado y deslizarme una bola de papel: «Quisiera estar ahí fuera para morir el primero —decía—. Quisiera estar presente en el primer combate, arrojarme entre alemanes y franceses y gritarles: ¡Estáis todos locos, sois hermanos! Todos los de mi quinta van a dejarse ahí el pellejo. Soy de una añada difunta. Me siento ya como un condenado a muerte caído en el olvido…».

Los acontecimientos se nos presentaban en un patrón inexplicable. La guerra surgía repentinamente de la nada. Nadie nos había puesto en antecedentes. En la enloquecida Europa de aquellos días tal vez fuéramos nosotros, por la más cruel de las ironías, los únicos hombres que la consideraban con el distanciamiento de los habitantes de otro

planeta. Lo cierto es que éramos de los pocos europeos que no se habían dejado arrastrar por la terrible embriaguez bélica de los primeros días…

Por la noche, en las celdas, se oían ruidos insólitos procedentes de la población vecina: «La Marsellesa» cantada a voz en grito por multitudes delirantes en las estaciones de las que partían los soldados, los pitidos precipitados de los trenes, bandas de música ahogadas. Lo escuchábamos todo en tensión, contagiándonos de aquel entusiasmo, espantosamente tristes de volver a caer luego en el silencio, en el vacío, en la vana angustia de nuestras noches.

Circulaban rumores de victoria. Rollot recibió una carta que empezaba, como un poema, con estas palabras: «Esta noche es una noche de victoria, soy una mujer feliz…». Lo leyó ruborizado hasta las orejas, con una sonrisa crispada. Y respondió al margen, para sí mismo. «Estás loca. Solo hay desastres y más desastres.» Se cuchicheaban los nombres de las ciudades conquistadas: Mulhouse, Thann, la entrada inminente de los cosacos en Berlín. Luego se empezó a hablar de ciudades perdidas y destruidas: Lieja, Maubeuge, Charleroi, Lille. La derrota pasó sobre la cárcel como la sombra de una nube sulfurosa. Nadie sabía nada preciso. Los funcionarios, interrogados ávidamente a la menor oportunidad, guardaban silencio. Los correctores del taller se paraban a escuchar junto a la puerta del supervisor civil, y una vez nos transmitieron este comentario de un comunicado del que se desprendía la ocupación alemana de Compiègne: «¡Otra victoria como esta y estarán en París!». Corrían también rumores de traición. Se hablaba de generales traidores abatidos a tiros en pleno Estado Mayor. Al puñado de revolucionarios que éramos lo que más nos intrigaba era la suerte que habían corrido nuestros camaradas. ¿Habían tratado de resistirse? ¿Los habrían fusilado? Nos los imaginábamos linchados por el populacho enfurecido; veíamos pasar la guerra por encima de sus cadáveres. Uno de nosotros recibió una visita y entre todos preparamos las preguntas que debía hacer. Volvió del locutorio desconcertado, sin entender nada:

—No ha pasado nada… Nada. Parece que Hervé se ha alistado, y Almereyda también. Hasta Anatole France lo ha hecho. Todos los camaradas han partido al frente. Los hay que han sido condecorados…

Los reclusos del Norte dejaron de recibir cartas. Luego comenzaron a llegar los condenados militares. En sus ojos relucía una extraña alegría. «¡No os quejéis!», decían. «No os podéis ni imaginar lo bien montado que lo tenéis aquí.» «Prefiero cumplir aquí mis cinco años que llevar la vida que llevaba en el frente y acabar palmando, ¡y de qué manera!» Nos referían el horror de la guerra, aún fresco en su memoria, con todo lujo de detalles. Deguy, hijo de un comisario de

policía, con su diminuta cabeza albina sobre el cuello larguirucho, desdoblaba la rodilla poco a poco como un mimo y me decía: «Tú ya me entiendes, cuando la bayoneta se atascaba en las tripas del tipo había que sacarla de un puntapié…». Minot, un desertor detenido en los Pirineos con un permiso falsificado y recargado de cifras —«cuantas más cifras, mejor»—, me contó que un día entró en las cocinas del batallón, adonde había ido a buscar su sopa con unos compañeros, y lo encontró «todo rojo, amarillo y negro; ya no quedaba ni un hombre, no quedaba nada; la carne humana y los jirones de tela nadaban en la sopa y en los charcos de sangre del suelo. Alguien le había añadido a la olla un obús del 155, figúrate…». A aquellos supervivientes del frente nuestra lenta tortura les parecía un chollo. «La suerte que habéis tenido, hatajo de bribones…» Nuestra noción del mundo dio un vuelco repentino.

La batalla se acercaba a la cárcel. Por la noche unos breves soplos que parecían cargados de electricidad sacudían el horizonte a intervalos regulares: cargas de artillería. A mediodía, cuando callaban las máquinas, se podía oír el sordo rugido de baterías lejanas que disparaban sobre las laderas y llanuras por las que avanzaban sistemáticamente hileras de hormigas con casco e impedimenta… La ciudad se sumía en el silencio. Todos los que podían huir, huían. El señor Fouquier, nuestro capataz civil, un rentista retaco y huraño, pasaba por el taller en compañía de un espectro: acababan de matar a su único hijo a los veinte años de edad.

—Se va a volver un ogro —decía Guillaumet—. Nos va a tomar tirria solo porque estamos vivos.

El mal augurio no llegó a cumplirse. Unas arrugas profundas surcaron la flácida papada de Fouquier y a sus ojos asomó una piedad nueva. Un día, en un rincón sombrío del taller, le enseñó a uno de nosotros un retrato del malogrado soldado imberbe.

Al parecer, una orden del ministerio prohibía evacuar los centros penitenciarios. El miedo comenzaba a perlar de sudor frío las frentes de los funcionarios.

—El domingo están aquí los alemanes.

¿Habría escaramuzas junto al río? El río era una línea de defensa natural para cualquier ejército en retirada. El campanario de nuestra iglesia parecía un buen punto de referencia para la artillería enemiga.

—¿Crees que nos bombardearán? —me preguntaba Poule, aterrado.

—Seguro —le decía.

Viendo que el miedo se contagiaba por contacto humano, yo hacía una vida solitaria. Al principio sentí una especie de exaltación que dio

paso a una gran serenidad. Aquellos cañonazos roturaban el viejo mundo y acabarían con la Trituradora, corroborando de paso la ley del exterminio de mi generación. Yo hubiera preferido tomar parte en la acción, en el sufrimiento común, caer como los demás, como amigos y enemigos —para mí solo había hombres doblegados bajo una misma ley—, pero cualquier fin es bueno para quien lo acepta en pie, cada cual debe cumplir con su destino. Marco Aurelio me instruía en la aquiescencia: «Varios granos de incienso se encuentran sobre el mismo altar: unos caen antes, otros después: la diferencia es nula… ¡Lo que a ti te conviene, oh mundo, también me conviene a mí!». Al pensar en aquella renovación del mundo a cañonazos, que pondría fin a nuestra procesión, me embargaba una profunda alegría.

Los cañonazos se aproximaban. Pasamos tres días encerrados en las celdas del dormitorio; fueron días de inmensa claridad. Se acabaron las procesiones, los zuecos golpeando el empedrado. La Trituradora había dejado de chirriar y esperaba resignada a su vez la llegada de aquel obús, de aquella otra trituradora que habría de acabar con ella. Los funcionarios, aterrados, se desentendieron de nosotros. Yo había recibido una buena carta y leía la vida de Lutero. Estaba a solas con mi serenidad.

Por aquellos días detuvieron en un bosque vecino a unos espías que acaso no fueran más que simples fugitivos. Uno de ellos, un viejo campesino enjuto y cubierto de barro de pies a cabeza, fue conducido a la cárcel antes de comparecer ante el consejo de guerra. El enfermero Ribotte, un soplón, recibió la orden de adecentarlo y lo llevó hasta las duchas dándole puñetazos en los costados. Por primera vez en su vida le arrojaban un ser humano al que podía martirizar a su aire y con el que todo estaba permitido. Lo duchó con el agua casi hirviendo.

—Yo le decía: «¡Espera y verás, mala bestia, que esto no es nada! Cuando te lleven al paredón vas a poner otra cara… ¡No te apures, que de las doce balas no te zafas!». Cuando le retorcí las partes dio tal chillido que el Coracero vino a ver qué pasaba. Yo tenía en la mano un gran cepillo de cerdas y le estaba frotando el vientre al muy cabrón. «¿Qué pasa?», me dice el Coracero. «Nada, que al señor espía el cepillo no le parece lo bastante suave», le digo yo. «Pues métele el puño en la boca, a ver qué le parece», me dice. Y no iba yo a desaprovechar la ocasión, figúrate. A los espías —concluyó Ribotte con orgullo— que me los traigan a mí, que irán bien servidos.

La batalla se alejó y pronto hubimos de retomar nuestra procesión eterna alrededor del patio. La hogaza de pan se redujo a la mitad, quedándose en trescientos gramos de una masa oscura con briznas de

paja, judías y gusanos (bien cocidos, eso sí). El hambre, cuya presencia nos era ya familiar, se instaló entre nosotros de forma permanente. De la guerra no debíamos saber absolutamente nada. El régimen complementa su voto de silencio impuesto con un aislamiento absoluto: ninguna noticia del exterior debía llegar a nuestros oídos. El país mutilado sangraba por incontables heridas, pero sus hijos encarcelados debían permanecer en la inopia. Había allí padres con hijos en el frente, hermanos de combatientes y pobres diablos cuyas aldeas habían quedado reducidas a montones de escombros sobre los que seguían cayendo los obuses, pero nadie debía saber nada. Aun así, teníamos de la guerra una idea monstruosa. Lo contemplábamos a través de las rejas, de las brumas, de los espacios interplanetarios. La batalla de las Malvinas, la capitulación de los ingleses en Mesopotamia, la de los rusos en los Cárpatos… Siempre acababa por llegarnos algún fragmento de algún comunicado. Todos los mapas del mundo se me figuraban manchados de sangre. Rollot, que se enteró del bombardeo de la catedral de Reims, nos informó de ello. Beaugrand, el incendiario, siempre dispuesto a denunciar cualquier minucia que entrañara un beneficio, lo denunció. Mi camarada tuvo que comparecer ante los tres quepis plateados de la «sala de audiencias». El director, disgustado, tamborileaba en su escritorio con dedos nerviosos:

—Parece que está usted bien informado, Rollot. ¿De dónde saca sus noticias?

Silencio.

—¡Responda cuando le dirigen la palabra! ¿De dónde proceden sus noticias?

—De la luna, señor director.

—¿Conque esas tenemos? Ya le enderezaré yo, amigo. Al agujero hasta nueva orden.

Debíamos ignorarlo todo, hasta la profanación de los más viejos y sagrados monumentos bajo el fuego de las metralletas. Éramos los únicos hombres del mundo a quienes les estaba prohibido saber de la guerra; pero al no leer nada y vislumbrar tan solo las líneas esenciales de la historia, a través de la doble cortina de humo de la guerra y la estulticia administrativa, teníamos algunos el privilegio de una lucidez excepcional. Yo conocía de sobra la decadencia interna del Imperio ruso y consideraba inevitable su caída, en un tiempo en que los cosacos encarnaban aún la esperanza de varias naciones añejas de Occidente. Mucho antes de que Europa cayera en ello, nosotros discutíamos en voz baja la inminente Revolución rusa. Sabíamos en qué rincón del mundo nacería la esperada llama y en ella encontrábamos una nueva razón para vivir.

Nada parecía cambiar. En la vieja Europa atronaban aún los

cañones y un millón de cadáveres se amontonaban ya en el osario de Verdún. Francia, desangrándose por un sinfín de heridas abiertas, succionaba con avidez la nueva savia de canadienses, neozelandeses, indios, senegaleses y portugueses. Entretanto, los seiscientos hombres de la Trituradora proseguían su procesión insensata, dando fe de la durabilidad del orden, más fuerte que cualquier cataclismo social. La prisión era un islote fantástico, alejado de los caminos de la Historia.

—A ver si vamos a ser los últimos supervivientes de la vieja Europa —bromeaba Duclos—. Cuando las ametralladoras, el hambre, la peste y la locura hayan terminado su danza macabra, nosotros seguiremos desfilando por el patio, al compás eterno de Coliflor y Quijada de Caballo.

La campana anunció que era hora de acostarse. Una escuadrilla de aviones sobrevoló la cárcel en dirección a París. El cielo tenía matices dorados.

26. DISCIPLINA

Primera infracción de la regla del silencio: reprimenda. Segunda y tercera: privación de cantina. Cuarta: pan seco. Quinta: sala disciplinaria o celda de aislamiento. La disciplina carcelaria se basa en el hambre. La desproporción entre el rigor de los castigos y la futilidad de las faltas suele ser pasmosa.

Es una disciplina sumamente arbitraria, por lo demás. La regla del silencio no la respeta nadie. En sus informes, los funcionarios señalan a los presos que les caen mal y a algún otro escogido al azar para fingir cierta imparcialidad. Cada taller cuenta con varios hombres que arrastran la etiqueta de «mala conducta» y a los que les cae algún puro cada dos días. Suele tratarse de muchachos altos y larguiruchos, con la mirada insolente y la lengua afilada. Los funcionarios los tienen por «malas semillas», pero no dejan de envidiar secretamente, desde el fondo de sus rancias vidas, la juventud desbordante de estos golfos en potencia. Siempre me pareció que en la persecución cotidiana de que eran objeto algunos de estos jóvenes reclusos por parte de funcionarios de cierta edad había un elemento de resentimiento instintivo. Aquellos funcionarios abrumados por la cuarentena, sujetos también por nuestras cadenas y sin ningún porvenir, debían de sentir una especie de aversión física por las vidas aún intactas que la Trituradora no conseguía aplastar del todo y que, tarde o temprano, habrían de volar de nuevo hacia la aventura, mientras ellos, aunque honestos, como los fariseos, seguían dando vueltas en sus rondas hasta cumplir los sesenta…

El director, sentado bajo el busto amarillento de la República, imparte justicia disciplinaria cada mañana desde su «sala de audiencias». Inobservancias de la regla de silencio, correspondencia entre internos, incumplimientos del deber, faltas al trabajo, contrabando de tabaco, peleas: tal es el abanico habitual de infracciones que el director castiga antes de irse a almorzar. Las tentativas de suicidio se castigan con treinta días de celda, al igual que la sodomía y los hurtos menores. Los soplones gozan de cierto grado de indulgencia.

La peor privación, tras la del sexo, es la del tabaco.

Hautereau, un compañero de la imprenta, comparece hoy ante el tribunal de los tres quepis tras ser sorprendido en flagrante delito de consumo de tabaco. Durante el registro vespertino de ayer, Marrones le olió un aliento sospechoso y le palpó la mejilla izquierda con un dedo amarillo, que apestaba a tabaco de mascar:

—¿Qué llevas ahí?

—Na.

—Abre un poco la boca, a ver…

Hautereau no osó resistirse al hombre de uniforme que le agarró la cara con ambas manos, le separó las mandíbulas como quien abre una caja, deslizó dos dedos sucios bajo la mejilla y extrajo, de entre las muelas cariadas, una mascada de tabaco repugnante (que probablemente hubiera escupido él mismo la víspera).

Hautereau, un pelirrojo nervudo y arrugado de cuarenta y cinco años, con la cabeza aplastada de un pescado en salazón, espera ahora ante el estrado en posición de firmes, como un soldado ante sus superiores.

—Es la segunda vez que le pillo mascando tabaco, Hautereau. ¿De dónde lo saca?

—Me lo encontré, señor director.

—Lo que debería encontrar es una respuesta más satisfactoria. Le doy treinta segundos. Si no, ya sabe lo que le espera.

El director acerca su largo bigote blanco y su quepis galoneado a su hermoso reloj de plata. El bienestar que le produce su saludable apetito media hora antes del almuerzo le confiere en este momento una gran firmeza de carácter.

Hautereau frunce el ceño y piensa en el hombre de las escupideras, su compadre, un tipo con suerte que vive peligrosamente, pero tiene dinero de sobra para pagar los favores de los «mozos más guapos» y no le falta nada. Su fortuna de recluso la ha amasado en las escupideras. Los funcionarios, que tienen prohibido fumar en el recinto, suelen mascar tabaco o fumarse algún que otro pitillo cuando están solos. Las colillas y el tabaco de mascar usado van a parar a las escupideras que hay distribuidas por los patios y los corredores. El hombre del servicio general que cada dos días limpia los recipientes con una solución de ácido fénico extrae de ellos estos detritus de tabaco mezclados con esputos de tuberculosos. Luego los lava, los enjuaga, los seca y los vende. Así vuelven a fumarse las colillas y el tabaco se vuelve a mascar. Hautereau tiene que reprimir la tentación fugaz de chivarse.

—¿Lo ha pensado bien?

—Sí, señor director. Me lo encontré, no sé qué otra cosa decirle.

—Cuarenta días de sala.

La sala disciplinaria es grande como un taller medio y está siempre sumida en la penumbra, pues las estrechas ventanas enrejadas tienen los cristales recubiertos por una capa de cal y las paredes son de un ocre terroso, con un zócalo negro de un metro de altura. El funcionario se encuentra en una especie de jaula rectangular protegida por una tupida tela metálica que rodea la entrada y que parece el refugio de un domador en una fosa de osos. Como en ciertas fosas de osos del zoológico, hay varios asientos bajos de cemento en el centro de la sala, dispuestos a un metro y medio de distancia unos de otros.

—¡Cambia de zuecos!

Hautereau obedece. No puede conservar sus zuecos habituales, porque eso mitigaría el castigo.

—¡Adentro!

El repiqueteo cadencioso de los zuecos contra las losas, la penumbra y la jaula aturden inicialmente al recluso, que alcanza a ver danzar a lo largo de las paredes a una ristra de marionetas enloquecidas que dan vueltas y más vueltas a un paso frenético, sin ver más que esas paredes y esa jaula y sus propias espaldas, sin oír más que la voz acuciante del funcionario que marca el paso —«¡izquierdo!, ¡izquierdo!, ¡izquierdo!»—, sin sentir más que el dolor de sus pies martirizados por unos zuecos nuevos, las rampas que les suben por los gemelos, el hambre que atenaza sus entrañas, las agujetas en las cervicales, la certidumbre de que los días no tienen fin. Es otra procesión interminable en el seno de la procesión general. Hautereau ha entrado en la sala. Sin otro sustento que pan seco y la sopa matutina, los castigados caminan veinte minutos con los brazos cruzados sobre el pecho y otros veinte con las manos a la espalda. Cada veinte minutos tienen diez de descanso sentados en los taburetes de cemento, con los pies juntos y los codos pegados al cuerpo. Todos los días caminan cuarenta y cinco kilómetros entre esas cuatro paredes que rezuman locura. Hacia el décimo día, el hombre arrastrado por la procesión se tambalea a cada paso, con los pies cubiertos de llagas. Si se niega a seguir caminando, es arrojado al calabozo. Si se desploma, es trasladado a la enfermería, donde permanece una semana en régimen de aislamiento; se le vendan los pies, su cuerpo se recompone gracias a unos pocos tazones de caldo, y vuelve a ocupar su sitio en la procesión demencial.

«Cuarenta días —se dice Hautereau—. Voy a necesitar dos viajes a la enfermería para soportarlos.»

Lo que no sabe es que se está volviendo loco. Nosotros sí lo sabemos. A veces lo llaman el Pirado. Mientras da vueltas en la sala disciplinaria entre un montón de marionetas desvencijadas, entregado como ellas a sus propias obsesiones, el gusano que se adentra en su

cerebro enfermizo consumará su ruina. ¡Otra vuelta, muchacho, otra vuelta!

Hautereau padece la obsesión más común después del sexo: la del proceso. Lleva seis años rumiando cada detalle de su causa, persuadiéndose a diario de que es inocente (lo cual es falso), de que no es más que una víctima (lo cual es cierto) y de que la justicia no existe (lo cual es cierto, también). Puede pasarse meses meditando los alegatos que pretende enviar al Ministerio de Justicia, al Tribunal de Casación y al presidente de la República. Cuando se le permite escribir, llena una página tras otra con un texto apretadísimo y lleno de citas del Código aprendidas de memoria, considerandos de sentencias olvidadas y argumentos capciosos sobre el testimonio de testigos muertos o desaparecidos, también olvidados desde hace años. Los pasajes importantes los subraya dos y hasta tres veces. Hautereau era guarda de caza en una región boscosa y les cobraba su peaje a las muchachas que iban a recoger madera muerta en sus tierras. Un tribunal correccional lo condenó inicialmente a seis meses de prisión: seis meses por tirarse a una chica en el bosque, a una ladrona que se iba a la cama con todos los carreteros del pueblo vecino y «que a mí me iba detrás para que hiciera la vista gorda»; seis meses sin hollar los bosques por los que rondaba todo el año, de la mañana a la noche, lo que era a su entender una iniquidad sin nombre y un suplicio intolerable. Un abogado de provincias le recomendó cuestionar la competencia del tribunal y solicitar un nuevo juicio en la Sala de lo Penal, donde la absolución parecía posible. El tribunal penal condenó al desgraciado a siete años de trabajos forzados, que fueron conmutados a petición del jurado por siete años de reclusión. Tantas penas distintas para un acto que él encontraba tan natural acabaron por desquiciarlo.

El tableteo agudo de los zuecos resuena a todas horas en las paredes de la sala disciplinaria. El silencio inmóvil de las pausas es como una estría amarilla en el tejido gris del tiempo. Siete hombres dan vueltas a la sala sin descanso. Al Espárrago, un bígamo italiano, le han caído quince días por mantener correspondencia ilícita con su mujer. Luego están Floc y Taupin, dos «pipiolos», dos «chulitos» de barrio, uno de la Porte de Clichy y otro de la place Blanche. Floc tiene las piernas de acero y una mirada de soslayo que es peor que un insulto. Quijada de Caballo, cuya reja no le protege del mal de ojo, debe enfrentarse a esa mirada inquietante cada ochenta segundos, pero como Floc lleva veinte días marcando el paso sin desfallecer, el boqueras no tiene nada que decir. Con quien se desquita es con Taupin, que está hecho un guiñapo y avanza dando tumbos con los pies sangrantes. Taupin piensa que va a desplomarse de un momento a otro, de las vueltas que le da la cabeza. Por no hablar de ese ardor

atroz en los talones, en los tobillos y en las articulaciones de los dedos de los pies, que llevan veintinueve días embutidos en los zuecos de madera. «¡Mejor palmarla cuanto antes!», piensa, pero los gritos del boqueras lo sacan de sus meditaciones: «¡Más garbo, Taupin! ¡Vamos, vamos!». Y Taupin da un brinco, impulsado por esa voz como un guiñapo por una ráfaga de aire. Hautereau no acaba de distinguir bien las otras tres formas danzantes, porque van más bien a la zaga y solo cuando gira puede ver al tipo cabezón que tiene detrás, con el semblante petrificado en una mueca de furia y asco, otro rostro inexpresivo, con gafas, y el último, tan anodino que es como si no existiera. Todas las siluetas danzan. Sus máscaras gesticulan y ríen burlonas. La sala es gris y está estriada de franjas amarillas. La realidad se reduce a eso.

27. LATRUFFE

El bloque celular constituye otra cárcel dentro de la cárcel, completamente aislada por un muro de ronda y dotada de tres pisos de celdas negras, seminegras y claras, con dos hileras de calabozos y unos cuantos patios de paseo triangulares que dibujan un semicírculo separado del resto de los patios por muros de mampostería. En una celda de la planta baja, un pequeño despacho casi confortable, fresco en verano y cálido en invierno gracias a una estufa, se puede encontrar al amo y señor del bloque, el enorme Latruffe, muy correcto en su abotargada palidez, algo azulada en las mejillas. Un quepis que parece minúsculo corona su gran cabeza de pera, que se ensancha hacia la base. Sus dedos morcillones juguetean sin cesar con el manojo de llaves, del cual no se separa más que un musulmán de su rosario. Recibe a los reclusos castigados con una amplia sonrisa lunar de la que asoman unos dientes mohosos, mientras les asesta en las costillas golpes bajos con las llaves. «Mejor que no te des por enterado», aseguran los iniciados. «Eso le gusta. Entonces se marcha riendo para sus adentros y te deja en paz. Pero si rechistas, ya no te suelta hasta hacerte orinar sangre. ¡Se las sabe todas, Latruffe…! En invierno te obliga a lavarte la cabeza bajo el grifo, pero no te da tiempo a secarte, con lo que te pasas la mañana entera castañeteando los dientes. En verano te da de beber un agua imbebible, no sé por qué será: es insípida y sabe raro, como si estuviera llena de escupitajos. No me sorprendería que escupiera en ella. Y cuando te agachas por la noche para agarrar tu jergón, nunca te libras de un buen llavazo en la espalda. ¡No te quejes! Te pondría los grillos y despacharía un informe a la dirección diciendo que querías matarlo…» «Si eres un hombre, un hombre de verdad, siempre puedes hablar con él como es debido. Solo tienes que decirle, con afecto, como quien no quiere la cosa: “Mira, Latruffe, viejo: si quieres mi pellejo, lo tendrás. Pero yo procuraré llevarme el tuyo por delante. Así que adelante. Tú mismo”. Solo que, si le dices eso, tienes que decirlo muy en serio. Porque el muy cabrón tiene un olfato extraordinario para leerte hasta el fondo del alma, y quienes van de farol acaban cobrando el doble.»

Cada dos o tres horas, cuando le da por ahí, Latruffe deja sobre la mesa el *Petit Parisien*, doblado cuidadosamente, coge su linterna y baja a los calabozos.

Una negrura húmeda y casi palpable, como una bruma espesa, reina en estas celdillas de cemento semienterradas. Cada una de ellas cuenta con una estera de esparto y una cubeta. La oscuridad es tan densa que es posible estrecharla entre los brazos y absorberla por los ojos, y al cabo de pocas horas le ha entrado a uno en el cuerpo por todos los poros. Uno pierde allí la noción del tiempo: la sucesión de los días, que atestigua la hogaza de pan de la mañana, se diluye en las tinieblas. La razón vacila: la luz interior acaba por sucumbir a la noche. Uno vuelve de allí enfermo, con los ojos parpadeantes y el alma cegada, como un ave nocturna soltada a pleno sol. Al salir de allí sale uno de la locura (a no ser que la lleve consigo). Cuatro clases de ideas fijas rondan a los reclusos en estas mazmorras: el horror a la injusticia (la obsesión por el proceso: «soy inocente» o «me maltratan continuamente, no hay derecho»), el deseo carnal (los celos, a veces), el pavor ante la muerte (la de los seres queridos, que la oscuridad transforma en certeza) y el miedo a morir. Nadie elige la obsesión que acudirá a atormentarlo.

Las larvas humanas que habitan estas cuevas cuadrangulares son capaces de oír a mucha distancia los pasos amortiguados del funcionario. El recluso encadenado, con las manos sujetas a la espalda y los brazos anquilosados, llenos de hormigueos, se endereza entonces con la esperanza de que le den de beber unos sorbos de agua. El recluso medio loco que alternativamente da vueltas en la oscuridad o yace postrado en su estera, asediado por la imagen de una niña muerta —la sonrisa postrera en los labios azulados, la extraordinaria transparencia de los párpados cerrados, el rubio sedoso de los cabellos adorables: lo ve todo, una y otra vez, y aun repitiéndose que se ha vuelto loco, cree desesperadamente en lo que ve—, se acurruca al fondo del calabozo para que su rostro torturado no resulte visible, sin perderse por ello ni un átomo del rayo de luz que va a penetrar. Porque esa luz y el cuello de Latruffe dan fe de la realidad de un universo en el que tal vez —no: ¡sin lugar a dudas!— Jeanne no ha muerto, no, no ha muerto. Pero mientras el rayo de luz registra los calabozos contiguos, la cara de la niña muerta vuelve a emerger de las profundidades de su mente exhausta, como emergen a veces los cuerpos de los ahogados del fondo de los lagos…

Latruffe pasa sin ruido junto a las puertas de los calabozos. La lámpara que cuelga al final de la galería parece guiarlo a través del silencio, en la angostura del corredor de paredes de cemento, donde la luz amarillenta se superpone al gris en una especie de bruma. Este es su reino. Como un insecto depredador inspeccionando las larvas

cautivas de las que se alimenta, Latruffe avanza con el cuello erguido, los músculos en tensión y el oído atento. Es una lucha constante entre él y las larvas, que tienen el oído aún más fino y rara vez se dejan sorprender. Pero él es un cazador paciente y no se cansa de acechar a sus presas.

El número 6. Latruffe abre bruscamente el chivato. La linterna deslumbra a un muchacho de edad indefinida y sumamente delgado, tendido sobre su estera con los brazos cruzados.

—En pie —resopla Latruffe.

El muchacho se levanta lentamente. El chivato se cierra. Latruffe finge continuar su ronda, pero aguarda al otro lado de la puerta. Sabe que el chico ha vuelto a acostarse. El portillo del chivato vuelve a golpear y la luz deslumbrante cae de nuevo sobre la figura que yace en el suelo. Esta vez Latruffe abre la puerta y se dirige hacia el muchacho que se ha levantado y le espera inmóvil, pegado a la pared del fondo.

—¿Qué te acabo de decir? —le pregunta Latruffe en voz baja.

Durante un instante saborea el terror que emana de los dos ojos despavoridos, cegados por la luz de la linterna.

—¿Estás sordo o qué?

Latruffe se balancea levemente sobre sus piernas. Levanta la linterna a la altura de la cara del muchacho. Pasa muy despacio el manojo de llaves de la mano derecha a la izquierda; el chico, con los labios temblorosos, ve cómo las llaves oscilan bajo la llama. Latruffe levanta la mano derecha y, sin prisa, sin ruido, le asesta un bofetón a ese rostro indefenso pegado a la pared. El niño castañetea los dientes: ti-ti-ti. Las lágrimas le anegan los ojos. Latruffe vuelve a levantar la mano, duda un momento y dice:

—¿Te basta con eso? ¿Te basta por hoy? A ver si mañana procuras obedecer.

Latruffe no le quita el ojo al número 8, un español fornido de rostro hirsuto (hace tres semanas que no se afeita) y pecho velludo. El hombre ya puede dar vueltas y más vueltas en la oscuridad de su celda o sentarse en cuclillas o acostarse, que anda siempre atormentado por las mismas imágenes. La más habitual es la de una mujer, su Antoñita de piel bronceada y estrechas caderas, su Antoñita, su niña, su «*niña querida*…».[17] El lóbulo de su oreja es un pétalo de rosa, un pétalo que él mordisquea sin cesar. El caso es que hace ya varios días con sus noches que siente a su niña poseída, penetrada por otro hombre, y lo siente con tal realismo que es capaz de percibir el calor de sus vientres y la tensión de sus músculos; lo ve a él encima de ella, mientras la carne de la mujer se abre ante el empuje del macho y sus labios se sellan como una ventosa. «A-a-ah…» El grito reprimido

en la garganta se convierte en una especie de estertor. Latruffe abre el chivato con violencia y la luz de la linterna golpea el rostro demacrado de un náufrago.

—¡Silencio! —gruñe Latruffe—. ¿Qué te ha dado para «cantar» de esa manera?

Otras veces es la imagen de su propio calabozo, que en su delirio se convierte en un fantástico serrallo. La morena de pechos duros y puntiagudos se llama Lolita; se le ofrece impúdicamente, de pie, arqueada como una bailarina sevillana. La rubia se llama a veces Marise y a veces Lise —como una que conoció hace tiempo— y se desnuda, sumisa, con gestos inconclusos: la ropa blanca cae a sus pies sobre una piel de oso polar y ella retrocede, atraída y medrosa, ante los brazos que se tienden hacia ella. Otras mujeres, en parejas o en grupos, se persiguen y se encuentran, se abrazan, y el hombre se va deslizando así en un frenesí de mono lúbrico en la oscuridad. Latruffe le sorprende al fin, jadeante, con el sexo desnudo y las manos mojadas. Entra entonces tranquilamente en el calabozo con una risa cacareada, amenazante, socarrona.

—¿Y si paso el parte, Martínez? ¿No te da vergüenza?

Martínez se arregla la ropa con gestos de sonámbulo. Tiembla y se estremece en la oscuridad, bajo el abominable ultraje de esa risa que parece un cloqueo. Luego se da la vuelta, negro en la negrura, con los puños apretados y pesados como piedras.

—*¡Te mataré, cobarde!*[18]

Las palabras, articuladas en voz alta, resuenan durante un buen rato en la oscuridad, entre paredes de cemento que ninguna voz clara hiere jamás, y aplacan la ira como una puñalada. Pero Latruffe se aleja ya por la galería, riendo para sí mismo, satisfecho, con el bajo vientre caliente. Se acomoda junto a su estufa y se adormece, haciendo girar lentamente los pulgares sobre su panza. Bajo su baja y estrecha bóveda craneal —otro alveolo de otra larva— las obscenidades vislumbradas en los calabozos se eternizan y multiplican.

Latruffe ha ido adquiriendo gradualmente la pálida grasa que recubre su cuerpo en las cárceles. Hace ya diez años que «administra» el bloque celular. Ocho mil hombres han padecido sus maltratos entre estos muros. Es él quien da de beber la purga a los reclusos del taller de platería que están a punto de salir en libertad, no sea que lleven escondido en el fondo del ano un tubo lleno de polvo de oro. Latruffe les separa las nalgas y mira. Luego rebusca entre sus excrementos con una varilla de gancho de su propia invención. Al amanecer, Latruffe los conduce de vuelta al registro, vestidos ya de paisano y embargados de esa curiosa mezcla de angustia y alegría desorbitada que caracteriza los últimos minutos en la cárcel. Una ancha sonrisa de

Pierrot asesino se dibuja entonces en su rostro, cuya nariz sobresale como un hocico.

—Pórteseme bien en su vida civil —les dice—. Y no olvide todo lo que hemos hecho para devolverlo al buen camino…

La otra mañana, cuando se disponía a cruzar el recinto exterior y salir a la calle, un preso recién liberado se volvió de repente. A Latruffe le dio un vuelco el corazón y un hilillo de agua helada le recorrió la espalda. El hombre le lanzó una mirada de serpiente y le dijo en voz baja, como en un siseo:

—¡Calla la boca! Y recuerda bien lo que voy a decirte, sucio verdugo: si algún día te vuelves a cruzar en mi camino en cualquier rincón oscuro, te meteré en la tripa un palmo de acero con la misma calma con la que te mando ahora a la mierda. ¿Entendido?

El hombre libre se había detenido en seco, dando la espalda a la libertad. A Latruffe le temblaban las piernas contrahechas.

—Afuera, vamos —le dijo.

Pero la cara de la serpiente se acercaba a él, terrible, con las pupilas dilatadas y fosforescentes, como las de los gatos.

—¿Entendido? ¿Me vas a responder, tarado de mierda, o tengo que correrte a hostias?

Percibiendo en la voz una amenaza inminente, Latruffe bajó la cabeza.

—Entendido —dijo, derrotado.

La reacción del otro fue instantánea: soltó una gran carcajada.

—Me alegro de que lo entiendas. No eres tan duro de mollera como pareces, ¿eh, animal?

28. LOS ENFERMEROS

Aunque estén enrejadas, las ventanas de la enfermería se parecen a las de las «casas de la calle». La reminiscencia invita a alzar la cabeza.

Tras esas ventanas vive uno en una calma y una blancura desacostumbradas; se ha apeado un momento de la procesión y recobra el aliento en una cama de verdad o se evade por fin, para siempre, de la tortura y de la esperanza. La presencia segura de la muerte se olvida por momentos, la existencia se reduce a las dimensiones del refugio ofrecido a la debilidad del enfermo. Se alegra uno de haber dejado de andar, de andar a compás, se alegra de poder tomar un poco de café, se aferra cándidamente a la más mínima esperanza.

Mi lámpara tiene más llama que aceite. Mi voluntad no flaqueará; es mi carne la que desfallece. (Entiendo que los esclavos inventaran la religión del alma inmortal y divina, prisionera de una carne despreciable y perecedera; sé muy bien que el alma no sería nada si no fuera por la carne. Aun así, ¿cómo no he de distinguir entre mi fuerza y mi debilidad?) Cada diez meses, más o menos, mi organismo cede ante el hambre, el cansancio y la peculiar combinación de sopor y agotamiento físico al que nos someten. Me invade entonces un frío inmenso, me castañetean los dientes, el corazón me late en el pecho como una campana mayor. Vértigo, vértigo. La sabiduría colectiva de la cárcel atestigua que para llegar a la enfermería hay que estar «reventado», poco menos que desahuciado. Así debo de estar yo si allí me encuentro.

Acuéstate. Hay cierta voluptuosidad en los prolongados escalofríos que preceden al ardor interior de la fiebre. Relaja las extremidades, relaja la mente. Durante un buen rato no vas a necesitar tu fuerza. Atiende la secreta invitación al viaje de la calentura. Parte.

Al regreso de tu viaje misterioso, cuando vuelves a abrir los ojos, te parece que una luz blanca, ligera y tibia impregna todo de alegría. Las camas blancas se alinean en dos filas a lo largo de las paredes de color claro. Allí está el viejo Madré, con sus hombros desiguales sacudidos por una risa silenciosa.

—¡Bueno, bueno, ya lo tenemos de vuelta! Dichosos los ojos. Ya

verás que aquí en la enfermería uno se repone…

—O la palma —tercia quedamente una voz procedente de otra cama.

Madré palidece al instante y arruga los labios. Volviéndose hacia el fondo de la sala, replica:

—No faltaba más. Pálmala tú, si quieres, pero a los demás déjanos en paz.

Lleno de solicitud, este cincuentón canoso de hombros contrahechos, labios arrugados, nariz de fauno larga, amarilla y aguileña, ojos verdosos chispeantes de malicia y aliento bilioso, ayuda a un joven paciente a desvestirse con una broma teñida de ternura. Luego lo arropa en su cama.

—Ya me ocuparé yo de ti, mi pequeño Georges, que el enfermero es un majadero y anda siempre morado de vino. Así, acuéstate.

Por toda respuesta, el paciente le ofrece una sonrisa que castañetea.

—No te preocupes, ahora a dormir.

Veo esas camas, veo al fauno deforme y a ese extraño chico enfermo al que acaba de arropar y oigo sus voces en un duermevela bañado en blancura. Los pasos martillean sobre el empedrado allá fuera y la campana resuena a lo lejos, en el reino de lo irreal. Fiebre.

Otra voz, una voz espesa de vieja comadre chismosa, se asoma a mis oídos.

—¡Muchos más, seguro! En tres años habré visto lo menos a treinta irse al otro barrio. En todas y cada una de estas camas. No hay aquí una sola cama en la que no haya muerto alguien… En la 12, Pirron, un asesino condenado a veinte años… y no le quedaban más que cuatro, al pobre. Allí, José, Rivol, Andrieux… En la 17, Garon, que, ¡mire por dónde!, se parecía mucho a usted, Van Hoever… ¡Sí, sí! Y me miraba exactamente igual que usted dos días antes de diñarla. Murió mientras dormía, sin sufrir… En la 19, el pequeño Girod… ¿Se acuerda usted, Madré? El joven aquel que se casó con aquella mujer, como se llame… Y en la cama del nuevo —se refiere a la mía, sin duda— la palmó Poulain, un muchacho fuerte. Vaya uno a saber qué tenía, pero en cosa de tres días se fue al hoyo.

Ruido. Alguien entra. Un nuevo paciente, un viejo gordo que llega encogido sobre la espalda de un enfermero. Respira trabajosamente. Tiene la mirada viva y la tez color ladrillo. Lleva el gorro ladeado con gracia y calado hasta las cejas erizadas. Un clamor común le da la bienvenida:

—¡Papá Vincent!

—El mismo —responde con voz ronca—. Y esta vez ha vuelto para quedarse, Papá Vincent. ¡Se acabó lo que se daba!

Sobrepasado por esta cohorte gesticulante de muertos y moribundos, vuelvo a caer en mi fiebre, en mi sueño, y oigo la cháchara indolente del enfermero Thiébaut, sin entenderla del todo. Su voz me llega filtrada a través de una blanca inmensidad.

—¿El supervisor Dupuis? Ya lo creo que lo conocí… Un tipo retaco, ancho de espaldas, con el pecho hundido y una cara blanca y toda reseca. Tenía siempre cara de dolor de estómago. Me mató a uno el muy cabrón, a un pequeño rumano que había falsificado moneda… Ahí mismo estaba el pobre, ahí. Dupuis le sorprendió escondiendo el damero y, por una respuesta fuera de tono, ordenó que lo mandaran sesenta días al calabozo al salir de la enfermería… Volvió de allí para ocupar la misma cama, la 12, y en ella murió. Murió diciéndome: «Sobre todo, no te olvides de pedir que me traigan mis fotos mañana temprano». El caso es que acababan de denegarle el permiso de ver sus fotografías. Sabíamos que tenía las horas contadas, pero Dupuis insistió: «¡Que espere al día estipulado!», que era el día siguiente, un domingo… Cada tres meses, cuando llegaba el día, le traían sus fotos y se las dejaban dos o tres horas, que él pasaba contemplando a su anciana madre, una señora de pelo gris, y luego a su hermana mayor, una chiquilla la mar de maja, y a todo un tropel de hermanitos y hermanitas que tenía en Braila… Me da que estaba esperando a ver esas fotos para diñarla. Había vuelto del calabozo todo pálido, con los labios grises, sin ver ya apenas. El mismo día se pasó una hora entera escupiendo sangre. El martes el médico pasó a reconocerlo y me dijo: «Este no lo cuenta, es cuestión de días. Dadle chutes de morfina y chocolatinas». Aquí, cuando sacan las chocolatinas, es el fin. El pobre desgraciado deliraba: «El domingo, el domingo», decía, digo yo que por las fotos… Murió el sábado por la noche. De pronto sus ojos se abrieron como platos, como si viera algo terrible, y quiso decirme algo, pero no pudo…

Yo escucho sin avidez, sumido en un vago bienestar.

—A ese lo mató el Escorpión —continúa Thiébaut—, de eso no me cabe duda. Figúrate que una vez, al acercarse Dupuis a un viejo tullido de la sala dos para negarle no sé qué, el otro se puso a gritarle: «¡Escorpión! ¡Escorpión! ¡Escorpión!». Tendrías que haberlo visto huir de ahí corriendo, pálido de rabia, con el sombrerillo en una mano y los faldones del gabán flotando en su estela. ¡Ya te imaginas! El caso es que al tullido no lo podían mandar al calabozo… Y el tipo no callaba y le gritaba con una voz terrible: «¡Escorpión, escorpión!». Lo dejaron tres días sin comer.

—¿Y murió? —pregunta alguien.

—Murió, sí…, pero esa es otra historia. Teníamos aquí a un banquero italiano, una buena pieza, un tipo inaudito. Había

desfalcado cuatro o cinco millones a los ferrocarriles tunecinos. Al final lo indultaron, claro, y ahora andará cuidando de su hígado en Cannes o en Menton… La cosa es que era un tipo muy listo y más malo que la tiña, un carcamal completamente calvo, con una cabeza oscilante de mono viejo. Se hacía traer tabaco por un funcionario y le tenía manía al tullido, que una vez había denunciado sus trapicheos… Así que lo envenenó, poquito a poco, día tras día. Era un hombre muy instruido aquel banquero…

La habitación se va sumiendo en una suave penumbra. No se oye más que esa voz espesa, pero basta con ella para llenarla del barro negro del recuerdo y de ese aire irrespirable que exhalan las tumbas. La lámpara de noche pone en el techo una mísera mancha amarillenta en torno a la que vagan las miradas.

29. MORIR

En la cabecera de la cama cuelga un cartel que dice: «5529, Vincent (Auguste), curtidor, 66 años». Más abajo, en una letra abominable: «Bronconeumonía. 40° de fiebre esta mañana». A continuación, tres puntitos negros unidos por un trazo que vienen a decir: de esta no sales, amigo. El pequeño Georges se acerca a arroparte los pies con una manta, pese al calor. No puedes darle las gracias, tus vagas palabras se diluyen en un gemido ronco. El muchacho se ha quedado un poco asustado al ver el tinte verdoso de tu rostro.

—¡Carajo! Con el vozarrón que yo tenía… A los sesenta y seis años, soy tan hombre como a los veinte.

Así divagaba ayer tarde, sentado en la cama, a pesar de la fatiga de sus pulmones reventados. Con los ojos relucientes de fiebre, aprovechaba la ausencia del enfermero para darle alegremente a la lengua como en los viejos tiempos. Haría casi tres años que no disfrutaba del desusado placer de hablar a voces y se entregaba a él a conciencia, sin sospechar que le quedaban pocas horas de vida. La risa de carraca del pequeño Georges animaba al viejo a proseguir:

—Luché en Beaugency, allá en el Loira, con Chanzy… En mitad de la nieve y sin comer, con las botas agujereadas y el fusil congelado que te abrasaba las manos… Y volví con vida. Qué muchachos, carajo.

Transpiraba aún una fuerza ardiente. La frente le humeaba de sudor. Le hicieron contar su historia de viejo obrero desfondado que ya no le salía a cuenta a la fábrica.

—El capataz me tenía ojeriza, ya sabes. No quería a ningún viejo en su taller. Un día me llamaron al despacho y me dijeron, con toda la amabilidad del mundo: «Aquí tienes cien francos, chico, trata de encontrar algún otro trabajito más acorde con tus fuerzas». Un empleado me dio la patada delicadamente: «Piénselo, señor Vincent. Seguro que algo encontrará, ya verá. Este trabajo no es para hombres de su edad, seguro que se hace cargo. Es usted un hombre tan razonable». Yo no entendía nada. En fin, que me pusieron en la calle. Y aún puedo verla, esa calle, con su estanco y su buzón y todo, como si estuviera allí, intentando asimilar que acaban de despedirme después de veintisiete años de trabajo. Lo primero que se me ocurrió

fue matar al bastardo del capataz y me fui a comprar una pistola.

Ayer aún tenía algo de vida. Hoy Papá Vincent tiene el pecho tan lleno de flema que no encuentra la energía para expectorarla. Lo intenta en cada arrebato de tos y vomita luego en la escupidera. No puede más, le empieza a verdear la piel. Sus narices negras y dilatadas ya no inhalan suficiente aire. ¿Valió la pena luchar en Beaugency, aceptar valientemente el hambre, el frío, el amor, el duro trabajo durante toda tu larga vida, para venir a parar a esta hora de desolación? Madré menea la cabeza, removiendo tales pensamientos, mientras se prepara junto a la ventana un apetitoso guiso de patatas en salsa de cebolla. Papá Vincent ha dejado de pensar. Con la cara sucia, la boca distendida, la frente agrandada, bañada en sudor frío, y los ojos cerrados, aspira penosamente sus últimas bocanadas de aire. Su pecho exhala un estertor constante y se puede oír en su garganta el gorgoteo de los mocos que lo asfixian. La sala blanca se llena de sus ruidos sibilantes y su respiración espasmódica…

Llega entonces el funcionario de turno, con su bata blanca y su quepis ladeado, cargado de presunción.

—¡Pero bueno! ¡Si es el viejo Vincent que se nos va! —dice en voz alta, quizá lo bastante alta para que lo oiga el propio Vincent—. Ponedle un biombo a la cama.

El enfermero Thiébaut acude a colocar el biombo alrededor de la cama, y todas las cabezas de las demás camas se vuelven hacia allá.

—Rrr… rrr… ¡Uf!… rrr…

El gemido va en aumento, incesante y monótono, pero acabamos por acostumbrarnos. El pequeño Georges se ha puesto a jugar a las damas con Madré. Van Hoever conversa en voz baja con Gobin, el notario. Madré se acerca a mi cama a pasitos, con la boca contraída en una sonrisa violácea, para decirme:

—El de la 15, aquel viejo palurdo de color limón, es Van Hoever, el hombre virgen… ¡Ya te digo! Un crápula de primera… Un santurrón que barría la iglesia de su pueblo todos los domingos por la mañana y mató luego a la mujer de su vecino por un conflicto que tenían con las lindes. Espero verlo salir un día de estos… con los pies por delante. Si por mí fuera… —Con los labios en O, dejó ir un «pfuitt» significativo y jovial, y remachó—: ¡Un cañuto de campeonato es lo que es!

En su vieja carne de prisión, en su vieja alma de granuja curtido se han ido enquistando a diario pequeños odios viles, amargos como la hiel, que exhala luego en injurias y gestos ladinos, en dardos diminutos como alfileres que va lanzando sin cesar. Pero también tiene su bondad, Madré, su servicial lealtad de veterano que las ha

pasado moradas. ¿Se habrá sentido herido por mi callada reprobación? Su voz ha cambiado de tono, en cualquier caso.

—El otro, el de la 17, es Gobin, el notario, un buen hombre, un pobre carcamal… Hizo como el resto, carajo, arrambló con la pasta. Si le salió mal la jugada fue porque le faltaba temperamento. Tenía esa naturaleza ridícula del hombre honrado, no es culpa suya. En fin, que ahí lo tienes: aún le quedan tres años por cumplir, con el reuma, la artritis, la gota, la anemia y toda la pesca… y tres meses de vida. El jefe de funcionarios le tiene manía por una vieja reclamación y eso le ha reducido a la mitad los permisos de buena conducta. ¡Un drama, vamos! El pobre no puede comer más que huevos y leche, y se los roban, con lo que se muere de hambre, para colmo de males. Y lo mejor de todo es que con su compañero no hacen otra cosa que pensar en su liberación… Van viendo cómo los demás van diñándola uno tras otro, y se alegran de que no les haya llegado el turno… Así es la humanidad.

Madré suelta una carcajada ahogada que estremece su busto deforme y le dibuja innumerables arrugas en torno a los ojos. Tal vez su pensamiento, anticipándose a su palabra, se haya detenido en alguna imagen más festiva, porque al punto agrega, con un mohín goloso:

—Lo que no te he contado es que ese viejo bribón de notario tiene un par de sobrinitas de caerse de espaldas…, ¡uf! Cosa fina… Una morena y la otra rubia, de dieciocho y veinte abriles. Vienen a visitarlo todas blancas, rosas, perfumadas, con vestidos de volantes… Algún día las verás. Unas tetas, unas piernas, un meneíto así al caminar, las mejillas chiquititas y rojas como manzanas…, a mí, sabes, las mejillas siempre me hacen pensar en unas nalgas en miniatura, que caben en el hueco de la mano…

Allá en la cama 15 un ataque de tos sacude a Van Hoever, que se pasa un buen rato expectorando con el pecho hundido y el aspecto de una gárgola enferma, partida en dos. Gobin se revuelve laboriosamente en su cama, apretando los labios para no echarse a gemir. Luego los dos ancianos se miran y reanudan su conversación.

—Es un cabrón —dice Van Hoever con un hilo de voz—. Solo hay que esperar a que la casque, te lo digo yo…

Madré, que sigue a lo suyo, concluye:

—Porque yo, amigo mío, soy un viejo verde. Esa es la pura verdad, ¡que lo sepa!

Un rayo de sol entra por la ventana, iluminando la blanca mañana. La risa ronca del pequeño Georges se superpone al estertor del moribundo y, por un instante, se funde con él.

Puesto que Papá Vincent se muere, han venido a verlo. Por lo visto, el individuo gana interés cuando está a punto de irse al otro mundo. Hasta ahora no se habían ocupado de él salvo para castigarlo: era el número 5231, condenado a diez años. Pero ahora que yace en esa cama, moribundo, parece haber recobrado su condición humana.

La sala se petrifica. Los cuchicheos entre camas han cesado. Madré trata de eclipsarse arreglando la almohada y la colcha sin decir ni pío, bajando la vista. Los dos viejos de enfrente parecen dos estatuas de cera resecas, sin vida desde hace tiempo. Se oyen entonces varias voces firmes, de una suficiencia autoritaria. El primero en hacer su entrada es el jefe de servicio, panzudo, con el bigote erizado y la tez amarillenta por una mala fiebre que contrajo en las colonias, galoneado de negro y plata del hombro a la bocamanga. Le sigue el supervisor civil, con un abrigo verde botella y las manos a la espalda, sosteniendo en ellas un cuaderno. Bajo el quepis, un rostro diminuto y devastado por la cuperosis, y tras los quevedos unos ojos también verde botella que parecen licuados. El enfermero al que llaman el Jugoso le sigue respetuosamente, a tres pasos de distancia. Le oímos explicarle que se trata de Vincent, Augustin, y que está sentenciado.

Los caballeros miran a Vincent, Augustin. ¿Percibirá acaso en su rostro, al que la sangre ya no remonta sino en raros y exiguos borbotones, esas frías miradas que nada ven de su miseria y de su dolor? El moribundo abre los ojos. Sus pupilas se reaniman por un instante con una vida concentrada. El biombo, los uniformes, la sala blanca y, prendido del techo, un rayo de sol: lo ve todo… Un murmullo estremece sus labios. Pero no se oye nada, nada más que el estertor de su garganta cargada de flema.

—Sí, sí —dice el controlador civil.

Y se van. Un silencio infinito se cierne sobre Papá Vincent. Algún pensamiento más vaga por su cerebro, que se apaga lentamente. Hace ya tres años que esta gente lo ve morir con la misma indiferencia.

Otra visita. El capellán, un canónigo que remplaza en la cárcel a un joven sacerdote enviado al frente, se desliza con presteza sobre sus cortas piernas hacia el lecho del moribundo. Tiene un rostro bondadoso y respetable, con las sienes guarnecidas de nobles mechones blancos. Toda su persona —las mejillas bien afeitadas, rellenas y rosadas, la boca aristocrática y golosa, nítidamente perfilada, joven aún—, desde el rostro hasta los más pequeños detalles de su vestimenta —el cuello de la solapa almidonado, la faja morada —, transpira limpieza, satisfacción y ese confort de hombre bien alimentado al que la vida no le ha deparado ni fatigas ni pesares. «Amigo mío, amigo mío…» Saluda a derecha e izquierda con una sonrisa grave y se recoge ante la cama de Papá Vincent, que parece

haber perdido la conciencia.

—¡Está aquí el señor canónigo! —dice tímidamente Van Hoever.

Desde las profundidades de su modorra el moribundo oye sin duda un ruido y unas voces. ¿Con qué vienen ahora a importunarle? El canónigo no le dedicó un solo pensamiento a Papá Vincent cuando se moría de hambre, cuando pasó cinco días a pan seco, cuando estuvo seis meses sin noticias de su hijo, solo en el mundo, como un árbol viejo caído en medio del camino que se retira a la cuneta. Una última tormenta cuaja en el alma del anciano que luchó en Beaugency, trabajó duro durante cincuenta y un años, y ha pasado tres en la cárcel sin un atisbo de piedad cristiana…

—Creo que vuelve en sí, señor canónigo —dice el enfermero—. Mire, mueve los ojos.

Sí, el moribundo mueve los ojos y vuelve a la vida, de muy lejos, desde el limbo en el que su espíritu se diluía poco a poco. ¿Es que no van a dejarle irse en paz? La sotana negra le ofusca y desde lo más remoto de su juventud aflora a su alma una furia olvidada. De crío, en los años del anticlericalismo, perseguía a los curas con una malicia salpicada de odio. «¡Coa-coa! —graznaba—. ¡Que llegan los cuervos!» Porque van todos de negro y están bien gordos y no hacen nada más que deleitarse con la miseria de la pobre gente a la que, llegada la hora de la prueba suprema, vienen a prometer el paraíso… ¿Le estará tomando a él por imbécil?

Papá Vincent mira. Entonces alza su gruesa mano nudosa, flácida ya, casi muerta. Es evidente que quiere hablar, que hace un gran esfuerzo. La mano se alza, se cierra, el rostro se contrae y, con una mueca de odio, se incorpora para gritar:

—¡Maldita sea! ¡Me cago en…!

Nada más. Papá Vincent desfallece. Pero tal furor vibraba en los gorgoteos de su garganta y ardía en sus pupilas titilantes que el canónigo comprende. Se vuelve con dignidad y dice:

—Está delirando. No puedo hacer nada más, mi pobre amigo.

¡Con qué consternación lo dice! Podría uno creer que efectivamente le importa algo ver morir a Papá Vincent, al que no conoce de nada y que acaso sea su quingentésimo difunto en la cárcel. Su mano elegante traza una vaga señal de la cruz en el aire, sobre el moribundo. El enfermero Thiébaut también adopta un aire afligido y ambos se miran sin una sonrisa, serios como augures.

«¡Y a mí que se me queman las patatas!», piensa Thiébaut, rascándose la nariz colorada.

30. SOBREVIVIR

Papá Vincent murió al cabo de unas horas.

Madré le estaba contando al pequeño Georges una historia cochina. Zetti sorbía su sopa, haciendo un ruidillo irritante con la lengua y las mandíbulas. Al fondo de la sala, el enfermero anotaba algo en un pequeño escritorio negro. El cielo se arrebolaba. Poco a poco, sin crisis, el estertor fue cediendo hasta extinguirse. Van Hoever, con su alma de anciano marchito que no dejaba de temblar por la intuición de la muerte, fue el único que se percató enseguida, pero al principio no se atrevió a decir nada y se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos, llenos de un terror mortal.

Al anochecer, antes de que encendieran las luces, Van Hoever se sintió de pronto solo en la sala sombría, solo con los amodorrados, con el durmiente perpetuo —el 4627— y con el muerto. Los ojos del viejo campesino escudriñaban los rincones de la sala. Despacio, con gran cautela y ahogando su débil respiración, se movió. Sus viejos brazos resecos, amarillentos, cubiertos de una fina capa de mugre, apartaron las sábanas impregnadas de un olor rancio. Se levantó de la cama, descalzo, encogido por el frío del suelo y del ambiente. Primero dio unos pasos torpes, incómodo en sus calzones y su camisón. Había perdido la costumbre de mantenerse erguido y se tambaleaba un poco. Luego, pasando de cama en cama y apoyándose en los respaldos de hierro, pero con sumo cuidado, para no delatarse, Van Hoever se deslizó hasta la cama del muerto. Papá Vincent no había podido beberse la leche desde la víspera, a buen seguro, y la jarra debía seguir ahí. «¡La leche, la leche! —pensaba Van Hoever—. Si no me la bebo yo, se la beberá ese sucio jorobado…» Y gesticulaba de puro odio, de miedo, de codicia. ¡Ah, la leche! Por fin la tenía. Ahora solo debía vaciar la jarra. Una risotada silenciosa desfiguró su rostro.

La impiedad de aquella risa junto al difunto le hizo estremecerse. En las sombras solo alcanzó a distinguir la palidez del rostro ancho e inerte y la boca negrísima que desprendía un olor a tierra mojada. Van Hoever, envejecido y marchito, tan cerca como estaba de morir del mismo modo, se lo quedó mirando, incapaz de sustraerse a la

atracción de aquel cadáver helado. El terror se adueñó entonces de sus carnes maltrechas, que pronto adquirirían el mismo tinte verdoso, la misma frialdad inanimada, y se quedó allí aterrado, con la barbilla temblorosa y la jarra de leche en la mano, hasta que alguien lo descubrió.

—¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Vieja carroña! ¡Con las manos en la masa, robándoles a los muertos, robándoles la leche a los muertos, vieja carroña…!

El cuerpo entero de Madré parecía temblar de furia. Los dos ancianos se miraron, crispados por un mismo rencor. No se percataban de lo mucho que se parecían, horribles y demacrados por igual y envueltos por una sombra idéntica. A sus labios balbucientes asomaron injurias, reprimidas por el uno, atenazado por el miedo, vociferadas por el otro para sublevar a la sala.

—¡Bebe, bebe! ¡Ojalá revientes de tanta leche!

La sala despertaba ya de su letargo para seguir con la mirada al viejo flamenco en su temerosa retirada. Van Hoever retrocedía de cama en cama, sin contestar, con la mirada aviesa. Volvió a su cama y se acurrucó bajo las mantas, aterido, apenas balbuciendo un «¡canalla, canalla!», además de su insulto campesino favorito: «¡vagabundo!».

Madré corrió a plantarse frente a él, con el brazo extendido hacia el muerto.

—¡Espera un poco, viejo bribón! A ese lo viste morir, ¿verdad? Pues valía mucho más que tú. Pero tú también vas a morir, te lo digo yo. Aquí mismo, entre tus apestosas sábanas, detrás del biombo. Sí señor. ¡Y no tardarás mucho! Igualito que ahora te quedarás, solo que más feo, con la boca como el culo de una gallina vieja…

Van Hoever, que era supersticioso, se estremeció ante aquella maldición. Un frío extraño se le metió en los huesos. El recuerdo de hechiceros que hacen morir a los animales sin que se sepa cómo, que incendian pajares invisiblemente y llevan la desgracia a la granja cuyo amo ha pecado, solo sirvió para aumentar su angustia. Madré no cejaba. Su cólera desbordante contra los hombres y las cosas, macerada durante tantos días, se escapaba ahora en un torrente de palabras furiosas.

—¡Revienta, ladrón! ¡Revienta!

La sala, que acogía a diario a ladrones y asesinos, parecía condenar por unanimidad al viejo granuja. El propio Madré, llevado por su doble naturaleza de exminifundista «honrado», olvidaba sin duda sus pasados atentados contra la propiedad ajena.

—¡Revienta de una vez! ¡Será un alivio para todos! Saber que está a tres pies bajo tierra, la vieja carroña…, y que ya no nos amargará la vida.

Las siniestras palabras circulaban entre las camas y los pálidos enfermos escuchaban con sonrisas abyectas. El frío de la muerte soplaba sobre todos ellos. Van Hoever, sumido en una penumbra creciente, levantó su apergaminada mano derecha y se santiguó muy despacio.

—Santa María, Madre de Dios… —comenzó a balbucir, pero no lograba dar con el resto de la oración en su mente enfebrecida. Su rostro era un viejo marfil cubierto de mugre.

Madré se llevó la leche. Y fue él quien se la bebió.

Papá Vincent había recuperado una serenidad tan sencilla que en su agrietado semblante no quedaba nada de la fatiga de sus sesenta años. Los labios relajados, entreabiertos sobre los dientes amarillos, parecían entregarse a una risa sin fuerza. Los ojos cerrados a medias —aunque nadie se hubiera tomado la molestia de bajarle los párpados — parecían desdeñar la visión. Su misma lividez había adquirido una tonalidad neutra de la más soberana indiferencia.

Por la noche, después de la sopa, vinieron a llevarse los despojos de Papá Vincent. El cuerpo se nos mostró de pronto bajo la sábana, gris, peludo, desplomado de un modo extraño sobre el jergón, como si se hubiera vuelto muy pesado. Los pies se alzaban, anchos, con los dedos abiertos y rígidos a causa de una convulsión postrera. El sexo, un gusano grueso de carne flácida, tendido en su negra maleza, daba lástima… El vientre era demasiado grueso y tenía el pecho dilatado por una especie de hinchazón. El cuello laxo se plegó en incontables arrugas y la cabeza rodó pesadamente hacia un lado, con la boca abierta y los ojos entornados, amarillenta, fría, de una pesadez pétrea.

—¿Listo? —preguntó el gordo Ribotte.

Resoplaba ruidosamente. Su enorme cara incolora de campesino atiborrado de patatas se inclinó por un instante sobre la cabeza del muerto.

—Listo.

Levantaron el cuerpo entre los dos, cogiéndolo por los hombros y los pies, y lo depositaron sobre una vieja sábana con manchas de orín desplegada en el suelo. Los codos y el cráneo del muerto golpearon con fuerza contra el parqué.

—Da igual —dijo Madré—, ya no siente nada. Venga.

Al hombre que ya no sentía nada le cruzaron los brazos y le cubrieron el rostro con la sábana. No quedó más que una forma angulosa, larga y ancha, extendida en la blancura de un sudario. Pero en aquel momento se oyó un grito, una especie de sollozo salvaje. Zetti, con la cara entre las manos, huía al otro extremo de la sala. Su

terror se transmitió repentinamente de un hombre a otro. Los dos enfermeros y Madré, que se agachaban ya, dispuestos a coger el cuerpo y llevárselo, se incorporaron temblando. Y lo único que vieron en la sala fueron dos cabezas unidas por un horror común, dos cabezas exangües de viejos cadavéricos, cuyos ojos les miraban con espanto… Fue solo un instante. Luego se llevaron al muerto y volvieron a oírse voces, incluso hubo alguna carcajada. El terror se replegó en torno a unas pocas almas, pero a esas almas las invadió por completo, como una sombra inmensa y desoladora.

—¿Tienes miedo? —le preguntó a Zetti el pequeño Georges.

Con ternura fraternal le apartó las manos a Zetti, para ver en sus ojos ese miedo cuyo frío aliento percibía ya.

—¡Estás loco! ¿Por qué te dan miedo los muertos? Para ellos se acabó la función y a ese le había llegado la hora, ¿no? Le tocaba a él, no a nosotros, ¿estamos? Bien que han de morir los viejos.

—Sí, sí —balbució finalmente el italiano, apaciguado por aquella voz dulce y juvenil.

Pero allá en las camas 15 y 17, los dos ancianos se encogieron al escuchar esas mismas palabras: «Bien que han de morir, los viejos». Van Hoever se volvió a un lado y a otro, buscando algo desesperadamente con la mirada. Se acordaba ahora de los pequeños crucifijos de madera que se cuelgan sobre las camas en los pueblos, los crucifijos hacia los que se elevan las oraciones de los moribundos. «¡Señor!», dijo. Y Gobin, el notario, que no rezaba desde hacía veinte años, repitió involuntariamente, con los miembros pesados por el frío y la inmovilidad: «¡Señor!». Después, al unísono, uno hablando claro y el otro en voz más baja, en un susurro apagado, dijeron:

—Ten piedad de nosotros…

31. LAS CARTAS

El 4627 era un gran cuerpo arropado hasta los ojos, postrado en un sueño casi perpetuo. Nadie podía recordar cómo se llamaba aquel paciente que no decía nada y apenas se movía. Se levantaba una vez cada noche y, como un fantasma, en su ropa de cama sudada, se arrastraba muy despacio de cama en cama hacia los retretes. Luego volvía a acostarse. Llevaba ya seis o siete años entre rejas y su muerte era un proceso interminable. Los demás reclusos se divertían imitando sus balbuceos nocturnos, que solían acabar en un murmullo ridículo: «Ben-ben ta-ti… ff».

El oficial cartero recorría una tarde la sala, sin prestar atención a las miradas codiciosas prendidas al fajo de cartas abiertas que llevaba en la mano:

—Alexis… Madré… Van Hoever… Poissonnier…

Tuvimos que buscar a Poissonnier, al que no conocían ni sus vecinos de cama. Lo encontraron en la 19: era el 4627, el durmiente perpetuo, el hombre que dormía a todas horas porque esa era su forma preferida de morir. Madré corrió hacia él, renqueante.

—¡Eh, tú! ¡Despierta, que tienes una carta! ¡Maldito dormilón! ¡Despierta, te digo!

El 4627 se levantó al fin, con los ojos medrosos y la cara abotargada, salpicada de una barba que le crecía a clapas.

—Poissonnier, sí, sí. Soy yo… ¡Presente!

—¡Pues haberlo dicho! —le dijo el funcionario sin malicia, tendiéndole un sobre amarillo.

El cartero se limpió el bigote manchado de tabaco con el dorso de la mano y, por algún motivo, se quedó allí plantado medio minuto más, al margen, con su carita rubicunda y arrugada, los hombros desiguales y los botones metálicos de su guerrera ribeteada de amarillo. Luego desapareció de nuestra vista. Solo quedaron las cartas, como si las manos ignorantes e insignificantes que las tocaban, las llevaban y las entregaban hubieran desaparecido por completo.

El 4627 retomaba ya su sueño perpetuo. Madré tuvo que sacudirlo de firme para mantenerlo erguido.

—A ver, ¿quieres que te lea la carta o no?

El otro asintió con un desánimo infinito, con el único objeto de que lo dejaran en paz.

—Bueno, pues escucha. No te me duermas, ¿eh?

El 4627 posó en la carta una mirada aturdida y permaneció con la boca abierta, en una especie de aspiración interrumpida.

—Escucha, que es de tu mujer: «Thérèse Michon, Sra. de Poissonnier».

A través del sopor y el sueño, alguna de estas palabras debió de llegar al paciente, que contrajo su cara gordezuela en un esfuerzo de atención.

—Mi… mi… mi mujer —balbució, con un aire algo más despierto.

¿Llegaría a entender que «el pequeño Marcel, que acaba de cumplir nueve años», le mandaba muchos besos, que su hija mayor, Marie, había firmado un contrato de aprendizaje y que ambos pensaban mucho en su padre, que tanto tiempo llevaba de viaje «en las colonias», y no dejaban de preguntarse cuándo volvería?

—«El domingo por la noche Marcel me dijo: "Dime, mamá, ¿qué me traerá papá cuando vuelva?". ¡Ay, pobrecito mío, qué triste me dejó…!»

Todos los pacientes estábamos atentos y en la voz de Madré nos pareció oír la voz de aquel pobre niño. ¿Comprendía el 4627, bajo su vaga mirada soñolienta, que de su largo viaje no habría de volver?

—¿Lo has pillado todo? —le preguntó Madré, entregándole la carta en el sobre.

El hombre asintió con la cabeza.

—Sí, sí, déjame en paz, déjame dormir —dijo—. ¿Quiénes son esos niños que hablan de mí? ¿Y quién es esa mujer? Ya no vivimos en el mismo universo.

Hizo una mueca y se desplomó entre sus mantas.

En manos de los reclusos, las cartas eran pequeñas alas vibrantes. Cada una tenía un alma, un carácter, una voz.

La de Van Hoever, en un papel hermoso, con un sobrio membrete de la Cámara de Diputados, no contenía más que un formalismo banal (mecanografiado), cuyo coste era probablemente de quinientos francos. Y su destinatario sopesaba la enormidad de la suma que hacía precioso este papel, con su larga y caprichosa firma: «¡Si pusiera de su parte, con solo que pusiera de su parte!», decía, hablando del personaje que tan cara cobraba su intercesión. Una esperanza desmesurada nacía en el corazón del viejo campesino.

La que leía Madré se la enviaba una abuela ancianísima, enérgica aún a sus noventa y dos años, que le confesaba en su trémula caligrafía su vago temor a no estar allí para recibir a su «pequeño» —que ya era casi un anciano— cuando volviera. Podía verla con su cofia

negra de encaje, mirándole con sus ojos vivarachos, llamándole «hijo mío» con su acento pueblerino. La imagen le conmovió, borrándole la sonrisa. Y al perder aquella sonrisa burlona suya, envejeció y se tornó simiesco, como un fauno despojado de su risa.

Thiébaut leía la suya moviendo los labios, con suma concentración.

Un enfermo de perfil anguloso se había refugiado cerca de la ventana, con la mirada perdida por encima del papel malva. Al pie de la hoja, escrito en una letra grande y desigual, se podía leer: «Te quiero, cariño mío. Simone».

Y por un momento aquel recluso se sintió invulnerable, como los portadores de talismanes.

Como una copa de vino tonificante ofrecida con años de distancia, aquella caligrafía enorme desnudaba el amor de una mujer sobre el pliego rubricado por el cartero con una gran V en lápiz azul.

«Se puede soportar cualquier sufrimiento cuando se ama como yo te amo. ¡Estoy segura de que nada en el mundo podría desunir lo que en nosotros se ha unido! Los sufrimientos son lo de menos. Piensa en mí. Soy tuya y te quiero. Te lo repito cada noche, a las horas en que sé que estás pensando en mí. En el mundo no existimos más que tú y que yo, más que *nosotros*. Ámame, espérame. Ven a mí… El día llegará…»

A lo que él respondía:

—Sí, Simone.

El éxtasis lo elevaba por encima de su miseria. La ventana le ofrecía un horizonte bastante amplio y pasaba allí horas y horas, inmóvil, contemplando aquel rincón del mundo. Se veía el río, la corriente turbia con su brillo ondulante, el ribazo donde verdeaban unas pocas matas de hierba, una sección de muro, una ventana con los postigos echados. En el penal reinaba el silencio y el paseo que bordeaba el río estaba desierto y parecía también silencioso. Pero de vez en cuando pasaba algún transeúnte, completamente ajeno a los ojos que seguían sus pasos y que, mucho después de haber desaparecido, seguían viéndolo. Una chiquilla rubia con un abrigo negro. Un obrero con la caja de herramientas en bandolera. Un ciclista, un carro de caballos. Barcazas arrastradas lentamente por negros remolcadores, de los que solo se apreciaban las chimeneas. Los paisajes se iban desplegando ante los ojos de los marineros.

El hombre que contemplaba la escena, habiendo estado a punto de morir, estaba contentísimo de haber *sobrevivido*. Se sentía generoso, olvidadizo, egoísta, ingenuo, heroico, poeta.

—Chiquilla, chiquilla —murmuraba.

La chiquilla ya había pasado. Una lavandera se arrodillaba a la orilla del río. Sus brazos desnudos realizaban movimientos regulares y era un placer adivinar su respiración uniforme. De lejos, la silueta de

aquella mujer resultaba a ratos muy hermosa.

De las ventanas avanzadas del bloque celular llegó un lamento, sordo al principio, luego clamado con súbita desesperación. El soñador, con la frente apoyada en los barrotes, creyó vislumbrar a un hombre en una celda cavernosa, un hombre con la guerrera deshilachada, el cráneo tonsurado, la espalda encorvada y las manos aprisionadas en los grillos, un hombre atormentado por el dolor y la infamia, que aullaba su angustia como una bestia en el matadero. Probablemente era Latruffe, con su hocico puntiagudo y su boca babeante, quien se ensañaba con él, dándole golpes parsimoniosos con las llaves, maldiciéndole con su vocecita de eunuco, tartamudeando como un payaso. Un grito más agudo y definitivo se diluyó en un brusco silencio.

El enfermero Ribotte, de la tercera planta, entró en la sala a todo correr, con el «flop-flop» precipitado de las sandalias que calzaban sus pies desnudos. Le oímos llamar a Thiébaut:

—Ven enseguida. Perchot la va a palmar. Y fulanito se ha puesto a escupir sangre.

—¿Quién? —gruñó el otro.

La noticia circuló por toda la sala, de cama en cama:

—Perchot se está muriendo.

Pero nosotros estábamos bien.

32. MÁS MUERTES

Perchot no murió aquella sino otra noche, después de algunos días.

En la tercera planta de la enfermería había dos hileras de pequeñas celdas pintadas de verde claro y destinadas a los pacientes aislados, contagiosos, crónicos o bajo vigilancia especial.

La celda número 2, cerrada por una puerta acristalada, tenía vistas al exterior y estaba ocupada en su totalidad por un gran camastro cubierto de mantas y ropas. El cuerpo del paciente resultaba casi invisible en la oquedad que había ido moldeando con su cuerpo durante meses. Era como si la cama lo hubiese fagocitado. Solo asomaba su cabeza, apoyada en los almohadones y vuelta obstinadamente hacia la ventana. Bajo la piel adelgazada, los afilados contornos de sus huesos perfilaban ya una máscara mortuoria: la frente despejada de un hombre de veinte años, las mejillas huecas bajo una pelusa naciente y unos labios singularmente bermejos que ponían al descubierto los dientes, en un gran rictus blanco. Se podía apreciar el latido de las venas en sus sienes. La poca fuerza que le quedaba al enfermo se había condensado en sus ojos brillantes y despiertos.

Aquella mañana, Perchot, después de una noche terrible —dos horas de inconsciencia seguidas de un sueño lúgubre—, entreabrió los ojos sin salir del todo de su sueño. Le dolía el costado. Las copas de los álamos se balanceaban a lo lejos. Unas nubes blancas surcaban el cielo. Catherine cruzaba el corral, calzada con zuecos y con los brazos desnudos. Las gallinas picoteaban junto a la fosa del estiércol. Un leve olor a paja podrida flotaba en el aire cálido donde zumbaban las moscas. «¡Zidore, Zidore!», gritaba el padre. En su agonía, Perchot revivía estas cosas muertas cuando oyó las palabras que erraban en torno a él. ¿De quién hablaban? Catherine entraba en la cocina y *Maraud*, el viejo dogo tuerto, se desperezaba junto a su cubil…

—El médico ha dicho que no pasará de esta noche. Morfina… Ayer el Jugoso le dio una tableta de chocolate. Hay que despertarlo, que tengo prisa. Va, prepara la inyección.

—¡Perchot! ¡Perchot! ¡Lo pesado que tiene el sueño! ¡Perchot!

Perchot salía ya de su sopor. El enfermero Ribotte levantaba las mantas, mientras un recién llegado llenaba cuidadosamente una

jeringuilla de Pravaz. El enfermo miró la aguja de acero con indiferencia. Las inyecciones ya no le dolían. Pero el hombre que sostenía la jeringuilla volvió hacia él un rostro delgado, iluminado por unos dulces ojos grises. No dijo nada. Le arregló la almohada y dobló las ropas tiradas a los pies de la cama, mientras el enfermero le ponía la inyección.

Y a Perchot le entraron ganas de decirles algo a esos ojos extrañamente fraternales.

—Gracias, gracias —balbuceó—. Me hará bien. Un buen remedio, este… Creo que será mi salvación. Hace tres días que me siento mucho mejor, de todas formas. Se me han ido los dolores…

Consciente de que la mentira se le iba de las manos, añadió:

—Lo de esta noche no ha sido más que una indisposición. ¿Verdad, Ribotte?

—¡Claro!

Ribotte anotaba algo en su cuaderno.

—Sí, está usted mejor —dijo al fin el recién llegado—. Voy a traerle un cafecito, ¿quiere?

Ribotte salió, dejándolos a solas. Los dos hombres nunca habían cruzado una palabra. Aun así, los unía una confianza mutua. El visitante se acercó tanto que el enfermo pudo hablarle en voz baja, casi al oído.

—A ti te lo voy a decir… Os he oído: de esta noche no paso, lo sé de sobra. Los pies ya los tengo muertos y no puedo mover los brazos… Estoy acabado, esto solo me duerme… ¡Pero es terrible! No puedo soportarlo más.

Al otro, sin duda, le faltaron las fuerzas para seguir mintiendo.

—Calla. No te canses. No tengas miedo.

Pero los dos tenían miedo. Por sus ojos erraban pensamientos confusos. Tú, tú te mueres. Tú, tú vivirás. No hay remedio. Pese a todo, fue un segundo de silencio y claridad. Y al cabo Perchot se sentía mejor. Aquella mirada prendida a la suya le hacía bien.

—Vuelve, vuelve —dijo con un deje de súplica, mirando anhelosamente a aquel desconocido cuya presencia, por algún oscuro motivo, lo consolaba de la muerte.

Una luz tenue flotaba en el pasillo entre las dos filas de puertas acristaladas. Se sentía uno allí arriba como a bordo de un paquebote.

—En la 4, el viejo Horta. En la 6, el abate Nicot. En la 8, Ollivier. Las celdas de enfrente están desocupadas. En la primera murió Miss Roberte, por cierto.

El aire frío, lleno del gorjeo de los pájaros, entraba alegremente por la ventana abierta. El río y los muros de ronda estaban bañados en

claridad. La celda estaba recién pintada, casi resultaba hermosa. Con su voz pastosa, entre sonrisas traviesas y guiños y risitas disimuladas, Ribotte me habló de aquel difunto singular.

—Es verdad que tenía un cuerpo curioso. Esbelto como el de una chiquilla de dieciséis años. Con las caderas de una mujercita. ¡Y qué ojos! No me creerás, pero cuando estaba arropadito en la cama y le mirabas los ojos, solo podías tomarlo por una mujer. Era afectuoso, mentiroso como nadie y podía ser muy malo cuando te quería mal, como las mujeres. Yo a veces lo observaba a través de los cristales de la puerta. Cuando estaba a solas se acicalaba, se depilaba, se miraba en un espejito… ¡Y la de caras que ponía! Sonrisas, mohínes, morritos, pucheros; se daba besitos así, con los dedos, y ponía los ojos tiernos… En sus días buenos, se asomaba a la ventana y se pasaba toda la tarde canturreando:

… amoureuse,
langoureuse,
la berceuse des amants…[19]

»Al final, para complacerlo, le conseguí una barra de labios y un poco de polvos de arroz. Se maquillaba y se dejaba la boca como un clavel rojo… Y no tenía ningún miedo a morir, era más valiente que un hombre. Después de sus accesos de fiebre se ponía a cantar «*fouti-foutu, fouti-foutu*» y cuando yo trataba de quitarle hierro al asunto me respondía: «¿Tú crees? ¿Aguantar los tres años que me quedan? Déjate de cuentos… Si de verdad quieres que me sienta mejor, anda y dile a Cocó que venga a verme…».

Cocó era un joven banquero que acababa de llegar. Le habían caído cinco años y su mujer estaba engatusando a media docena de senadores para que lo dieran por tuberculoso y lo sacaran. Para ahorrarse líos, la administración lo había mandado a la celda número 7… Era un mandria que cada mañana se pasaba una hora entera arreglándose las uñas con unos cepillos que le habían fabricado especialmente en el taller. Miss Roberte ya no podía tenerse en pie, tenía abscesos en las rodillas, los muslos y los costados, y todos los huesos podridos, picados, sangrantes. Había días en que se desmayaba del dolor. Pero los brazos, el pecho y la cabeza seguían bien vivos y con eso les bastaba para su amor. Miss Roberte, toda maquillada, con las mejillas blancas, los labios como cerezas y los ojos lánguidos, palidecía de pronto y se le descomponían las facciones. Yo le ponía inyecciones. Cocó venía entonces y se sentaba junto a la cama, y los dos se acariciaban y se besaban sin parar. Miss Roberte se dejaba cuidar, igual que una mujercita enferma… En cuanto al otro, no sé qué podía atraerle.

—¿Murió, él…, es decir, ella?

—Sí. Antes de perder el conocimiento le dijo a Cocó, en su semidelirio: «Pequeñín mío, querido, no me olvides… No me olvides… Nos hemos querido mucho, ¿verdad?». Luego se acabó. Se puso a gemir y no reconoció a nadie más… Fue justo a esta hora, en un día igual que este. Yo no soy de la otra acera, ya lo sabes, y los despreciaba. Más que hombres, son vicio, puro vicio asqueroso. Pero aquel día me dio pena, habría podido echarme a llorar… Además, sigo pensando que, en el fondo, aquel chaval era una mujer.

Perchot murió al anochecer, después de un chaparrón. Por el río fluían estelas de plata.

A Perchot no le quedaban fuerzas para llamar a nadie. Su cabeza, helada al remitir la calentura, rodaba de un lado a otro de la almohada. La poca vida que le quedaba se concentraba en sus ojos, en cuyo fondo parpadeaba aún el pensamiento, un pequeño destello de luz a punto de extinguirse.

Ollivier esperaba en la celda de al lado, que estaba vacía. Del pasillo llegó el ruido amortiguado de unos pasos apresurados que rozaron la celda cerrada del moribundo. Ollivier sonrió. La puerta se abrió sin hacer ruido. Ollivier se dio la vuelta con las manos extendidas.

—Hola, muchacho.

El pequeño Georges entraba ya, sin aliento, con las mejillas encarnadas y la guerrera de paño bailando en torno a sus hombros esqueléticos, frágil como un arbusto que sucumbirá a la primera tormenta.

—Vengo corriendo. En las escaleras me ha entrado el canguelo, pensaba que oía subir al *boquis*… ¡Vaya susto!

Todas las tardes se reunían allí el hombre encorvado y el adolescente sin pasado ni porvenir. Hablaban en voz baja o se sentaban juntos en silencio. Uno hablaba de la vida, de la que lo sabía todo, como quien relata un cuento. El otro escuchaba sin acabar de entender aquella voz, una voz penetrante como no había oído otra igual. Los dos se abrazaban en las sombras y se contemplaban de un modo indescriptible. Ollivier aguardaba el instante en que los ojos de Georges, levemente rasgados y oscuros como un estanque surcado de reflejos, perdían su expresión habitual; el momento en que los labios descoloridos se transformaban en el doble signo del rostro ofrecido. La puerta se abrió de golpe.

—Largo de aquí —gruñó Ribotte—. Perchot acaba de cascarla.

El funcionario sube las escaleras, toca la frente de Perchot, fría

como una piedra, y dice:

—Bueno. Hasta mañana no hay nada que hacer. No vale la pena llamar al médico… El certificado de defunción lo redactamos ayer.

El perfil del funcionario, conocido como el Jugoso, aparece por un momento nítidamente recortado contra el fondo gris de la ventana: la mandíbula grotesca, el bigote de cepillo, la visera caída del quepis. Se va. Los ojos del muerto se quedan abiertos, transparentes y vacíos, como luminarias a la espera de una llama.

Yo conocí bien a Perchot. Me costó reconocerlo en aquella máscara demacrada. Hacía tiempo que nadie podría haber reconocido en él al labriego de espaldas fuertes que un domingo de borrachera había entrado en un burdel. Nunca llegó a comprender después lo que le había dado mientras yacía sobre aquella hembra, pasiva e indiferente al principio, pero que despertó de puro terror al ver las pupilas del macho dilatadas, duras y ardientes. Cuando le mostraron luego los pechos y el vientre cosidos a puñaladas y vio su navaja ensangrentada hasta la empuñadura, que conservaba aún filamentos de carne adheridos, apenas logro entender de qué hablaban. «¿Por qué lo hiciste?», le preguntaban. «No lo sé —respondía él—. Aún no puedo creer que yo haya hecho algo así.» En aquel rostro huesudo y lívido no quedaba ya nada de su carnoso semblante de otro tiempo. Y hacía años que en aquel joven inofensivo no quedaba nada de la bestia apasionada que había asesinado a la mujer. Perchot expiaba el crimen de un antepasado.

33. LOS INOCENTES

Celda número 4. Horta.

Horta era un octogenario de mandíbulas fofas y pesadas que le caían sobre el cuello flácido, con la cara muy hirsuta, pálida y rasposa. Ladeaba continuamente la cabeza y miraba con el rabillo del ojo, cerrando el izquierdo, con el que veía peor. Así, como un tuerto, solo que dotado de un enorme ojo metálico de un azul frío, traspasaba a la gente con el odio de su mirada. Hacía ocho años que estaba entre rejas, decidido a sobrevivir a cualquier precio, desconcertando con su resistencia a médicos, funcionarios y enfermeros, que habían acabado por sentir ante aquel ojo obstinado una especie de terror. Casado en segundas nupcias a los setenta años tras una vida de crápula repartida entre los grandes hoteles de la Riviera y las celdas de la cárcel de Milán, la leyenda lo había inmortalizado en la pose de un viejo Borgia, vertiendo un frasco de veneno en el té de su joven esposa. El crimen, llevado a cabo con la destreza de un artista, seguía siendo materia de controversia. En el banquillo de los acusados Horta había agitado su blanca melena, había insultado a los jueces, se había burlado mordazmente del fiscal y, tendiendo a la muchedumbre una robusta mano de profeta, había clamado con trágica afectación:

—¡Ay de vosotros! ¡Que mi sangre pese sobre los aquí presentes! ¡Soy inocente! ¡Inocente! ¡Inocente!

Ni los años de cárcel que iban cayendo sobre el anciano, condenado a cadena perpetua, ni la mazmorra, ni el hambre, ni la enfermedad que lo había confinado en aquel lecho desde hacía cuarenta meses habían logrado acallar su voz, que seguía clamando venganza. A cualquiera que se le acercara su ojo metálico le lanzaba el mismo fulgor de cuchillo y su voz exasperada y enronquecida le lanzaba la misma protesta furibunda. (Aun así, en el fondo de aquel ojo frío había algo turbio, muy parecido a una confesión.) Toda la enfermería lo llamaba el Envenenador.

—Me he quedado sin papel —le dijo un día a Ribotte—. Pídale un poco más a su jefe hoy, ande, que me quedan treinta páginas por escribir.

Su mano descubrió, bajo las sábanas, un montón de manuscritos

sembrados de tachaduras.

—Vale, vale —dijo Ribotte—. Enseguida. No se nos canse mucho escribiendo, ¿eh?

Horta me vio a través de la puerta entreabierta. Con el orgullo de un viejo león enjaulado, alzó su cuerpo grande y pesado.

—¡No me he cansado en los ocho años que llevo aquí! ¡Ocho años! ¡Tú, el nuevo! ¿Sabes lo que son ocho años? Noventa y seis meses, dos mil novecientos cuarenta y cinco días…

Las palabras y las cifras habían perdido todo su significado.

—¿Cuántos te cayeron a ti? ¿Diez? Yo estoy aquí para siempre, ¿lo oyes?, ¡para siempre!… Esta será mi tumba. Aunque llegara a los cien tendría que seguir aquí. ¿Te entra eso en la cabeza?

Rara vez hablaba tanto y tan seguido. Estaba cansado de ver las mismas caras todos los días, de sentir que sus gritos se diluían en la indiferencia general y —eso era peor que la muerte— de percibir su impotencia para conmover el alma ajena. Pero al mirarme a mí su ojo azul recobró su fuerza y su voz resonó con vehemencia.

—¡Escucha! No sé quién eres ni me importa. Pero no olvides lo que has visto aquí, tú que eres joven… Tengo setenta y ocho años, llevo ya ocho soportando este tormento, y aun así vivo, ¡vivo! Y todavía me quedan fuerzas para gritarles todos los días: ¡Habéis condenado a un inocente!… ¡Porque yo soy inocente, que lo sepas! Tú habrás matado o robado a alguien, no lo sé, pero yo… ¡Yo soy inocente! ¡Inocente! ¡Inocente!

—Cállate —dijo Ribotte—, que te van a oír.

Por un momento pareció olvidarse de sí mismo. Con gran esfuerzo se incorporó y se sentó en su cama. El movimiento le arrancó una mueca de dolor, porque hacía ya tres años que tenía las dos rodillas vendadas e inmovilizadas por su enfermedad.

—¿Que me calle? ¡Que me oigan, que me oigan! ¡Asesinos!

El río fluía silencioso bajo los altos álamos verdes, el agua rielante en la que temblaba la silueta de los árboles entre jirones de cielo, un sendero que recorría la orilla y por el que pasaba un niño corriendo: aquella estampa de serenidad, vislumbrada de repente a través de la ventana, le hizo bien.

—Estoy terminando mis memorias —dijo—. Me faltan treinta páginas. Esta vez no me he dejado nada. —El ojo azul centelleaba ahora de orgullo—. Mi inocencia está archiprobada.

Los manuscritos se apilaban bajo la palma de su mano, cubiertos de renglones apretados pero bien legibles, salpicados de referencias cruzadas y signos de exclamación, irónicos o enfáticos. Todas aquellas pruebas fácticas, discutidas, analizadas y reducidas a silogismos irrefutables, todas las analogías, las inducciones explotadas con

habilidad, los argumentos capciosos y dúctiles en los que la mente sorprendida cae como en una red, la dialéctica más erudita, conformaban un libro extraño y voluminoso. Quizá su autor creyera de veras que aquel libro —que nadie leería nunca— sería capaz de destruir y destruiría lo que a buen seguro no había podido aniquilar completamente en su fuero interno: el recuerdo.

Quizá en el preciso instante en que se proclamaba inocente, con la furia de un vengador, una imagen rondaba su cerebro: la de sus manos destapando con calma un frasquito poliédrico y vertiendo unas gotas incoloras en una taza de té humeante junto a un cenicero japonés. La joven esposa entraba entonces con sus bucles dorados en las sienes, semejante a los pájaros blancos que revoloteaban por su kimono, y le preguntaba con aire distraído: «*How are you today, my dear*?».

La veía luego tomarse a sorbitos aquel té ambarino que iba a extinguir la luz de sus ojos. La manga caída del kimono descubría hasta el hombro su brazo delicado y desnudo.

Un delgado tabique separaba a Horta del abate Nicot, un hombrecillo enteco, emasculado desde hacía tiempo por la castidad, desgastado por la existencia mezquina y constreñida de un presbiterio de provincias, con el pelo cano a los cincuenta años, la boca aplastada en un pliegue senil sobre unos dientes corroídos, la frente baja, surcada por tres arrugas profundas, y los ojos grises como la lluvia, siempre un poco amedrentados tras los cristales de sus lentes. Era un hombre muy pulcro —incluso en su indumentaria de recluso conservaba cierta corrección—, enfermizo e impotente, abrumado, sumiso, humilde, derrotado sin saber por qué.

Todas las mañanas, antes de que se levantara el enfermero, para estar seguro de que no lo interrumpirían, el abate Nicot se arrodillaba en el suelo, juntaba sus pequeñas y cuidadas manos de vieja, cerraba los ojos y, en el silencio de la celda, solo en el mundo, rezaba. Luego exhalaba un profundo suspiro al abrir los ojos y reconocer el panorama de siempre: el cielo blanco frente a los barrotes de la ventana, la silueta de las copas de los álamos, los libros en el estante.

Cuando pensaba en su vieja Biblia latina del siglo xvii, encuadernada en cuero leonado y con la firma de «Joseph Tommasi, Kauffmann, Dordrecht, Anno Domini 1685»; en los breviarios que había conservado desde la adolescencia y que tanto le recordaban el gran patio del seminario; en su *Historia de la Santa Iglesia*, que había leído durante diez años sin agotarla, al padre Nicot se le humedecían los ojos. En su celda tenía una Biblia amarillenta y maculada por el continuo maltrato, una *Imitación de Cristo* completamente nueva y aún más vulgar si cabe, con su pretenciosa encuadernación y el marco rojo de sus pequeñas páginas, y las *Oraciones fúnebres* de Bossuet, llegadas

a la cárcel desde la biblioteca de un convento. Y nadie podía imaginarse la fantasmagoría que se adueñaba de su celda al atardecer. Los santos, los justos, los mártires, los difuntos bienaventurados, los ángeles, Jesucristo nimbado de plata, el mismísimo Dios en la cumbre del deslumbramiento, el infierno desde el que se alza eternamente el grito de los atormentados y el diablo, negro y bestial, con su frente cornuda, rodeaban el alma pueril del abate Nicot en un continuo encantamiento. De ahí la expresión ausente que tenía siempre, como si las cosas existieran solo a medias a sus ojos.

—¡Buenos días! —dijo Ribotte jovialmente—. ¿Cómo va eso, padre? Espero que no le haya visitado el diablo esta noche…

El abate se ruborizó antes de responder, con aire confuso y precipitado.

—Buenos días, señor Ribotte. Ya veo que conserva usted su buen humor.

Al abate no le gustaban aquellas bromas escabrosas sobre el diablo. Todo el mundo se reía de su cándida fe religiosa. «Se burlan del diablo y el diablo los observa», solía decirle a su vecino Ollivier, que a veces lo visitaba al caer la tarde. «No se le escapará ni uno al diablo, amigo mío, ni uno. Los compadezco.»

—¿Cómo está Perchot? —preguntó—. ¿Ha pasado buena noche?

—¿Perchot? —respondió Ribotte—. ¿Es que no sabe que la ha diñado?

El abate se mordió la lengua. Aquella misma mañana había rezado por Perchot y tenía esperanzas, pero no dijo nada para no exponerse al ridículo.

Cuando el enfermero se hubo ido, el abad se quitó los lentes, los limpió distraídamente con su pañuelo azul de recluso y los dejó sobre la Biblia abierta en las profecías de Isaías. Cerró con cuidado la puerta acristalada y aguzó un momento el oído: los pasos se alejaban. Entonces, tranquilizado, se sentó en la cama para que no le vieran a través de la puerta de cristal y juntó las manos, dejando que la blancura del cielo bañara sus ojos miopes. «¡Pobre, pobre Perchot!»

Una aparición sardónica lo sacó de su recogimiento. Madré surgió ante él, con aire burlón y un plumero en la mano. Con el pretexto de «quitar el polvo» se las arreglaba para andar siempre deambulando por los pasillos. Su cara olivácea de viejo polichinela se reía en silencio.

—¡Salud, bendito padre Santurrón! ¿Seguimos bien de salud? No deja de pensar en sus niñas bonitas, ¿verdad? No se apure, que ya volverá a ver sus piececitos blancos, sus pezones rosados y sus lindas nalgas…

¡Lo gracioso que podía ser aquel viejo curita con su cara de pena!

Madré se rió con ganas. Una ira senil agitaba los labios del abate, que resoplaba como un gato enfurecido:

—Fff… frr… ff…

—No se enfade, padre, que eso es pecado —dijo Madré—. Yo solo venía a darle los buenos días.

En otro tiempo, en el jardín de su presbiterio, al abate le gustaba recibir a las criaturas. No era mucho más alto que la más esbelta de aquellas chicas o alguno de aquellos mozos de largas piernas desnudas. A veces tomaba entre sus manos alguna joven cabeza rubia o morena de sedosos rizos, para contemplarla un momento; y las caricias de sus viejas manos, en las que tal vez persistía un poco del calor de una carne vencida tiempo atrás, descendían suavemente a lo largo de sus gráciles cuerpos. Se había dejado condenar sin oponer mucha resistencia, confundido por el escándalo y la iniquidad y la acusación irrefutable de los niños.

—Es un pobre viejo majareta —decía Ribotte—. ¡Lo que no quita que en el fondo sea un cerdo!

34. HABLAN LOS VIVOS

El sol reúne en el jardín de la enfermería a todos los que pueden arrastrarse o hacerse arrastrar hasta allá. El sentido de la palabra jardín se reduce aquí a su más mínima expresión reglamentaria: un mísero estanque circular, habitualmente seco; cuatro árboles raquíticos formando un cuadrilátero; cuatro arbustos podados, dispuestos en forma de rombo, y otros tantos triángulos de hierba separados por unos senderos de grava fina, en los que recogemos pequeños guijarros de cuarzo blanco, tan aterciopelados, tan suaves al tacto, de un blanco tan delicado que le traen a uno a las mientes un sinfín de cosas olvidadas.

Podría ser la plaza de una colonia minera del Norte. Los supervivientes que aquí se congregan podrían ser los del grisú. La asfixia viene a ser la misma, al fin y al cabo. Por estos senderos caminamos a nuestro antojo, ¡divina libertad de las extremidades! Nos reunimos en algún rincón y hablamos, ¡divina libertad del ser! Los árboles dejan de ser el escenario inmóvil y abstracto de la procesión: son árboles reales, accesibles, cuya corteza nos gusta tocar y por cuyos troncos vemos trepar a las hormigas.

Han dejado a un lado, bien arropado con mantas en una vieja tumbona remendada con cuerdas, a un joven tuberculoso consumido. Bajo el delgado cuero cabelludo, su cráneo sonríe al último sol de la vida. No muy lejos de él, un anciano decrépito, acurrucado en el suelo, alza al cielo un rostro agrietado y desdentado, con los párpados enrojecidos. Está ahí tirado como un despojo. Frente a él se encuentra Tonnelier, conocido como Chemin-des-Dames. Con ayuda de una placa triangular de plata, un equipo de cirujanos le remendó el cráneo, atravesado por un trozo de metralla en el Chemin-des-Dames. El problema es que tres cuartas partes de su inteligencia se le escaparon por el orificio y anda ahora medio lelo. A cualquier pregunta que se le haga, su pesadísima respuesta empieza siempre por «Chemin-des-Dames».

Madré, sentado en un escalón de piedra ante una puerta, aspira el aire tibio. Parece una figurilla oriental. Sus mejillas se van abultando alternativamente, pues ha adquirido el hábito de mascar hojas de

tisana. El pequeño Georges, con su barbilla puntiaguda, está más anémico que una obrera fabril sobreexplotada. Le ha dado el brazo a Antoine des Tailleurs, alias Toinette, que lleva la cabeza vendada y tiene una cara rellena, unos hermosos labios carnosos y unos ojos anchos y aterciopelados de bereber. Alguien le rajó la frente con unas tijeras. Ese hombre está ahora en el chopano. Toinette-Antoine está depre, lleva dentro una «cucaracha» monstruosa. El pequeño Georges y Antoine caminan juntos, hablando muy bajito, en tono confidencial: parecen dos amigas.

Al abate Nicot le gustaría leer. En el estrecho sendero del jardín, que el sol y la sombra dividen con un trazo firme, dos hombres hacen crujir la grava a su paso. Laurent, el de la cara tatuada y el cuello vendado, sostiene al ciego Filot, que camina muy tieso, y tantea el suelo con su bastón. Filot tiene un rostro singularmente inmóvil, como si estuviera recubierto de una fina tela opaca. Su cara entera se mueve en una sola pieza; es una cara grande, rojiza en las mejillas y en torno a la boca. Un bigote pelirrojo le pone un acento circunflejo bajo la nariz, hundida como una cuña entre dos pliegues profundos. Los ojos son de cristal. Filot es ciego desde hace dos años; fue aquí donde perdió la vista. Está sentenciado a una parálisis general que gana terreno y a veces le impide valerse de las piernas. Lo soltarán muy pronto, en dos meses podría salir en libertad.

—No sé qué va a ser de mí allá fuera —dice—. Le llevaré a mi vieja un esqueleto de paralítico. Hay veces en que creo que lo mejor sería una infusión de estricnina; otras me digo que mis piernas responden mejor y que hay esperanza…

—¿Haciendo el lagarto, padre? —le dice Laurent amigablemente al abate Nicot.

—Sí, sí —dice el sacerdote sonriendo—. Somos igual que lagartos al sol… Siéntese, Filot.

Filot se sienta. No es fácil. Laurent y yo tenemos que ayudarle, porque entre la ceguera y la rigidez de las piernas se ha vuelto sumamente torpe. Una vez sentado, Filot vuelve sus ojos muertos al sol. El sol reina en un cielo sereno que no surca una sola nube, y esos ojos apagados son los únicos que pueden hacerle frente.

—Qué bien se está —dice Filot.

Yo admiro el laborioso avance de las hormigas entre las piedras.

Madré calcula en voz alta.

—Con Perchot hacen solo doce este año. El año pasado, por estas fechas, ya eran diecisiete.

Todo el mundo entiende que se refiere a los muertos. Justo encima de nuestras cabezas, tras una ventana entreabierta, el 4627 agoniza.

Alguien dice:

—La cárcel está hecha para matar.

Filot, que desde que sus ojos murieron medita las cosas más profundamente, deja caer unas palabras como puños:

—El hombre está hecho para morir.

Es su modo de expresarse. Ya solo habla de generalidades. Dice «el hombre» o habla en plural, como si ya no quisiera abstraerse de la multitud, cuyo sufrimiento único ha acabado por descubrir durante sus largas meditaciones en la oscuridad. Su pensamiento, en busca de verdades universales y seguras, se mueve pesadamente, como nubarrones plomizos en un cielo de noviembre. Cuando lo traduce en palabras, parece proyectar planos de luces y sombras.

—¿Es que no morimos todos poquito a poco, cada día?

Madré sigue con sus cálculos.

—Entre los seiscientos presos que somos, son casi dos años de vida humana cada día. En quince días, treinta años, una vida. En total, calculo que sumamos algo así como tres mil quinientos años.

Se echa a reír y añade:

—¿Quién quiere echar la cuenta de los días?

—Hombres y días no nos faltan, no —dice Laurent—. ¿Qué clase de hombre vamos a echar en falta aquí?

Sus ojos negros de aguas turbias se pasean por el grupo, dichosos de encontrar a hombres de todos los orígenes, de todas las luchas, de todos los pesares. Filot alza una mano y todos prestamos atención.

—Aquí están todos los hombres —dice—. La cárcel está hecha para todos los hombres.

Y, como si nos estuviera revelando un secreto, agrega:

—Yo lo sé bien.

Nadie sonríe.

—Aquí están todos los hombres y todos los crímenes.

—En primer lugar, los ladrones —dice Madré—. Los que roban en las tiendas y en los hoteles y los que operan en la calle, los carteristas y los descuideros. Los que asaltan las casas, ya sean de oficio o casuales. Los timadores, los estafadores, los corredores de bolsa corruptos, los peces gordos que conciben las mejores quiebras. Los falsificadores y los señoritos cazafortunas. Los idiotas muertos de hambre que destrozan un escaparate. Los salteadores de caminos, que ponen a caldo a los viajeros para saber dónde esconden el botín. ¡Ladrones los hay!

—Está visto que las cárceles son necesarias —dice alguien.

—Lo que me duele —dice Laurent— es que te olvides de todos los ladrones a los que nunca mandarán al trullo, los que no parecen ladrones pero son los que más roban.

—Luego están los asesinos. Con la sangre que han derramado se hacía un camino de aquí a París…

—Y con la sangre que han derramado los otros, ¿no daría la vuelta al mundo ese camino, y más de una vez?

—Los asesinos: los que matan a viejos rentistas mientras duermen o acuchillan por la espalda al primer burgués que pasa cerca de un descampado… Los que esperan al recaudador y lo descrisman… Los pasionales, los celosos, los locos de amor, los sádicos que estrangulan a las putas… Los aborteros… Los cazadores furtivos o los contrabandistas que «liquidan» a un gendarme. Los mineros sindicados que quieren inundar la mina…, como tú, Thomas. Los huelguistas que matan a un esquirol… ¡Asesinos los hay también a manos llenas…! Los incendiarios. Los tipos de tu ralea, camarada Van Hoever, los que prenden fuego a las tiendas antes de hacer el inventario. ¡Ya te digo yo…!

—Las cárceles son necesarias —corea alguien—. Vaya si lo son.

—Y no he terminado —dice Madré—, que me he dejado a unos cuantos en el tintero. A los rufianes y a los que viven de la trata de blancas, a los viejos viciosos que les hacen cochinadas a las niñas, a los eclesiásticos…, ¿se dice así, señor abate? Tenemos incluso a un abogado que corrompió a un chico de doce años. ¡Qué primor, la humanidad!

Se vuelve entonces hacia Thomas, el minero sindicalista.

—La verdad que has de ser muy bueno, tú, para dejarte enchironar por Dios sabe qué, por Dios sabe quién, por esa panda de brutos y de cabrones que son los hombres.

Y, como antes el ciego, sentencia:

—Yo los conozco bien. ¡Soy uno de ellos!

Van Hoever, mirando de reojo a Thomas, le susurra al abate Nicot.

—Quieren repartir las riquezas. No hay que apiadarse de ellos. No basta con mandarlos a las islas para que no puedan escapar… Habría que…

—Tiene usted razón —dice pausadamente el abate—. Atentan contra el orden social.

El otro anciano no entiende estas últimas palabras, pero su gravedad lo ha dejado muy satisfecho, porque adivina en ellas una condena mejor justificada.

—¡Mira que sois burros! —clama Laurent—. ¿Es que no habéis aprendido nada? ¿No habéis entendido nada? Habláis como periodistas, como la flor y nata de la gente honrada que sois. ¡Idiotas! ¡Hatajo de idiotas! ¡Sois lo que no hay! ¿No habéis visto a los otros, a los que nos juzgan, a los que nos vigilan, a los que se dan la gran vida

en la Ciudad de las Luces? Todos, todos ellos, del primero al último. ¿Os habéis fijado en ellos? ¡A ver!

—Eso es verdad —tercia alguien—. Conocí a un juez que…

—Pero si solo tenéis que echarles un vistazo a los *boqueras*.

El ciego se levanta, pues el sol se ha desplazado y él ansía su calor dorado. Siente que las sombras se posan sobre él. Su rostro petrificado busca la luz. Y a decir por la tensión que transpira, su espíritu busca la verdad.

—La culpa es de la desgracia.

Responde el minero:

—La desgracia es otra forma de llamar a la miseria. Y la miseria es obra de los ricos.

Oigo a Van Hoever mascullar:

—¡Reparticionista! ¡Escoria!

—Es inútil —se lamenta Laurent, y lanza un fino escupitajo que sepulta a varias hormigas.

—Qué le vamos a hacer —concluye Madré—. No hay cosa más antigua que las cárceles.

El enfermero Thiébaut atraviesa corriendo el fondo del jardín. Antes de desaparecer, nos dice:

—El de aquí arriba, como se llame… Que la ha diñado.

—Es inútil —repite Laurent con aspereza.

El minero parece sonriente, pero no sonríe. Al principio hay un deje de dureza en sus palabras:

—¡Que los muertos entierren a sus muertos!

El abate Nicot se vuelve bruscamente hacia el hombre que osa citar el Evangelio.

—¡Eso sí que tiene guasa! —dice Madré burlonamente.

—Los hombres vivieron en las cavernas. No hace tanto tiempo que a los herejes se los mandaba a la pira. Todo pasa. También la cárcel pasará. Los hombres se quedan, los hombres avanzan. Los viejos andamios comienzan a resquebrajarse. Igual es cuestión de darles una buena patada para que todo cambie de una vez. Por eso sí merece la pena vivir y hasta dejarse matar. Cuando haya pan para todos, no habrá más robos. Cuando las mujeres dejen de venderse y la razón lo vea todo más claro, habrá menos vicios y menos crímenes. Las cárceles serán derruidas. La gente vendrá a ver las piedras que hayan quedado en pie y no podrá ni imaginarse esto que vemos, esto que vivimos. Serán tan incapaces de concebir nuestra miseria como lo somos nosotros de concebir su grandeza. La vida se ensanchará, se abrirá a la libertad. Se hará…

—Eso queda muy lejos —dice el ciego, pensativo, con la cara triste vuelta hacia la luz menguante—. A lo mejor queda aún más lejos de lo

que creemos… Pero consuela pensar en ello. Es como estar al sol.

—Puede que empiece mañana mismo, con una huelga general.

Chemin-des-Dames, el soldado aturdido con un boquete en la cabeza, se contonea entre los tertulianos, mirando fijamente al minero con una ira sorda. Y él, que nunca dice nada, se pone a chillar.

—¡Mentiras, mentiras y más mentiras! ¡A mí no me vendes tus patrañas, tú! Eres un derrotista. Y allá fuera estamos en guerra. ¡A los tipos como tú hay que llevarlos al paredón! ¡Al paredón, te digo!

35. LA LIBERTAD

Esto se acaba. A tres, mañana nos liberan. Mi melena de tres meses me confiere ya más individualidad que la que le correspondía al recluso 6731. Hace un rato Latruffe me ha abierto las puertas del bloque celular para pasar mi último día y noche de aislamiento. En el piso de las celdas negras he tenido un último encuentro fortuito con Bernard el Rebanado y Rouillon Baño de Barro, que saldrán en libertad un día después que yo.

—¿No te alegras? —le he preguntado a Bernard.

—Sí. —Una pausa—. No sé.

Hace mucho tiempo que nos conocemos. Bernard es libertario. Bajo su aspecto adocenado —la frente baja, los ojos pequeños, las facciones mal perfiladas— esconde una fuerza de voluntad sobrehumana al servicio de un espíritu sumamente lúcido pero inerme. La precisión de sus razonamientos era un poco como un fino arabesco troquelado en un papel de mala calidad. En la cárcel, Bernard inspiraba respeto, asombro y oculto desprecio a partes iguales. Nadie se hubiera atrevido a pronunciar en su presencia ciertas palabras, muy habituales por otro lado. Bernard había padecido la reclusión en sus carnes, no más que el resto, pero sí tanto como muchos otros. También él se había sentido a un paso de la locura. Los años eran demasiado largos, la carne apretaba y el espíritu se veía reducido a la impotencia. Bernard robó un día unas tijeras del taller de sastrería. Por la noche, en su celda, afiló esmeradamente las dos cuchillas. Aquel arduo trabajo, que debía llevar a cabo en silencio, bajo las mantas, frotando el acero contra unos guijarros, lo distrajo un poco de sus alucinaciones carnales. En cuanto tuvo listas las tijeras, Bernard se agenció —en el mismo taller— varias hilas y vendajes desinfectados con sublimado.

Una mañana, poco después, lo vieron salir muy pálido de los retretes, con las dos manos rojas presionando un vendaje ensangrentado que llevaba en la ingle.

—Me he operado —le dijo al funcionario de turno—, llévame a la enfermería enseguida.

Trató de llegar por su propio pie, pero tuvieron que sostenerlo por

los brazos. Bernard aún no había perdido el conocimiento cuando llegaron al umbral de la enfermería, y al ver un gato que pasaba por ahí lo llamó —psss, psss— y arrojó al suelo dos piltrafas de carne granulada. El funcionario, que era Coliflor, recogió en un pañuelo aquella «cordilla» para el gato. Bajo su miembro viril Bernard no tenía más que una espantosa herida doble que había que coser. Los despojos de su virilidad se pusieron en alcohol y Ribotte se encargó de colocar el nuevo frasco en el pequeño museo de la enfermería, junto a otro frasco de hacía quince años en el que flotaba un gran gusano de carne gris.

—¡Ya tenemos el juego completo! —dijo Jugoso, el funcionario de la enfermería.

En efecto, entre aquellos dos frascos sumaban un órgano sexual masculino completo, con el miembro y las gónadas. El pene se lo había cercenado quince años antes otro recluso, un barbero, de un certero navajazo cuando estaba aún turgente.

Estamos a la espera de que nos lleven a las celdas en que pasaremos las últimas horas.

—Creo que hicimos mal —dice Bernard.

Le entiendo. Se refiere a los años (él seis, yo cinco) que hemos pasado aquí en la cárcel, en la huella que nos han dejado. Y concluye:

—La vida no valía la pena. Era más razonable dejarse matar.

Baño de Barro no cabe en sí de alegría. Su rostro peludo de troglodita barriobajero es puro regocijo. Le oigo ronronear como un gato y canturrear luego, moviendo la cabeza:

… une moukère de Mers-el-Kébir,
à Mas-ca-ra…[20]

Hemos tenido un minuto a solas. Baño de Barro, con su aliento cálido y su alegría sin límites, pronta a estallar en escandalosas risotadas, en gritos, alharacas y saltos, me ha susurrado al oído:

—¡Se acabaron los seis años! ¡Que se jodan ahora! A vivir… y a cantar:

… une moukère de Mers-el-Kébir,
à Mas-ca-ra…

No sabía que una alegría excesiva pudiera reducir a la bestia humana a esta especie de idiotez rayana en la animalidad. Baño de Barro no encuentra palabras para expresar la alegría que corre por sus venas: se ve obligado a recurrir a ese estribillo, recogido en algún tugurio argelino al son de las castañuelas, un estribillo asociado en su

imaginación, sin duda, a la visión de un vientre de mujer rítmicamente contorsionado, traspasado de danza y de posesiones invisibles.

Un segundo, un relámpago: Rouillon abre los brazos y arquea la espalda, tensando todos sus músculos en una aspiración formidable. He oído cómo le crujían los huesos. ¿No habré sentido también la tensión de sus corvas? Emana de él un magnetismo de carne potente, electrizada. Cuando Latruffe da media vuelta al final de la galería, Baño de Barro se ríe en silencio, e insiste en un murmullo:

—A vivir, ¿eh?

Cuando el funcionario llega a dos pasos y nos da la espalda, Rouillon juega con sus dedos de gorila, abriéndolos y cerrándolos (coge, aprieta, quiebra; coge, aprieta, quiebra. ¡A vivir, sí!).

Lo llamamos Baño de Barro porque tiene un alma sórdida. De una conversación con él puede uno salir como de un barrizal. Nunca ha hablado de nada más que de su caso, repitiendo una y otra vez, año tras año, los mismos detalles repulsivos. Porque el suyo era además un caso infame: al término de una borrachera, su chorba había invitado a una amiga a su cama común. Sus frenesíes habían terminado de madrugada entre vómitos, tirones de pelo y un estallido de celos. «Mi chorba la apuñaló veinte veces lo menos, con las tijeras. No sabía lo que hacía. Y yo, yo no hice nada. Andaba trompa, ya te imaginas. Lo único que le dije fue: “Déjala ya, zorra, ¿no ves que tu amiga ya va servida?”. Entonces cogí a la otra por los pelos y la tiré por las escaleras. ¡Palabra! No tenía la menor idea de que estaba muerta. Ya ves hasta qué punto soy inocente… ¡Pues me endilgaron seis años, los señores!» A la que sobrevivió le cayeron veinte. Pero para él se acabó, se acabó. De las entrañas de este animal brota un grito triunfal.

—¡Viva la vida!

Bernard el Rebanado y Baño de Barro vuelven a la vida con doscientos francos cada uno y cinco años de prohibición de residencia: lo justo para pasar ahí fuera seis semanas y volver a la trena de por vida.

36. EL INTERREGNO

He pasado mi última noche en una celda acostado en un jergón tendido en el suelo, con los ojos abiertos en la más absoluta oscuridad. No sé si he dormido. Me duele no experimentar, en esta negra antesala de la vida, la inmensa alegría que uno esperaría sentir. Me oprime más bien una especie de angustia. Solo puedo dar fe de mi alegría, como una luz que se desvanece al fondo de un pozo, recurriendo a la lógica negativa: de no ser cierto, si me dijeran ahora que mañana habría de ocupar mi puesto en la procesión del patio, probablemente me suicidaría. Si eso sucediera, en todo caso, el futuro que imagino con más nitidez es el que me arrastra a la tentadora barandilla del tercer piso del módulo y me precipita hacia el suelo de la planta baja que se arremolina y me mece en una caída vertiginosa. No hay nada más decepcionante que la consecución de una larga expectativa, porque la realidad es demasiado concreta y exige afrontarla con calma. La exaltación con la que se vivía desaparece, dejando tras de sí un enorme vacío donde las cosas son tan solo lo que son.

Floto así entre la decepción de lo real —que no va más allá de estas tinieblas acostumbradas— y la extraña imposibilidad de concebir cualquier otra cosa. En unas horas seré libre. *Libre*. Una palabra enorme, inscrita ante mí en letras brillantes. ¿Eso es todo? No veo nada más allá. No sé qué habrá. Ni siquiera puedo figurarme que sea cierto. ¿Habré dejado de creer en el mundo? El exterior es irreal. Voy a adentrarme en lo irreal. Y como el durmiente que se dice en sueños «voy a despertar», no me lo acabo de creer. Pienso en las últimas horas de los condenados a muerte, que no alcanzan a imaginar la muerte. Tampoco yo alcanzo a imaginar la vida.

Empieza a gustarme esta oscuridad en la que nada detiene mi mirada inútil, en la que nada me permite medir las horas que tal vez sean las más infinitas de mi vida. Desciendo el curso del tiempo en esta especie de interregno. Dejo atrás la Trituradora, cada una de cuyas piedras me es familiar. Me arranco a esta realidad tan profundamente arraigada en mí que se me antoja inolvidable. La procesión desfila ante mí. Me atrae. Se me encoge el corazón al ver de nuevo aquel rincón del taller, aquellas caras. Yo me voy y ellos se

quedan. La eternidad de la Trituradora. Tres hombres, tres granos molidos a medias, caerán de ella esta noche, a través de una de sus válvulas: nada cambia, nada cambiará jamás.

Es eso: siento profundamente la impronta de la cárcel. Ya no es la marca en el hombro del hierro candente sino una obliteración interior que va a revelarse mañana. Durante años he sido un autómata pensante, cuyos pensamientos y gestos se desarrollaban en dos planos incompatibles. A cada instante habré de tomar alguna de las incontables decisiones ínfimas de persona viviente que he ido desaprendiendo. Siento la angustia del nadador que lleva diez años sin nadar y tiene ahora que zambullirse. Ya ha olvidado el sabor del agua amarga y salada que lava la suciedad, que cura las heridas y tonifica el ser.

Lo superaré. No quiero llevarme de aquí ninguna derrota. La Trituradora no me ha minado. Salgo de ella con la razón intacta, más fuerte por el mero hecho de haber sobrevivido, templada por el pensamiento. No he perdido los años que me ha arrebatado. Hemos cometido errores de peso, camaradas. Pretendíamos ser revolucionarios y no éramos más que rebeldes. Debemos ser termitas, obstinadas, innumerables, infinitamente pacientes, y cavar, cavar toda la vida: tarde o temprano, el baluarte se vendrá abajo.

El funcionario ha entrado con una vela y una maleta: mis efectos.

—Vístase.

No he pedido ninguna luz. ¿Por qué habría de seguir hablando con este hombre que no tiene de tal más que la apariencia? Forma parte de los muros, es solo un pequeño engranaje de la máquina. Hace tiempo que he aprendido a confundir a ciertos hombres con las cosas.

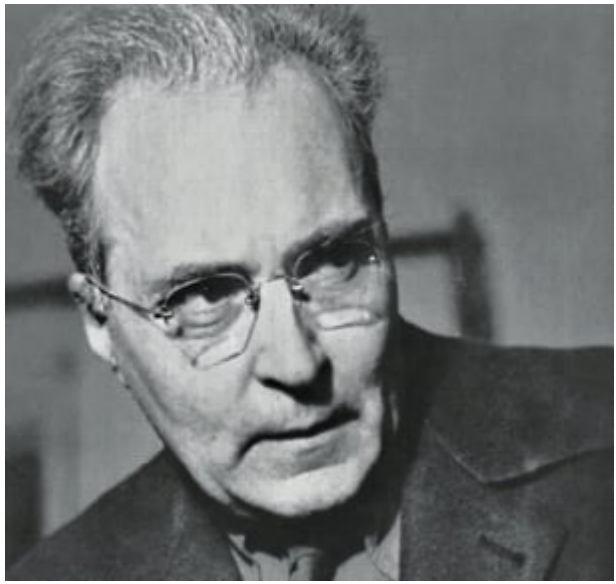
Una débil luz grisácea se filtra en la celda. Despunta el alba. La hora de las ejecuciones. Mi traje de lana azul me resulta curiosamente ligero. Redescubro los bolsillos y, con un aplomo imprevisto, vuelvo a adoptar esa actitud de hombre vivo que consiste en meter las manos en los bolsillos del pantalón. Me sonrío del gesto y de la grave satisfacción que me produce. Aquí estoy, vestido, y aquí está mi viejo sombrero de fieltro negro, comprado en Belleville. Esos viejos trapos pardos a mis pies son la vestimenta del recluso 6731. Sus pliegues redondeados conservan aún el calor y la forma de mis movimientos. En este viejo paño de recluso veo mi propio despojo.

Ha salido el sol. De pie, en esta celda, soy un hombre súbitamente despojado de sus ataduras. Mi impotencia de recluso se ha quedado en esos trapos pardos que aparto de un puntapié. Aún no han descorrido los cerrojos, pero yo ya me siento libre y reboso confianza; en algún rincón de mi alma se esconde un odio sereno como un mar en calma. De él sacaré fuerzas.

Simplicidad material de los gestos. Firmas en el registro. Ahí está la válvula de salida de la Trituradora: una puertecita en el inmenso portón. Las llaves giran (apenas si veo a los hombres-cosa que las manipulan), franqueo un travesaño y siento en la cara el soplo fresco del río. Aún es de noche bajo el cielo que palidece. Los álamos murmuran en la otra orilla. Ahí está el río, con sus aguas negras y sibilantes; en los ribazos la hierba parece de ceniza. Con paso alegre bordeo la muralla, cuyas torretas se elevan aquí y allá, dando cobijo a un hombre y un fusil. Nunca había visto ni volveré a ver este paisaje entre dos mundos, este interregno en tonos negros y sombras duras y palideces impregnadas de noche.

El día asoma en blancos reflejos sobre el agua negra, bajo el arco de un viejo puente. Hay que cruzarlo y doblar a la derecha para tomar el camino de la ciudad. Una silueta gris surge a mi paso en la oscuridad, que ha adquirido un tinte azulado.

Ese primer hombre vivo transforma al momento en realidad el paisaje irreal por el que camino. Surge frente a mí, muy alto y muy extraño, una especie de bárbaro en su capote color penumbra, ceñido de cuero, con el torso cruzado por las correas de pesados morrales que van golpeando contra sus caderas. Su rostro huesudo, en el que relucen dos ojos penetrantes de vigía en sus cuencas sombrías, se me aparece un instante bajo el casco abollado que ostenta al frente, gris sobre gris, una granada llameante. Nuestros pasos sonoros se funden. El primer hombre que encuentro en el umbral del mundo es el hombre de las trincheras.



VICTOR LVÓVICH KIBÁLCHICH

(Bruselas, 1890-Ciudad de México, 1947), alias Victor Serge, nació en el seno de una familia de exiliados ruso-polacos. En 1912 fue encarcelado por su papel como agitador anarquista. Tras su liberación recaló en la Barcelona revolucionaria de la CNT. En 1919 viajó a Rusia y se unió a los bolcheviques. Su actitud libertaria y sus críticas a Stalin provocaron su expulsión del Partido y su breve detención en 1928. Durante aquellos años de ostracismo completó tres novelas (incluida *Hombres en prisión*) y un libro de Historia. En 1930 fue arrestado de nuevo y deportado a Oremburgo. Gracias a las presiones internacionales y a las protestas de intelectuales como André Gide y Romain Rolland, pudo abandonar la URSS en 1936. Pasó el resto de sus días como un apátrida, hostigado por la pobreza y perseguido por la policía secreta rusa.

Entre sus obras destacan *Medianoche en el siglo* (1939), *El caso Tuláyev* (1949) y *Memorias de un revolucionario* (1951).

«Todo es ficción en este libro y todo en él es verídico —se advierte en el epígrafe de *Hombres en prisión*—. Mediante la creación literaria he tratado de extraer el contenido humano y común de una experiencia personal.» En 1912, Victor Serge, a la sazón editor del periódico *L'anarchie*, fue juzgado por asociación delictiva con la banda

anarquista de Jules Bonnot. Su negativa a delatar a sus camaradas le valió una condena a cinco años de prisión en régimen de confinamiento solitario, que cumplió en las cárceles de La Santé y de Melun. Armado de una libertad interior y de un amor a la vida fuera de lo común, padeció y registró los rigores del cautiverio sin sucumbir a los embates de la enfermedad, la locura o la depresión.

Este retrato sobrecogedor del infierno carcelario trasciende la confesión o el testimonio personal: como dejó escrito el propio autor, «no habla de mí, ni de algunos hombres, sino de los hombres, todos los hombres triturados en el rincón más oscuro de la sociedad». En sus páginas palpita una abigarrada multitud de seres anónimos cuya historia estaba destinada al silencio y al olvido: funcionarios y reclusos, policías y delincuentes de toda laya doblegados por una justicia cruel e inhumana. Escrito pocos años antes de que Serge fuera deportado a la región rusa de Oremburgo, *Hombres en prisión* es, por su altura literaria y moral, un hito imprescindible de la literatura penitenciaria.

NOTAS

1 Alusión a uno de los famosos discursos del primer ministro francés pronunciado al término de la Primera Guerra Mundial: «Mi política exterior y mi política interior son una y la misma. En materias de política interior hago la guerra. En materias de política exterior hago también la guerra. Siempre hago la guerra». (*N. del T.*)

2 Seudónimo —y anagrama de «*y'a la merde*»— del periodista francés de ascendencia catalana Eugène Vigo (1883-1917). (*N. del T.*)

3 «¡El cielo está sobre los tejados, / tan azul, tan quieto!» Primeros versos de un poema de Paul Verlaine recogido en el libro *Sabiduría*, de 1881. (*N. del T.*)

4 «Por los espacios siderales / se alza en mitad del cielo, erguida como un héroe / la clara torre que domina el oleaje…», versos de la «Ballade Solness» de Laurent Tailhade, poema cuyo título remite a la obra de teatro *Solness el constructor*, de Henrik Ibsen, dedicatario del poema. De la misma obra es el verso suelto que se reproduce traducido a continuación. (*N. del T.*)

5 «Mi corazón a mi madre, / mi cabeza a Deibler, / mi cuerpo a la tierra. / H. camino a la guillotina.» Louis Deibler y su hijo Anatole fueron célebres verdugos. Su apellido estuvo asociado durante muchos años con la guillotina. (*N. del T.*)

6 Colonia penal en Nueva Caledonia. (*N. del T.*)

7 «¿Dónde huir de esta lid tan rebelde y perversa? / Me obsesiona. ¡El Azur! ¡El Azur! ¡El Azur! ¡El Azur!», versos del poema de Mallarmé «L'azur», de 1864. (*N. del T*)

8 El 24 de abril de 1912, Jules Bonnot, líder de la banda anarquista homónima y viejo amigo de Serge, mató de un disparo a Louis Jouin, número 2 de la Sûreté. (*N. del T.*)

9 Émile Combes (1835-1921), político francés de la Tercera República. (*N. del T.*)

10 Alusión a los disturbios ocasionados por la ejecución de Jean-Jacques Liabeuf en julio de 1910. (*N. del T.*)

11 Orificio que apresaba el cuello del condenado antes de la caída

de la cuchilla. (*N. del T.*)

12 «Loca almadía, escoltada por hipocampos negros», verso del célebre poema «El barco ebrio», de Arthur Rimbaud. (*N. del T.*)

13 Cifras de la época de la Gran Guerra. (*N. del A.*)

14 Fragmento de *Les philosophes classiques du xix siècle en France* (1857), del crítico, filósofo e historiador naturalista Hippolyte Taine. (*N. del T.*)

15 El 21 de abril de 1913, Raymond Callemin, amigo de infancia de Victor Serge y miembro de la Banda de Bonnot, fue guillotinado junto a Étienne Monier y André Soudy. (*N. del T.*)

16 Jean Jaurès, político socialista francés, fue asesinado a tiros en un café de Montmartre el 31 de julio de 1914, tres días después de estallar la Primera Guerra Mundial. (*N. del T.*)

17 En español en el original. (*N. del T.*)

18 En español en el original. (*N. del T.*)

19 «… amorosa / melosa / la nana de los amantes…» (*N. del T.*)

20 «… una mujer de Mers-el-Kébir, / en Muaskar…» (*N. del T.*)